

MABEL DÍAZ

3 TE OUDIO
→ 4 UN ←
TE QUIERO



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, enero 2018

© 2018 Mabel Díaz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[70](#)

[71](#)

[72](#)

[73](#)

[74](#)

[75](#)

[76](#)

[77](#)

[78](#)

[79](#)

[80](#)

[81](#)

[82](#)

[83](#)

[84](#)

[85](#)

[86](#)

[87](#)

[88](#)

[89](#)

[90](#)

[91](#)

[92](#)

[93](#)

[94](#)

[95](#)

[96](#)

[97](#)

[98](#)

[99](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A mi madre, porque ella también tiene una cremallera del traje de superheroína.

Y al perroflauta que me inspiró esta historia.

1

—¡Me encanta nuestra nueva casa! —chilló alegre Natalia.

Abrazó a su amiga Elena y comenzaron a dar saltitos como dos niñas pequeñas mientras se reían.

El día anterior habían firmado el contrato de arrendamiento en la inmobiliaria y esa mañana comenzaron la mudanza.

Estaban muy ilusionadas, pues habían pasado de un piso de sesenta metros cuadrados a una casita adosada de dos plantas, con tres habitaciones, dos baños, garaje, jardín en la parte trasera y en una barriada muy bonita en Leganés, muy cerca del centro comercial donde solían ir de tiendas.

—Venga, vamos a ir sacando cosas del coche que se nos echa encima la hora de comer —dijo Elena separándose de Natalia, pero con la sonrisa de felicidad todavía pegada en los labios.

Natalia contempló la fachada de ladrillo cara vista rojizo, con las ventanas y la puerta de la casa en color blanco unos segundos más. Unas escaleras salían de dicha puerta para llegar hasta el suelo, donde una cancela de hierro forjado, también blanca, impedía el acceso a los intrusos. Pensó que el adosado semejaba a una casita de muñecas como la que sus padres le regalaron por su octavo cumpleaños.

La vivienda estaba amueblada con gusto y a las dos amigas les encantó cuando la chica de la inmobiliaria se la había enseñado tres días antes.

En la planta baja se encontraba la cocina decorada en tonos rojos y blancos, que contrastaban con el acero de los electrodomésticos, y un pequeño recibidor donde había un diminuto mueble para dejar las llaves y el correo al llegar a casa. Con un perchero a un lado y un espejo que ocupaba toda la pared, daba sensación de amplitud al reducido espacio. Desde allí, salían las escaleras que subían a las tres habitaciones y al baño del piso superior.

El hueco de las escaleras lo habían aprovechado para instalar un pequeño aseo, muy coqueto, de gresite azul y blanco.

Al otro lado del recibidor estaba el salón, con las paredes pintadas de un tono vainilla muy agradable y paneles japoneses en el gran ventanal que daba acceso al jardín trasero, y por el que se colaba una luz que iluminaba toda la

estancia. El sofá oscuro contrastaba con los muebles modernos en madera clara. Había también una mesa que combinaba madera y cristal en su superficie, y que tenía seis sillas alrededor.

—¿Qué habitación prefieres tú? —le preguntó Natalia a Elena.

—Me da igual. Elige tú la que quieras y yo me quedo con alguna de las otras dos.

Las dos chicas se metieron en la casa y pocos minutos después Elena regresó al vehículo para continuar trasladando sus pertenencias al interior de la vivienda alquilada.

Natalia se asomó al jardín trasero con césped artificial desde la ventana de su habitación. Oteó las dimensiones del mismo y suspiró contenta. Había una mesa de exterior en color chocolate, con seis asientos del mismo tono y dos tumbonas de playa para tomar el sol. Podría conservar el bronceado que había cogido durante las vacaciones en Ibiza, si es que tenía tiempo de disfrutar de ese rincón de treinta metros cuadrados.

La semana siguiente volvería al trabajo. Aunque tenía un horario aceptable, de nueve a seis, tardaba aproximadamente cuarenta minutos en llegar a la oficina. No es que la distancia fuera muy grande, es que los atascos que se formaban en la M-40 a primeras horas de la mañana y a la salida del trabajo por la tarde hacían que se demorase tanto. Pero era lo que tenía vivir en el extrarradio de Madrid, y a ella no le importaba. Después de tantos años, ya estaba acostumbrada.

—¿Qué haces ahí subido, tío? —quiso saber Rubén cuando salió al exterior de su casa y se encontró con Santi, su mejor amigo, encaramado al murete de piedra que separaba su adosado del vecino.

Santi bajó de un salto pidiéndole silencio con un dedo sobre sus propios labios.

—No grites —susurró lo más bajo que pudo—. Te van a oír.

—¿Quién me va a oír? —preguntó Rubén extrañado, pero al quedarse en silencio escuchó unas voces femeninas al otro lado.

Miró a Santi y sonrió. Tenían vecinas nuevas.

—¿Inquilinas nuevas en la casita de las Barbies? —quiso saber Rubén en voz baja acercándose al muro y poniéndose de puntillas para poder divisar a las

vecinas. Con su metro ochenta y cinco no necesitaba encaramarse a la pared de piedra como su amigo, que medía unos centímetros menos que él y si no hacía esto no podía espiar a las nuevas vecinas.

Le habían puesto ese apodo a la vivienda porque las anteriores moradoras del adosado eran unas pijas estiradas que siempre iban de punta en blanco y con aires de grandeza. Luciendo sus modelitos, su impecable maquillaje y su cabello perfectamente peinado. A Rubén le recordaban a las Barbies con las que jugaba su hermana cuando era pequeña. De ahí el apodo.

Habían tratado de entablar amistad con las vecinas, pero al final tuvieron que desistir, pues, cada vez que se acercaban a ellas, estas los miraban horrorizadas y a punto de llamar a la policía para pedir una orden de alejamiento.

Eran unas chicas muy tiquismiquis que se quejaban continuamente de todo. Si Rubén ponía la música alta, en menos de dos minutos tenía a alguna de las tres Barbies llamando a su puerta para pedir que la bajara. Si Rubén organizaba una fiesta en el jardín trasero de su chalet, con su barbacoa llena de choricitos, salchichas, morcillas de arroz traídas desde su Burgos natal, pancetita y chuletas, ellas se quejaban del insoportable olor que llegaba hasta la casa. ¿Cómo podían asegurar que el aroma inconfundible de una buena barbacoa era repugnante? ¡Virgen santa! Esas jóvenes no sabían lo que decían. Con lo rico que estaba todo asado en su punto justo... Solo de recordarlo ya se le empezaba a hacer la boca agua.

Pero, gracias a Dios, las divinas se habían marchado a otra parte y ahora nuevas personas ocupaban la vivienda contigua a la suya.

Su amigo Santi se encaramó de nuevo a la pared de piedra aferrándose con las manos y los pies como buenamente pudo.

Contemplaron a las dos jóvenes, de edad similar a la suya, mientras estas sacaban sus pertenencias del coche ajenas a los mirones que tenían al otro lado del muro.

A Rubén se le cayó el alma a los pies al verlas. Aquellas dos chicas eran iguales que las anteriores inquilinas de la casa. Altas, rubias y delgadas, pero con curvas en todos los lugares estratégicos para hacer que un hombre comenzase a salivar en cuanto las viera. Vestían de una manera nada correcta para hacer una mudanza. Ambas iban con vestido de tirantes y unas sandalias de tacón. ¿A quién se le ocurría vestirse así para acarrear con varias maletas por las escaleras

de la casa? ¿Es que no podían ponerse unas zapatillas? Las dos se estaban jugando acabar con un esguince en el tobillo o peor, caerse rodando por las escaleras y terminar con un brazo o una pierna rotos.

«Por favor, Dios, otras divinas no», suplicó Rubén, descansando sobre sus pies calzados con unas chanclas de dedo, cerrando los ojos y pidiendo clemencia al cielo.

¿Qué tenía esa casita que todas las que se alojaban en ella eran unas pijas estiradas? El adosado parecía un imán que atraía a personas como las que en ese mismo instante hacían la mudanza.

Le dio un toque en la espalda a Santi para que descendiera del muro.

—Anda, baja, que pareces un rociero a punto de saltar la valla para coger a la Virgen, y como te descubran las divas vamos a tener problemas. Seguro que pensarán que somos unos perversos. O peor aún. Que las estamos acosando.

—¿Cómo las vamos a estar acosando si acaban de mudarse? —preguntó Santi bajándose del murete de piedra que separaba una casa de otra por la parte delantera. Puso las manos en jarras sobre sus caderas y miró a Rubén—. No empieces, por favor —le pidió con una sonrisa—. Todavía no las conocemos. No saques conclusiones precipitadas. A lo mejor son simpáticas y no tienen nada que ver con las otras —dijo refiriéndose a las anteriores inquilinas del chalecito.

—Pero si no hay más que verlas —Rubén chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Por favor... —pidió Santi.

Rubén expulsó el aire de sus pulmones con fuerza.

—Está bien —cedió—. Haré de relaciones públicas un rato. Luego te contaré todo.

Santi asintió con una sonrisa.

—Me ha gustado la del vestido de flores —le informó a su amigo para que supiera que, de las dos jóvenes, esa era su elegida.

Mientras Rubén salía de la casa, se preguntaba cuándo su amigo dejaría de lado su timidez habitual y daría el primer paso para conocer a una mujer. Siempre le mandaba a él de avanzadilla y, sinceramente, con casi treinta años ya era hora de que Santi espabilase. Rubén comenzaba a cansarse de tener que ser siempre él quien se acercase a las féminas, allanando el camino, para que su amigo pudiera conocerlas.

Pero, como en el fondo Rubén era un buenazo, siempre accedía a los ruegos de Santi y le ayudaba.

Los dos amigos se conocían desde la guardería. En el colegio su amistad fue creciendo y en el instituto se fortaleció. Santi, por su timidez, siempre estaba a la sombra de Rubén, quien le defendía a capa y espada de los ataques y burlas de los otros chicos que le consideraban «raro». A pesar de que Rubén se marchó a Madrid nada más terminar la carrera en la universidad y Santi se quedó en Burgos, mantuvieron el contacto. Tiempo después de que Rubén se comprara el chalet en Leganés, le pidió a su amigo de toda la vida que se fuera a vivir con él. Como Santi estaba en el paro, decidió aceptar la propuesta de Rubén y se fue a Madrid en busca de trabajo.

Rubén salió de su adosado y se encontró con que, en ese momento, también lo hacía una de las chicas. Precisamente la que le gustaba a Santi. Había pensado llamar a la puerta de la casa, pero si las presentaciones tenían lugar en la acera, frente a los chalets, no le importaba. Así sería más casual.

Se dirigió hacia el coche donde ella sacaba dos pesadas maletas y tomando aire, comenzó a hablar.

—Hola. Soy el vecino de al lado. Me llamo Rubén.

La chica se sobresaltó en un primer momento, pero después le dedicó una sonrisa muy bonita.

—Hola. Yo soy Elena, tu nueva vecina.

Elena estrechó la mano que Rubén le tendía y las sonrisas de ambos se ensancharon.

—¿Te ayudo? —preguntó él, señalando las dos maletas.

Justo cuando la joven iba a contestar, apareció la otra chica cortando su respuesta.

—Elena, ¿qué...? —Natalia se calló al ver que su amiga estaba acompañada por una especie de ¿vagabundo? Puso una cara de asco inconfundible al repasar con sus ojos la indumentaria del hombre que tenía allí delante.

Bastante más alto que ella, rubio, pelo corto rizado, barba y dos pendientes de aro plateados, uno en cada oreja. El joven vestía una camiseta ancha y arrugada, que combinaba con unos pantalones de estilo *hippie* con rayas rojas, verdes y azules. En los pies, unas chanclas con una hoja de marihuana de goma

separaba el dedo gordo del resto de dedos del pie.

En un acto reflejo, agarró a Elena del brazo y tiró de ella hacia la puerta de la casa.

—¿Se puede saber qué hacías hablando con ese pordiosero? —la riñó sin quitarle la vista al joven que continuaba al lado del coche de Elena, con las manos en los bolsillos del horroroso pantalón que llevaba, en una actitud de desidia total—. El coche está cerrado, ¿verdad?

—Eh... pues... no. No me ha dado tiempo a cerrarlo. Me has arrastrado hasta aquí y...

—Dame el mando. ¡Rápido! —la cortó Natalia—. Antes de que el vagabundo nos robe lo que hay dentro. ¿Te ha pedido dinero?

—No es ningún vagabundo, Nat —se rio Elena, dejando las dos maletas en el suelo, al lado de la puerta abierta de la casa—. Es Rubén, el vecino de al lado. Y no creo que nos vaya a robar nada. Me ha parecido un chico bastante simpático. Pretendía ayudarme.

—Sí, claro, y de paso ver todo lo que tenemos y robarnos. Dame el mando del coche.

—Está en mi bolso. Ahí, en el recibidor. Colgado en el perchero.

En décimas de segundo Natalia entró en la vivienda, cogió el mando del auto y, desde la distancia, cerró el vehículo.

Elena suspiró, poniendo los ojos en blanco. Natalia siempre sacando conclusiones precipitadas. Catalogando a la gente sin conocerla.

Cuando Rubén escuchó el bip-bip del coche que indicaba que se había cerrado con el mando a distancia, dio media vuelta y desapareció en el interior de su casa.

—Ahhhh... —exclamó Natalia al contemplar la espalda del vecino—. ¡Lo que me faltaba! Tener a un perroflauta en la casa de al lado. ¿Has visto la rasta que lleva colgando en la nuca? ¡Da grima!

—Cualquiera diría que vienes de La Moraleja —se mofó Elena del dramatismo de Natalia.

Natalia la miró molesta, pero no replicó.

—Solo intentaba ser amable, Nat. —Elena cogió de nuevo las dos maletas y entró en la casa seguida de su amiga—. Cualquier vecino haría lo mismo. Ha visto que llega gente nueva al barrio y quiere conocernos. Además, nos vendrá

bien tener a un hombre cerca. Nunca sabes lo que puedes necesitar.

—Pues yo espero no necesitar nada de ese... perroflauta —soltó Natalia con desdén—. No me gustaría que me relacionasen con un... okupa, porque estoy segura de que eso es lo que es. ¿Cómo es posible si no que viva en un adosado? La gente como él no puede permitirse un chalet así —dijo señalando a su alrededor.

En la inmobiliaria les habían enseñado varias casas como la que habían alquilado y sabía bien que todas eran iguales. Sus precios, tanto de venta al público como de alquiler, no eran precisamente baratos. Ellas se lo podían permitir porque iban a compartir todos los gastos y porque el sueldo en la revista para la que trabajaban estaba bastante bien, dados los tiempos de crisis que corrían.

—A mí el vecino de al lado no me ha parecido mal chico porque no cuide su imagen y tenga una rasta colgando hasta media espalda —replicó Elena, sabiendo que las reticencias de su amiga se debían al aspecto físico del joven rubio—. Ni un okupa, ni perroflauta, ni nada de eso. Y me da igual cómo paga la casa. Si es suya, alquilada o le ha llovido del cielo. No todos son como Saúl, gracias a Dios.

Natalia apretó los labios en una mueca de disgusto.

—A Saúl no le metas en esto. Y ¿por qué has dicho «gracias a Dios»? Ya quisieran muchos ser un hombre con el carisma, la inteligencia y la elegancia de Saúl. Además de su atractivo físico, es una persona brillante. Un empresario de éxito con...

Se interrumpió al ver que Elena levantaba la mano para hacerla callar.

—No me cuentes más las virtudes de tu querido Saúl que ya me las sé —suspiró Elena cansada de la misma charla de siempre—. Es una pena que no te des cuenta de lo que te está haciendo. Estás tan ciega... El mundo está lleno de hombres que matarían por estar contigo y mientras tú perdiendo el tiempo con ese tío.

Natalia abrió la boca para replicar. Sin embargo, Elena no la dejó.

—Pero no quiero discutir más sobre este tema. Ya eres mayorcita. Lo que hagas con Saúl es cosa tuya, guapa, así que no te voy a decir otra vez que le dejes. Tú verás lo que haces.

—Las cosas van a cambiar, Ele. Saúl me ha prometido que cuando vuelva

de las vacaciones en Marbella hablará con su familia. Y entonces, querida amiga —soltó con rintintín—, tendrás que tragarte tus palabras.

«Ojalá me las tenga que comer con patatas», pensó Elena apenada por la situación de Natalia.

2

Cuando Rubén vio cómo la joven rubia cerraba el coche con el mando a distancia, dio media vuelta y entró en su casa.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Santi, que había observado todo desde su escondite, reuniendo valor para ir a conocer también a las vecinas.

—Se llama Elena y ya puedes ir despidiéndote de ella. No creo que la histérica de su amiga te deje acercarte a menos de doscientos metros, a no ser que conduzcas un Porsche último modelo y tengas la cartera repleta de papelitos de quinientos.

—Pero ¿qué ha pasado? —volvió a preguntar su amigo.

—Y encima me ha llamado pordiosero, vagabundo y perroflauta. ¡Pero si no tengo perro y no toco la flauta desde el colegio! —se quejó Rubén que había escuchado la conversación entre las dos amigas antes de meterse en su chalet—. Eso sí, tiene una estabilidad sobre esos taconazos que flipas. ¿Has visto qué carrera se ha pegado para alejar a su amiga de mí y cerrar el coche? Esa tía no tendría rival en las rebajas de El Corte Inglés. ¡Madre mía! Nunca había visto correr tan deprisa a una mujer con tacones y plataformas.

—Pero Elena parecía maja, ¿no? —quiso saber Santi—. He visto que te sonreía cuando te has presentado.

—Sí, sí, Elena no parece mala, pero su amiga... —emitió un silbido al tiempo que negaba con un gesto de cabeza—. Pensaba que iba a robarles lo que tenían dentro del coche. ¡Qué tonta! —comenzó a reírse de su nueva vecina.

—Hombre... con esas pintas... y sin conocerte aún...

—¿Pintas? ¿Qué pintas? —preguntó Rubén, mirándose la vestimenta que llevaba esa mañana.

Santi le hizo un elocuente gesto con la mano.

—Pues... desaliñado... sin afeitar...

—Usted perdone, caballero. La próxima vez sacaré el esmoquin del armario para ir a conocer a las vecinas —soltó burlón Rubén—. ¡Uy, no! Espera. Si lo llevé a la tintorería y aún no he ido a recogerlo. ¡Qué cabeza la mía! —exclamó, llevándose una mano a la frente.

Dio media vuelta y se metió en la cocina para preparar la comida. Santi

entró detrás de él.

—Entonces se llama Elena —dijo poniéndose a su lado—. Bonito nombre.

Rubén le miró de reajo y contestó:

—Y es guapa, aunque estoy seguro de que pierde bastante sin el maquillaje, como les pasa a todas. —Hizo una mueca.

«Seguro que su amiga, la divina, no vale nada con la cara recién lavada», se dijo de nuevo, recordando los grandes ojos verdes que le habían mirado horrorizados, poblados de pestañas largas y espesas; la boca carnosa que semejava una fresa madura tentándole a hincarle el diente y la media melena rubia, con ondas que enmarcaban el precioso rostro de la chica en cuestión.

Santi le ignoró.

—Y parece simpática, ¿no?

—No sueñes con ella, Santi. Esas dos juegan en otra liga. Y me apuesto lo que quieras a que nos pasa como con las anteriores inquilinas. Se quejarán de todo lo que hacemos. De la música alta, de las fiestas con barbacoa, de cuando gritamos los goles de nuestro equipo de fútbol...

Santi permaneció en silencio mientras Rubén disponía los alimentos necesarios para hacer una paella sobre la encimera mientras hablaba.

—Es una chica guapísima —murmuró Santi pasados unos minutos.

—Lo tiene todo bonito menos su amiga —masculló Rubén, a quien los insultos de la otra joven le habían escocido como la sal en una herida.

«Como se muerda la lengua algún día, seguro que muere envenenada», pensó.

—Habrá que hacer otro intento.

Rubén se giró al oír a Santi. Le miró entre sorprendido y horrorizado por el comentario y empezó a farfullar en contra.

—No, no, no, no. Yo no me acerco más a esa casa. Con una vez, me basta. No quiero que la divina me vuelva a insultar, ni que me mire como si fuera un violador a punto de saltar sobre ella. No. Definitivamente no.

—Por favor... —rogó su amigo.

—No —dijo volviendo a su quehacer.

—Venga, Rubén, tío... —insistió Santi—. Que ya eres mayorcito...

—Con la cantidad de chicas que hay en el mundo —miró a su amigo de reajo mientras continuaba cortando la sepia en trocitos pequeños para echarla

luego a la paella—, ¿por qué siempre tienes que ir a fijarte en pijas como esas? Mira que te gustan las tías difíciles y ¿para qué? Si luego nunca llegas a nada con ellas.

En el mismo momento en que las palabras salieron de su boca, Rubén se maldijo a sí mismo por haberlas dicho.

—Mierda. Soy un idiota. Lo siento —se disculpó volviéndose hacia Santi para mirarle a los ojos e implorar su perdón.

—No hace falta que te disculpes. Es la verdad.

Santi se encogió de hombros y se dispuso a salir de la cocina. Pero Rubén le retuvo agarrándole del brazo.

—Soy un puto bocazas. Perdóname.

El joven asintió con la cabeza y le sonrió, pero Rubén vio en los ojos de su amigo el halo de tristeza que le embargaba siempre que sacaban a relucir ese tema.

—Tranquilo. No pasa nada. Algún día lograré vencerla, pero hasta entonces... —emitió un cansado suspiro— tengo que vivir con esa tara. Es un defecto que intento superar, pero sabes que me cuesta mucho hacerlo.

—Maldita sea —masculló Rubén entre dientes y soltó el brazo de su amigo enfadado—. Tú no eres defectuoso por ser tímido, y quien opine lo contrario sí que tiene una buena tara mental.

—Vamos a dejarlo, ¿de acuerdo? —le pidió Santi.

—Está bien. Pero quiero que sepas que lamento haber dicho eso. Si pudiera me lavaría la boca con lejía ahora mismo. No. Mejor. Me cortaría la lengua para no volver a meter la pata como ahora.

—¿Y que pese sobre mi conciencia que un día revientes por haberte quedado mudo? —se rio Santi para quitarle hierro al asunto—. No, gracias. Anda, sigue con la paella, que me muero de hambre. Mientras, voy a poner la mesa en el jardín y comemos al aire libre.

3

—¿No hueles a paella? —preguntó Natalia aspirando el aire a su alrededor.

Las dos amigas comían en el jardín trasero del chalet, bajo la pérgola beis instalada para protegerse del sol, y cómodamente sentadas en las sillas de exterior color chocolate al igual que la mesa.

Elena olisqueó también y emitió un suspiro.

—Huele de muerte —contestó.

Miró su plato, con una pechuga de pollo a la plancha acompañada de ensalada e hizo un mohín.

—Ojalá pudiera comerme un buen plato de paella y no esto.

—Y yo —convino Natalia—. Pero este verano nos hemos pasado con tantas tapas, tinto de verano, cervecitas y demás. Así que ahora es lo que toca. Cuidarse. Volver a la rutina —suspiró finalmente.

Continuaron comiendo en silencio hasta que al poco rato este fue roto por una música procedente del adosado colindante.

Las dos amigas se miraron con el tenedor a medio camino de su boca. Natalia frunció el ceño disgustada, pero Elena sonrió complacida.

—Me gusta esta canción de Melendi.

—A mí no —negó Natalia.

Elena la ignoró.

—Además, él está bien bueno —comentó, refiriéndose al cantante.

—Según para quién —contestó Natalia, arqueando una ceja escéptica.

—Pues para mí, sí. Además, en el vídeo de esta canción sale con el torso descubierto y se le ven todos los tatuajes. Lo que daría por recorrerlos con mis manos —dijo con voz soñadora.

—Mira, eso es lo único que me gusta de él. Los *tatoos* —añadió Natalia.

Su amiga terminó de comer la pechuga de pollo y la ensalada mientras tarareaba las canciones del solista asturiano, que se sucedían una tras otra en el jardín de al lado. Se levantó al acabar y recogió su parte de la mesa. Después, subió las escaleras y se metió en la casa para ir a buscar el postre.

Cuando volvió a salir al exterior con dos manzanas, una para ella y otra para Natalia, echó un vistazo desde lo alto de la escalera que descendía hasta su

patio para ver el jardín adyacente.

Contempló, comiendo bajo una sombrilla de Coca-Cola, al vecino, Rubén, con otro chico moreno y muy guapo. Sentados los dos en sillas de plástico blanco frente a una mesa del mismo color y material.

En cada esquina del patio había macetas con plantas y flores, menos en una, que estaba ocupada por dos bonsáis. En una pared lateral, los vecinos tenían una barbacoa de piedra con tejadito, muy coqueta, junto a varios sacos de carbón para encenderla. O eso le pareció a Elena. Tampoco era una experta en esos temas.

El desconocido alzó la vista y se encontró con la de Elena. Ella sonrió y levantó una de las manos para saludarle. El joven hizo lo mismo y enseguida agachó la cabeza. Elena se dio cuenta, a pesar de la distancia, de que el chico se había puesto rojo como un tomate maduro. Su sonrisa se amplió todavía más.

Además de que el hombre era atractivo y le había gustado, esa reacción tímida se le antojaba muy tierna, por lo que el chico le cayó bien al instante.

—El vecino de al lado tiene compañía —susurró al llegar a la mesa junto a Natalia—. No sé si será un invitado o vivirá con él, pero hay un tío que está muy bueno ahí. —Señaló la pared que separaba un jardín de otro y le relató, bajando aún más la voz para que solo su amiga la oyera, lo que había sucedido—. Y la paella es suya —terminó diciendo.

—A lo mejor es un matrimonio gay —comentó Natalia tranquilamente—, aunque con las pintas de vagabundo que lleva el tal Rubén, no creo. Los gais suelen vestir mejor.

—Deja de sacar conclusiones precipitadas, Nat —la riñó Elena—. Esos dos tienen de gais lo que tú y yo de monjas de clausura.

Elena se quedó un momento en silencio para luego añadir:

—¿Les invitamos a café? Y así les conocemos.

—¿Estás loca? —casi le gritó Natalia, y por poco se atraganta con un trozo de manzana—. ¿Vas a meter... en nuestra casa... a un perroflauta y... a su novio? —preguntó entre toses.

Elena puso los ojos en blanco.

—Cualquier día te van a dar un Óscar por tus interpretaciones tan dramáticas. Tenías que haber sido actriz en vez de periodista, tía.

—Y tú relaciones públicas —replicó molesta Natalia—. Siempre queriendo

conocer a *to* Cristo.

—Si yo no fuera tan abierta y simpática no habríamos conocido a esos dos italianos tan guapos en Ibiza —comentó Elena, recordando al morenazo sexi que se había beneficiado durante su estancia en la isla.

—Demasiado abierta, guapetona. No necesitas que el viento te levante la falda. Ya lo haces tú solita.

Natalia le dedicó una sonrisa cómplice, olvidándose de su enfado por la descabellada idea de su amiga de invitar al perroflauta a su casa.

—Es una pena que tú no quisieras nada con el tuyo —continuó Elena, hablando sobre el chico italiano interesado en Natalia, a quien le había dado calabazas.

—Estoy con Saúl. ¿Cómo iba a acostarme con otro hombre?

—Saúl no iba a enterarse. Y, si lo hiciera, le estaría bien empleado. A ver si así se decide de una vez y deja de tocar las narices.

—Todo va a cambiar a partir de ahora —afirmó risueña Natalia recordando a su amor—. Me lo ha prometido.

—Lleva un año prometiéndote lo mismo y, de momento, nada de nada. Yo no confiaría mucho en él —replicó Elena, dejando su manzana medio mordisqueada en la mesa—. Es más. Si yo fuera tú, cortarías con él. Ya está bien de tantos juegucitos. Se está riendo de ti, ¿no te das cuenta?

—Elena... —la riñó Natalia.

—Es que no quiero que te haga daño. —Elena alargó la mano por encima de la mesa y tomó la de Natalia, a quien le dio un ligero apretón con cariño.

—Tranquila. Eso no va a pasar. Porque Saúl hablará con su familia y les dirá que ya no puede soportar más esta situación. Les contará que estamos enamorados y todos los planes de futuro que tenemos juntos —afirmó Natalia con convicción.

—¿Y si Cecilia te echa de la revista cuando lo sepa?

Natalia inspiró profundamente y luego dejó salir el aire de sus pulmones poco a poco.

—Es un riesgo que tengo que correr. Pero valdrá la pena por tener a Saúl.

Elena no comentó nada más, pero su cara lo decía todo. Natalia sabía que su amiga no confiaba en el hombre que había conocido en su primer día de trabajo en la revista *Zero*, donde las dos eran redactoras. Ese hombre que llevaba

jurándole amor eterno durante tantos meses, sin atreverse a enfrentarse a su familia. O sin querer hacerlo realmente.

Elena estaba segura de que Saúl jugaba con los sentimientos de Natalia. Que solo se aprovechaba de ella. La usaba para satisfacer sus apetitos sexuales, le prometía infinidad de cosas, sueños, que luego nunca llevaba a la práctica. No comprendía cómo Natalia estaba tan ciega respecto a ese tipo. Y, a pesar de que ella le había dicho muchas veces todo esto, Natalia estaba enamorada hasta la última fibra de su ser y seguía aferrándose a las ilusiones del futuro rosa que Saúl le pintaba en cada encuentro con ella.

4

Natalia se pintaba las uñas de los pies sobre una de las tumbonas del jardín, disfrutando de las últimas horas de luz de aquel día. A su alrededor todo era paz y tranquilidad.

Cuando terminó de darse la primera capa de esmalte, cogió el libro que había empezado a leer días antes y se dispuso a continuar con él mientras esperaba que el pintaúñas se secase para poder darse una nueva capa.

Cuando iba por la segunda línea, algo impactó en sus piernas sobresaltándola, haciendo que la novela que leía cayera al suelo. Del susto, gritó y encogió las piernas protegiéndose.

—Tranquila, que no te va a comer.

Se giró hacia la voz y vio al perroflauta asomando la cabeza por encima de la valla metálica, recubierta de mimbre, que separaba su jardín del otro.

—Siento haberte asustado. ¿Me devuelves el diábolo, por favor? —pidió Rubén con educación.

Natalia, recuperándose del sobresalto, miró la tumbona y vio allí el objeto que su vecino le solicitaba.

«Maldito juguete *perroflautero*. El susto que me ha dado», pensó mientras lo recogía y se lo lanzaba por encima de la valla, al tiempo que le dedicaba una mirada asesina al okupa rubio.

Este se lo agradeció y ella le dirigió un «de nada» cargado de desprecio.

Tomó del suelo el libro caído y buscó la página en la que estaba antes del suceso. Colocó el marcador en el lugar que le correspondía y, dejándolo a un lado en la tumbona, cogió el pintaúñas para darse una nueva capa.

Estaba pintándose la primera uña cuando algo impactó sobre su cabeza haciéndole daño. El pequeño bote de esmalte rodó por la tumbona, ensuciándola con su color rosa palo varios dedos y la tela oscura. Miró a su alrededor, buscando el objeto, suponiendo que era el mismo de antes, ese maldito diábolo con que jugaba el vagabundo del vecino, y, cuando lo encontró, lo lanzó con rabia por encima de la valla, al tiempo que se masajeaba la cabeza donde le había golpeado.

En ese momento Rubén se asomaba para pedirle disculpas de nuevo y

rogarle que se lo devolviese otra vez. La mala suerte quiso que el diábolo le diera en plena frente y rebotase, cayendo de nuevo en el jardín de Natalia.

—¡Auch! —se quejó Rubén, llevándose una mano a la zona lastimada—. Sí que tienes puntería, rubita.

—Todo lo contrario que tú, perroflauta —masculló enfadada lanzando el juguete por encima de la valla otra vez—. Por tu culpa se ha ensuciado la tumbona y... ¡mira mi pie! ¡Todo lleno de esmalte!

—No me digas que no sabes que existe un producto llamado acetona que sirve para quitar el pintauñas, Barbie —se mofó Rubén de ella.

Al oír el calificativo que el vecino había usado, Natalia se indignó.

—¿Barbie? —repitió ella—. ¡A mí no me llames así! Soy una mujer, no una muñeca.

—Tú me has llamado perroflauta —se defendió Rubén molesto, agarrado a la valla que les separaba.

—¿Y acaso no lo eres? —preguntó Natalia con desdén, intentando herir el ego del okupa con su desprecio.

Rubén inspiró hondo para controlar el mal humor que comenzaba a apoderarse de él. Dudó si continuar discutiendo con ella. Ya tenía experiencia en esas lides debido a sus peleas con las anteriores inquilinas del adosado y sabía que era una pérdida de tiempo. Nunca le sirvió de nada. Y tampoco le serviría ahora.

Así que, sin decir más, Rubén dio media vuelta y Natalia dejó de ver sus ojos verdes y su barba rubia. Tuvo que reconocer que el chico era guapo. Pero al observar la rasta que colgaba de su nuca, un escalofrío la recorrió entera. ¿Cómo podía tener *eso* ahí? Seguro que estaba llena de piojos. Entró en la casa, cogió acetona y volvió a salir para limpiarse los dedos y la tumbona. Cuando terminó, continuó con lo que estaba haciendo hasta la interrupción del vecino.

Rubén volvió a coger la cuerda con los palos para hacer volar el diábolo. Llevaba varios días practicando, desde que le enseñó su amiga Nuria, pero aún se le escapaba alguna vez, como había sucedido en las dos últimas ocasiones.

Estuvo ensayando un rato más sin que el juguete saliera despedido donde no debía. Concentrado... hasta que la diva rubia de al lado se coló en sus pensamientos. Cuando la había visto, ella llevaba un pantaloncito corto de color arena, con una camiseta de algodón blanca. Ropa cómoda para dedicarse a lo

que estaba haciendo. Recordó las largas y esbeltas piernas de la nueva vecina imaginando cómo sería recorrerlas con sus manos. Seguro que los muslos de esa chica eran tersos, suaves como la seda. Sus delicados pies, con las uñas pintadas de rosita. Le asaltaron unas ganas locas de mordisquearle los deditos, uno por uno, haciéndole cosquillas y...

¡Un momento! ¿Qué hacía pensando en esa Barbie?

Sacudió la cabeza para alejar las imágenes de su mente. ¿Por qué narices fantaseaba con una divina como ella?

La mala suerte quiso de nuevo que el diábolo se le escapara, aterrizando otra vez en el jardín de al lado.

«Joder... Ahora tendré que soportar el desprecio de esa pija estirada», maldijo mientras se encaminaba a la valla que le separaba de ella.

Natalia sintió que algo caía a su lado, en el césped artificial, y cerró los ojos molesta. ¿Pero es que no iba a dejar de jugar el vagabundo con ese maldito juguete nunca o qué? Lo cogió, pensando en tirarlo de nuevo por encima de la separación de los dos chalets, pero al instante tuvo una idea mejor. Corrió hacia la casa todo lo deprisa que sus piernas le permitieron y lo arrojó al cubo de la basura.

Sonrió con malicia por su fechoría. Así, el vecino de las narices no podría seguir con su entretenimiento y ella podría, por fin, leer tranquilamente su novela.

Regresó al patio justo cuando Rubén asomaba la cabeza.

—¿Otra vez espiándome, perroflauta?

—Ya quisieras tú, Barbie —murmuró tan bajo que ella no llegó a oírlo. No estaba dispuesto a seguir su juego, a contestar a sus pullas e iniciar una pelea, que era lo que esa diva estaba buscando con su comentario cargado de desdén—. Se me ha caído otra vez el diábolo. ¿Podrías devolvérmelo, por favor? —pidió con toda la paciencia que pudo, que era poca.

—Yo no tengo por qué buscar tu maldito juguete. No soy tu criada. Si lo has perdido, te aguantas.

Natalia descendió la escalera y caminó con el porte de una reina hasta la tumbona, donde recogió el libro y se dispuso a continuar con su lectura. Este juego hacía que parecieran dos críos, pero ella tenía ganas de fastidiarle.

Rubén respiró profundamente para resistir las ganas de saltar la valla y

estrangularla.

Mientras lograba serenarse, contempló la portada de la novela que ella disfrutaba y, sin querer, sonrió. Él también la había leído, de hecho tenía la saga completa, así que pensó que si le hacía algún comentario positivo sobre sus gustos literarios, la pija se dignaría a ayudarlo y buscaría su diábolo por el jardín para devolvérselo.

—Buena elección para una tarde de verano como esta. Yo también la he leído y me gustó mucho. ¿Qué te está pareciendo, vecina?

—¿Me hablas a mí? —preguntó Natalia, molesta porque él continuara allí mirándola.

—¿Acaso hay alguien más aquí? —respondió Rubén comenzando a perder la poca paciencia que le quedaba. Parecía que sus buenas intenciones no iban a surtir efecto. ¿Cómo podía ser tan altiva, tan tonta, tan...?

«Sí, sí, tonta, pero con unas piernas de infarto. Con un culo apretado y respingón de los que te apetece sobar hasta desgastarlo. Y unas tetas redondas y firmes como a mí me gustan...».

Parpadeó sorprendido por el rumbo que tomaban sus pensamientos. ¿Cómo? Pero ¿otra vez soñando con la Barbie de las narices?

—Mira, vecino —soltó Natalia con retintín, dejando la novela a un lado y mirándole—, ya te he dicho que no he visto tu asqueroso juguete *perroflautero*. Si eres un poquito listo, te habrás dado cuenta de que he salido al jardín en el mismo momento en que tú asomabas la cabeza, por lo que deberías ser capaz de deducir tú solito que cuando ha caído esa cosa aquí, si es que lo ha hecho, yo no estaba. No he podido ver nada y no puedo ayudarte. Pero claro, teniendo en cuenta que tendrás tus capacidades mentales mermadas por el efecto del *porro* de marihuana que te habrás fumado, es lógico que no hayas llegado a esa sencilla conclusión.

Aquello fue más de lo que Rubén estaba dispuesto a aguantar. No solo le insultaba llamándole perroflauta, sino que ahora, la muy pija insinuaba que era lelo y que consumía drogas.

En un arranque de rabia, saltó la valla que le separaba de la diva, aterrizando limpiamente a los pies de la tumbona donde Natalia estaba recostada.

—¿Se puede saber qué narices haces? —gritó ella levantándose con rapidez para encararle—. ¡Esto es allanamiento de morada! ¡Llamaré a la policía!

—Cállate, histérica —soltó también él con desprecio—. Solo voy a buscar el diábolo y me largo. Tú quédate por ahí quietecita y no me ayudes, no vaya a ser que se te rompa una uña —dijo sarcástico—. Y tranquila, que no me voy a llevar nada que no sea mío. No me interesan las cosas de una pija estirada como tú.

—¡Serás maleducado!

—Habló la experta en protocolo y relaciones sociales —se burló de ella, mientras caminaba por el césped buscando su juguete.

—Para tu información soy periodista. —Natalia defendió su honor al tiempo que sus ojos recorrían la ancha espalda de Rubén, que iba sin camiseta, vestido solo con los horrendos pantalones *hippies* de esa mañana y descalzo. En el hombro izquierdo llevaba tatuado un colorido mandala indio que le llegaba hasta el codo y en el otro brazo, por la cara interna del mismo, Natalia comprobó que unas líneas negras surcaban su piel con su nombre allí grabado.

—No sabía que hubiera una Barbie trabajadora —comentó Rubén jocoso.

Pero Natalia estaba tan embobada mirándole los tatuajes que fue incapaz de continuar metiéndose con él o defendiéndose.

Rubén agradeció el silencio. Buscó por todos los rincones del jardín, pero no halló nada. Se plantó, con los brazos en jarras, en mitad del patio y suspiró. ¿Dónde demonios estaría? Lo había visto caer allí, así que allí debía estar.

Natalia se obligó a dejar de mirar la ancha y bronceada espalda, con todos los músculos marcados, y el apretado culo que se intuía bajo el horroroso pantalón, para ordenarle que abandonara su propiedad inmediatamente.

—Bueno, ya ves que aquí no está. Lárgate de una vez de mi jardín y vete al circo del que has salido —dijo mirando la rasta rubia que se movía al compás de la cabeza de Rubén mirando a un lado y al otro.

—Si lo encuentras, devuélvemelo —contestó él caminando hacia la valla y saltando de nuevo al otro lado—. Y para tu información, rubita, no fumo ni *porros* ni nada de nada. No he salido de ningún circo y mi coeficiente intelectual varía según la estupidez mental de la gente con la que me relacione en cada momento. Con los tontos y maleducados empeora.

Rubén desapareció en el interior de su casa, dejando a una Natalia hirviendo de rabia por su respuesta. ¡La había llamado tonta y maleducada! ¿Cómo se atrevía el muy idiota?

—¡Te odio! —gritó fuera de sí.

5

Cuando Elena regresó al chalet tras hacer una pequeña visita a su familia, se encontró a Natalia con un cabreo monumental. Al preguntarle a qué se debía, esta le contó la trifulca con el vagabundo del vecino, así como su fechoría con el diábolo.

—Te dejo sola dos horas y empiezas una guerra con Rubén. Si se lo hubieses devuelto, no habríais discutido. No me parece bien que se lo hayas tirado a la basura, Nat. Mira que eres mala. Pobrecito —la riñó cariñosamente Elena.

—Anda y que se joda. Si le echan del circo donde trabaja, que se fastidie.

Elena sacudió la cabeza negando. Natalia era tozuda y ella sabía que no daría su brazo a torcer tan fácilmente, por lo que decidió dejar el tema.

Le propuso entonces salir a cenar a una terracita de algún bar, aprovechando la maravillosa noche que comenzaba y Natalia aceptó. Se cambiaron de ropa, poniéndose guapas para la ocasión, y se dirigieron al centro de la villa.

Una hora después estaban en la plaza del Ayuntamiento sentadas a una mesa de uno de los locales que allí había, degustando un pescado a la plancha acompañado de ensalada cada una.

Al lado, un matrimonio con un niño de unos nueve años en una silla de ruedas, cenaba en silencio. De repente, el chiquillo comenzó a emitir unos sonidos guturales y a mover la cabeza inquieto. El padre le acarició con ternura mientras la madre, que se había levantado de su asiento, le hablaba con tranquilidad y en voz baja. Al poco rato, el muchachito se había calmado.

Natalia y Elena observaron la escena con tristeza, pensando lo injusta que era la vida a veces.

Unos chicos de poco más de veinte años se acercaron a la terraza pidiéndole una mesa libre al camarero. Este les indicó la que había al lado del matrimonio con el niño, pero los jóvenes se negaron a sentarse cerca de un «enfermo mental», no fuera a ser que les «contagiase» lo que tenía.

—Para vuestra información, niñatos, no es un enfermo mental —soltó Natalia indignada por la poca humanidad de aquellos chicos tras haber

escuchado los hirientes comentarios—. Lo que tiene ese chiquitín se llama parálisis cerebral infantil y no es contagiosa, *atontaos*.

Uno de los chicos fue a contestarle, pero el camarero se adelantó y les pidió que se marchasen de su local sin armar jaleo o se vería obligado a llamar a la Policía. Refunfuñando, los jóvenes abandonaron el lugar.

Natalia miró entonces al matrimonio con el crío y se disculpó con ellos por la poca vergüenza de los chicos.

—Estamos acostumbrados a que la gente se aparte de nosotros al ver a Mario —comentó con pesar el padre del muchacho— y a escuchar burlas como las que han hecho ellos. Pero tú no debes pedir perdón por los errores de otros. Al contrario, te estamos muy agradecidos por tu defensa. Ojalá hubiera en el mundo más gente como tú y no con tantos prejuicios, ni tan ignorante.

—Tiene usted razón, señor —respondió Natalia—. La ignorancia y los prejuicios son muy malos. Pero la información es un arma muy poderosa. Si se conociera más a fondo la parálisis cerebral infantil no se darían estos casos de burlas y menosprecios.

Natalia y Elena continuaron conversando con el matrimonio unos minutos más sobre el trastorno que sufría su hijo, empapándose de todo lo que les contaban esos padres. Pasaron un rato muy agradable con ellos, a pesar de que se les encogía el corazón a las dos conociendo de primera mano la dura vida del niño y sus progenitores. Todo a lo que se tenían que enfrentar día a día y el apoyo incansable con el que contaban desde el centro especial de PCI al que acudía su hijo. Allí, fisioterapeutas, enfermeras, personal docente y demás se ocupaban de que Mario y su familia pudiesen llevar una vida lo más normal posible.

Cuando ya regresaban a casa, Elena se percató de que hacía rato que hablaba sin que Natalia hiciese ningún comentario. La miró y comprobó que su amiga estaba sumida en sus pensamientos.

—¿Ocurre algo?

—¿Sabes? Creo que ya tengo reportaje para el próximo número de *Zero* —dijo entusiasmada—. Voy a buscar información sobre la parálisis cerebral infantil y voy a ir al Centro de Educación Especial que nos han comentado los papás de ese niño. Haré un reportaje tan bueno, explicándolo todo con pelos y señales, que los lectores sabrán a la perfección en qué consiste este trastorno.

Quiero concienciar a la gente para que ningún niño en la situación de Mario sufra el menosprecio ni las burlas de otros a causa de la ignorancia en este tema.

—Me parece una idea genial. Seguro que cuando se lo propongas a Cecilia le va a encantar. Yo tengo planeados un par de artículos, pero todavía no me he decidido por cuál empezar.

Las dos se quedaron en silencio un momento hasta que Elena lo rompió.

—Y hablando de menosprecios, burlas y prejuicios, ¿no te parece que deberías aplicarte el cuento respecto al vecino? Le tratas fatal solo porque tiene la apariencia de un perroflauta.

La mención de Rubén trajo a la memoria de Natalia el recuerdo de la ancha espalda y los tatuajes del joven. Notó un agradable cosquilleo en el estómago al pensar cómo las marcas de tinta decoraban su piel. Pero se obligó a borrar las sensaciones que estos pensamientos la producían.

—Ese okupa ha elegido ser como es —respondió Natalia—, pero los niños que nacen con PCI no tienen la opción de elegir si quieren ser así o como cualquier otro niño. No es lo mismo, Ele. El pordiosero del vecino puede defenderse de las burlas, las críticas y los menosprecios. Los niños como Mario no pueden hacerlo. Por eso quiero informar a la gente y que se conozca su trastorno. Para que los vean con otros ojos. Los ojos del corazón.

—Pues sigo pensando que te equivocas con Rubén. No deberías comportarte así de mal con él. Quizá si le das una oportunidad descubras que es un buen chico y llegue a caerte bien.

Natalia la ignoró. No quería continuar con ese tema.

Llegaron a la casa y cada una se despidió de la otra hasta el día siguiente mientras se encaminaban hacia sus respectivas habitaciones.

Sin embargo, Natalia, lejos de acostarse, decidió navegar un rato por internet buscando información sobre la parálisis cerebral y el centro especial que les había comentado el padre de Mario. Aunque todavía estaba de vacaciones, no le importó ir adelantando trabajo para cuando volviera a la revista al finalizar sus días de descanso. Así que cogió el portátil y, sentándose sobre la cama al estilo indio, comenzó.

6

El sonido de la música a todo volumen despertó a Natalia con un sobresalto. Se subió el antifaz satinado que usaba para dormir hasta la frente, con el corazón desbocado por el susto, y miró el reloj de pulsera que llevaba.

¡Las ocho de la mañana! ¿Quién narices se levantaba un sábado a esa hora estando todavía de vacaciones y ponía la música a tope como si estuviera en una discoteca? ¡Pero si hasta la pared que separaba su habitación de la casa del vecino retumbaba por el sonido!

Se puso de rodillas sobre la cama y comenzó a golpear el tabique, maldiciendo al puñetero vagabundo que vivía al lado, mientras la letra de una canción de Melendi se colaba por sus oídos.

«Voy caminando por la vida, sin pausa pero sin prisa,
procurando no hacer ruido, vestido con una sonrisa,
sin complejos, ni temores, canto rumbas de colores...».

—Procurando no hacer ruido —repitió ofuscada escuchando el estribillo y acordándose de toda la familia del perroflauta.

«Y llorar no me hace daño, siempre cuando tú no llores...», continuaba la canción.

—Llorar. Sí. Eso te voy a hacer yo como no bajas la música, pordiosero del demonio —prometió mordiendo cada palabra, su enfado aumentando por momentos.

Como la canción seguía en el mismo tono alto y a Natalia comenzaba a dolerle la mano por los golpes contra la pared, decidió que lo mejor sería ir a casa del vecino a quejarse.

Se bajó de la cama, colocándose el antifaz sobre el pelo a modo de diadema y se calzó las zapatillas de satén negras que conjuntaban con el camisón de verano, del mismo tono y tejido, que llevaba puesto.

Salió de su habitación como un Miura a punto de embestir y se encontró con Elena medio adormilada en la puerta de la suya, que había salido al pasillo al escuchar la música.

—Ahora mismo voy a decirle al okupa de al lado cuatro cositas —masculló al pasar por delante de su amiga.

Bajó veloz las escaleras mientras oía que una nueva canción comenzaba y salió a la calle sin importarle ir medio desnuda.

Se plantó frente a la puerta del vecino y pegó el dedo al timbre con toda la intención de quemarlo.

Tras un par de minutos, la puerta se abrió y apareció un chico moreno en camiseta y calzoncillos, que la miró de arriba a abajo boquiabierto. Natalia se quedó sorprendida al principio, pues esperaba haberse encontrado con el vagabundo rubio del día anterior.

«Este debe ser el novio del perroflauta», pensó ella, recordando cuando Elena le había comentado que su vecino tenía compañía masculina.

—¿Puedes hacer el favor de bajar la música? —le preguntó con la poca paciencia que tenía al joven, que la miraba con los ojos como platos.

Como el chico no le contestó, Natalia volvió a insistir.

—Que si puedes bajar la música —soltó entre dientes con rabia—. ¿O es que te has quedado sordo por tenerla tan alta?

—Yo... yo... —balbuceó el joven moreno poniéndose más rojo que un tomate maduro. Giró la cabeza hacia el interior de la casa y gritó—: ¡Rubéééééééén!

La canción se escuchaba con total nitidez ahora y Natalia se descubrió tarareando mentalmente la letra.

«Me colé por una rendija y caí al suelo.

Me corté con solo el reflejo de tu pelo y olvidé...».

Se enfurruñó más todavía al darse cuenta de que la estaba cantando y de que sus pies le pedían seguir el ritmo. Pero ¿qué diablos hacía? Había ido allí a quejarse, no a ponerse a bailar como una loca en mitad de una discoteca. Y además, ¡a ella no le gustaba Melendi!

Cuando el susodicho apareció desnudo, a excepción de una minúscula toalla beis atada a sus caderas, a Natalia se le secó la boca. Recién salido de la ducha, con el pelo y la barba todavía mojados, algunas gotas le caían hasta los hombros y los delineados pectorales, llegando a detenerse en el borde de la tela de rizo para ser absorbidas por ella.

Rubén era un espectáculo para la vista. Ya había atisbado un poco de su cuerpo cuando la tarde anterior saltó a su jardín, pero verlo así... Con esos brazos fuertes, esas caderas estrechas y los muslos firmes. Su cuerpo era fibroso,

atlético. Tenía la piel bronceada por el sol, como ya había apreciado la otra vez, lo que hacía que sus ojos verdes resaltaran en esa cara de nariz recta y labios jugosos.

«Vaya con el perroflauta. Está como un tren», pensó Natalia sin poder apartar la vista de semejante portento masculino e imaginando cómo sería tocar el fino vello rubio que le cubría el torso, y deslizar los dedos por los tatuajes para sentirlos en sus propias yemas. Al instante se regañó a sí misma.

Rubén se acercó a Santi y a ella bailando con gracia el flamenco pop de Melendi y cantando a grito pelado, mientras agarraba la toalla con una mano para que no resbalara mostrando sus vergüenzas.

—Buenos días —saludó con una sonrisa que dejó ver su perfecta dentadura reluciendo en medio de la barba rubia—. ¿Algún problema, vecina? —preguntó repasando el atuendo de Natalia con una apreciativa mirada.

Ella comprobó cómo las pupilas de Rubén se agradaban con cada centímetro que iba descubriendo de su cuerpo. Señal de que le gustaba, y mucho, todo lo que veía. A pesar de llevar puesto el camisón de satén, Natalia se sintió desnuda ante aquellos ojos hambrientos que la estaban devorando en décimas de segundo.

Notó cómo enrojecía y al enfado por la molesta música se unió el nerviosismo por saberse el centro de atención de aquel hombre. Al sentir cómo la sangre corría enloquecida por sus venas debido a la mirada que el vecino le dedicaba, se indignó consigo misma. Ella no debía sentirse así y él no tenía ningún derecho a comérsela con los ojos como estaba haciendo. Ella era una mujer con clase y él...

«Está muy bueno, sí, pero no deja de ser un maldito perroflauta», se dijo.

—Pues sí —contestó Natalia con toda su mala leche—. Hay un problema. La puñetera música. ¿No la puedes bajar un poco? Lo bastante para que solo la oigáis tú y tu amigo. —Miró un segundo al chico moreno que permanecía al lado de la puerta abierta con la cara todavía colorada—. ¿No te das cuenta de que es sábado y son las ocho de la mañana? ¡Hay gente durmiendo, por el amor de Dios! ¡Yo estaba durmiendo! Y me he pegado un susto tremendo al despertarme de golpe con los berridos de Melendi.

Rubén, sin perder su sonrisa, pero dejando de bailar en cuanto Natalia comenzó a gritarle, se acercó a ella hasta que quedó a escasos centímetros de su

cuerpo. Levantó el brazo que no sostenía la toalla y se apoyó en el marco de la puerta. Natalia no pudo evitar que sus ojos se clavasen en las letras góticas que surcaban la piel del vecino y que los dedos le cosquilleasen por el anhelo de tocarlas.

«Dios mío, con lo que me gustan a mí los tatuajes...», suspiró interiormente agrandando los ojos al verlo.

Aspiró el maravilloso aroma a cítricos y a limpio que desprendía Rubén, y tuvo que contenerse para no acercarse más a él y olisquearle como un animal en celo.

Santi, aliviado por la presencia del dueño de la casa, huyó de allí sabiendo que él se encargaría de arreglar las cosas con la vecina... o estropearlas aún más.

—Mira, rubita, no te consiento que vengas a mi casa a gritarme y mucho menos que denomines «berridos» la voz de Melendi cuando canta —replicó molesto, clavando sus ojos verdes en los de ella del mismo color—. Aquí los únicos berridos que he escuchado hasta ahora han sido los tuyos.

Natalia abrió la boca para contestarle, pero él no la dejó.

—Con el aspecto de finolis que tienes, esperaba más educación por tu parte y, sin embargo, pareces una *choni poligonera*. Si no te gusta mi cantante favorito, me da igual. Es mi casa y es la música que me gusta. Haré lo que yo quiera. Pondré sus canciones todo lo alto que me dé la gana. Si te parece bien, perfecto. Si no, puedes mudarte a otro sitio.

Y, tras acabar de decir esto, la cerró la puerta en las narices.

Ella se quedó boquiabierta ante tal desfachatez y mala educación. Tardó unos cuantos segundos en reaccionar. Pero cuando lo hizo, juró vengarse del maldito vagabundo que vivía a su lado.

—¡Te odio! —le gritó a la puerta cerrada.

7

—Tío, te has pasado tres pueblos. Pobre chica —le riñó Santi a Rubén nada más terminar de cerrar la puerta.

—Anda y que le den. Esa se ha creído que por ser una diva tiene derecho a venir a mi casa para decirme lo que puedo hacer y lo que no. Lo lleva claro la niña.

Comenzó a subir las escaleras hacia su habitación, dejando la huella de sus pies descalzados y húmedos en cada uno de los escalones.

—Rubén —comenzó a decir Santi con paciencia siguiéndole—, la chica tiene razón. Son las ocho de la mañana de un sábado. La gente aprovecha para dormir hasta más tarde y más ahora, que muchos aún siguen de vacaciones.

—¡Oh, Dios mío! He interrumpido el descanso de esa Barbie y seguro que hoy su cutis no estará tan terso y precioso como siempre por no haber dormido lo suficiente —se mofó Rubén llevándose una mano al corazón como si le doliese en el alma haber perturbado la paz de la vecina—. Ahora le saldrán ojeras, patas de gallo, arrugas en el entrecejo. ¡Castígame, señor, por los pecados que he cometido! —gimió teatralmente.

—Joder, tío, no digas chorradas —se quejó Santi a su espalda—. Intenta comprenderla.

Llegaron al rellano donde se repartían las habitaciones y el baño del piso superior, y Rubén se volvió para mirar a Santi.

—Estoy harto de divas y princesas como ella. Son todas iguales. Igualitas que Celia. ¿No te quedó claro con las anteriores inquilinas?

—Lo de Celia fue hace mucho. Deberías pasar página —le recomendó su amigo—. No puedes odiar eternamente a todas las mujeres que se parezcan a ella. Además, la vecina tiene razón. No son horas para poner la música a tope —repitió, intentando hacerle comprender.

—Haré lo que me dé la gana. ¿A ti te molesta que ponga la música tan alta? Santi negó con la cabeza, pues a él también le gustaba escucharla a todo volumen. Pero entendía la situación de la gente que vivía a su alrededor y sus quejas.

—Pues si a ti no te importa, que eres quien vive conmigo, no veo por qué a

ella le debe importar.

—Son las horas de descanso, Rubén. Es normal que...

Se calló al escuchar una melodía de David Guetta tan alto que temblaban las paredes del adosado.

—¡Mira! A ella también le gusta la música a tope. —Señaló Rubén hacia la pared que lindaba con la casa de la vecina—. Y luego viene a quejarse de mi Melendi. ¡Tendrá morro, la tía!

—Parecéis dos críos compitiendo por ver quién mea más lejos —murmuró Santi caminando hacia el equipo de música en la habitación de Rubén y apagándolo.

—Nat, por favor, baja la música —le pidió a gritos Elena mientras se tapaba los oídos.

—Si él no lo hace, yo tampoco —replicó Natalia cruzándose de brazos para reforzar su negativa. ¡Se iba a enterar el okupa ese de quién era ella!

—Esto es de locos. —Elena anduvo hasta la radio y la apagó.

El silencio reinó en la casa. Al otro lado de la pared tampoco se oía nada y Natalia sonrió mirando a Elena.

—He ganado —afirmó victoriosa.

Su amiga puso los ojos en blanco, pero no contestó. Salió de la habitación y se marchó a la suya dispuesta a darse una ducha, pues volver a dormir sería imposible. Ya se había espabilado demasiado. Si podía, después de comer, se echaría la siesta.

El resto del fin de semana lo pasaron con tranquilidad. Nadie volvió a poner la música alta ni se vieron las caras con los vecinos. Natalia pensaba que era gracias a ella, por haber vencido en su lucha de poder con Rubén. Pero el domingo por la noche descubrió que no era así.

Sobre las diez y media salió a tirar la basura al contenedor cercano. Regresaba a casa cuando vio cómo aparcaba frente a la puerta del vecino una furgoneta verde, bastante grande, con el portón trasero lleno de pegatinas, al parecer de todos los lugares donde había viajado su propietario, y de ella descendían el perroflauta y su novio.

Los dos iban vestidos de manera similar. Con bermudas vaqueras y camisetas. Rubén azul y Santi roja.

Natalia comprobó que Rubén tenía otro tatuaje, de aspecto tribal, que le cubría por completo el gemelo de una de sus piernas. Se quedó unos segundos embobada mirándolo y después su vista se desvió hacia el brazo donde el vecino vagabundo llevaba escrito su nombre. Su corazón se aceleró al ver las marcas en la piel de ese joven rubio y Natalia se maldijo a sí misma por lo que la tinta negra le hacía sentir. La excitaba demasiado y eso no era lo correcto. Ella tenía novio, ¡por favor! No debería sentirse así con ningún otro hombre.

Los miró mal, molesta consigo misma, pero sobre todo con el perroflauta que despertaba en ella esos sentimientos, y aceleró el paso para continuar su camino. Sin embargo, no pudo evitar que ellos también la vieran y que, al pasar por su lado, Rubén la diera las buenas noches. Natalia no contestó. Iba a entrar ya en su adosado cuando Elena salió con un par de tarros de cristal vacíos en las manos.

—Se te ha olvidado llevar esto al contenedor del vidrio —le dijo su amiga.

—Llévalo tú. Acabo de cruzarme con el okupa y no me apetece verle de nuevo.

Elena miró en la dirección que Natalia le había indicado con un gesto de la cabeza y se encontró con Rubén sacando un par de mochilas de la parte trasera de la furgoneta. También vio al chico moreno que ya cargaba con otra a la espalda y que la estaba mirando a ella fijamente. Al saberse pillado in fraganti, el joven desvió la vista al suelo de inmediato. Se dio la vuelta y le dijo algo a Rubén en susurros. Este miró por encima del hombro y, al ver a Elena, alzó una mano para saludarla acompañando el gesto con un «buenas noches, vecina».

—Y encima nos saluda. ¿Será imbécil? —se quejó Natalia.

—Yo creo que es más educado que tú, Nat. Anda, ya los llevo yo —contestó Elena refiriéndose a los dos tarros de cristal—. Así conozco al otro vecino.

—¿Al novio del perroflauta? ¿Para qué narices quieres conocerle? —se escandalizó Natalia.

—Mira, ¿sabes qué te digo? Que tú serás una antipática y una borde con los vecinos, pero yo no. —Comenzó a bajar las escaleras hacia la cancela de hierro forjado que protegía la casa de los ladrones.

—Ele, no, ni se te ocurra.

—Si es que ya me lo decía mi madre —contestó haciendo caso omiso a la

negación de Natalia—, que yo iba para árbitro o para juez, siempre mediando en conflictos con los demás, intentando buscar un acercamiento entre las partes para llegar a un acuerdo.

Y se dirigió con paso decidido hacia los vecinos con toda la intención de llevarse bien con ellos y que la convivencia fuera lo más armoniosa posible.

Natalia calcinó la espalda de su amiga con la mirada y, cruzándose de brazos pero en actitud alerta por si debía acudir a su rescate, se apoyó contra el marco de la puerta de su chalet.

—¿Has visto a la Barbie? Hasta para tirar la basura va vestida como si acabase de salir de un catálogo de moda con ese trapito y los tacones. Antes muerta que sencilla, sí señor —se burló Rubén hablándole a Santi—. No vaya a ser que aparezca su príncipe azul y al ver que no está arreglada dé media vuelta y se pise a buscar a otra.

—Cállate. Su amiga viene hacia nosotros —murmuró Santi lo más bajo que pudo.

Rubén se giró de nuevo para mirar a la susodicha y se encontró con una sonriente Elena a escasos cuatro metros de ellos.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó la vecina—. ¿Venís de viaje?

Se paró al lado de Santi al llegar con toda la intención de presentarse.

—Me llamo Elena —dijo tendiéndole la mano—. Encantada.

—Igual... mente. Yo... Yo soy Santi —tartamudeó él, a quien el sonrojo por la timidez le llegaba hasta las raíces del pelo. Estrechó débilmente la mano de Elena y enseguida la retiró para guardársela en el bolsillo de sus bermudas vaqueras. Desvió la vista hacia Rubén implorándole con los ojos que dijera algo porque él era incapaz de hacerlo.

—Hola, Elena —intervino Rubén viendo la vergüenza que estaba pasando su amigo—. Pues sí. Hemos estado fuera el fin de semana, como habrás podido comprobar por la ausencia de música en mi casa —comentó con sarcasmo.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta Natalia y yo —contestó ella riéndose.

Natalia. Así que así se llamaba la rubia de ojos verdes que Rubén no se había quitado de la cabeza en el día y medio que habían pasado en la sierra madrileña, de acampada con su grupo de amigos.

Y es que no era para menos. Esa chica era una auténtica belleza y

encontrársela en el umbral de su casa como había sucedido el sábado antes de que Santi y él se marchasen, con un corto camisón de satén negro en el que se intuían los pechos firmes y el cuerpo esbelto que ella tenía, con el antifaz en el pelo como si fuese una diadema, absolutamente nada de maquillaje en la cara, cosa que a Rubén le gustó, pues pudo comprobar que ella era guapa sin ir pintada como una puerta, y esas piernas largas, diseñadas especialmente para ser acariciadas, le habían vuelto loco todo el fin de semana.

Algo que a él, que rechazaba a las divas como Natalia, le había puesto de bastante mal humor cada vez que se sorprendía pensando en ella.

—Perdona la escenita que te montó mi amiga —continuó hablando Elena, disculpándose, y sacando a Rubén de sus pensamientos—. Es que se llevó un susto tremendo y por eso se enfadó. Pero es buena chica. Muy simpática y alegre. Y tiene un gran corazón —añadió en defensa de Natalia.

—Pues lo disimula estupendamente —soltó Rubén escéptico.

—Habéis comenzado con mal pie. Eso es todo. Pero estoy segura de que tú eres un hombre inteligente y la darás una segunda oportunidad, ¿verdad que sí?

Rubén sonrió al escucharla. Eso mismo le había estado diciendo Santi todo el fin de semana.

—Vale —concedió, aunque no muy de acuerdo—. Pero solo porque tú me has caído bien —añadió pensando que pondría en cuarentena también a Elena hasta conocerla mejor. Al fin y al cabo, no dejaba de ser otra divina más, pero parecía simpática y dispuesta a mostrarse amigable con ellos.

—Gracias —sonrió y miró a Santi, que había permanecido en silencio toda la conversación—. Bueno creo que iré a tirar esto a la basura. —Le mostró los dos envases de vidrio que portaba en las manos—. Encantada de haberte conocido, Santi. Supongo que nos veremos a menudo por aquí.

Santi carraspeó buscando su voz para contestarla.

—Sí... Sí, nos veremos... por aquí —dijo, todavía rojo de vergüenza, haciendo un intento por mantener sus ojos en los de Elena. Lo consiguió durante pocos segundos, pero los suficientes para que ella se cerciorase de que tenía una mirada limpia e increíblemente dulce.

—Buenas noches, chicos —se despidió de ellos con el corazón lleno de una mezcla de excitación por el atractivo físico de Santi y de ternura por su timidez, y la dulzura que desprendía ese joven.

Al volver de tirar los frascos de cristal al contenedor correspondiente, Rubén aprovechó para preguntarle algo que se le había pasado antes.

—Perdona, Elena, ¿no habréis encontrado un diábolo en vuestro jardín? Es que el otro día salió volando desde mi patio y estoy seguro de que cayó al vuestro. Pero tu amiga me dijo que no cuando le pregunté.

—Pues... la verdad es que no —mintió Elena. No estaba dispuesta a delatar a Natalia y decirle que el famoso juguete había terminado en la basura. Aunque no estuviera de acuerdo con la fechoría que había hecho su amiga, su lealtad hacia ella era inquebrantable.

—De acuerdo. Pero si lo encuentras, ¿serías tan amable de devolvérmelo?

—Por supuesto.

—Gracias. —Rubén acompañó con una sonrisa sus palabras.

Se despidieron de nuevo mientras él cogía unos bastones, de los que se usan en senderismo, y, cerrando el portón de la furgoneta, desapareció dentro de su adosado.

Cuando Elena entró en su chalet, Natalia la cosió a preguntas. Le contó su conversación con Rubén y que el motivo por el que no habían oído ni un solo ruido en casa de los vecinos era, sencillamente, porque no habían estado. Así que la supuesta victoria de Natalia sobre el perroflauta en cuanto al volumen musical no era tal. Le advirtió también a su amiga de que Rubén continuaba con su búsqueda del diábolo, pero que ella no la había delatado. Le aconsejó que le dijera la verdad al chico y que, para reducir el enfado de este al enterarse, le regalase otro igual. Pero Natalia se negó a hacerlo. Jamás en la vida se rebajaría a algo así con él.

8

Las oficinas de la revista *Zero* eran un hervidero aquella mañana de últimos de agosto. Muchos empleados regresaban de sus vacaciones estivales y tocaba ponerse al día volviendo a la rutina. Otros tantos se preparaban para disfrutar de las suyas en septiembre.

La publicación estaba situada en el piso veintidós de una de las cuatro torres del Business Área de Madrid, un parque empresarial construido hacía ya algunos años junto al Paseo de la Castellana.

Natalia y Elena se habían conocido en la Facultad de Periodismo, trabajando juntas en el periódico de la Universidad. Se cayeron bien al instante y entre ellas fue naciendo una bonita y sincera amistad. Al acabar la carrera, cada una comenzó sus prácticas en distintas revistas, pero nunca perdieron el contacto. Año y medio antes, Elena empezó a trabajar en *Zero* y meses después quedó vacante un puesto en la publicación. En cuanto supo esto, llamó a Natalia para que se presentase como candidata a dicho puesto. Ella lo hizo y, debido a sus buenas referencias, consiguió el empleo. El sueldo era mayor que el que tenía anteriormente y esto le permitió independizarse de sus padres. Natalia le propuso a Elena irse a vivir juntas, como habían planeado infinidad de veces en la Facultad, y su amiga aceptó encantada.

—Reunión de contenidos en treinta minutos, chicas —las informó una compañera que pasó al lado de sus mesas de trabajo.

—¿Dónde está Carla? —quiso saber Natalia—. Aún no la he visto. Regresaba hoy de las vacaciones, ¿verdad?

Miró a Elena, sentada en la mesa de al lado, y esperó la respuesta.

—Estará liada repartiendo a sus tres hijos entre la familia —contestó Elena, y bebió un sorbo del café que se había traído del Starbucks cercano a la oficina.

—La verdad es que debe ser una locura tener tres niños pequeños y estar trabajando los dos. Menuda labor logística tienen que hacer los pobrecillos —admitió Natalia pensando en la situación de su compañera Carla y su marido—. Estarán deseando que comiencen el colegio. El pequeño Pablo continuará en la guardería, ¿no?

—No, Nat. Ya tiene tres añitos así que empieza el colegio. Bueno, «el cole

de mayores» como dice Carla que lo llama el niño.

—Voy a darle un telefonazo a ver cómo lo lleva y a comentarle lo de la reunión de redactores. No quiero que llegue tarde —comentó Natalia, preocupada por su compañera.

Se giró en su silla y descolgó el teléfono para marcar el número de su amiga. Tras hablar un par de minutos con ella, en los que esta le comentó que estaba cerca de la oficina pero metida en un atascazo enorme, se despidieron.

Nada más colgar el teléfono, este volvió a sonar por la línea interna. Natalia levantó el auricular y al escuchar una voz masculina de sobra conocida, una preciosa sonrisa nació en su cara.

Elena supo enseguida quién la había llamado.

—Vuelvo en un minuto... o en quince —le dijo Natalia a Elena guiñándole un ojo nada más colgar el auricular.

Cogió un espejito que siempre guardaba en el primer cajón de su mesa y se miró en él, comprobando que el maquillaje y el peinado estaban impecables. Se levantó y se alisó la falda lápiz blanca con una pasada de las manos. Después se abrió un par de botones de la camisa roja sin mangas para dejar entrever la redondez de sus senos, dándole un toque aún más sexi a su indumentaria.

—La reunión es dentro de veinticinco minutos. No llegues tarde —susurró Elena—. Y, sobre todo, no vengas con cara de haber echado el polvo del siglo. Disimulas muy mal y como Cecilia se entere... —Dejó la frase en el aire porque sabía que Natalia comprendería perfectamente lo que venía a continuación.

—No lo haré tan mal cuando llevo casi un año con Saúl y nadie se ha enterado aún. Tú lo sabes porque yo te lo conté, que si no tampoco hubieses sospechado nada —rebatía Natalia bajando la voz todo lo que pudo.

—De todas formas, se te nota en la cara cada vez que estás con él. Aunque la gente no sepa a quién de la revista te estás tirando, sí notan que has estado con alguien. Vuelves toda ruborizada y con un brillo en los ojos difícil de ocultar. Ten cuidado.

—Lo que mi cara refleja es la felicidad que me produce estar con él. Tranquila. —Natalia la sonrió con cariño y se dirigió hacia el lugar donde tendría su cita con el hombre del que estaba enamorada.

Las mariposas en su estómago revoloteaban frenéticas. Después de tres semanas sin verle por fin iba a estar junto a su amor, aunque solo fueran unos

minutos robados al horario laboral.

Pasó por delante de recepción para dirigirse a la otra parte de las oficinas de la revista, donde estaban los despachos de todos los jefazos.

—Hola, Natalia —la saludó su compañera Amanda al cruzarse con ella—. ¿Cómo han ido las vacaciones?

—De maravilla. Elena y yo hemos estado en Ibiza, como te dijimos antes de irnos —contestó Natalia sin pararse, pues tenía prisa por llegar a su destino—. Luego nos tomamos un café todas juntas y te contamos.

—Hay reunión de redactores dentro de un rato —la informó Amanda, alejándose ya por el pasillo hacia su puesto de trabajo.

—Sí, lo sé. Nos vemos luego —se despidió Natalia con un gesto de la mano.

En cuanto dobló la esquina del pasillo y vio que no había nadie cerca, echó a correr con la sangre quemándole en las venas. Necesitaba estar con su hombre y lo necesitaba ya.

9

Antes de tocar con los nudillos en la puerta, Natalia se recolocó la ropa y el pelo. Inspiró hondo para calmar los acelerados latidos de su corazón y llamó suavemente.

—Cierra la puerta con el pestillo. No quiero que nadie nos interrumpa —ordenó Saúl en cuanto Natalia traspasó el umbral de su oficina.

Ella obedeció y, al volverse, ya tenía a su hombre encima. Este la agarró por la cintura y la pegó a él.

—Estás muy guapa, cariño. El bronceado te sienta estupendamente —dijo Saúl, antes de apoderarse de su boca con un agresivo beso.

Natalia se colgó del cuello de su amor y se entregó al exigente beso que él le estaba dando, rindiéndose por completo.

—Te he echado de menos —gimió ella cuando Saúl la dejó respirar unos segundos—. ¿Se lo has contado a Cecilia? ¡Dime! ¿Cómo se lo ha tomado?

—No perdamos el tiempo hablando —la apremió él tirando de ella hacia la mesa.

Natalia obedeció pensando que más tarde, cuando hubieran terminado de darse placer mutuamente, él la sacaría de dudas. Deseaba con fervor que Saúl hubiese aclarado todo con su familia para que, por fin, pudieran estar juntos sin tener que esconderse.

Al llegar al escritorio, Saúl le dio la vuelta, quedando de espaldas a él y le subió la falda hasta la cintura. Ella se inclinó hacia delante, pegando los pechos a la superficie de madera lacada, colocándose en la posición que sabía que a su amante le gustaba.

Él le bajó el tanga de un tirón y, con la rodilla, la obligó a separar más las piernas. Comprobó, con una pasada de sus dedos por la hendidura de Natalia, que ella ya estaba lista para él. Al sentir el roce en sus pliegues íntimos, Natalia gimió de gusto. Saúl se puso un preservativo en su dura erección y se enterró en Natalia con un certero empuje, que los hizo jadear de placer a los dos.

Comenzó a entrar y salir de ella con fuerza, orgulloso de su virilidad, mientras Natalia se sujetaba, agarrada con las manos a la mesa, para que Saúl no la desplazase ni un milímetro de su posición. Sabía que a él le gustaba que se

mantuviera inmóvil porque la sensación de verla vulnerable, sometida a sus exigencias, le excitaba más. Y a ella también. Saberse el centro del deseo de un hombre como Saúl hacía que su ego femenino aumentase.

—Oh, Dios mío... —murmuró Natalia cuando notó que estaba a punto de explotar.

Saúl la dio un fuerte azote en el culo, haciéndole daño, al tiempo que la reñía.

—Cállate. No quiero que hables. ¿Es que ya se te ha olvidado que me gusta que seas silenciosa? —la riñó molesto inclinándose sobre ella y tapándola la boca con una mano.

Natalia asintió como pudo, con la mejilla pegada a la superficie de madera y mirándole de reojo, pidiendo su perdón por haber hecho algo que a él le disgustaba. Pero es que cuando notaba cómo el calor del orgasmo se apoderaba de su sexo y le recorría todo el cuerpo, le costaba mucho mantenerse en silencio como él quería.

Saúl continuó empujando dentro de ella un par de minutos más hasta que por fin llegó al éxtasis, notando en su miembro los espasmos del placer de Natalia.

—¿Has hablado ya con Cecilia? —quiso saber de nuevo ella cuando todo hubo acabado y sus respiraciones se normalizaron—. La incertidumbre me está matando, amor.

—Nos quedan diez minutos, nena —dijo él echando un vistazo al reloj que colgaba de un lateral de su despacho—. ¿Y quieres que los perdamos hablando de ella? —Hizo una mueca de desagrado, quitándose el preservativo y escondiéndolo en un pañuelo de papel antes de tirarlo a la papelera al lado del escritorio.

—Pero es que necesito saberlo —se quejó Natalia con un gemido. Se recolocó bien la ropa mientras se volvía para quedar de cara a su novio.

—Ha estado bien, ¿verdad? —comentó él, orgulloso de su hazaña, ignorando la súplica en la voz de ella.

—Ha sido fantástico —corroboró Natalia echándole los brazos al cuello—. Y será mejor cuando estemos juntos. ¿Te imaginas poder hacerlo sin tener que escondernos? —preguntó ilusionada.

—Entonces será maravilloso, nena. Solo hay que esperar un poco más y

conseguiremos nuestros sueños.

Natalia se dio cuenta en ese momento de que Saúl todavía no le había contado nada a la mujer que se interponía entre ellos.

—¿Esperar un poco más? No has hablado con ella, ¿verdad? —murmuró entristecida, notando cómo la decepción se apoderaba de su cuerpo.

Él terminó de meterse la camisa por dentro del pantalón y se subió la cremallera. Se deshizo de los brazos de Natalia en torno a su cuello y caminó para sentarse tras su escritorio.

—Pero, cielo —Saúl evitó la mirada de Natalia concentrándose en la *tablet* que tenía delante—, ¿cómo se lo iba a decir estando de vacaciones? Son los únicos días que tiene de descanso, para pasarlos en familia, y no puedo ser tan ruin de estropeárselas. Además, los niños tampoco se merecen ver a sus padres discutiendo ni peleando en vacaciones. No quiero que mis hijos tengan ese recuerdo de sus días en Marbella.

—Entiendo que no quieras que tus hijos tengan un mal recuerdo, ¡pero yo ya no aguanto más! —dijo, alzando la voz.

Con rapidez, Saúl se levantó de su asiento y se acercó a Natalia para taponar la boca con una mano.

—No grites —ordenó apretando los dientes enfadado—. Te recuerdo que mi mujer está en ese despacho de al lado. ¿Quieres que nos descubra?

Natalia movió la cabeza para librarse de la mano que la impedía hablar.

—Quizá sería lo mejor —soltó ella indignada—. Así por fin os divorciaríais y tú y yo podríamos estar juntos.

—Si nos pilla Cecilia por tu culpa, te dejaré —la amenazó mirándola enfurecido.

—¿Serías capaz? —preguntó incrédula.

—Te he dicho que lo haré a mi manera. Yo decidiré cuándo es el mejor momento para soltar la bomba en mi casa.

Natalia, temiendo que él cumpliera su amenaza de abandonarla, se abrazó a Saúl como si él fuera un salvavidas en medio de una tempestad.

—Perdóname, cariño. Es que me siento despreciable cada vez que miro a Cecilia a la cara y necesito solucionar esta situación de una vez —susurró al borde de las lágrimas—. Y como me prometiste que hablarías con tu familia estas vacaciones, yo...

—Lo haré —la cortó Saúl, dejándose abrazar por ella, pero sin rodearla él con sus brazos—, pero en otro momento y a mi manera.

Saúl miró el reloj que colgaba de la pared y añadió:

—Tenemos que irnos. La reunión comenzará en ocho minutos.

Cogió a Natalia por la nuca y estampó su boca contra la de ella robándole el aliento.

—Tendrás que ir primero al baño para retocarte el maquillaje —la aconsejó—. Se nota demasiado que te han echado el mejor polvo de tu vida. ¿Tengo carmín en los labios?

—Un poco —contestó Natalia con voz triste, aguantándose las ganas de llorar por la decepción que se había llevado tras el explosivo reencuentro con su amante.

—Límpiame —ordenó Saúl al tiempo que cogía un pañuelo de papel de una cajita que había sobre su mesa y se lo tendía a ella.

10

Natalia entró en la reunión, que ya había comenzado dos minutos antes, con rapidez. Intentó que no se notara el rubor en sus mejillas, pero era del todo imposible a pesar de haberse retocado el maquillaje.

—Siento llegar tarde —se disculpó—. Me han entretenido al teléfono.

No quiso mirar a Saúl, sentado al lado de su mujer tomando notas en su *tablet*, para que el brillo de sus ojos no delatara que él era el objeto de su deseo y que acababa de compartir con ese madurito atractivo unos momentos de pasión increíbles. Además de una decepción que la oprimía el pecho porque las cosas seguían como siempre. Ella continuaba siendo «la otra».

—No pasa nada —sonrió Cecilia, su jefa—. Solo comentábamos que el número del mes pasado fue todo un éxito. Hemos superado en ventas a *Muy Interesante* y a *Quo*.

Se oyó un revuelo general en el que todos los allí reunidos, tanto hombres como mujeres, proclamaron su alegría por este hecho.

—Esperamos que el de este mes también lo sea. Y los de los próximos meses igual. Tenemos que superarnos cada vez más —continuó Cecilia mirando uno por uno a todos sus redactores—. Y cuento con vosotros para ello. Somos un gran equipo y estoy orgullosa del trabajo tan excepcional que hacéis. Conseguiremos muchos más éxitos.

Cecilia era una buena jefa. Siempre animando a sus empleados a dar lo mejor de sí, a renovarse y superarse continuamente. Realmente la mujer estaba orgullosa de sus redactores y del resto del personal de la revista. Sus empleados la apreciaban, pues siempre tenía una palabra amable para cada uno de ellos. Se preocupaba por sus problemas e intentaba ayudarles lo máximo posible. Cecilia siempre decía que un empleado contento trabaja mejor y eso se traduce en beneficio empresarial. Así que ella intentaba, en la medida de lo posible, que «sus chicos y chicas» fuesen felices en su entorno laboral.

Por eso Natalia se sentía tan despreciable cada vez que Cecilia le sonreía igual que una madre sonríe a sus hijos y la felicitaba por su trabajo bien hecho. Se estaba tirando a su marido ¡por el amor de Dios! ¿Cómo podía hacerle eso a una persona buena como su jefa?

Pero es que se enamoró de Saúl desde que le vio por primera vez y, aunque luchó contra esos sentimientos, finalmente acabó cediendo a los ruegos del hombre y comenzó una relación clandestina con él.

Natalia sabía que estaba mal. La conciencia le remordía. Pero es que estaba tan enamorada... Y él le prometía mil veces que iba a dejar a Cecilia para estar con ella... No quería ser una *robahombres* y no podía evitar sentirse así de mal consigo misma cada vez que miraba a Cecilia. Pero ella había encontrado el amor en Saúl y también tenía derecho a ser feliz.

Además, Cecilia podría tener a cualquier hombre cuando Saúl y ella se divorciasen. Era una mujer de cuarenta y tres años que continuaba teniendo una belleza magnífica. Alta y delgada, con una cabellera morena, larga y rizada y unos ojos marrones llenos de dulzura. Cecilia era ingeniosa y divertida. Culta, inteligente. Era un placer conversar con esa mujer, pues las charlas con ella siempre eran amenas, interesantes y entretenidas. Cualquier hombre caería rendido a sus pies, tanto por su físico como por su intelecto.

Por eso a Natalia no le importaba que ella y Saúl se divorciasen. Seguro que Cecilia en poco tiempo encontraría otro hombre que la hiciera feliz.

—Por cierto —continuó hablando su jefa—. ¿Dónde está Carla? ¿Está enferma? ¿Le ha sucedido algo? —quiso saber, realmente preocupada por su empleada.

La mencionada entró como un vendaval en la sala de reuniones disculpándose por llegar tarde y explicando los motivos de su retraso. Cecilia la escuchó y la comprendió. Ella también era madre de dos niños pequeños y sabía lo difícil que es conciliar la vida laboral con la familiar.

—Bueno, pues ahora que ya estamos todas y todos —miró a su marido sonriendo— podemos comenzar. A ver Lorena, ¿qué tienes planeado para el número de octubre?

Mientras esa compañera explicaba el reportaje que tenía pensado hacer, Elena se acercó con su silla más a Natalia para cuchichearle al oído.

—Déjame adivinar. Aún no le ha dicho nada, ¿verdad? —susurró refiriéndose a la promesa de Saúl de hablar con Cecilia y romper su matrimonio para estar con Natalia.

Natalia meneó la cabeza negando y Elena no pudo evitar soltarle un «te lo dije» que a su amiga se le clavó en el alma como un puñal envenenado.

—Déjame en paz. Es mi vida y haré lo que me dé la gana —soltó, molesta con su compañera.

—Se está riendo de ti. Tienes que acabar con esto de una vez —insistió Elena.

—Joder, eres peor que Pepito Grillo. Bastante tengo con mi conciencia para que tú...

—Natalia, es tu turno. —Oyeron la voz de Cecilia.

Natalia se acomodó bien en su silla y, cogiendo la documentación que había preparado para la reunión, comenzó a explicar sus ideas para el próximo número.

—Verás, Cecilia... —Le contó el suceso de aquella noche con el chiquillo que tenía parálisis cerebral—. Me parece un tema muy interesante pero muy desconocido, por desgracia. Y quiero que nuestras lectoras y lectores conozcan la vida de esos niños que la sufren, de sus familias; que sepan la increíble labor, casi diría que milagrosa, de los profesionales médicos que trabajan con ellos día a día. Fisioterapeutas, logopedas, docentes, enfermeras... Quiero ver todos los puntos para dar la mayor información. Ya tengo localizado un Centro de Educación Especial para niños con parálisis cerebral al que iré en septiembre, en cuanto vuelva de las vacaciones el personal que allí trabaja, para hacer entrevistas y demás.

—Como bien has dicho, es muy interesante ese tema y muy desconocido, Natalia. Así que adelante con ello. Seguro que vas a hacer un gran trabajo. Ya estoy deseando leer el artículo —la felicitó Cecilia aprobando sus ideas—. Elena, te toca.

11

—Hola, pequeñaja —saludó Rubén a su hermana a través del teléfono—. ¿Qué tal todo por ahí?

—Con mucho trabajo en el bar —contestó Alicia, refiriéndose al negocio familiar—. Pero todo bien. ¿Cuándo vas a volver a Burgos?

—¡Pero si he estado ahí hace ocho días! —exclamó Rubén riéndose—. ¿Tanto me echas de menos?

—Pues sí, para qué voy a negarlo. Además, el tiempo que has estado en vacaciones ayudándonos con el restaurante se ha notado mucho. Hemos estado más relajados.

—Tendrás que contratar a otro camarero más, Ali —le recomendó Rubén—. Yo vivo en Madrid. Trabajo en Madrid. No puedo ir todos los fines de semana a Burgos para echaros una mano en el negocio. Aunque sabes que siempre que voy me meto detrás de la barra encantado de poder ayudaros, pero...

—Ya, ya, Rubén, lo sé y lo entiendo —le interrumpió su hermana—. Créeme que lo entiendo. Pero es que lo haces tan bien...

—Será porque casi nací en la cocina del bar —soltó entre risas, recordando la historia que siempre contaba su madre, que había sido la cocinera del restaurante, sobre cómo fue la noche en que él vino al mundo. Con más de treinta personas cenando en el comedor, a los que tuvieron que echar de prisa y corriendo, pues la embarazada ya tenía contracciones cada cinco minutos. Gracias a Dios, el hospital estaba a pocos metros del local y nada más llegar, atendieron a la parturienta—. Por cierto, ¿qué tal papá y mamá? —quiso saber Rubén.

—Bien. Papá hace un rato que se fue para casa a descansar. Hoy ha abierto él, así que le he dicho que no venga a la noche para cerrar. Ya me ocupo yo.

—Mamá tiene que ir mañana a hacerse el Sintrom, ¿verdad? —preguntó Rubén.

—Sí, a primera hora. A ver qué tal le sale esta vez.

—Seguro que bien. Mañana la llamaré para que me cuente.

—Bueno, tengo que dejarte —le informó su hermana—. Acaban de entrar

varias personas y voy a atenderlas.

—De acuerdo, pequeñaja. Dale un beso a todos y diles que los quiero mucho. Y a ti también, hermanita.

—Otro beso para ti, Rubén. Yo también te quiero. Ven pronto a vernos de nuevo.

Cuando colgó el teléfono, se quedó unos instantes mirando el techo de su habitación pensando en su familia. Los echaba de menos terriblemente, por eso, cada vez que podía se escapaba a Burgos para estar con ellos y ayudar a su padre y su hermana en el negocio familiar. Su madre ya no trabajaba en él, pues una dolencia cardíaca la había apartado de la vida laboral hacía varios años.

Cogió de nuevo el móvil para mirar en el calendario cuándo sería la próxima vez que podría ir a su tierra y decidió el fin de semana en que lo haría.

Natalia estaba en el jardín de la casa, trabajando con su portátil en el artículo para el siguiente número de la revista.

A su alrededor todo era paz y tranquilidad. Justo lo que ella necesitaba para concentrarse en lo que hacía.

Los rayos solares le acariciaban las piernas desnudas. Al llegar a casa desde la oficina, se había puesto el bikini con la intención de tomar un rato el sol mientras estaba entretenida con el artículo. Se había sentado en la tumbona con el ordenador sobre el regazo y las piernas estiradas. Cuando terminase de trabajar, aprovecharía para cambiarse el color de las uñas mientras el astro rey bañaba su cuerpo, prolongando el bronceado adquirido durante las vacaciones.

Cuando posó sus dedos sobre el teclado para realizar una búsqueda en Google, escuchó música en el chalet de al lado. Frunció el ceño y miró molesta hacia la valla que separaba su jardín del vecino.

Intentó concentrarse de nuevo en su trabajo, pero la voz de Melendi no la dejaba. A esto había que añadir que uno de los dos chicos que vivían en el otro adosado se había puesto a cantar a grito pelado la letra de la canción.

Cada vez más irritada porque habían roto su paz y tranquilidad, aporreó las teclas del portátil deseando que, en lugar de estas, fuera la cabeza del que estaba cantando.

Pero no hubo forma. Ella necesitaba silencio para trabajar y tener al vecino berreando la sacaba de sus casillas.

Dejó el ordenador a un lado en la tumbona. Se levantó para subir las escaleras y ver si había alguien en el otro jardín.

Estaba vacío, pero la puerta de cristal del salón permanecía abierta y por ahí era por donde se colaba la música.

Cogió aire y llamó al vecino con la esperanza de que la oyera por encima de la voz del cantante asturiano.

—¡Oyeeeeeee! ¡Oyeeeeeee! ¡Vecinooooo! ¡El de la músicaaaaa!

Nadie acudió al oír sus gritos.

«La madre que parió al perroflauta del demonio», maldijo mentalmente, pensando que con toda seguridad sería él quien estaba cantando.

—¡Eeeeeeeehhhhh! ¡Vecinooooooo! —volvió a llamar.

Elena salió al jardín al escucharla.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Pero es que no lo oyes? —preguntó Natalia enfadada.

Justo en ese instante salió Rubén al patio y, al verlas, las saludó con una gran sonrisa.

—Buenas tardes, chicas.

Elena correspondió al saludo, pero Natalia pasó de formalismos y fue directa al grano.

—¿Quieres hacer el favor de bajar la música? —soltó de malos modos—. Estoy trabajando y me molesta.

—¿Trabajando así? —Se refirió al bikini con un gesto de la mano—. Nunca me imaginé que el modelito de Barbie obrera consistiera en tres minúsculas piezas de tela.

—Yo trabajo vestida como me da la gana —contestó Natalia molesta—. ¡Pero qué vas a saber tú, si no eres más que un perroflauta, que hace de malabarista y payaso en un circo!

Rubén no pudo contestar a la pulla, atontado como estaba, mientras sus ojos recorrían el esbelto cuerpo cubierto con un pequeño bikini morado y su miembro comenzaba a hincharse contento ante aquella imagen. Sintió cómo la sangre le hervía en las venas. En parte por la excitación de ver lo sexi que estaba la vecina así y en parte por su arranque de mal genio y su mala educación. ¿Y esa chica era una divina? Parecía una *choni* salida del peor barrio de Madrid.

Natalia, a su vez, admiraba el pecho desnudo del vecino que, de nuevo, iba sin camisa. Se enfurruñó todavía más al notar cómo el cosquilleo que ya había sentido las otras veces en su estómago se apoderaba de ella de nuevo.

—¡Y ponte una camiseta! —soltó enfadada consigo misma—. ¿O es que no te pagan lo suficiente en el circo donde trabajas para comprártelas?

Rubén bufó y contestó justo en el momento que Natalia cogía su portátil rosa de Apple y se sentaba otra vez en la tumbona con el ordenador sobre el regazo.

—Mira, Barbie del extrarradio, en mi casa haré lo que me dé la gana. Por suerte, yo todavía estoy de vacaciones. Si te jode que tú hayas vuelto a currar, es tu problema. ¿Por qué no te vas de tiendas un rato y fundes la Visa? A ver si así se te pasa el mal humor.

Dicho esto, Rubén dio media vuelta y se metió en su casa, dejando a Natalia boquiabierta por la contestación que le había dado.

—Me encanta tu forma de hacer amigos —comentó Elena burlándose de ella.

—Yo no quiero ser amiga de ese indeseable. —Natalia trató de respirar profundamente para calmarse. Pero no pudo alejar de su mente la imagen del torso desnudo de Rubén, vestido solo con el horrible pantalón *hippie* y los tatuajes de su cuerpo, que la atraían de una manera escandalosa—. ¡Dios! ¡Cómo le odio!

Elena entró en la casa, dejando a Natalia sola en el jardín. Pero al cabo de un rato, esta también se metió dentro. De aquella manera le iba a ser imposible trabajar, así que lo mejor era dejarlo por ese día.

El maldito vecino había puesto otra canción de Melendi, precisamente la de *Barbie de extrarradio* y la cantaba a voz en grito con toda la intención de que ella la oyera y supiese que se la dedicaba en exclusiva.

Sin embargo, Natalia no perdió la oportunidad de contraatacar con música de la que a ella le gustaba y fastidiar un rato al okupa rubio. Así que, decidida, se dirigió al equipo de música y seleccionó la canción *Outside*, de Calvin Harris y Ellie Goulding.

—¡Elenaaaaaaa! —llamó a su amiga que había subido a su cuarto—. ¡Bajaaaa!

Elena bajó rápido al salón y al entrar se encontró con Natalia bailando

como si estuviera en mitad de una discoteca en Ibiza. Empezó a reírse al verla porque estaba claro que se estaba volviendo loca en sus ansias por vengarse de Rubén y eso la divertía. Aunque también se dijo que Natalia se estaba pasando de la raya con el pobre chico. Aun así, se unió a su amiga en la danza, cantando también.

Cuando la canción acabó y comenzó a sonar *How deep is your love*, del mismo Calvin Harris y Disciples, Natalia subió todavía más el volumen y, agarrando a Elena de la mano, salieron al jardín, donde continuaron bailando y cantando como dos locas recién escapadas de un manicomio.

Rubén, que llevaba rato soportando la música discotequera de las vecinas, tuvo que apagar la suya, reconociendo así que Natalia había ganado esa batalla. Y también porque Santi le había suplicado que no comenzara una guerra con ellas. Salió a su patio y se quedó paralizado en lo alto de las escaleras al ver a aquellas dos bailando, cantando y riendo en mitad del jardín.

Se quedó embelesado con la belleza de Natalia, deseando recorrer con sus dedos cada línea y cada curva de ese cuerpo que Dios la había dado. Su erección cobró vida de nuevo, apretándose contra el pantalón y haciéndole daño. Instintivamente se tocó por encima de la tela mientras no dejaba de mirar la manera sensual en que Natalia se movía. Se imaginó cómo sería tenerla sobre él contoneándose así, llevándole al límite del placer y la locura.

De repente se dio cuenta del deseo arrollador que le invadía y parpadeó confuso. ¿Qué puñetas hacía él pensando en la Barbie de semejante forma?

—Tú no te animes tanto, que con las divas como esa no queremos nada de nada, ¿recuerdas? —murmuró, mirándose la tienda de campaña que tenía en los pantalones, hablando con su duro miembro.

Dio media vuelta y entró en la casa haciendo un esfuerzo descomunal por reducir la erección al mínimo. Pero el recuerdo de Natalia, en bikini, moviendo su cuerpo al son de la música, no se lo permitió hasta pasado un buen rato.

12

—¿Lo tenemos todo? —preguntó Rubén a Santi, quien llevaba la lista de la compra en una mano y la estaba repasando.

Los dos amigos se encontraban la tarde siguiente a la disputa entre Rubén y Natalia en el hipermercado del centro comercial cercano a su domicilio.

—Cervezas, patatas fritas, aceitunas... —enumeró Santi mientras Rubén empujaba el carrito de la compra—. Espera, faltan las *pizzas*.

—Vale. Están en el siguiente pasillo.

Doblaron la esquina y se encontraron de frente con las vecinas, que también estaban haciendo la compra.

—Hola —saludó Elena con una gran sonrisa al verlos.

Natalia, sin embargo, frunció el ceño y no dijo nada. Después, desvió su atención hacia los estantes más cercanos ignorando a Rubén y Santi por completo.

Ellos correspondieron al saludo y Elena comprobó cómo Santi, de nuevo, se ponía colorado.

—¿Comprando? —preguntó ella, aunque era obvio.

—Pues sí, igual que vosotras —contestó Rubén sonriendo y señalándoles el carrito que Elena sujetaba.

—¿Todo eso es para el partido de la Supercopa de Europa de esta noche? —quiso saber.

A los chicos les sorprendió que ella supiera que había fútbol ese día, ya que normalmente las féminas no se preocupaban de esas cosas, y, ante su expresión perpleja, Elena, riéndose, añadió:

—Yo también lo voy a ver. Soy la pequeña de cuatro hermanos, todos chicos y apasionados del balón —aclaró—. Mi padre era el entrenador del equipo del colegio y mis hermanos han jugado en él durante varios años. No me quedaba otro remedio. El fútbol tenía que gustarme sí o sí —dijo encogiéndose de hombros.

Natalia frunció el ceño todavía más al escucharla contar algo de su vida privada a unos desconocidos. «Solo te falta decirles la talla de sujetador que usas», estuvo a punto de soltarle a su amiga, pero prefirió mantenerse en

silencio, ignorando a los vecinos.

—¡Vaya! —exclamó Rubén sorprendido—. Pues me alegro de saberlo. Ahora me caes todavía mejor. —Y mirando a Natalia, que había sacado el móvil del bolso al oír el inconfundible sonido de WhatsApp mientras ellos hablaban, preguntó—: ¿Y a tu amiga?

Elena miró un segundo a Natalia, quien, al oír que se referían a ella, levantó los ojos de la pantalla del móvil y los clavó en Rubén. Repasó la indumentaria del chico, vestido ese día con un pantalón vaquero azul y una camiseta blanca, que le quedaba un poco suelta. Sus pies cubiertos por unas zapatillas negras.

«Al menos hoy no va como un vagabundo», se dijo Natalia mentalmente, comprobando cómo el tatuaje del hombro asomaba por la parte inferior de la manga corta de la camiseta.

Recordó el dibujo de ese *tattoo* y el otro que llevaba en la parte interna del brazo, y notó que comenzaba a excitarse. Algo que la molestó mucho. ¿Por qué tenía ella que sentir esas cosas al pensar en los tatuajes del vecino?

Le lanzó a Rubén una mirada indignada por haberse atrevido a mencionarla y por lo que ese hombre la hacía sentir por culpa de los dibujos que llevaba en su cuerpo. Centró de nuevo su atención en el mensaje que estaba leyendo en el teléfono, sin contestar a la pregunta de Rubén, y sonrió complacida ante la información que veía en la pantalla del móvil.

—No. A ella no le gusta —respondió Elena.

Pero Rubén ya no la escuchaba. Todo su ser estaba concentrado en Natalia. Cuando esta devolvió su mirada al móvil, había esbozado una sonrisa tan bonita mientras leía lo que fuera que ponía en el mensaje que acababa de recibir que a Rubén se le olvidó hasta de cómo se respiraba.

Esa chica era preciosa y algo dentro de él se revolvió inquieto al recorrer con sus ojos verdes el cuerpo de ella, cubierto con una camisa sin mangas rosa y unos pantalones cortos de color chocolate. La miró de arriba abajo lentamente, empapándose de cada centímetro de la piel que las prendas de ropa dejaban al descubierto. Memorizó las esbeltas piernas de Natalia sintiendo cómo los dedos le hormigueaban por la necesidad de tocarla y, cuando notó el silencio que se había creado a su alrededor, se obligó a decir algo.

—Entonces, ¿vais a ver el partido vosotras?

Elena, a quien no le había pasado desapercibido el escaneo que Rubén le

había hecho a Natalia, sonrió contenta por el interés que despertaba su amiga en el vecino. Sabiendo que él no había escuchado su respuesta, absorbo como estaba en beberse la belleza de Natalia, contestó.

—Sí. ¿Queréis que lo veamos juntos? —dijo aprovechándose de la situación por dos motivos. Primero, para conocer más a fondo a Santi, que había permanecido en silencio todo el tiempo y suscitaba en ella un interés excitante. Y segundo, porque estaba empeñada en que Natalia dejara a Saúl y conociese a alguien con quien ser feliz y que no la engañase con falsas promesas de amor. Rubén parecía un buen chico y, además, era bastante atractivo. Podía probar con él.

—¿Estás loca? Yo no pienso ver el fútbol. Y menos con ellos —se indignó Natalia ante la proposición que Elena acababa de hacerle a los vecinos, alzando la vista de la pantalla de su móvil y mirando a su amiga como si le hubieran salido dos cabezas.

—No, tú mejor quédate en el jardín pintándote las uñas o ponte alguna mascarilla de esas verdes en la cara que intente reducir las arrugas —se burló Rubén de ella—. Por cierto, tengo un amigo taxidermista. Si quieres le digo que te diseque y así te mantienes joven toda la vida.

Al notar cómo los ojos de Natalia desprendían chispas de rabia, se sintió orgulloso. No sabía por qué, pero algo le instaba a enfurecerla. Le gustaba verla enfadada, que ella sacara todo su genio y le lanzase alguna pulla. Hasta ahora, los duelos verbales que habían mantenido habían sido un aliciente para él y Natalia le había demostrado que era ingeniosa en sus respuestas.

—Yo no tengo ninguna arruga y no necesito los servicios de tu amigo, gilipollas —soltó Natalia con toda su mala leche—. ¿Por qué no te vas tú a la peluquería y te cortas esa rasta piojosa que llevas ahí colgando? ¿Es que temes perder tu fuerza como Sansón?

—Chicos, por favor —intervino Elena pidiendo un poco de paz—. Vamos a llevarnos bien. —Miró primero a Rubén y le dijo—: Tío, te has pasado tres pueblos con eso que le has dicho a mi amiga. —Después se giró para hablar con Natalia—: Y tú, no le sigas el juego. Pero ¿qué os pasa a los dos? ¿No sabéis comportaros como adultos civilizados? ¡Joder! Que somos vecinos y nos vamos a tener que ver las caras durante mucho tiempo. ¿No es mejor que vivamos en paz y armonía? —añadió mirando alternativamente a uno y a otro.

Rubén asintió con la cabeza pensando en las palabras de Elena. Tenía razón. Se estaba pasando de la raya con la Barbie.

—Lo siento. —Y alargó su mano para estrechar la de Natalia firmando así una tregua.

Natalia inspiró hondo para tranquilizarse y pasados unos segundos, respondió.

—Yo también lo siento. —Mintió con toda la amabilidad que pudo, que era poca. No lamentaba en absoluto todas las lindezas que le había soltado al perroflauta desde que le conocía.

Cuando su mano tocó la de Rubén una descarga la recorrió entera y se alojó en su vientre. Su corazón se desbocó y comenzó a latir tan atronadoramente que estuvo segura de que los demás lo oirían. Comprobó cómo las pupilas de él se dilataban y contenía la respiración. Señal de que había sentido el mismo cosquilleo delicioso que ella.

Con rapidez, se deshizo de esa masculina y cálida mano que le había causado aquellas sensaciones.

—Y ahora que habéis hecho las paces como dos niños buenos, ¿qué pasa con el partido? ¿Lo vemos juntos? ¿En vuestra casa o en la nuestra? —se apresuró a añadir Elena satisfecha con el resultado y, mirando a Santi, que había permanecido en silencio todo el tiempo, le sonrió. En décimas de segundo, este se puso más rojo que un tomate maduro y desvió su mirada hacia otra parte.

—Yo no voy a ver el fútbol —informó Natalia—. He quedado con mi novio esta noche.

—No sabía que hubieras quedado con él —comentó su amiga, sorprendida y enfadada a partes iguales porque Natalia se iba a citar con Saúl para, según ella, que la continuase mintiendo.

—Acabo de hacerlo. —Sonrió Natalia entusiasmada levantando el teléfono móvil—. Acaba de mandarme un mensaje para decírmelo.

La cara de fastidio que puso Elena no pasó desapercibida para ninguno de los presentes.

—Así que vamos a terminar de hacer la compra porque tengo que prepararme para mi cita —añadió Natalia guardando de nuevo el teléfono en el bolso. Le quitó el carrito a Elena de las manos y empezó a empujarlo para alejarse de los vecinos—. Adiós, chicos. —Se despidió de ellos mirándoles por

encima del hombro, en una actitud claramente altiva. A pesar de la pequeña tregua que parecía haberse iniciado, ella no iba a doblegarse tan fácilmente.

Rubén se quedó atontado observando cómo los pantalones cortos que Natalia llevaba se ceñían a su culito respingón. Sintió unos deseos enormes de echársela al hombro y salir corriendo con ella a la cama más cercana. Acto seguido se regañó a sí mismo. Esa chica era una maleducada, una borde y una antipática. ¿Cómo era posible que despertase en él sentimientos como el deseo y la lujuria? Se obligó a apartar los ojos del trasero de Natalia para centrarse en Elena, que le miraba con una sonrisa en los labios.

«Mierda. Esta se ha dado cuenta de cómo he mirado a su amiga y ahora correrá a contárselo. ¡Lo que me faltaba!», pensó.

—Bueno, como me quedo sola para el fútbol, ¿os importa si lo veo con vosotros? —preguntó Elena, poniendo su mejor cara de niña buena.

—Van a venir unos amigos... —comenzó a decir Rubén para que desistiera de su idea. Pero al ver que Santi le miraba suplicando que aceptase el plan de Elena, se apresuró a añadir—: Pero sí, puedes venirte a casa, ya que te has quedado sola... Y además, como dices que te has criado entre hombres a los que les encanta este deporte, seguro que te sentirás como en casa con nosotros y nuestros amigos.

—Hecho. A las ocho y media estoy en tu puerta. —Y mirando a Santi con una gran sonrisa, dijo—: Me gustaría contribuir con algo para la cena. ¿Qué os parece si el postre lo llevo yo?

13

—Por la mirada que te ha echado cualquiera diría que el postre vas a ser tú —le comentó Rubén a Santi cuando Elena se alejó de ellos.

Santi emitió un suspiro mientras veía cómo se marchaba el objeto de su deseo.

—Ya me gustaría a mí, pero sabes que eso no va a pasar.

—Porque tú no querrás.

—Si no tuviese el defecto que tengo...

Rubén comenzó a empujar el carrito de nuevo para terminar de hacer la compra.

—Tú no tienes ningún defecto —replicó molesto con su amigo—. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de eso?

—¿Cuándo te vas a dar cuenta tú de que sí lo tengo?

—Por el amor de Dios, Santi —soltó Rubén exasperado por la poca autoestima de su amigo de la infancia—. Ser una persona vergonzosa no...

—Mira, prefiero ser tímido —le interrumpió— a ir por ahí soltando las perlas que le sueltas tú a Natalia. ¡Pobre chica! Te pasas un montón con ella.

—La divina tampoco se queda corta con lo que me dice. —Se defendió Rubén.

—Yo no conseguiré a ninguna tía por culpa de mi vergüenza —añadió Santi ignorando el comentario de su amigo—, pero tú tampoco vas a conseguir a esa belleza rubia con la forma tan rastrera que tienes de tratarla.

Rubén se detuvo en seco y le miró con los ojos como platos.

—¿Quién ha dicho que yo quiero conseguir a la Barbie? No soy ningún Ken.

—Venga, Rubén —Santi comenzó a reírse—, que te conozco desde que teníamos tres años. A mí no me engañas. Te gusta Natalia. Muchísimo diría yo. Se te nota mogollón cómo te la comes con los ojos cada vez que la ves.

—Yo no... A mí no... —balbuceó Rubén.

—Lo bueno de ser tímido es que me permite observar a mi alrededor todo lo que ocurre. Las reacciones de la gente...

—A mí no me gusta esa diva —siseó Rubén enfadado.

—Vale, tío, lo que tú digas.

—¿Crees que volvería a estar con una persona como Celia? —Le agarró del brazo y le miró a los ojos—. ¿Después de todo el daño que me hizo? ¡Ni muerto vuelvo yo a salir con una Barbie!

Dicho esto, soltó a Santi y continuó su camino mascullando improperios contra su expareja y todas las divinas que se le parecían.

—Estoy harta de la guerra que tienes contra Rubén —comentó Elena poniéndose al lado de Natalia mientras continuaban comprando.

—Ha empezado él —se defendió ella—. ¿De verdad te vas a ir a su casa para ver el partido?

—Pues sí. Y más ahora que me has dejado colgada.

Natalia se acercó a un estante y cogió tres paquetes de pasta vegetal.

—Yo no te he dejado colgada. Nosotras no teníamos ningún plan para hoy. —Dejó la pasta en el carro y continuó empujándolo—. Y, además, sabes que no me iba a sentar a tu lado para ver el fútbol. No me gusta ese deporte.

Elena no respondió, pues ella tenía razón. No habían planeado nada para esa noche y, cuando había partido, Natalia se entretenía leyendo en su habitación o haciendo cualquier otra cosa.

—Entonces vas a salir con Saúl —afirmó Elena pasado un rato.

—Sí. Tengo que estar en *nuestro* hotel —dijo refiriéndose al lugar donde ocurrían sus citas con su amante fuera de la oficina— a las nueve y media. Cenaremos algo y pasaremos la noche juntos —le explicó con una expresión soñadora en la cara.

—¿Y qué excusa le va a poner a Cecilia para no estar en casa esta noche con ella y con sus hijos?

—Lo que le diga a su mujer no me importa —contestó Natalia saliendo de su ensoñación—. Solo quiero pasar con él el mayor tiempo posible.

—Pareces su perrito. Él silba y sales corriendo a su encuentro —comentó sarcástica Elena.

Natalia detuvo el carro en mitad del pasillo. Inspiró hondo un par de veces, cerrando los ojos para serenarse, y cuando se encontró más calmada se encaró con Elena.

—¿Tú nunca has estado enamorada? —preguntó con un deje de amargura

en la voz—. Parece mentira que no sepas lo que se siente cuando encuentras a tu hombre ideal —dijo dolida.

—Pero es que Saúl no es tu hombre ideal. ¿No te das cuenta?

Elena se acercó a ella sabiendo lo mal que lo estaba pasando su amiga, metida en una relación con un hombre casado que para más inri era el marido de su jefa, prometiéndole cosas que nunca cumplía. Y encima ella la cuestionaba cada dos por tres, como si fuera la voz de su conciencia, en lugar de apoyarla. Pero es que Elena no veía con buenos ojos esa relación y lo único que quería era que Natalia encontrase un hombre que no le mintiese, que no se riese de ella, que no jugase con sus sentimientos, que cumpliera lo que le prometía. Y Saúl, desde luego, no era ese hombre.

—Eso tendrás que dejarme a mí decidirlo, ¿no crees? —contestó Natalia.

—Lo siento —se disculpó Elena sacudiendo la cabeza, dándole la razón a su amiga, aunque creía firmemente que se estaba equivocando con Saúl—. Te prometo que no volveré a tocar ese tema. Me guardaré mis comentarios para mí solita.

Abrió los brazos y envolvió con ellos a Natalia, brindándole todo su apoyo.

—Gracias.

—Por cierto, ¿has notado cómo te mira Rubén? —quiso saber Elena.

Se separaron y Natalia frunció el ceño.

—¿Cómo me mira?

—Como si fueras algo comestible y fuese a darte un bocado en cualquier momento —comentó Elena sonriendo.

—No fastidies.

Natalia se estremeció horrorizada al pensar que podía despertar la lascivia del perroflauta. Pero también se sintió halagada al mismo tiempo. A su ego femenino le gustaba saber que resultaba atractiva para otros hombres, aunque no fuera a llegar a nada con ellos.

Sin embargo, que el vecino tuviera interés en ella la hacía tener sentimientos contradictorios. ¡Por Dios! ¡Ese hombre no estaba a su nivel! ¿Cómo se podía permitir el lujo de fantasear con ella? Menos mal que acababa de decir que tenía novio, así el vagabundo no intentaría nada con ella, que si no...

—¡Natalia! —Oyó una voz femenina que la llamaba.

Ella la reconoció y cerró los ojos maldiciendo. Lentamente se volvió hacia la voz y, suspirando, compuso una sonrisa en su cara, que no le llegó a los ojos.

—Hola, mamá.

—Cielo... ¡qué alegría verte! —exclamó la mujer, contenta, terminando de cubrir la distancia que las separaba. La abrazó cuando llegó a su lado y Natalia le devolvió el gesto sin mucho ánimo.

—Hola, Paquita —saludó Elena. Cuando madre e hija se separaron, Elena aprovechó para darla dos besos—. ¿Qué tal todo?

—Bien, cariño, todo bien. Con mucho trabajo en el bar. He venido a comprar algunas cosas que necesitamos y me voy corriendo —explicó la madre de Natalia—. Con lo del partido de esta noche vamos a estar a tope de trabajo. Pero eso es bueno. Que no falte. Según están las cosas hoy en día... Pero ¿y vosotras? ¿Cómo estáis? Os veo estupendas. —Miró sonriendo a las dos chicas, sobre todo a Natalia—. Tú estás preciosa, mi niña —le dijo a su hija y se acercó de nuevo a ella para acariciarle un brazo.

—Gracias, mamá —sonrió Natalia y miró a su alrededor para comprobar si alguien la veía con ella.

—Hace mucho que no te vemos, cielo —continuó Paquita—. ¿Por qué no te pasas una tarde por el bar y nos haces la visita? O si quieres ven el domingo a comer.

—Lo siento, mamá, pero es que estoy muy liada y... —comenzó a disculparse Natalia.

—El domingo no tenemos nada que hacer, Paquita —intervino Elena—, así que guárdanos una mesa y a las dos y media estaremos allí.

Natalia abrió la boca para replicar, pero al ver la cara ilusionada de su madre la volvió a cerrar sin decir nada.

—¡Qué bien! —exclamó Paquita toda contenta—. Tu padre se va a alegrar mucho cuando lo sepa. —Se acercó a Natalia y la abrazó con todo el amor que sentía por ella—. Gracias, cielo. Te esperaremos impacientes. Bueno, chicas —dijo separándose de su hija—, os dejo que voy a seguir con la compra y me voy corriendo al bar.

Se despidieron con más besos y Paquita se alejó feliz por el pasillo hasta doblar la esquina, y desaparecer de la vista de las dos amigas.

—¿Por qué has hecho eso? —Natalia le preguntó furiosa a Elena.

—Porque son tus padres y llevas ¿cuánto? ¿Tres meses sin verlos? ¿Y cuándo fue la última vez que los llamaste por teléfono para saber cómo están? —replicó indignada Elena por el poco apego de Natalia a su familia.

—¿Yo me meto en tus asuntos familiares? ¿Acaso te pregunto por qué vas a ver a los tuyos tan a menudo? —Y sin dejarla contestar, añadió—: La respuesta es no. Lo que tú hagas o dejes de hacer con tu familia, Elena, es asunto tuyo y por eso no te digo nada. Así que te recomiendo que tú hagas lo mismo conmigo.

Elena la miró apenada y con voz triste, respondió:

—Algún día te vas a arrepentir. Cuando tus padres ya no estén, cuando hayan muerto, no servirá de nada que llores o grites, porque eso no hará que vuelvan a tu lado. Ya será tarde para dar marcha atrás y recuperar el tiempo que estás perdiendo ahora.

Dicho esto, le quitó el carrito de las manos a Natalia y continuó haciendo la compra.

14

Elena llegó puntual al chalet de Rubén y Santi con una bolsa que contenía helados de distintos sabores.

—Como no sabía qué os gustaría he optado por algo sencillo.

—Es perfecto. Muchas gracias —la sonrió Rubén encantado con los helados.

Para la ocasión, Elena se había cambiado de ropa. Iba informal, con unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes negra, de pronunciado escote, con la clara intención de excitar a Santi. Con un poco de suerte, si el partido lo ganaba el equipo español por el que apostaban todos, podrían celebrarlo con más cerveza. Hasta que comenzasen a sentirse afectados por el alcohol, ella se mostraría más cariñosa con Santi, una cosa llevaría a la otra, y era posible que pasara la noche con él, o al menos, un rato bastante bueno entre sus brazos.

No recordaba dónde había leído que cuando ganaba el equipo al que apoyaban los hombres, estos estaban más propensos que de costumbre a mantener relaciones sexuales por la euforia del triunfo. Y ella pensaba aprovecharse de la situación con Santi.

Si el equipo perdía, la daba igual, porque iba a intentarlo de todas formas. Ese chico le gustaba y se había marcado un objetivo fijo. Tener sexo con él.

—Puedes salir fuera, al jardín —le indicó Rubén—. Allí está Santi con mis otros dos amigos. Dile que te sirva una cerveza. ¿O no bebes eso?

—Es noche de fútbol —contestó Elena—. Claro que bebo cerveza, si no, no sería lo mismo.

—Cada vez me caes mejor. Adelante. Estás en tu casa.

Elena salió al jardín trasero donde los chicos habían instalado el televisor sobre una mesa de playa y el resto de los amigos se encontraban sentados frente a él, esperando el comienzo del partido.

Se presentó a los que no conocía y cuando le tocó el turno de saludar a Santi, le dio dos besos en las mejillas. La piel de él se tiñó de un llamativo tono rojo que a Elena se le antojó muy dulce y excitante.

Santi le pasó una cerveza que había sacado de un cubo lleno de hielo, donde las tenían frías y más a mano, para no tener que levantarse e ir hasta la nevera de

la cocina, con lo que podían perderse alguna jugada importante del partido. Cuando Elena fue a cogerla, unió sus dedos a los de él y le sonrió de una manera muy seductora. Se miraron unos instantes a los ojos y ella comprobó cómo Santi enrojecía aún más.

—Siento no tener... alguna marca más... mejor...

—No te preocupes. Esta está bien —le tranquilizó Elena viendo el apuro del chico—. ¿Dónde me puedo sentar? —Miró a su alrededor y comprobó que la silla al lado de la de Santi estaba vacía—. ¿Ahí? —preguntó señalándola.

—Eh... Sí, sí. Esa está libre. —Mintió Santi porque en realidad era el asiento de Rubén, pero sabía que a él no le importaría buscarse otro.

Se acomodaron cada cual en su silla de plástico blanco a la espera de que comenzase el partido, para el que faltaban solo cinco minutos.

—¿En qué trabajas? —preguntó Elena de repente a Santi.

—¿Yo? Bueno, pues... Trabajo para... —«Tranquilo, tío, que no te va a comer, pensó Santi respirando profundamente para calmarse. Si al menos no estuviera como un tomate, pero en fin, ¡qué le vamos a hacer! Así es mi vida»— ...una empresa subcontratada por el Ayuntamiento, que se encarga del mantenimiento y la limpieza de los parques y jardines de aquí, de Leganés. ¿Y tú? —se obligó a preguntar a Elena.

—Yo soy periodista. Trabajo para la revista *Zero*.

Elena le relató en pocos minutos en qué consistía su trabajo exactamente. Le gustó demasiado cuando Santi le confesó que había leído algunos de los artículos que ella había escrito y que le habían parecido muy buenos.

Elena fue notando que poco a poco Santi perdía su nerviosismo inicial y parte de su timidez. Sin embargo, cada vez que ella rozaba su rodilla contra la de él, a propósito, claro está, o que le tocaba el brazo para llamar su atención durante el visionado del partido, Santi daba un pequeño brinco en la silla y volvía a ponerse rojo como la grana.

Cuando llegaron al descanso, Rubén sacó las *pizzas* ya cocinadas y cogiendo una porción cada uno, comenzaron a comerlas entre comentarios de las mejores jugadas hasta el momento y errores tanto de los jugadores, del árbitro o de los asistentes de este.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó Rubén de pronto.

Ella asintió con una gran sonrisa.

—Mucho. Gracias por dejarme venir a vuestra casa a ver el fútbol. Si me hubiera quedado en la mía, sola, no habría sido lo mismo.

—Me alegro —contestó Rubén quedándose callado un momento, para luego soltar lo que llevaba toda la noche quemándole en la boca—. Por cierto, me ha parecido que no te cae muy bien el novio de tu amiga. Cuando ha dicho que tenía una cita con él, has puesto una cara...

—Pues tienes razón —resopló Elena al pensar en Saúl—. No me cae nada bien. Pero ella ha decidido estar con él y yo me tengo que aguantar.

—¿Por qué no te gusta ese chico? —preguntó interesado—. ¿La trata mal?

«No me gusta porque es un cretino que se está riendo de mi mejor amiga, jugando con sus sentimientos y prometiéndole una vida de color de rosa que no piensa tener nunca con ella», pensó Elena. Pero no iba a contarle al vecino la vida de Natalia. Si esta llegaba a enterarse algún día, le cortaría el cuello por su indiscreción. Y, además, Elena le había prometido guardar su secreto cuando Natalia le confesó que estaba liada con el marido de su jefa.

—Digamos que... —buscó las palabras adecuadas antes de seguir— ...si le dieran una estrella por cada promesa que le ha hecho a Natalia y no ha cumplido, ese imbécil tendría ya una galaxia entera.

—Vaya. ¿Y ella no ha pensado en dejarle? —quiso saber Rubén, pensando que a él qué narices le importaba la vida sentimental de la Barbie. ¡Ni que fuera a pedirle una cita y necesitase que la chica estuviera libre! Aunque, en realidad, se compadecía de ella porque él sabía lo que era tener planes de futuro con alguien, que te prometieran cosas, y que luego todo se fuera al traste.

Comenzó a fantasear con la idea de que Natalia rompiera con su novio. Si no era feliz con él, mejor estar sola o con otro, ¿no? A lo mejor él podría pedirle una cita. Llevarla al cine o a cenar... ¿Serían capaces de pasar un par de horas sin enzarzarse en un duelo dialéctico? Sonrió pensando que, si se apoderase de la boca de esa belleza rubia, ella no tendría oportunidad de soltarle las perlas que le soltaba cada vez que la veía. Lo echaría mucho de menos porque le gustaba pelearse con ella, pero saquear su boca sería un premio tan bueno...

Al darse cuenta de por dónde iban sus pensamientos, sacudió la cabeza para alejarlos.

«Será que llevo demasiado tiempo sin acostarme con una tía y eso empieza a pasarme factura. Voy a tener que buscar alivio en alguna parte porque empiezo

a desvariar. ¡Por favor! ¿Cómo se me ocurre pensar en la divina? Estoy fatal», se dijo a sí mismo.

Elena bebió otro trago más de su cerveza y cuando dejó el botellín en la mesa respondió.

—Está ciega. Por más que se lo digo... —Meneó la cabeza negando y continuó—: Pero como siempre acabamos enfadadas ya no le voy a malmeter contra él nunca más. Que haga lo que quiera, que ya es mayorcita. Claro que si se estampa contra un muro por culpa de ese gilipollas, allí estaré yo para recoger los trocitos y volver a recomponerla.

—Es lo que tienen que hacer las amigas. Estar en los malos momentos para levantarte.

En ese instante dio comienzo el partido por lo que la charla entre Rubén y Elena terminó.

Ella continuó con su acoso y derribo con Santi, intentando ligar con él, pero el chico era duro de pelar. Así que decidió que debía intentarlo con más ganas.

15

Natalia esperaba en la habitación del hotel a que Saúl llegara, sentada en el borde de la cama. Preparada para recibirle con un picardías negro con transparencias y unos zapatos de tacón alto del mismo color. Estaba bella y sexi. Se sentía divinamente bien. Poderosa. Lasciva. Atrevida.

Miró su reloj de pulsera y comprobó que ya pasaban unos minutos de las nueve y media de la noche. Saúl no tardaría en llegar a su cita con ella.

Con rapidez se levantó para mirarse en el espejo que había sobre la cómoda y confirmar que el maquillaje y su largo pelo rubio estaban impecables. Tras verificarlo, se sentó de nuevo en la cama y se dispuso a esperar.

Los nervios la recorrían igual que la primera vez que acudió a ese hotel para verle fuera de la oficina. La excitación aumentaba conforme el reloj iba marcando los minutos que pasaban. Con el sexo humedecido de pensar en todo lo que harían esa noche los dos y el corazón martilleando con fuerza en el pecho, llamando a su amante.

Recordó la conversación con Elena. ¿Qué excusa le pondría a Cecilia para ausentarse de casa esa noche? ¡Bah! Le daba igual. Ahora lo único en lo que quería pensar era en que pasase rápido el tiempo y Saúl atravesara la puerta de la habitación. Al verla se lanzaría sobre ella como un hambriento sobre un chuletón de buey y la devoraría entera. Después, cuando estuvieran más calmados, podrían cenar algo y más tarde, dedicarse a saciar los apetitos sexuales de cada uno de ellos.

Tuvo que apretar los muslos ante la repentina ola de deseo que la invadió al imaginar todas las cosas que harían juntos.

«Es una pena que no tenga ningún tatuaje como el perroflauta del vecino. Con lo que a mí me excitan», pensó. Y al segundo siguiente se regañó a sí misma.

¿Por qué demonios había pensado en el vagabundo de al lado justo en ese momento? ¡Si no había nada en él que le gustase! A excepción de los *tatoos*, claro. Y de sus chispeantes ojos verdes. Y de su corto y rizado pelo rubio. Y de su atlético cuerpo con más músculos que en una clase de anatomía. Cada uno de ellos marcado deliciosamente, esculpido igual que el *David* de Miguel Ángel.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de ella al notar que se excitaba todavía más con la imagen que su mente recreaba de aquella mañana de sábado, cuando casi quemó el timbre de la casa de Rubén y apareció él, como un dios del sexo, recién salido de la ducha con una minúscula toalla tapando sus partes nobles. Unas partes nobles que en ese momento le gustaría ver a Natalia.

Se imaginó cómo sería repasar con sus dedos las líneas de esos magníficos músculos, absorber todo el calor de su piel con las manos, tener a ese hombre en la cama dándole placer y...

De nuevo, sacudió la cabeza para despejarla de esos pensamientos impuros con el maldito perroflauta. Se levantó de la cama y fue al baño para refrescarse un poco. Estaba demasiado acalorada. Se mojó las manos con agua fría y se las pasó por el cuello y el escote lentamente mientras imaginaba que era Rubén quien la tocaba con tanta delicadeza.

Al mirarse en el espejo del baño y ver el brillo de deseo en sus ojos, comenzó a maldecir. ¿Por qué ese hombre la calentaba así? ¡Ella tenía novio! No debería pensar en hacer guarrerías con otro.

Se concentró en buscar todo lo que no le agradaba de Rubén para enfriar su traicionero cuerpo. Los dos aros que colgaban de sus orejas, la rasta que nacía en su nuca y llegaba hasta la mitad de la espalda. La barba rubia, cuidada, en la que asomaban unos labios gruesos que daban ganas de lamer y chupar hasta saciarse. Esa sonrisa que mostraba todos sus blancos dientes como si estuviera en un anuncio de dentífrico. Los tatuajes de su cuerpo...

¡Maldita sea! Ya comenzaba otra vez.

¿Dónde demonios estaba Saúl? Necesitaba con urgencia que llegase al hotel para liberar toda la pasión que se estaba acumulando en ella, pensando en el puñetero vecino de las narices.

Salió del cuarto de baño y cogió el móvil de su bolso, colgado en el respaldo de una silla. No tenía ninguna llamada ni ningún mensaje de Saúl.

Comprobó la hora. Las diez y cuarto de la noche.

Marcó el número de su amante, pero contestó la voz pregrabada que decía que estaba «apagado o fuera de cobertura». Seguramente estaría aparcando su deportivo en el *parking* del hotel y por eso no tenía cobertura.

Más excitada porque él estaba a punto de llegar, se tumbó en la cama en una pose muy sexi y se dispuso a esperarle.

16

—¿Qué tal con Elena? Es muy simpática y divertida, ¿verdad? Y parecía muy... —Rubén hizo una pausa buscando las palabras adecuadas— ...interesada en ti.

Santi le miró por encima de su taza de café. Los dos desayunaban en la cocina a la mañana siguiente antes de irse a trabajar.

Septiembre había comenzado y Rubén estaba deseando volver a la rutina con sus niños en el colegio, ver todo lo que habían crecido durante el verano y trabajar duro para conseguir las metas de ese curso.

—No está interesada en mí —dijo tras beberse lo que quedaba de un largo trago.

—Ya, claro. Por eso te tocaba tan a menudo y se abrazó a ti, frotando su pelvis con la tuya, cuando el Madrid marcó los dos goles del partido —soltó escéptico Rubén—. Por no decir cómo te puso las tetas en la cara cuando se agachó para coger otra cerveza del cubo mientras tú estabas rellenándolo con más bebida.

—Fue igual de simpática y amable con todos, Rubén. No veas cosas donde no las hay.

Santi se levantó de su silla y metió la taza vacía en el lavavajillas.

—Esa tía estaba pidiendo guerra anoche —continuó Rubén—. Y quería que fueras tú precisamente su soldado caído en la batalla.

—Te equivocas.

—A mí no me tocó ni una sola vez. Ni a Jorge ni a Carlos. Sus caricias eran solo para ti —le contradijo Rubén.

—Me voy a trabajar —se despidió Santi con un gesto de la mano ignorando el último comentario de su amigo y salió de la cocina.

Rubén se quedó unos minutos ensimismado pensando en la noche anterior. Estaba convencido de que Elena, si Santi hubiese puesto de su parte, habría terminado pasando la noche con su amigo. La chica llevaba escrito en la cara que quería sexo y que lo quería con Santi.

Ya era hora de que su amigo perdiera esa vergüenza que le caracterizaba y se embarcase en una relación, sentimental o no, daba lo mismo, pero sí sexual

con una mujer. Elena parecía una buena candidata. Era atractiva y sexi. Inteligente y divertida. Estaba plenamente convencido de que Santi pasaría buenos ratos con ella en la cama si por fin se decidía. Y quién mejor que Elena, de quien Rubén estaba seguro que tenía muchísima experiencia en ese plano, y haría disfrutar a Santi hasta que cayera desfallecido.

A pesar de que en un principio ella le había parecido otra diva más, después de charlar con ella y conocerla un poco mejor, tenía que retractarse de sus ideas preconcebidas respecto a Elena. Algo le decía que esa mujer iba a ser buena para su amigo. Por lo que decidió que forzaría un poco la situación y propiciaría encuentros entre los dos.

«Cuando se tiene miedo a hacer algo, un empujón viene bien», pensó Rubén mientras se preparaba para irse también a trabajar.

—Siento lo de ayer —se disculpó Elena al día siguiente nada más encontrarse con Natalia en la cocina desayunando—. Ya sabes que a veces no puedo evitar decir lo que pienso. Debería morderme la lengua en muchas ocasiones, pero...

—No te preocupes. Estás perdonada —susurró Natalia con la vista concentrada en su café.

Elena se preparó su tazón de cereales integrales con leche desnatada y se sentó a la mesa.

—De verdad que lo siento —volvió a decirle—. No quería discutir contigo ni que...

—Elena —Natalia alzó la vista para mirarla—, está todo olvidado. No le des más vueltas.

—¿Has estado llorando? —preguntó alarmada al ver los ojos rojos e hinchados de su amiga y cómo unas oscuras ojeras afeaban su precioso rostro.

Natalia dejó la taza de café sobre el platillo y negó con la cabeza.

—Voy a vestirme. —Se levantó y salió de la cocina dejándola sola.

Elena apuró su desayuno y fue tras ella.

—No me mientas, Nat. Has estado llorando, lo sé.

—Entonces, ¿para qué preguntas? —dijo sin volverse, entrando en su cuarto.

Elena la agarró del brazo y la giró para hablar con ella cara a cara.

—Dime la verdad. ¿Es por mí? ¿Por todo lo que te dije ayer? —quiso saber sintiéndose culpable.

Natalia se la quedó mirando unos segundos sin responder. Después se echó a llorar desconsolada.

—Saúl no vino —confesó con la voz temblorosa por el llanto.

Elena la abrazó para reconfortarla, pero poco podía hacer con un simple abrazo. Mentalmente lanzó todos los insultos que sabía contra Saúl por faltar a su cita con Natalia otra vez. Había perdido ya la cuenta de las veces que él no había ido al hotel donde quedaba con su amiga.

—Tienes que dejarle, Nat. —A Elena le dolía en el alma ver a su amiga así—. ¿No comprendes que se está riendo de ti, de tus sentimientos?

Aunque le había prometido que no interferiría más en su relación con Saúl, no pudo evitar aconsejarle de nuevo que pusiera fin a esa situación que tanto daño la estaba haciendo.

—Estuve... hasta las tres... de la madru... gada esperán... dole...y no... no... —le contó Natalia entre hipidos de llanto desconsolado, con el corazón desgarrado por la ausencia de su amante la noche anterior.

—Cabronazo —siseó Elena con rabia mientras la acariciaba el cabello y la espalda intentando calmarla. Brindándole todo su apoyo y su cariño. Consolándola como tantas otras veces. Y rezando para que su amiga se diera cuenta de una vez de que había llegado el momento de romper su relación clandestina con él—. No llores, por favor, Nat. No llores. No se lo merece. Ni una de tus lágrimas. Ni una sola.

Le cogió la cara entre las manos y le limpió las gotas saladas con los pulgares. Después caminó con ella hasta la cama, donde se sentaron juntas en el borde. De nuevo, pasó su brazo por los hombros de Natalia atrayéndola hacia sí. Elena sentía unos deseos inmensos de coger a Saúl por el cuello y retorcérselo hasta morir, pero no podía hacerlo.

—Me siento estúpida —confesó con la cabeza apoyada en el hombro de Elena—. Soy una idiota. Tonta, imbécil, gilip...

—Preciosa, sexi, lista, divertida... —la interrumpió Elena.

—No, Ele, no soy así.

—Sí lo eres —la contradijo su amiga.

Se quedaron en silencio unos minutos hasta que Natalia poco a poco fue

dejando de llorar.

—¿No vas a despotricar más contra él como las otras veces? —preguntó a Elena separándose de ella.

—Ya le he llamado cabrón. Y te he dicho que le dejes. ¿Qué más quieres que haga?

—No sé... Como siempre que ocurre algo así te pasas media hora gritando insultos contra Saúl y esta vez no lo has hecho... —Natalia se encogió de hombros mirándola.

—Podría decir muchas cosas. Pero eso no cambiaría lo que ha pasado.

Se quedaron unos minutos más en silencio hasta que Elena habló de nuevo.

—Lo que sí puedo decirte es que aquí me tienes para lo que sea. Decidas lo que decidas. Seguir con él o no. Siempre estaré a tu lado, Nat, lo sabes. Porque eres mi mejor amiga y te quiero muchísimo.

Al oírla, Natalia comenzó a llorar de nuevo y se abrazó a Elena.

—Joder, si llego a saber que te ibas a poner así, no te lo digo.

—Calla, tonta —se rio Natalia entre lágrimas—. Me has dicho justo lo que necesitaba oír.

17

Rubén llegó esa mañana al Centro de Educación Especial para niños con parálisis cerebral donde trabajaba desde hacía seis años, situado en el sur de Madrid, con energías renovadas tras las vacaciones. Estaba deseando ver a «sus niños» como él los llamaba cariñosamente. Había echado de menos su rutina diaria con ellos y ver cada mañana la sonrisa con que le recibían al entrar en el aula. Algunos pequeños llevaban con él desde que Rubén comenzó a trabajar en ese centro nada más terminar la carrera de Fisioterapia Neurológica. Otros se habían ido incorporando a lo largo de aquellos años y, seguramente, ese mes de septiembre llegarían algunos nuevos.

Era un trabajo continuo, que requería de una atención personalizada, pues cada niño era distinto aún dentro de la discapacidad que tenían todos. Unos con disfunciones motoras, otros sensoriales y algunos presentaban trastornos generales del desarrollo. Realmente a Rubén le satisfacía y llenaba de orgullo ver que su trabajo con esos pequeños era importante y efectivo. Les ayudaba a evolucionar y conseguir una mejor autonomía en su vida diaria.

Rubén trataba de integrar los ejercicios que hacía con sus niños dentro del aula, haciendo que el trabajo de los pequeños durante el proceso educativo tuviese éxito.

—Hola, campeón —saludó a Hugo, un niño de siete años que llevaba en el centro desde los dos y a quien Rubén atendía todas las mañanas. Le revolvió el pelo con cariño y se agachó para darle un abrazo—. ¿Cómo han ido las vacaciones? ¿Has hecho con papá y mamá los ejercicios que te mandé?

—Sssí. Toodos los díías —le confirmó el niño agarrado a su andador de metal. La sonrisa que le dedicó a Rubén le llenó el alma de alegría.

—Bueno, cuéntame, ¿dónde has estado de vacaciones?

—Paaapá y mmamá me han han han llevado a la pllllayyya —le contó el niño con esfuerzo, debido a sus problemas con el habla, que un logopeda del centro se encargaba de mejorar poco a poco.

—¡Eso es genial! —exclamó Rubén feliz porque Hugo hubiese disfrutado de sus vacaciones.

—Mmme bañññé en el mar —comenzó a contarle Hugo mientras Rubén le

escuchaba con toda su atención centrada en el pequeño—, ppperoo el aaagua estabbbba frrríaaa.

Rubén soltó una carcajada y de nuevo le dio un abrazo cariñoso al chiquillo.

—Sí, campeón, en algunos sitios el agua del mar está fría. Pero lo importante es que lo hayas pasado bien.

Se dirigió con el niño hacia la sala donde harían su terapia, caminando despacio, acompasándose al andar del pequeño, mientras no dejaba de hablar con él.

Cuando llegaron, el niño dejó el andador a un lado. Tomó la mano que Rubén le tendía para ayudarle a dar los pocos pasos que lo separaban de la cama especial donde debía tumbarse y hacer sus ejercicios.

—Vas muy bien, Hugo —le animó Rubén minutos después—. Dentro de poco podrás dejar el andador y caminar tú solo. Estoy muy orgulloso de ti, mi campeón. Sigue así.

Rubén no le dijo aquellas palabras solo para animarle a que se esforzara cada día más. No le estaba vendiendo humo al niño. Él sabía, debido a sus años de experiencia profesional, que esos pequeños milagros ocurrían. Y, cuando lo hacían, la felicidad era indescriptible. El sentimiento que se apoderaba de Rubén en esos momentos tan importantes para la vida de un niño con parálisis cerebral, por pequeño que fuera el avance conseguido, constituía la mejor recompensa para él.

Tras terminar con Hugo, se dirigió a la sala donde estaban los casos más graves de PCI para ver al resto de niños con los que trabajaba. Fue uno por uno saludándolos y diciéndoles palabras cariñosas, comentando lo mucho que se alegraba de verlos y lo feliz que estaba por volver de nuevo a su rutina con ellos.

—Ha llegado la hora de comer, chavalote —le dijo Rubén a Mario, un niño en silla de ruedas. El muchacho movió la cabeza a ambos lados y emitió un gutural sonido. El fisioterapeuta se inclinó sobre él y, poniendo las manos a ambos lados de su rostro, le calmó con voz tranquila—: Te voy a llevar al comedor y vamos a ver qué cosas tan ricas nos han hecho hoy las chicas. Seguro que estarás muerto de hambre —comentó mientras le acariciaba el rostro con dulzura y le sonreía—. Hoy has trabajado mucho y muy bien, Mario, así que es el momento de recuperar fuerzas.

En los ojos del niño, vio que había comprendido lo que le estaba diciendo.

Se inclinó sobre él y le dio un suave beso en la frente. Después se puso detrás de la silla de ruedas y la empujó hasta llegar a la siguiente sala.

18

—¿Cómo tengo los ojos? —quiso saber Natalia antes de entrar en la oficina.

—Preciosos —respondió Elena con una sonrisa.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Los tienes bien. Tranquila. —Elena la agarró del brazo y lo enlazó con el suyo—. Ese corrector que te has puesto es una maravilla. Hace milagros. Venga, vamos a por otro día de trabajo —dijo tirando de ella para entrar en la revista.

—Por cierto, no me has contado qué tal anoche con el perroflauta y su novio —comentó Natalia quien, hasta ese momento, no se había acordado del plan nocturno de Elena, tan perdida como estaba en su dolor por la no asistencia de Saúl a su cita.

Elena comenzó a contarle cómo había ido todo desde el minuto en que llegó hasta que se marchó a su casa.

—Santi se me resistió, pero estoy segura de que tarde o temprano va a caer. A pesar de lo tímido que es y lo nervioso que se pone cuando le hablo, lo conseguiré —suspiró—. Estoy deseando llevármelo a la cama. A la suya o a la mía. Da igual. Pero sabes que soy cabezota y no desistiré en mi empeño de acostarme con él. Y más después de saber que está bien dotado.

Llegaron a sus respectivas mesas y mientras dejaban el bolso en la silla giratoria, Natalia le preguntó cómo sabía eso de Santi si no había tenido la oportunidad de verle desnudo.

—¡Cómo lo voy a saber, hija! Pareces nueva —soltó Elena riéndose. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro, aproximándose a su amiga por encima de la mesa y confesó—: En cada gol del partido, me abracé a él y rocé disimuladamente mi pelvis con la suya. Fue instantáneo. Su polla cobró vida al primer roce y siguió hinchándose más y más, hasta que me aparté para que no le reventasen los pantalones.

Natalia ahogó una carcajada imaginándose la escena y, compadeciendo al pobre chico que, estaba segura, caería en las redes de Elena.

—Y te digo yo —continuó su amiga en un susurro risueño— que la tiene bien grande. Cuando la pruebe, te contaré más —prometió guiñándola un ojo

con complicidad.

—¿Qué es lo que cuchicheáis vosotras dos? —preguntó su compañera Amanda acercándose a ellas.

Natalia y Elena se separaron sobresaltadas y miraron a la intrusa. Ambas pusieron en sus bocas una sonrisita que a Amanda le hizo saber que hablaban de sexo.

—A ver, ¿quién de las dos tuvo fiesta anoche? —preguntó mirando a una y a otra.

Natalia señaló a Elena con el dedo mientras se sentaba en su silla.

—Ella. Casi. El chico en el que se ha fijado ahora se le está resistiendo un poquito.

—¿Tú? Pero ¿no habías estado en vacaciones con un italiano? —dijo Amanda, recordando que el primer día de vuelta a la oficina Elena les había contado su rollo de verano.

—Sí, pero las vacaciones ya se han acabado —se rio Elena acomodando su trasero en la esquina de su mesa—. No querrás que esté sin *eso* hasta el próximo verano. Hay que darle uso, que si no te salen telarañas y se te atrofian los músculos.

Amanda meneó la cabeza asombrada. Elena era una máquina de coleccionar chicos.

—Ya decía yo que alguna petarda tenía doce —soltó.

Natalia y Elena se miraron extrañadas sin comprender lo que su compañera quería decir.

Amanda, al ver que no la entendían, se lo explicó.

—A ver, si en teoría, tocamos a seis hombres por mujer... —dijo con los brazos en jarras frente a las dos amigas— ... y yo no tengo ninguno, se supone que alguna *capulla* tiene sus seis hombres más los míos. Doce en total.

Natalia y Elena estallaron en una sonora carcajada que llamó la atención del resto de las empleadas de la revista.

—No os riais. No es justo —se quejó enfurruñada Amanda—. ¿Por qué tú chasqueas los dedos y los tíos caen como moscas a tu alrededor y a mí no me pasa eso? Yo también estoy buena. ¿Cómo lo haces, Elena? ¡Dime tu secreto!

Como Natalia y Elena no dejaban de reírse, Amanda continuó con sus quejas.

—De verdad, chicas. Necesito un hombre —comentó poniendo cara de pena—. Porque llevo tanto tiempo soltera, tanto tiempo sin tener una cita, que cuando consiga a uno no voy a saber qué hacer con él.

—Son hombres —dijo Elena entre risas—. Y todos son iguales. Van a lo que van. Así de sencillo. Tranquila. —Le dio unas palmaditas a Amanda en el brazo y añadió—: Deja que sean ellos quienes calienten el horno para meter el pan dentro. Tú límitate a disfrutar.

—Pero ¿cómo lo hacéis vosotras? Bueno, mejor dicho, ¿cómo lo haces tú? —quiso saber hablando con Elena—. Porque Natalia que sepamos tampoco está con nadie. Y, si tiene alguna relación, no comenta nunca nada. Pero tú los coleccionas igual que si fueran cromos y luego vienes a ponernos los dientes largos a las demás. En serio, tía, dime tu secreto porque el rollo de la belleza interior... como que no me funciona.

Natalia al escuchar la alusión de Amanda a su supuesta soltería se puso tensa. Pero se relajó al instante, ya que era cierto lo que su amiga decía. Nadie sabía si tenía novio o no, y así debían seguir las cosas de momento.

Carla, su otra compañera, llegó en ese instante y se unió a la conversación.

—¿De qué estáis hablando?

—De hombres —contestó Natalia alegre, porque una de las mejores terapias para olvidar su dolor y su enfado con Saúl era charlar con sus amigas y reírse con ellas.

—¿Alguien ha encontrado ya a su príncipe azul? —quiso saber Carla.

—¡Qué coño príncipe azul! ¡Yo quiero un Christian Grey ya! —exclamó Amanda—. Que me meta en el cuarto rojo y no me saque de allí nunca. O un hermano Mackenzie que me comparta con otros. Tampoco estoy yo para hacerle muchos ascos a nadie.

Todas se echaron a reír.

El teléfono de Natalia comenzó a sonar, pero ella al ver que era una llamada interna y suponiendo que se trataba de Saúl, no descolgó. Estaba enfadada y dolida con él. No iba a salir corriendo al primer toque como hacía siempre.

Ignoró el insistente sonido y continuó charlando con sus amigas.

—Pues yo lo que quiero es... —comentaba Carla en ese momento— ...que mi marido me coja en brazos, me tire sobre la cama y se ponga a limpiar la casa mientras yo me echo una siesta.

—¡Sí, hombre! —exclamó Amanda incrédula—. O sea que tú tienes con quien hacer el amor y en vez de aprovecharte de eso se te ocurre que se ponga a limpiar la casa. ¡Qué mal repartido está el mundo, Dios mío! Dile a tu marido que se pase por mi piso, que ya le echo yo los polvos que tú no quieres.

—No es que yo no quiera hacerlo con mi marido —replicó Carla riéndose— es que entre el trabajo, la casa, los niños... ¡Uf! Acabo agotada y, claro, en cuanto pego la cabeza a la almohada me duermo.

—Bueno, pero ahora en vacaciones habréis aprovechado, ¿no? —dijo Natalia.

Carla negó con la cabeza.

—Con los niños todo el día en casa... imposible. Y los días que hemos pasado en el pueblo con mis padres menos aún. Yo no puedo hacerlo con toda la casa llena de gente. Necesito gritar cuando llego al orgasmo —les contó bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Natalia recordó que ella también sentía deseos de gritar hasta quedarse ronca cada vez que alcanzaba el clímax, pero Saúl no la dejaba. Eso la frustraba mucho a ella, pero debía aguantarse para complacer a su amante.

—Así que ¿tú eres de las que gritan? —preguntó Elena riéndose—. ¿Y qué dices? ¿Eres de las que se acuerdan de Dios en ese momento? ¿O sueltas palabrotas como hacen otras?

—Ya tengo tema para un artículo —comentó Amanda interrumpiendo a Elena—. Se lo comentaré a Cecilia en la próxima reunión. Tengo que buscar un título impactante.

El teléfono volvió a sonar, pero Natalia lo ignoró de nuevo sabiendo que era Saúl quien la llamaba. Después del plantón de la noche anterior no tenía ningunas ganas de hablar con él.

Las cuatro amigas continuaron de charla unos minutos más hasta que decidieron que ya habían perdido suficiente tiempo y debían ponerse a trabajar.

A media mañana, cuando hicieron la pausa para el café, Natalia miró su teléfono móvil que hasta ese momento había olvidado por completo y comprobó que tenía ocho llamadas del número de Saúl y varios wasaps suyos. Los borró sin leerlos y tranquilamente se marchó hacia la cafetería del edificio de oficinas donde estaba la revista.

—¿Cómo vas con el reportaje sobre la parálisis cerebral infantil? —Se

interesó Elena.

—Bien. Tengo una cita mañana con el director del Centro de Educación Especial al que acude aquel niño que conocimos, Mario —la informó Natalia mientras esperaban el ascensor.

—Si necesitas que te ayude en algo, dímelo —se ofreció su amiga.

—¡Natalia! —Oyeron la voz de Saúl a su espalda, llamando a la redactora.

Ella cerró los ojos al escucharle e inspiró hondo. Con los dientes apretados por la rabia y el corazón dolido, los abrió de nuevo y se volvió para ver a su jefe.

—¿Sí? ¿Querías algo de mí? —preguntó intentando que no se notase su enfado.

—Necesito que vengas a mi despacho para comentar unas cuestiones sobre el reportaje que harás para el próximo número de la revista.

Saúl, frente a ella, parecía un animal furioso a punto de abalanzarse sobre el enemigo y destrozarlo. Natalia sabía que no debía cabrearle más. Le había ignorado lo suficiente como para que él fuera a buscarla y lo mejor sería acudir a su llamada.

Pero estaba tan dolida por su plantón de la noche anterior que no le daba la gana acatar sus órdenes. Además, ella sabía que lo que acababa de decir no era más que una excusa para separarla de sus amigas y que no fuese a la cafetería.

—Pues verás, Saúl, me pillas justo que me iba a tomar un café. Son mis diez minutos de descanso y...

—Te lo tomarás después. Cuando hayamos terminado de pulir esos aspectos de tu artículo —dijo él con una voz dura que no admitía réplica.

Natalia sabía que no podía insistir en su negativa, pues Amanda y Carla, que venían hacia ella para ir todas juntas a la cafetería, comenzarían a sospechar que algo sucedía entre jefe y empleada. Así que asintió con un movimiento de cabeza y caminó dócilmente hasta el despacho de Saúl, con este pisándole los talones.

19

—Llevo toda la mañana llamándote —soltó Saúl enfadado nada más atravesar la puerta del despacho, que cerró a su espalda y, para evitar ser molestados, echó el pestillo—. Sabes que no me gusta que me ignores.

Natalia caminó hasta el centro del despacho y se volvió para encararle.

—A mí no me gusta que me den plantón, y anoche tú lo hiciste —le acusó señalándole con un dedo—. Ya he perdido la cuenta de las veces que me he quedado esperándote en el hotel.

Saúl se acercó a ella en dos zancadas y la cogió por la cintura, pero ella se revolvió y se alejó de él, poniendo así más distancia entre los dos.

—No pude escaparme de casa. Cecilia invitó a sus padres a cenar y no me dijo nada hasta una hora antes de que mis suegros llegasen —explicó él caminando de nuevo hasta Natalia.

Otra vez la agarró de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Y no me podías haber avisado? Estuve esperándote como una tonta hasta las tres de la madrugada. ¡Hasta las tres! ¿Te enteras? —le gritó.

Saúl inmediatamente le tapó la boca con la mano y la miró furioso.

—No grites —ordenó entre dientes—. Cecilia te va a oír.

—Pues que me oiga —soltó enfadada Natalia moviendo la cabeza para liberarse de la mano de Saúl—. Estoy harta de esta situación. Estoy harta de tener que esconderme. Y estoy harta de que me dejes plantada la mitad de las veces que quedamos. —Su voz comenzó a quebrarse por la amargura que se iba apoderando de ella—. ¿Cuándo se lo vas a decir? Ya no aguanto más. —Le echó los brazos al cuello y se pegó a la boca de su amante—. Necesito tenerte para mí sola todos los días. Todas las noches.

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Natalia hasta su barbilla y de ahí voló hacia la moqueta oscura del despacho.

—Necesito un poco más de tiempo.

—Ya te he dado un año. ¿Y me pides más?

Natalia se deshizo de su abrazo y caminó hasta la ventana desde donde se apreciaba todo el *skyline* de Madrid. Dolida y sintiéndose traicionada, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

—Lo que faltaba. ¿Ahora te pones a llorar? —soltó Saúl irritado—. Mira, no he ido a buscarte para discutir. Lo que pretendía era recuperar el tiempo que perdí anoche por culpa de mi familia. Pero si no estás dispuesta a aprovechar los diez minutos de descanso haciendo el amor conmigo, será mejor que te marches. —Le señaló la puerta al ver que Natalia se giraba para mirarle—. Mejor tómate una tila y tranquilízate. Cuando se te haya pasado la tontería, me lo dices. Si aún me quedan ganas de hacer algo contigo, lo haremos. Y si no, tendrás que aguantarte igual que ahora me estoy aguantando yo.

—Eres un hijo de puta —le insultó Natalia con toda la rabia que sentía en ese momento.

Alzó la cabeza y con toda la dignidad que pudo se acercó a la puerta.

—Mucho cuidadito con lo que sale de tu boca, nena. No querrás quedarte sin trabajo, ¿verdad? —la amenazó él.

Natalia le miró con odio por encima del hombro.

—Por cierto, dile a Lorena que venga inmediatamente. Necesito hablar con ella sobre su reportaje —añadió Saúl sentándose tranquilamente tras su escritorio.

Ella se limpió las lágrimas con las yemas de los dedos, comprobando que el rímel no se le había corrido gracias a que era una máscara de pestañas *waterproof*. Abrió la puerta y, sin mirarle, salió por ella en dirección al baño.

Se metió en un cubículo y descargó allí todas las lágrimas que le quedaban. Maldijo el día en que conoció a Saúl y el momento en que se enamoró de él. Al principio todo iba bien. El morbo a ser descubiertos aumentaba la excitación de los dos. Pero con el paso de los meses, Natalia había ido queriendo más. Y él solo le daba largas. Estaba claro que debían tener una conversación seria respecto a la relación que mantenían.

Ya se lo decía Elena siempre. Que no confiase en las palabras de Saúl. Que estaba jugando con ella. Natalia comenzaba a creer que su amiga tenía razón. Para Saúl no era más que un pasatiempo. Si de verdad estuviera enamorado de ella, habría dejado a Cecilia hace mucho.

Debía tomar una decisión y debía hacerlo ya. Antes de que rompiera tanto su corazón que no pudiese recomponerlo.

Cuando se calmó y dejó de sollozar, salió del pequeño habitáculo y se miró en el espejo. Con los dedos, de la mejor manera que pudo, se retocó el

maquillaje y, aunque en sus ojos había un halo de tristeza, se obligó a sonreír para que nadie notase nada raro.

Caminó hasta la mesa de su compañera Lorena y la informó de que Saúl quería verla. Esta dejó en el acto lo que estaba haciendo y acudió rauda a la llamada del jefe.

No bajó a la cafetería con sus amigas y, cuando estas volvieron, Elena traía en sus manos un café para ella.

—Saúl quiere que mejore algunas cosas y hablando con él se me ha pasado el tiempo, chicas. —Mintió Natalia ante las preguntas de Amanda y Carla.

Elena dejó el café sobre la mesa de Natalia mientras las otras dos se colocaban en sus respectivos puestos. Miró a Natalia y supo que algo malo había ocurrido entre la pareja de amantes.

Hasta la hora del almuerzo Natalia trabajó como una autómatas, sin detenerse un momento. Sabía que si paraba su mente volvería a la discusión con Saúl y de nuevo a llorar. Le dolía el corazón por la situación en la que estaba metida y, aunque sabía que lo mejor para su salud emocional era salir de esa relación tóxica, no podía hacerlo. Estaba enamorada.

Durante la comida con sus compañeras intentó distraerse al máximo escuchando las historias que contaban unas y otras. Se rio bastante con los comentarios de Amanda y puso atención cuando Elena les habló a sus amigas de los vecinos de al lado.

—Son dos chicos de Burgos —explicaba Elena—, pero llevan seis años viviendo en Madrid. Rubén es rubio y Santi es moreno, y, por cierto, él va a ser mi próximo trofeo.

Amanda y Carla se inclinaron hacia delante en sus respectivas sillas mostrando todavía más su interés.

Pero Natalia se abstraigo de la conversación pensando en Rubén. Otra vez recordó aquella mañana de sábado en la que se plantó frente a ella cubierto solo por una toalla y, de nuevo, sintió deseos de recorrer con sus manos el amplio pecho cubierto por una fina capa de vello rubio del vecino. Deslizar sus dedos por los abdominales bien delineados y ver cómo estos se contraían por su contacto. Trazar el recorrido de sus tatuajes memorizándolos y perderse en la inmensidad de sus ojos verdes. Así que ¿era de Burgos? ¿Qué le habría llevado a Madrid? ¿Trabajo? ¿Amor? ¿Tendría novia?

«Pero bueno, a mí qué narices me importa la vida del perroflauta», se dijo molesta al darse cuenta de que se estaba excitando con las visiones que su mente creaba en su cerebro.

—Y me han invitado a una barbacoa mañana por la noche —oyó a Elena y salió de su ensoñación para prestar atención a las palabras de su amiga— en el jardín de su casa. Es el cumpleaños de Rubén y van a hacer una fiesta. Así que mañana pondré toda la carne en el asador, y nunca mejor dicho, para llevarme a Santi a la cama.

20

—Buenos días —saludó Natalia con una agradable sonrisa en el rostro—. Soy Natalia Guerra, de la revista *Zero* —informó a la secretaria del Colegio Especial para niños con parálisis cerebral Minerva, en el sur de Madrid—. Tengo una cita con don José Carlos Gómez.

—Un momento, por favor. Enseguida le aviso de su llegada —comentó la eficiente mujer.

Pocos minutos después, el director la recibió con cordialidad. Mientras hablaban, le enseñó el centro y fue explicándole qué era la parálisis cerebral infantil y qué tareas se realizaban allí con los niños dependiendo de la gravedad de su estado.

—Discúlpeme un momento, señorita Guerra —dijo el director sacándose el móvil del bolsillo de su pantalón.

Contestó a la llamada y tras unos segundos en los que Natalia observó cómo el hombre se ponía muy nervioso, colgó.

—Lo siento mucho, pero tendremos que suspender esta visita. Era mi mujer. Ha sufrido un accidente doméstico y está en el hospital, así que...

—¿Es grave? —le interrumpió Natalia preocupada.

—Parece ser que no, pero voy a ir al hospital para estar con ella. La he notado muy alterada y no me quedo tranquilo. Hasta que no compruebe la gravedad de la situación... —El director meneó la cabeza apesadumbrado.

—Vaya. Espero que no sea nada importante al final y que su esposa se recupere pronto. —Natalia le sonrió para transmitirle confianza y calma.

—Lamento mucho que no podamos continuar con... —comenzó a decir el hombre, pero se detuvo en seco, pensando. Poco después añadió—: Un momento. No es necesario que suspendamos la visita. El personal del centro le puede indicar todo lo que usted necesite saber para redactar su artículo. Mire, la voy a dejar en manos del señor De la Paz, uno de nuestros mejores fisioterapeutas. Él le explicará todo lo relacionado con las diversas terapias que llevan a cabo los profesionales del colegio con nuestros pequeños.

Entraron en una sala muy amplia y luminosa, con varias colchonetas de colores en el suelo y al fondo algunas camillas, donde alumnos del centro

realizaban ejercicios. Caminó al lado del director hasta una de las personas que se ocupaba de un niño y, cuando estaban a punto de llegar, Natalia se percató de que llevaba una rasta colgando de la nuca.

El corazón le dio un vuelco al ver el mechón largo y rizado. Comenzó a latirle veloz, pero ella se obligó a ralentizar su ritmo diciéndose que aquel no podía ser Rubén, su vecino, el okupa.

Sin embargo, por detrás, todo concordaba con él. Semejante estatura, cabello rubio, la asquerosa rasta, un pendiente de aro en cada oreja, ancha espalda, cintura estrecha, el culo prieto que se intuía debajo de los pantalones blancos del uniforme que allí usaban...

Buscó con sus ojos uno de los brazos y descubrió que de la camiseta de manga corta sobresalía parte de un tatuaje colorido que llegaba hasta el codo. En el otro antebrazo, las letras negras con el nombre del perroflauta.

«Maldita sea...», murmuró para sus adentros.

Rubén estaba animando a un pequeño que caminaba con dificultad hasta que llegó a un andador de metal y el niño se agarró a él. Después, el fisioterapeuta se inclinó para darle un tierno abrazo y un beso en la frente. Ella escuchó cómo su vecino elogiaba al crío por los avances conseguidos mientras le sonreía con cariño y el pequeño le miraba a él con adoración.

El director habló unos instantes con Rubén. Después les presentó.

—Señor De la Paz, encantada de conocerle. —Natalia le tendió una mano al vagabundo rubio como si no le conociera de nada. Forzó su sonrisa más amable y cautivadora, rezando para que Rubén la siguiera el juego—. Mi nombre es Natalia Guerra, de la revista *Zero*. Como bien le ha comentado el señor Gómez estoy aquí para hacer un reportaje sobre la parálisis cerebral infantil.

—Encantado, señorita Guerra. —Rubén le estrechó la mano con firmeza y tiró de ella para darle dos besos en las mejillas.

Al hacerlo, Natalia aspiró el fresco aroma a cítricos y gel de baño que desprendía la piel de Rubén, y el recuerdo de aquella vez que le vio recién salido de la ducha impactó en su mente como una bola de cañón. Se puso nerviosa mientras sentía el roce de aquellos labios carnosos sobre sus mejillas y el cosquilleo que le produjo la barba del joven rubio. Notó cómo la sangre corría alterada por sus venas y la apremiante necesidad de algo que no quiso calificar apoderándose de su entrepierna.

«Mierda, mierda, mierda, ¿por qué me hace sentir esto el maldito pordiosero? ¿Pero es que soy idiota o qué? Vamos, ni que fuera el primer tío que veo semidesnudo. ¿Por qué narices no me puedo olvidar de aquella mañana de sábado?», se indignó consigo misma.

El director le contó entonces a Rubén lo sucedido y que tendría que atender él a la periodista.

Rubén asintió con una sonrisa que escondía sus sentimientos encontrados por tener allí a la Barbie y tranquilizó a su jefe. Informaría a la joven de cuanto quisiera saber para que ella pudiera hacer un reportaje excelente.

Tras dejarlos solos en mitad de la sala, Rubén se giró hacia Natalia. La observó unos instantes, alegrándose por tener a semejante belleza delante y poder deleitarse la vista, pero enfadado por lo que ella despertaba en él. Y es que al verla se había quedado tan impactado que se olvidó hasta de respirar. Pero era una diva ¡por el amor de Dios! No podía fantasear con ella y, además, debía continuar con su trabajo y dejarse de estupideces. Sus niños le necesitaban. Lo mejor era acabar cuanto antes con aquello.

—Así que te apellidas Guerra, ¿eh?

—¿Algún problema, señor De la Paz? —Natalia se puso a la defensiva.

—No. Ninguno. —Rubén sonrió por algún chiste que se había contado a sí mismo—. Es solo que te pega el apellido porque es lo que me has dado desde que te conozco. Guerra —dijo burlándose de ella.

—Pues tú no es que hagas mucho honor al tuyo —replicó Natalia— porque paz, precisamente paz, es lo que menos transmites.

Rubén soltó una carcajada que llamó la atención del resto de empleados.

—De acuerdo, Barbie obrera y guerrera, acabemos con esto cuanto antes para que puedas ir a pintarte las uñas —comentó deslizando sus verdes ojos por el atuendo de Natalia. Pantalón negro ajustado y blusa azul cielo sin mangas con mariposas de colores estampadas. El escote, bastante pronunciado, dejaba entrever la redondez de sus pechos y Rubén sintió un súbito tirón en su entrepierna al contemplarla. El calor comenzó a inundarle y se obligó a retirar la mirada del cuerpo de ella para calmarse.

Justo cuando iba a empezar a hablar sobre su labor, Natalia le interrumpió:

—Sí, terminemos con esto de una vez para que regreses al circo del que te has escapado porque dudo mucho de que seas fisioterapeuta como me ha

indicado el señor Gómez. ¿O es que te han contratado para que hagas reír a los niños que hay aquí? Pobrecitos, como les des con el diábolo igual que me diste a mí en el jardín de mi casa... —soltó con toda su mala leche.

Rubén la cogió de un brazo con fuerza y la condujo fuera de la sala donde estaban.

—Mi trabajo aquí es muy importante, Barbie de extrarradio —masculló Rubén mientras la arrastraba por el pasillo hasta un despacho—. Y no voy a consentir que ni tú ni nadie lo ponga en duda. —Abrió la puerta y metió a Natalia dentro de la habitación de un empujón—. Siéntate —ordenó con dureza mientras echaba chispas por los ojos—. Saca tu libreta o lo que sea que lleves y empieza a tomar notas.

Rubén rodeó la mesa y se sentó frente a Natalia.

—La fisioterapia neurológica es la parte de la fisioterapia que va encaminada al tratamiento de las alteraciones provocadas por una afectación del sistema nervioso central o periférico —empezó a contarle a la velocidad del rayo—, pone a disposición del paciente una serie de conocimientos dirigidos a mejorar la calidad y eficacia de los movimientos del cuerpo, el control postural, mejorar la marcha al andar, la estabilidad, entre otros, buscando la autonomía y la independencia en la vida diaria de los pequeños...

—¿Puedes hablar más despacio? —le pidió Natalia tomando notas en su *tablet* de una manera frenética.

—No. No puedo —siseó Rubén enfadado—. O mejor dicho. No quiero.

—En ese caso, lo voy a grabar para no perder nada de la información que me des. —Pulsó en la pantalla de la *tablet* y le hizo un gesto a Rubén para que continuara.

Este comprobó la sonrisa de satisfacción que Natalia lucía en su rostro. Él había hablado tan rápido, en parte por el enfado, pero también para que ella perdiera información y no pudiese hacer bien su labor. Sin embargo, la batalla acababa de ganarla ella.

Respiró hondo para calmarse y prosiguió.

—La parálisis cerebral infantil tiene varias causas que se clasifican según la etapa de formación, crecimiento y desarrollo en la que se ha producido el daño en el cerebro de los niños. Pueden ser prenatales, perinatales o posnatales.

Rubén le habló de varios casos de los que tenían allí, como el de Hugo, el

niño con el que estaba cuando ella llegó. Le habló de sus avances y su mejora en la autonomía del pequeño.

—Conozco a un muchacho que acude a este centro —comentó ella—. Mario Pérez. —Natalia le contó cómo le conocieron y que, a raíz de aquel suceso, decidió hacer el reportaje.

A Rubén le llamó la atención su preocupación por el niño y su familia. Se dijo que esa chica deslenguada tenía en el fondo un buen corazón, como ya le advirtió Elena en una conversación pasada.

—Sí, Mario es uno de los casos graves de PCI. Padece una discapacidad severa. En su estado, lo que hacemos es trabajar para que no se deteriore todavía más. No hay evolución, pero nuestros ejercicios son efectivos porque, como te acabo de decir, los niños como Mario no van para atrás. Aquí en el centro tenemos capacidad para ochenta niños, seis de ellos como Mario.

Varios minutos después, Natalia le pidió ver de nuevo las instalaciones para poder tomar fotos, ya que cuando el director se las mostró, no lo hizo.

—Está bien —cedió Rubén—, pero te advierto que mis niños no son payasos que diviertan a tus lectores. Aquí hacemos un trabajo muy serio que...

—Mi trabajo también es serio —bufó Natalia ofendida—. Mira, perroflauta del demonio, no sé qué tienes contra mí y tampoco me interesa saberlo, pero te juro que soy una buena periodista, muy profesional y competente, y voy a hacer un reportaje sobre la parálisis cerebral infantil digno de ganar un Pulitzer.

Aquel reclamo a su dignidad y su profesionalidad le gustó a Rubén. Natalia se defendía como una loba defiende a su camada de lobeznos y, cuando atacaba, bien sabía él que era letal.

—De acuerdo —dijo pasados unos segundos en los que los dos se miraron como si fueran dos cazadores tras la misma presa, respirando agitadamente después de la carrera por ver quién se alzaba con el trofeo.

Se levantó de la silla y le indicó a Natalia que hiciera lo mismo. Salieron del despacho en el que habían estado y Rubén volvió a enseñarle las instalaciones, explicándole más cosas.

Entraron en la sala de antes, la que tenía colchonetas y camillas, y contemplaron a los compañeros de Rubén trabajando con varios niños. Al fondo, Natalia divisó a Mario y se acercó a él para saludarle. El niño la reconoció. Emitió un gutural sonido y movió la cabeza de un lado a otro contento. Rubén

trató de calmarle hablando suavemente y Natalia se inclinó sobre él sonriéndole. Cuando el pequeño se tranquilizó, ella se despidió de él con un pequeño beso en la mejilla.

Aquel tierno gesto maravilló a Rubén, que empezó a ver a la vecina con otros ojos.

—¿Qué más me puedes contar sobre los hábitos de los niños en el centro? ¿Cómo planteáis el tema de la comida, por ejemplo? —quiso saber Natalia, continuando con la visita.

—Aquí la atención es totalmente personalizada. En el tema de la comida tenemos casi un menú para cada niño... —siguió explicándole él mientras entraban en el comedor, donde ya estaba todo dispuesto para el almuerzo.

Una adolescente en silla de ruedas se acercó a Rubén y este la recibió con cariño. La chiquilla le preguntó si ya había terminado con la periodista y podían empezar con su terapia, pero enseguida otra colega de profesión caminó hacia ellos y le indicó a la jovencita que haría sus ejercicios con ella mientras él estaba con la periodista. La chica protestó, pues no quería cambiar su rutina con Rubén, pero él la convenció con la promesa de que, cuando fuera la hora de comer, acudiría al comedor para almorzar con ella. Los ojos de la adolescente brillaron felices ante la promesa hecha.

—Parece que los niños te quieren mucho —comentó Natalia, conciliadora, cuando la chiquilla se alejaba con la otra fisioterapeuta hacia una de las colchonetas.

—Y yo a ellos. Llevo seis años aquí y son como mis hijos. Si les pasa cualquier cosa me preocupo como haría un padre o una madre. Cuando logran superar sus dificultades y llevar una vida más autónoma, me enorgullezco de su éxito. La felicidad es tan grande cuando ves lo que han conseguido gracias a su esfuerzo y trabajo diarios... Escucha, Natalia —era la primera vez que la llamaba por su nombre y a Rubén le gustó la sensación que le produjo cada letra en su lengua—, los progresos de mis niños no son de día a día, ni de trimestre en trimestre, ni siquiera de curso a curso. Algunos sí consiguen avanzar, pero otros como Mario no. Aun así, yo siempre tengo la confianza de que algo va a cambiar. A veces sueño con que juego al fútbol con mis pequeños y los veo convertidos en hombres y mujeres que se valen por sí mismos. Eso me da fuerzas para volver cada día y enfrentarme al reto que suponen. Te puedo

asegurar que, cuando logran algún avance positivo, la felicidad que siento es indescriptible.

En ese momento, escuchando las palabras de Rubén hacia sus niños y viendo la sinceridad de sus sentimientos por ellos reflejados en sus iris verdes, a Natalia el corazón se le enterneció de tal manera que tuvo que hacer un esfuerzo por no dejar salir las lágrimas de emoción que acudían a sus ojos.

«Estoy demasiado sensible hoy. Después de lo de Saúl ayer, no debería haber venido aquí y ver todo esto. Voy a terminar llorando como una plañidera», se dijo, recordando también que la había llamado por su nombre y que a ella le había gustado demasiado cómo sonaba en la voz de Rubén.

—Haces una labor muy importante, Rubén. Tu trabajo es... —Natalia dudó buscando la palabra adecuada— ...fascinante. Muchas gracias por contarme todo lo que ayudas a esos pequeños cada día.

—De nada. Si necesitas algo más, ya sabes. Tienes una fuente de información al ladito de tu casa —dijo él con una sonrisa tan deslumbrante que competía con el sol de aquel mediodía. Parecía que habían firmado una tregua, así que Rubén aprovechó para pedirle algo a su vecina—. Por cierto, ¿encontraste mi diábolo en tu jardín? Estoy seguro de que cayó allí el otro día.

Natalia puso los ojos en blanco. ¡Qué pesadito estaba con el puñetero juguete!

—¿Qué pasa si no lo encuentras? —le preguntó riendo—. ¿Te van a echar del circo en el que trabajas?

Rubén comprobó que aquella vez el comentario no iba cargado de veneno, sino, más bien, era como una broma entre los dos. Sin perder la sonrisa, le explicó:

—Me lo regaló una amiga y me gustaría conservarlo. Por favor —pidió con educación—, si aparece, devuélvemelo.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos, cada uno perdido en los iris del otro, hasta que Natalia contestó.

—Está bien. Si lo encuentro, te lo daré —dijo, arrepintiéndose de haberlo tirado a la basura. Eso que había hecho estaba muy mal, como ya la dijo Elena, así que ahora tendría que reponer el juguete perdido o si no el vecino no la dejaría en paz.

Rubén acompañó a la periodista hasta la puerta del centro y una vez allí se

despidió de ella con dos besos en las mejillas. Natalia apoyó sus manos en el pecho de su vecino para dárselos y, al hacerlo, pudo sentir todo el calor que desprendía el cuerpo del fisioterapeuta impregnándole las palmas. Notó cómo ese delicioso cosquilleo de las otras veces se apoderaba de nuevo de ella y echó de menos el contacto masculino cuando él se distanció. Los dedos aún le hormigueaban y en los ojos de Rubén vio un brillo extraño, como de excitación.

Sonrojada como una adolescente, se dio la vuelta y caminó hacia su coche preguntándose qué demonios le pasaba con el vecino, y enfureciéndose porque lo consideraba una infidelidad hacia Saúl.

21

—¿De verdad que no quieres venir? —le preguntó Elena a Natalia.

—No me apetece —contestó ella apática, tumbada en el sofá del salón mirando la tele, pero sin ver nada realmente.

—Venga, Nat. —Elena se puso en cuclillas frente a su amiga y la miró apenada—. Así te distraes y no piensas en lo de en Saúl.

Natalia le había relatado a Elena su discusión con su amante una vez estuvieron en la intimidad de su casa el día anterior. Se la llevaban los demonios al saber lo que el imbécil de Saúl le hacía a su amiga. Pero Natalia había decidido continuar adelante en su relación y, aunque Elena pensara que estaba cometiendo el mayor error de su vida, tenía que apoyarla.

—¿Pasarme parte de la tarde y la noche con un perroflauta, rodeada de otros que serán como él o peores, y escuchando la música de Melendi te parece divertido? —preguntó Natalia escéptica. La pequeña tregua con el vecino había llegado a su fin, al menos por parte de ella. No le gustaba nada lo que Rubén la hacía sentir, así que lo mejor era continuar en su posición de siempre. Contra él —. Por no decir los kilos de más que podría coger comiendo todo lo que harán en la barbacoa. Tú tampoco deberías ir, Ele.

—Son unos chicos muy divertidos y las canciones de Melendi no están mal. Algunas me gustan bastante. Si escuchas la letra te darás cuenta de que son románticas y tienen mucho sentimiento —rebatió Elena—. Y sobre la barbacoa, si engordo un poco no pasa nada. Ya lo perderé. Venga, Nat. —Puso su mejor carita de pena—. Hazlo por mí —le pidió.

—No me apetece, de verdad —mintió. Porque lo que más le apetecía en el mundo era volver a ver los ojos de Rubén recorriendo su cuerpo, haciéndole sentir deseada. Pero esto no le convenía nada.

Elena la miró con cariño y pesar, y soltó un largo suspiro.

—Está bien. Aquí te dejo, regodeándote en tu dolor. —Se puso en pie y caminó hasta la salida del salón—. Pero prométeme que, si te aburres o cambias de idea, irás ahí al lado a pasártelo bien conmigo y el resto de la gente.

—Prometido —respondió Natalia, aunque no estaba segura de cumplirlo—. Suerte con Santi. —Le deseó.

Cuando se quedó sola en la casa, recordó otra vez la discusión con Saúl y no pudo evitar que las lágrimas llegaran a sus ojos. Apretó los párpados para no dejarlas salir. Sin embargo, algunas consiguieron escapar.

¿Por qué no rompía con Saúl como le había dicho Elena mil veces? Pues porque aún tenía la esperanza de que cumpliera su promesa y se agarraba a esa ilusión como si fuera lo único que le quedase en la vida.

De la casa de al lado le llegaba el jaleo de la fiesta de Rubén y la música alta se colaba por la puerta de acceso a su jardín. Tumbada en el sofá, Natalia se descubrió tarareando la canción que había oído tantas veces en la radio.

«Y por amarte tanto muero yo», decía la letra, y Natalia recordó la opinión de Elena sobre la música del cantante asturiano. Tenía razón su amiga. Las letras estaban cargadas de sentimientos, a veces buenos, a veces no tanto, pero esta en especial le tocaba el corazón porque se sentía en ese momento justo como cantaba Melendi. Estaba viviendo de ilusiones, soñando despierta, esperando algo que quizá nunca conseguiría.

Pero debía intentarlo. Los sueños no se consiguen si no luchas por ellos. Y Natalia iba a luchar por Saúl.

Con un suspiro profundo miró su reloj y comprobó que ya era la hora de cenar. No le apetecía nada en absoluto levantarse del sofá. Mejor quedarse lo que restaba de esa noche de viernes y el fin de semana allí tirada. Pero ¿qué ganaba con eso? Saúl no iba a ir a buscarla cual príncipe a lomos de su corcel blanco jurándole amor eterno.

Y, además, el estómago comenzaba a reclamar alimento. Así que se levantó y fue a la cocina para prepararse una ensalada. Cuando la tuvo hecha, salió al jardín para cenar al aire libre.

Se paró al pie de las escaleras que descendían hacia su pequeño patio cubierto de césped artificial y desde allí divisó el jardín del vecino. Cerca de diez personas hablaban animadamente unas con otras mientras la música seguía sonando. Oteó entre la gente buscando a Elena y la vio en una esquina, con Santi a un lado y una pareja al otro. Parecía estar pasándolo muy bien en la fiesta, charlando y riendo. Se alegró de que al menos su amiga se estuviera divirtiendo. Y no como ella, rumiando su pena sola en casa.

«Ojalá ahora mismo yo tuviera un motivo para reír», pensó al ver a Elena soltando una carcajada por algo que había dicho Santi.

Continuó mirando al resto de la gente y se sorprendió al darse cuenta de que todos eran normales. No había ningún perroflauta como ella había esperado. Bueno sí. Allí estaba él. El vagabundo del vecino. Vestido con los mismos pantalones horribles del día que le conoció y una camiseta de tirantes de color gris. Él era el encargado de la barbacoa, donde humeaban deliciosas salchichas, choricitos, panceta y pinchos morunos. En ese momento, Rubén colocaba unas cuantas morcillas sobre la parrilla. El olor maravilloso de la carne a la brasa llegó hasta las fosas nasales de Natalia y su estómago rugió.

Miró con pena la ensalada que llevaba en el bol que tenía entre las manos y soltó un largo suspiro. Tocaba cuidarse después de los excesos del verano, así que no le quedaba otra que comer verde.

Al levantar la vista dio un respingo. Rubén la estaba mirando desde su posición y cuando sus ojos se encontraron, él esbozó una preciosa sonrisa en medio de esa barba rubia y la saludó alzando la mano.

Natalia se ruborizó en el acto. Su corazón comenzó a latir frenético y se obligó a devolverle el saludo.

Vio cómo él dejaba unas pinzas para coger la carne que tenía en una mano sobre un plato al lado de la barbacoa y le decía a Santi que se ocupase de ella hasta que volviese.

Observó cómo caminaba hasta las escaleras de acceso a la casa desde el jardín, que quedaban justo al lado de donde se encontraba Natalia en ese momento, y subía por ellas sin dejar de mirarla ni de sonreír.

—Buenas noches, vecina. ¿Te gustaría unirme a la fiesta? —preguntó Rubén cuando se puso a su altura.

—No, gracias —contestó Natalia educadamente. Esa noche no tenía ganas de discutir con él por la música y el bullicio que había en su casa.

Comenzó a bajar las escaleras de su jardín para llegar a la mesa y sentarse a cenar bajo la atenta mirada del vecino, que la estaba poniendo muy nerviosa.

—Por cierto —dijo Natalia de pronto acordándose de algo—, felicidades. Espero que disfrutes mucho de tu cumpleaños.

—Gracias —respondió Rubén apoyándose con los brazos en la valla que separaba su jardín del de ella—. Yo espero que disfrutes de tu —miró con horror la ensalada que Natalia tenía en la mesa— cena. ¿De verdad que no quieres venirte aquí? Hay cosas más ricas que eso que vas a comer. Y no estarías sola.

Venga, Natalia. Anímate. Seguro que te lo pasas bien en mi fiesta.

Rubén quería que fuera a su fiesta para tenerla cerca. Había algo en esa mujer que le atraía de una manera inexplicable. Cuando la había visto en lo alto de las escaleras de su jardín, como una princesa recluida en la torre más alta del castillo, había sentido el impulso de ir hasta ella y rescatarla. Cuando Natalia alzó la mirada y sus ojos se engancharon en los de Rubén, no se lo pensó más y caminó decidido hacia ella para invitarla.

—Te agradezco la invitación, pero no.

—Elena se lo está pasando muy bien —insistió él para convencerla—. ¿Por qué no quieres disfrutar tú como lo está haciendo ella? Venga...Vente. —Hizo un gesto con la mano.

—¿No se te quema algo en la barbacoa? —dijo Natalia para quitárselo de encima y que la dejase en paz de una vez. Estaba molesta no por su insistencia, sino por el hecho de que desde que se había acercado a la valla para hablar con ella, era incapaz de apartar sus ojos del tatuaje que llevaba sobre el hombro izquierdo. Y cuando había movido el brazo y había visto el otro, el de su nombre, la sangre en sus venas había corrido enloquecida.

Apartó la mirada de sus fuertes brazos y de sus *tatoos*, y la clavó en los ojos verdes de Rubén. Pero esto fue todavía peor. Porque al descubrir el brillo anhelante con el que la miraban su corazón se desbocó.

Más nerviosa que antes, decidió que lo mejor era ignorarle y cuando él se cansara, se marcharía. Se centró en comerse la ensalada, con la cabeza gacha sobre el bol, hasta que oyó un largo suspiro proveniente del vecino y cómo él se despedía con un «tú te lo pierdes, guapa».

Rubén regresó a su quehacer en la barbacoa enfadado consigo mismo. No tenía que haber insistido con Natalia. ¿Que no quería ir a su fiesta? Pues que no fuera. ¿Que prefería estar sola y aburrida en lugar de rodeada de gente pasándolo bien? Pues peor para ella. Pero es que la había notado tan triste al verla allí arriba y sola que su corazón bondadoso se conmovió y deseó verla sonreír. ¿Por qué estaría tan apagada?

—Veo que has estado hablando con Natalia. —Santi interrumpió sus pensamientos.

—La he invitado y no quiere venir. Será que no estamos a su nivel y tiene miedo de mezclarse con nosotros por si se le pega algo —soltó Rubén, molesto

por la negativa de Natalia. Y cambiando inmediatamente de tema, le preguntó a su amigo—: Y tú, ¿qué tal con Elena?

—Ahora bien. Cuando ha llegado, me he puesto muy nervioso. Pero ahora estoy bien. Me gusta hablar con ella. Además de guapa es muy divertida.

—Y viene pidiendo guerra otra vez.

—Rubén... —comenzó a quejarse Santi, notando cómo sus mejillas enrojecían ante la insinuación de su amigo.

—Es la verdad, Santi. Mírala. Viene vestida para matar —dijo mirando a Elena, que en ese momento charlaba con la novia de uno de sus amigos—. No puede llevar una minifalda más corta ni un escote más provocativo. Esa tía quiere que le riegues su jardín.

—Sabes que no puedo —murmuró lo más bajo que pudo, enrojeciendo todavía más.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que se lance sobre ti y te coma entero?

—Por favor... —suplicó Santi clavando los ojos en los de su amigo y pidiéndole que dejara el tema.

Rubén chasqueó la lengua con fastidio y le dio una palmada en el hombro a Santi.

—De acuerdo —dijo—. Ya no te torturo más.

22

Cuando Natalia terminó su ensalada, recogió la mesa y subió las escaleras para entrar en la casa. Echó un último vistazo al jardín del vecino, donde la fiesta estaba en pleno apogeo, y suspiró.

Se notaba que la gente allí reunida estaba disfrutando de esa cálida noche de primeros de septiembre. Mejor para ellos. Seguro que nadie en el jardín de al lado tenía el corazón herido como lo tenía ella. Seguro que nadie allí estaba sumido en una especie de desesperanza por perseguir un sueño que no sabía si alguna vez se cumpliría.

Sin saber por qué buscó con los ojos a Rubén y le descubrió, otra vez, con la mirada clavada en ella. El corazón de nuevo se le aceleró al sentir cómo ese hombre deslizaba sus verdes iris por todo su cuerpo, como si fueran lenguas de fuego que lamían su piel, haciéndola arder. Natalia tragó saliva a duras penas. La garganta se le había reseca al sentirse el centro de atención del vecino.

Con el pulso a mil, se obligó a desviar la mirada y entrar en la casa. Llegó a la cocina y se apoyó sobre la encimera. ¿Por qué una simple mirada la había calentado igual que si estuviera en mitad de un incendio?

Sin saber bien lo que hacía, salió de su casa y se dirigió hacia la del vecino. No supo quién le abrió la puerta ni qué muebles tenía el salón cuando pasó por él. Lo siguiente que supo fue que se encontraba al lado de Rubén, en el jardín, saludándole con su mejor sonrisa.

—Feliz cumpleaños —dijo, aunque ya le había felicitado antes, y se acercó más a él para darle dos besos en las mejillas. Al hacerlo, el aroma de Rubén a cítricos se coló por su nariz atontándola.

—Me alegro de que hayas cambiado de idea. —La sonrisa de Rubén era tan espectacular que la dejó por un momento hipnotizada.

—Yo también —susurró, deseando morder esos labios gruesos que tenía en mitad de la barba.

Elena la sacó de su atontamiento al acercarse a ella y hablarle toda contenta.

—¡Has venido! ¡Bien! Ven, que te voy a presentar a los amigos de Santi. Son muy simpáticos y sus novias también. Bueno... algunos no tienen novia. — Elena le sonrió con complicidad. Natalia sabía de sobra lo que aquello

significaba para su amiga. Más presas que cazar si con Santi no conseguía nada.

Agarró a Natalia de una mano y se la llevó casi arrastras hasta la otra esquina del jardín.

Rubén se la quedó mirando mientras se alejaba. Era la chica más bonita que había visto en su vida. De pronto recordó que ella tenía novio y le extrañó que un viernes por la noche no hubiera salido con él. ¿Por qué estaría sola en casa en lugar de estar con su chico? ¿Estarían enfadados? Elena ya le había dejado caer algo. La relación amorosa de Natalia no pasaba por un buen momento. Al menos eso había deducido él del comentario que hizo Elena cuando estuvo en su casa viendo el fútbol.

Contempló cómo Natalia hablaba con unos y con otros. Sonreía a todos estirando esos labios apetitosos, mostrando sus pequeños y blancos dientes. Imaginó que esos mismos dientes descendían por su miembro duro, arañándose, mientras la boca se lo cubría con un calor húmedo maravilloso.

Notó cómo comenzaba a excitarse y tuvo que sacudir la cabeza para alejar de su mente esa erótica imagen.

Santi le llamó. Tenía la tarta preparada sobre la mesa, con las velas del número treinta ya puestas y encendidas. Todos los invitados se reunieron en torno a ella y, cuando Rubén se acercó, comenzaron a cantar.

Después de soplar y apagarlas todas, Rubén partió la tarta en varias raciones que repartió entre los asistentes a la fiesta.

A Natalia la dejó a propósito para el final. Según iba repartiendo platos con los pedazos de tarta, los invitados se dispersaban. Así que lo hizo con toda la intención de quedarse a solas con ella y hablar un rato.

—¿Lo estás pasando bien? —quiso saber, aunque saltaba a la vista que ella se estaba divirtiendo bastante.

—Sí. Gracias por haberme invitado. Esto está de muerte. —Señaló la tarta alabando el buen sabor que tenía. Cogió con la cucharilla el último pedazo y se lo metió en la boca.

—Es quesada de Burgos —la informó, pensando que ella sí que estaba de muerte. Para comérsela entera.

Rubén la miraba de arriba a abajo y Natalia no pudo evitar un estremecimiento de deseo al ver los hambrientos ojos del hombre.

—¿Tienes frío? —preguntó él al notar su ligero temblor y ver cómo se le

había erizado el vello de los brazos—. Si quieres podemos ir dentro, al salón. O te dejo una chaqueta.

Natalia estuvo a punto de decirle que frío, con la mirada caliente que él le había dirigido, precisamente no era lo que tenía en ese momento. Pero se quedó en silencio y Rubén lo interpretó como un sí a su pregunta.

Le quitó el plato y la cuchara de las manos y los dejó sobre la mesa. Acto seguido, la agarró de una mano y la condujo hasta el salón.

—Aquí estarás mejor. Aunque seguimos en verano, por las noches ya refresca. No quiero que enfermes por mi culpa —comentó sonriéndole juguetón.

Natalia apenas le escuchó perdida como estaba en la sensación de sentir la mano de Rubén, fuerte, grande y cálida, abrigando la suya, más pequeña, delicada y tibia. Le gustó tanto el contacto con la piel de Rubén que otro estremecimiento de deseo la recorrió entera y fue a parar directamente a la unión entre sus piernas. Tuvo que apretar los muslos para contener la descarga que sintió allí y que prendió un fuego en ella que hacía mucho que no sentía.

Ni siquiera con Saúl había notado aquello nunca. Y eso que estaba enamorada de él hasta la última fibra de su ser.

Rubén repasaba su indumentaria deseando arrancarle la minifalda vaquera y el top de tirantes con estampados verdes que Natalia llevaba. Con las botas camperas marrones estaba sexi a rabiar. Pero tuvo que hacer un esfuerzo y no abalanzarse sobre ella. Aún no la conocía bien y no estaba seguro de que fuera una chica normal como su amiga Elena, y no una diva estirada como él pensaba que era después de todos los encontronazos que había tenido con ella. Pero esa mañana en el colegio había visto una parte de Natalia que le había gustado mucho.

Además, ella tenía novio.

Fueran las cosas bien o mal con ese chico, debía respetar que Natalia estaba metida en una relación con otra persona. Bien sabía él lo mucho que dolía una infidelidad.

Sin embargo, no hacían nada malo por estar hablando un rato tranquilamente sentados en el sofá de su salón.

—¿Cómo vas con el reportaje? —quiso saber él.

—Muy bien. La verdad es que me has dado muchísima información y muy valiosa, además.

Ella desvió la mirada desde los ojos de Rubén hasta sus labios e, inconscientemente, sacó la lengua y se repasó los suyos.

Él siguió aquel recorrido fascinado por el brillo de humedad que quedaba en ellos y deseó unir su boca a la de ella para probar su sabor. Natalia era una trampa sensual que trastocaba todos sus sentidos.

—¿No se te cuecen los pies con las botas camperas? —preguntó de pronto Rubén para romper el silencio que se había apoderado de ellos.

—Pues no —contestó Natalia sonriendo y moviendo las piernas, mirándose las botas que acompañaban al resto de su vestimenta.

—Es que cuando os veo con ellas —dijo él refiriéndose a otras chicas— en verano, me da la sensación de que sí.

Natalia ensanchó aún más su sonrisa y le respondió que estuviera tranquilo por eso. Miró a su alrededor y observó los muebles blancos contra las paredes naranjas. Aquí y allí había varias figuras étnicas, fotos de distintos lugares del mundo y al verlas, ella se levantó curiosa para mirarlas.

—Vaya... Has viajado mucho. ¿Esto es el Taj Mahal de la India? —preguntó señalando una.

Rubén, contemplándola desde su posición en el sofá, deleitándose con la redondez de su trasero, deseando pasar su mano por él y darle un buen apretón, respondió:

—En efecto. Es el Taj Mahal.

—¿Has estado allí?

—El de la foto soy yo, así que sí. He estado allí. No es ningún montaje.

—¿Cuándo? ¿Y cuánto tiempo estuviste? —quiso saber ella, interesada, volviendo al sofá. Se sentó con las piernas cruzadas y se recostó de medio lado mirándole.

—Fui con Santi hace seis años. Estuvimos quince días.

—¿Con Santi? —preguntó Natalia temiéndose que en realidad sí que fueran un matrimonio gay y Elena estuviera perdiendo el tiempo intentando seducir a ese chico. Pero algo le decía que no podía ser así. Rubén la miraba de una forma que los gais que ella conocía nunca lo habían hecho. En los ojos de ese hombre, ella podía leer el deseo y la pasión que se desataba en su interior cuando los clavaba en ella.

Rubén asintió con un movimiento de cabeza y le explicó brevemente:

—El viaje estaba programado para ir con otra persona, pero... —desvió la vista un momento hacia abajo y Natalia vio que sus ojos se empañaban con algo parecido a la tristeza— ...no pudo ser. Para no perderlo, le pedí a Santi que viniese conmigo —dijo volviendo a mirar a Natalia.

Ella respiró aliviada. Si Santi no era homosexual mejor para Elena. No perdería el tiempo intentado cazar a un chico que no iba a ser para ella y de paso poniendo en apuros al pobre Santi.

—Y aprovechaste para hacerte el tatuaje del mandala allí —supuso Natalia.

Rubén se miró el hombro y después la miró a ella sonriéndola. Natalia comprobó que lo que fuera que le había entristecido ya lo había olvidado.

—Sí. Es un buen recuerdo que me traje de la India. ¿Sabes qué significan los mandalas? —le preguntó y, como ella negó, comenzó a explicárselo—: «Mandala» es una palabra que proviene del sánscrito y su significado es «círculo sagrado». Lo que para la mayoría de la gente no son más que bonitos dibujos geométricos, para los hindúes es la representación de la sanación, el absoluto, la unión y la integración. Es el círculo perfecto. El ciclo de la vida que empieza y acaba. La parte exterior representa el universo, el cosmos, y el interior somos nosotros mismos como seres humanos. —Continuó bastante rato contándole más cosas sobre los mandalas mientras Natalia le escuchaba interesada. La India y su cultura era algo que a ella siempre le había fascinado y por eso permaneció en silencio memorizando todo lo que él le explicaba hasta que Rubén terminó diciéndole—: Cada color significa un estado espiritual distinto. El rosa y el morado —dijo, señalándose esos colores en su dibujo— son amor al prójimo y altruismo. El amarillo y el naranja significan la luz del sol, simpatía, ternura y valor. El rojo, pasión y sensualidad. Y el verde, crecimiento, felicidad y libertad.

Al notar cómo ella miraba embelesada el *tattoo*, él se giró un poco para que lo pudiera contemplar mejor.

—Puedes tocarlo si quieres.

Natalia alargó la mano y recorrió con los dedos delicadamente todo el dibujo. Rubén sintió como si esos dedos penetraran en su piel, quemándole. Pero era un calor tan delicioso que deseó que nunca terminase.

—Me gusta —dijo Natalia notando en las yemas de sus dedos el relieve del tatuaje. Una fugaz visión cruzó su mente a toda velocidad y por un segundo se vio a sí misma teniendo sexo con el vecino mientras estaba rodeada por los

dibujos de sus brazos. Parpadeó sorprendida y retiró la mano con rapidez. ¿Por qué al tocarle había sentido aquello?

Rubén echó de menos el contacto de Natalia. Le había gustado demasiado. De hecho, había deseado que ella recorriese con esas manos delicadas todo su cuerpo. Pero no sabía por qué Natalia se había apartado tan de repente como si se hubiera quemado.

—¿Tú tienes algún tatuaje? —quiso saber él.

Ella se levantó de nuevo del sofá. Estaba nerviosa.

—No. Me gustan mucho y siempre he querido tener uno. Pero me dan miedo. Tengo miedo al dolor y, además, no sabría qué dibujo hacerme. Eso es algo para toda la vida. Si elijo mal y luego no me gusta o me canso de verlo... —Se encogió de hombros.

Le dio la espalda y comenzó a dar vueltas por el salón observándolo todo, mirando otra vez las fotos. Al cabo de un rato dijo:

—Me gusta tu casa. No esperaba que fuera así.

—¿Y cómo esperabas que fuera? —Rubén se levantó también y caminó hasta Natalia. No entendía por qué esa mujer le atraía como un imán y necesitaba estar cerca de ella, revoloteando igual que una abeja lo hace en torno a una flor.

—No sé... —Natalia se encogió de hombros—. Dos chicos viviendo solos. Siempre he creído que los hombres tenéis la casa convertida en una leonera cuando vivís sin una mujer en ella.

—Pues ya ves que no. Me gusta tenerlo todo ordenado y recogido. ¡Ah! Y limpio. Mi madre me enseñó muy bien. También sé cocinar. Como ves, soy el chico ideal. El novio que cualquier madre quiere para su hija —dijo riéndose.

—¿La casa es tuya o alquilada? —preguntó ella compartiendo su risa.

Natalia siguió caminando hasta la puerta del jardín y allí se detuvo mirando cómo los invitados de su vecino disfrutaban de la noche. Elena continuaba entretenida con Santi, los dos hablando solos en un rincón apartado. Vio cómo ella se le insinuaba y cómo él se hacía de rogar.

La música de Melendi continuaba saliendo por los altavoces instalados en dos esquinas del jardín y algunas chicas bailaban al ritmo del pop rock del cantante asturiano.

Rubén se acercó a ella por detrás hasta que quedó a escasos centímetros de

su cuerpo. Sin apartar la vista del grácil cuello de Natalia, que la coleta alta que llevaba dejaba al descubierto, y deseando recorrer con sus caricias esa piel que le tentaba, respondió:

—Es mía. La compré hace algunos años porque siempre he querido tener una casita con jardín.

—Me resulta raro que alguien como tú viva en un chalet —dijo ella nerviosa, sintiendo el cálido aliento de Rubén en la nuca. No se atrevió a mirarle a la cara por si se lo encontraba demasiado cerca y la asaltaban unos locos deseos de besarle. No entendía qué demonios le pasaba con el vecino. Su cercanía, su tacto, su aroma a cítricos y su voz la calentaban en décimas de segundo. Y eso no podía ser. ¡Ella tenía novio, por el amor de Dios!

—¿Alguien como yo? —preguntó Rubén descolocado. Pero enseguida supo a qué se refería ella—. ¡Ah! Quieres decir un perroflauta.

En el momento en que ella escuchó eso de sus labios, cerró los ojos avergonzada.

—Yo... —comenzó a decir— ...siento haberte llamado así.

—¿Y vagabundo y pordiosero? ¿Y pensar que era un ladrón que iba a robaros lo que teníais en el coche? ¿Y que trabajo en el circo? ¿Y todo lo demás?

Natalia abrió los ojos y se dio la vuelta para enfrentar la mirada de Rubén. Su boca estaba tan cerca que con su aliento le acariciaba los labios a ella. Natalia absorbió ese mágico y dulce sabor unos segundos antes de disculparse.

—También lo siento. No te conocía y...

Rubén se apoyó con el brazo en el marco de la puerta, quedando así más cerca de Natalia.

—Yo también saqué conclusiones precipitadas sobre ti —confesó interrumpiéndola—. Así que también debo disculparme. Pensaba que eras otra Barbie más y me alegro de ver lo mucho que me he equivocado.

—¿Y *choni poligonera*? —preguntó ella.

—También lamento todas las discusiones que hemos tenido por la música. Mi intención nunca fue molestaros a Elena y a ti —añadió él sin responder a su pregunta.

Pero Natalia insistió.

—Me duele más que me llames *choni* que Barbie. Aunque ninguno de los dos me gusta. Tengo sentimientos, ¿sabes? —comentó ella arrugando el

entrecejo.

Aquella defensa a su dignidad como mujer le gustó a Rubén. No pudo resistirse al ver su ceño arrugado, algo que le pareció adorable en ella, y con un dedo le acarició esa parte intentando relajarla.

—Ya sé que eres una mujer de carne y hueso con sentimientos —susurró perdiéndose en los iris verdes que le miraban brillantes—. Y muy guapa, por cierto. ¿Sabes que estás preciosa sin maquillaje?

Natalia se quedó hipnotizada al sentir la delicadeza con que Rubén la acariciaba la frente. Como si fuera de cristal y temiese romperla. Cómo sus dedos recorrían primero una ceja y después la otra. Cómo bajaba por el puente de su nariz hasta llegar a la punta y de ahí volaban a las curvas peligrosas de sus labios. A medida que avanzaban por su piel, dejaban tras de sí un rastro de fuego que hizo que Natalia deseara que esos dedos atormentadores se deslizaran por todo su cuerpo. ¿Por qué ese hombre la incendiaba con sus caricias?

Cuando Rubén le acarició los labios con el pulgar, los dos emitieron un sonoro gemido de placer. Natalia entreabrió la boca deseando que él colara ese dedo dentro, tanto como anhelaba en aquel momento que sumergiese entre sus piernas la dureza que sentía a través de los pantalones de Rubén.

El sonido del teléfono móvil que Natalia llevaba en el bolsillo trasero de su minifalda vaquera rompió el hechizo, devolviéndolos a la realidad.

Ella se separó sobresaltada, echándose una mano atrás, buscando el móvil.

Rubén se quedó unos segundos con su mano en el aire, en el punto exacto donde antes estaban los labios de Natalia, negándose a creer que el mágico momento hubiera terminado. Al darse cuenta de que así había sido, bajó la mano y la metió en el bolsillo de su pantalón.

—¿Diga? —preguntó ella sin mirar la pantalla para ver quién la llamaba. Todavía jadeando por lo que le había hecho sentir aquel roce en los labios, miró a Rubén y el anhelo desesperado que encontró en sus pupilas casi la hizo caer al suelo de rodillas.

Pero al escuchar la voz de Saúl al otro lado de la línea, volvió a la realidad de golpe, como si la hubieran echado un jarro de agua fría por encima.

—Nena, estoy en nuestro hotel. Tengo dos horas.

—¡Qué bien! Yo estoy en una barbacoa en casa de unos vecinos —comentó notando cómo el enfado con Saúl renacía en ella con fuerza.

—Ven —ordenó él—. Te echo de menos. No me gusta que estemos enfadados.

—A mí tampoco.

Se distanció de Rubén, quien podía oír la conversación de tan cerca que estaba, y buscó un poco de intimidad en la otra punta del salón.

—Pero te recuerdo que esta situación la has provocado tú —le acusó Natalia bajo la atenta mirada de su vecino.

—Solo tengo dos horas. Hoy sí he podido escaparme. Ven a verme.

—Te repito que estoy en una fiesta —volvió a decir ella y sus ojos se encontraron con los de Rubén. Permanecía al lado de la puerta del jardín esperándola. Le sonrió y él le devolvió el gesto—. Y me lo estoy pasando estupendamente. ¿Por qué habría de dejarlo todo y correr hacia ti?

—Porque yo te lo pido. Porque me quieres. Porque te quiero. Porque me van a reventar los pantalones por culpa del deseo loco que siento por ti. Porque necesito hacerte el amor. Porque...

A medida que Saúl le daba razones, el corazón de Natalia se fue ablandando y su enfado se evaporó.

—Está bien —le cortó risueña—. En media hora estoy ahí.

Colgó y miró a Rubén, que ahora la contemplaba como si estuviera cabreado con ella.

—¿Era tu novio? —quiso saber.

—Sí. Quiere verme y...

—Entonces te vas.

Natalia asintió mientras se acercaba a Rubén.

—Gracias por invitarme a tu fiesta. Lo he pasado muy bien.

—De nada —soltó él con un tono seco, y acto seguido dio media vuelta y salió al jardín.

Natalia se quedó mirando su amplia espalda, con la rasta balanceándose al compás de sus pasos y suspiró. ¿Qué acababa de ocurrir con ese chico? ¿Qué habría pasado de no ser por la interrupción telefónica? Estaba segura de que él la habría besado y se dio cuenta de que ella deseaba que ese beso hubiese existido.

23

Rubén regresó a la fiesta con la rabia hirviéndole en las venas. Maldito novio de Natalia. ¿Por qué había tenido que llamar en el momento menos adecuado? Aunque pensándolo bien quizá era lo mejor. Había estado a punto de besarla. De probar esos provocativos labios y fundirse en su boca como si fuera mantequilla puesta al sol. ¡Y ella tenía novio! ¡Por el amor de Dios! No podía liarse con una chica que estaba comprometida con otro.

¿Qué diablos le estaba pasando con aquella mujer? Estar cerca de ella le aturdió y no podía razonar con claridad. Tocar su piel suave y bella. Sentir la descarga de energía que le habían provocado aquellas simples caricias. El olor a coco de Natalia. Su risa cantarina. Su voz, dulce como el azúcar. Cuando no le gritaba enfurecida, claro. Se dio cuenta de que la deseaba más que a ninguna otra mujer en el mundo. Y eso que, hasta ahora, había tenido ganas de retorcerle el cuello cada vez que había hablado con ella. Más bien, cada vez que se habían gritado mutuamente.

Pero ese día todo había cambiado. Había descubierto a la Natalia divertida, sexi, dulce e inteligente, con un corazón tierno y bondadoso, que se escondía bajo aquella apariencia de Barbie. Y eso hacía que Rubén se sintiera más atraído por ella que antes. Ojalá no hubiera sido así. Ojalá Natalia hubiese sido la diva estirada que él pensaba que era. De esta manera todo hubiera sido más fácil. Sin embargo, no había sucedido así.

Además, estaba furioso consigo mismo por desear a la mujer de otro, y eso que él sabía bien lo mucho que duele una infidelidad. Por eso siempre huía de las chicas que estaban casadas o tenían novio. ¿Por qué en lugar de hacer lo mismo con Natalia iba en su busca?

Debía ignorarla costase lo que costase. No quería complicarse la vida con la mujer de otro ni, de paso, complicársela a ella y que acabaran sufriendo todos.

Pero es que ella tampoco se lo ponía fácil. Había visto en los ojos verdes de Natalia, tan iguales a los suyos, el deseo y el fuego de la pasión que ardía en su interior. Había escuchado el gemido tembloroso que salió de su boca cuando le rozó los labios con el pulgar. Ese erótico sonido había ido a parar directamente a sus pantalones, provocándole una dolorosa erección. Dureza que había

desaparecido como por arte de magia en cuanto la oyó quedando con su novio.

Cualquier otra que no quisiera tener nada que ver con él, sexualmente hablando, hubiera escapado al primer contacto. En cuanto se hubiera acercado a ella más de lo debido. Pero Natalia no. Ella le había permitido llegar hasta donde él había llegado. Y si la hubiera besado, como estaba a punto de hacer cuando sonó el maldito teléfono, estaba convencido de que Natalia hubiera correspondido al beso con las mismas ganas que él tenía. Se hubiera derretido en su boca, rendida a las caricias de su lengua, abandonándose por completo al placer que él le estaba dando.

¡Maldita sea! ¿Por qué era todo tan difícil? Había muchas chicas que se morirían por estar con él. Y él había ido a fijarse en la única que no estaba disponible y que, además, no le convenía.

Una pareja de invitados a su fiesta se acercó a Rubén para despedirse sacándole de sus pensamientos tumultuosos. Cuando estos se marcharon, buscó a Santi y lo vio entre la espada y la pared. Mejor dicho, entre el cuerpo de Elena y la pared. Cada centímetro de ella estaba pegado al de su amigo y Elena le susurraba algo al oído que hacía que Santi estuviese rojo como un tomate maduro. Vio cómo ella le echaba los brazos al cuello y se restregaba contra su pelvis. Comenzó a darle besos por toda la mejilla hasta que atrapó su boca y Rubén sonrió feliz por su amigo. Al menos uno de los dos había conseguido algo con la chica que le gustaba. Aunque en el caso de su amigo sabía a ciencia cierta que no pasarían de ahí.

Rezó para que Santi venciese su timidez y descubriese el placer entre los brazos de Elena. Bueno, más bien entre los muslos de Elena. Con treinta años, ya era hora de que a su amigo le desflorasen. A ver si así, de una vez por todas, Santi se convencía de que no era ningún bicho raro por tener un carácter retraído y vergonzoso.

De repente, el beso se interrumpió de forma brusca y Santi separó a Elena de su cuerpo como si le hubiera quemado por su contacto. Murmuró algo precipitadamente y se alejó de allí, dejándola por completo sorprendida e incapaz de reaccionar.

Cuando Santi pasó por al lado de Rubén en dirección al interior de la casa, este le detuvo.

—¿Dónde vas con tantas prisas? ¿Es que se quema algo?

—Necesito estar unos minutos a solas —respondió Santi azorado.

—Pues yo creo que las próximas dos horas deberías pasarlas con Elena. A ser posible en la intimidad de tu habitación.

—Rubén, no —le cortó tajante.

—¿Por qué? ¿No ves que esa chica se muere por probarte?

Santi le ignoró y continuó su camino. Rubén fue detrás de él para convencerle de que había llegado el momento de enfrentarse a sus miedos.

Entraron en la casa y Rubén siguió a Santi hasta la cocina.

—Quiero estar solo —dijo Santi paseando de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Lo que necesitas es estar con Elena y que te vuelva loco de deseo.

—¡Ya estoy loco de deseo! —gritó—. Llevo toda la noche ardiendo como si fuera una maldita antorcha.

—¿Y por qué no dejas que ella apague tu fuego? ¿Por qué no dejas que Elena calme tus ansias?

—¡Porque no puedo! —Santi se paró en mitad de la cocina y le miró con el tormento que sentía en el alma reflejado en sus ojos—. ¡Porque en cuanto se dé cuenta de que no soy un chico normal, saldrá corriendo! ¡Y todo el tiempo que viva aquí al lado tendré que soportar que me mire como si yo fuera un bicho raro!

Rubén se acercó a él y posó las manos sobre sus hombros.

—Cálmate, por favor —le pidió a Santi.

—Me ha tocado. Ha metido su mano por dentro de mis pantalones y me ha tocado la... —Un lamento escapó de su garganta y no pudo acabar la frase.

—No pasa nada. Tranquilo —dijo Rubén mirándole a los ojos, transmitiéndole toda la paz que pudo y que su amigo necesitaba. ¿Por qué estaba tan alterado? ¿Solo porque una chica guapísima e interesada en él le había tocado su miembro?

—Sí que pasa. Pero es que tú no lo sabes... Nadie lo sabe y así debe quedar.

—No te entiendo, Santi. ¿Qué es lo que yo no sé? ¿Y qué es lo que debe quedarse así? —quiso saber Rubén mirándole confundido.

Santi meneó la cabeza a ambos lados.

—Cómo soy. Mi defecto...

—¡Por el amor de Dios, Santi! —exclamó Rubén hastiado ya de las quejas

de su amigo sobre su timidez—. ¡Basta! Ser vergonzoso no es un defecto.

Santi le miró con una tristeza infinita en los ojos y a Rubén se le partió el alma al verle así.

—Por favor, amigo —habló Rubén de nuevo—, inténtalo. Estoy seguro de que con Elena...

—No, no puedo. Necesito... más tiempo.

Rubén tomó aire por la nariz y lo expulsó después con fuerza.

—Está bien. Tómame todo el tiempo que creas conveniente.

24

Natalia llegó a la habitación de hotel con el corazón martilleando en su pecho con tanta fuerza que creyó que le rompería la caja torácica.

Además, estaba en un estado de excitación por las caricias de Rubén que aún sentía en la piel y en los labios como si la hubiese marcado a fuego. Necesitaba desahogarse inmediatamente.

Tenía sentimientos encontrados. Por un lado estaba enfadada con su vecino por hacerle sentir todo aquello y también consigo misma por no pararle los pies. ¡Ella tenía novio! No podía ir por ahí dejando que cualquiera la tocara o la excitara con sus caricias.

Pero, por otro lado, deseaba que hubiera pasado algo. Que Rubén la hubiera besado antes de que el maldito teléfono los interrumpiera. Que hubiese continuado con sus caricias, deslizándose las manos fuertes y grandes por todo su cuerpo. La delicadeza con que él la había tocado llenaba a Natalia de ternura y de excitación.

Notaba las bragas empapadas gracias al vecino. Y se sintió mal por este hecho. Debería estar así de estimulada por Saúl, no por Rubén.

Sin embargo, ella amaba a Saúl e iba a estar con él en ese momento. Iba a disfrutar al máximo de su encuentro y también iban a hablar sobre su relación. Habían llegado a un punto en el que debían aclararlo todo entre ellos y que las cosas comenzaran a cambiar.

Llamó a la puerta y enseguida esta se abrió.

Saúl la agarró de una mano y tiró de ella, metiéndola en la habitación. Se abalanzó sobre la boca de Natalia con un agresivo beso que a ella le hizo daño, pero que correspondió con idéntico ímpetu. Saúl la desvistió con rapidez mientras no dejaba de saquear la boca de Natalia, casi sin dejarla respirar, y cuando la tuvo solo con las botas camperas, apoyó las manos en sus hombros y la obligó a ponerse de rodillas frente a él.

—¿No te parece que primero deberíamos hablar sobre lo que pasó el otro día? —preguntó Natalia, mientras le bajaba la cremallera del pantalón, buscando su miembro dentro del calzoncillo.

—Nos queda una hora y veinte minutos. —Comprobó él en su reloj—. ¿Y

quieres perder tiempo en hablar? Mejor disfrutamos primero y luego ya se verá.

Natalia obedeció, acostumbrada como estaba a seguir sus órdenes, y se esmeró por hacerle a su novio la mejor felación de su vida. Cuando él se corrió en su boca, ella caminó hasta la cama, se quitó las botas, que era lo único que le faltaba ya, y se colocó a cuatro patas sobre ella. Sabía bien lo que venía a continuación y cómo le gustaba hacerlo a Saúl.

Además, ella también tenía prisa por alcanzar su orgasmo. Rubén la había calentado tanto que necesitaba liberarse inmediatamente. Saúl tenía razón. Primero disfrutarían y luego tendrían tiempo de hablar.

Con un fuerte empujón, que desplazó a Natalia un poco sobre la cama, Saúl la penetró.

—Agárrate bien a la colcha, joder, Natalia —se quejó él por el movimiento—. Sabes que me gusta que estés quieta para darte todo lo que tengo para ti.

—Lo siento —se disculpó ella notando cómo Saúl entraba y salía de su cuerpo con la fuerza de un toro—. Me has pillado desprevenida.

Saúl no añadió nada más y continuó con su trabajo, anclado a las caderas de ella con los dedos clavados en su fina piel. Natalia sentía la opresión de las manos de su amante haciéndole daño, parecía que fuera a romperle los huesos de las caderas, pero se obligó a resistir. Así le gustaba a él y ella debía aguantar si quería satisfacer al hombre del que estaba enamorada.

Se agarró más fuerte a la colcha. Tanto que los nudillos se le pusieron blancos del esfuerzo. A pesar de la brutalidad con que Saúl la tomaba, ella comenzó a sentir el calor del clímax que se iba adueñando de su cuerpo. Cerró los ojos para concentrarse en ese delicioso fuego que se propagaba por sus venas y, sin poder evitarlo, la imagen de Rubén acariciándole tiernamente la cara se coló en su mente. Aquello fue lo que necesitó para liberarse del todo y llegar al orgasmo.

Reprimió los gritos que pugnaban por salir de su garganta mordiéndose los labios. A Saúl le gustaba que fuera silenciosa y ella quería complacerle.

Cuando su amante también llegó al clímax, se derrumbó sobre la espalda de Natalia y esta, a su vez, sobre la cama. Notaba la respiración jadeante de Saúl en la oreja y el retumbar de su corazón igual de agitado que el suyo propio.

—Me estás asfixiando, Saúl —logró decir ella boqueando como un pez fuera del agua.

Saúl, con parsimonia y fastidio, se inclinó hacia un lado y la dejó libre.

—Hay que ver lo poco que aguantas, nena —la riñó.

—Aguanto mucho, aunque tú no te lo creas —se defendió ella molesta por ese comentario—. Concretamente, llevo un año aguantando. Esperando que hables con Cecilia.

—Joder, siempre con la misma cantinela. Empiezas a aburrirme —respondió él levantándose de la cama y sacándose el preservativo para tirarlo en la papelera del baño—. Y a cabrearme también. Ya te he dicho que hablaré con ella dentro de poco. Solo tienes que esperar unas semanas —volvió del baño y se tumbó en la cama al lado de Natalia— y seré todo tuyo.

—Es que estoy cansada de...

Saúl puso un dedo sobre los labios de Natalia para silenciarla.

—Ya lo sé, nena. No hace falta que me lo repitas otra vez. Anda, ven aquí. —Abrió los brazos para que se refugiara en ellos.

Permanecieron unos minutos abrazados. Natalia jugando con una uña en torno a su tetilla izquierda, arañándole con delicadeza.

—No me hagas eso. No me gusta —se quejó Saúl dándole un manotazo—. Y además, puedes dejarme alguna marca.

—Ojalá pudiese marcarte entero como mío —suspiró Natalia abrazándose con más fuerza al cuerpo desnudo de su amante.

—No seas posesiva, por favor. —Y antes de que ella pudiese decir algo más, Saúl atrapó su boca con otro violento beso. Cuando lo rompió de manera brusca, miró el reloj y, colocando a Natalia en la posición que a él le gustaba, le dijo—: Nos quedan treinta minutos. Vamos a aprovecharlos al máximo. —Se puso un preservativo en su duro miembro y la penetró con tanta fuerza que Natalia chocó contra el cabecero de la cama.

—¡Ay! —se quejó.

—Joder, nena, ¿cuándo te vas a agarrar bien para no moverte?

—Es que eres un bruto.

—Es que me vuelves tan loco de deseo que me pongo como un toro. Pero a ti te gusta, ¿a que sí?

Ella no contestó y Saúl continuó entrando y saliendo de ella con bestialidad. Cuando los dos alcanzaron su orgasmo otra vez y cayeron desplomados sobre la cama, Natalia se deshizo del peso de su cuerpo para que no la dejase sin aire

como antes.

Saúl rodó hacia un lado, quedando boca arriba y la miró, mientras ambos recuperaban su ritmo cardíaco normal.

—¿Por qué no llevas maquillaje? —quiso saber él frunciendo el ceño disgustado.

—Estaba... —comenzó a hablar ella con la respiración todavía alterada— ...en una barbacoa... con Elena... No me parece que deba ir... maquillada a una fiesta así.

—Pero eso no es motivo para ir vestida como una cualquiera de un barrio marginal —dijo él mirando con asco la minifalda vaquera, el top verde y las botas camperas desperdigadas por el suelo—. Y sin maquillarte aunque sea un poco. Sabes que me gusta que vayas siempre arreglada. —Se levantó de la cama y se metió en el baño—. Por lo menos cuando vengas a verme a mí. No lo olvides para la próxima vez. Me voy a duchar. —Cerró la puerta dejando a Natalia al borde de las lágrimas por sus críticas.

Poco a poco se levantó de la cama sintiéndose mancillada, vapuleada y frágil. Con la autoestima por los suelos y el corazón herido por sus duras palabras. ¿Cómo era posible que le dijera esas cosas cuando estaba enamorado de ella? A Natalia le daba igual si él iba con traje o de *sport*. Ella le quería tal cual era. ¿Por qué no podía Saúl hacer lo mismo?

Recogió su ropa del suelo y se vistió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Se marchó sin decirle adiós. No quería enfrentarse a él y que otra vez la mirase con el mismo asco con el que había mirado su ropa.

25

—Buenos días —saludó Elena sin mucho ánimo a Natalia cuando entró en la cocina al día siguiente para desayunar.

—Buenos días... por decir algo —respondió Natalia sin mirarla.

A través de las paredes se escuchaba la música de Melendi que provenía del adosado del vecino.

—¿Hoy no vas a ir a decirle nada a Rubén sobre la música tan alta? —quiso saber Elena.

Natalia se encogió de hombros. Le daba igual la puñetera música. Sus pensamientos estaban en otra parte.

Se quedaron las dos en silencio unos minutos. Elena terminando su tazón de cereales integrales con leche desnatada y Natalia preparándose el café y la tostada.

—¿Qué tal anoche con Saúl? —preguntó Elena—. Me dijo Rubén que te había llamado y que por eso te fuiste.

Natalia la miró, con los ojos hinchados por haberse pasado la noche llorando, y Elena soltó un taco. Se levantó en el acto y caminó hasta la otra punta de la mesa, donde Natalia se había sentado en una silla. La abrazó y le dio un beso en el pelo.

—Un día de estos voy a darle una paliza —prometió Elena enfadada con el amante de su amiga.

Natalia no contestó. Se dejó consolar mientras las lágrimas escapaban de nuevo de sus ojos.

—Shhhh. No llores más. No se lo merece.

—¿Qué tal tú con Santi? —preguntó Natalia entre hipidos esperando que Elena le contase que todo había ido bien y así conseguir que se distrajera de su dolor.

—Fatal. —Elena la soltó y volvió a su silla, donde se dejó caer abatida—. Creo que es gay.

A Natalia el llanto le cesó de golpe. Parpadeó sorprendida mirando a su amiga, creyendo que la había entendido mal.

—¿Qué has dicho?

—Que creo que es gay.

—Imposible.

—¿Cómo que imposible? Tú misma dijiste que Rubén y él parecían un matrimonio gay y resulta que así es.

Natalia sacudió la cabeza negando. ¿Rubén y Santi gais? No. No podía ser. No después de cómo Rubén la había tocado. No después de estar a punto de lanzarse a su boca y devorarla entera. No después de ver cómo Rubén se la comía con los ojos, acariciando su cuerpo con la mirada, desnudándola.

—Me equivoqué, ¿vale? No son gais —afirmó tajante Natalia.

—¿Por qué estás tan segura? —quiso saber Elena, apoyándose con los codos en la mesa.

—Porque el rato que estuve con Rubén en el salón... —se quedó callada un momento pensando lo que iba a contar y cómo lo iba a hacer para que no se malinterpretasen sus palabras ni sus actos. Pero, sinceramente, lo que había ocurrido con Rubén no daba lugar a otra interpretación— ...me acarició y estuvo a punto de besarme.

Elena abrió tanto la mandíbula por la sorpresa que casi se le desencaja.

—¿Te acarició y estuvo a punto de besarte? —preguntó y al segundo siguiente dio un brinco de la silla, se acercó a Natalia y la agarró de las manos levantándola también—. ¡Cuéntamelo todo! —le exigió tirando de ella hasta el sofá del salón—. ¿Cómo es que te acarició? ¡Y dónde! ¿Y por qué no te besó?

Natalia, al ver el interés de su amiga, comenzó a reírse nerviosa igual que una quinceañera que le cuenta a otra su primer beso con el chico que le gusta.

—No pasó nada —dijo sentándose en el sofá con Elena al lado.

—Vamos, Natalia, ahora no me vengas con «no pasó nada» cuando acabas de decirme que estuvo a punto de besarte y que te tocó. Desembucha.

Natalia, sonriendo, procedió a contarle lo sucedido con Rubén, la llamada de teléfono que los interrumpió y, ya puesta, le contó su encuentro con Saúl y las críticas de este hacia su imagen.

—Saúl es gilipollas —escupió Elena enfadada—. Sé que te prometí que no despotricaría más de él, pero no puedo quedarme callada ante algo así. —Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia ella para reconfortarla—. Te está engañando, Nat. Nunca le va a pedir el divorcio a su mujer, ¿no te das cuenta? Si de verdad quisiera, ya lo habría hecho hace tiempo. —Le cogió la cara entre las

manos y mirándola fijamente a los ojos añadió—: Si tienes que forzarlo, es que no es para ti. Igual que ocurre con los zapatos, la ropa y todo lo demás. Cuando es para ti, se adapta sin problemas. Si no lo hace, es porque no es tuyo. No es para ti —repitió—. Por favor, déjalo. Olvídate de él. Hay millones de peces en el mar para que tú andes sufriendo por un boquerón, que lo único que hace es pintarte una vida rosa que nunca te va a dar.

Natalia, que había comenzado a llorar de nuevo, se sorbió la nariz y asintió dándole la razón a Elena.

—Estoy enamorada, pero... no puedo permitir que me trate así. Tienes razón. Debo dejarle y olvidarle. Me va a costar mucho —se limpió las lágrimas con las yemas de los dedos— porque no va a ser fácil verle todos los días en la oficina. Pero tengo que intentarlo. Por mi paz mental y emocional. Por mi dignidad como mujer.

Abrazó a Elena con fuerza y posó la cabeza sobre su hombro.

—Muchas gracias, amiga.

Elena le dio un beso en la mejilla y, al separarse de ella, comenzó a hablar otra vez.

—Yo creo que no te costará tanto olvidar a Saúl si ya tienes a alguien en la retaguardia. —Y ante la mirada de extrañeza que le dirigió Natalia, añadió—: Ya sabes que un clavo saca a otro clavo y tú tienes a Rubén que parece muy interesado en ti, a juzgar por lo que me has contado que pasó anoche.

—¿Estás loca? No puedo usar a un chico para olvidar a otro. —Natalia miró a Elena como si le hubieran salido dos cabezas—. No sería justo.

—Bah... No te estoy diciendo que inicies una relación seria con Rubén. —Elena movió la mano para restar importancia al asunto—. Solo que te diviertas con él todo lo que puedas mientras olvidas a Saúl.

—Yo no soy así. No puedo hacer eso. ¿Y si se enamora de mí y descubre que lo utilicé para olvidar a otro hombre? Me sentiría fatal, por no decir el daño que le haría a ese chico, sea Rubén o cualquier otro. No, Elena. En esto no te doy la razón. Lo siento, pero no.

—Pues tú te lo pierdes. —Elena se encogió de hombros y levantándose del sofá salió del salón.

Natalia regresó a la cocina. El café y la tostada estaban fríos, así que se deshizo de ellos y se preparó de nuevo el desayuno.

Minutos después, cuando subió a su cuarto para ducharse y vestirse, encontró a Elena que ya salía arreglada de su habitación.

—Al final no me has contado lo que pasó con Santi —dijo parándose en la puerta del cuarto de su amiga.

Elena suspiró entristecida antes de hablar.

—Lo estábamos pasando muy bien. Charlando de todo un poco, y cuando nos quedamos solos comencé mi acercamiento. Le notaba muy nervioso, pero como sé que es un chico tímido, decidí ir poco a poco para no asustarle. —Elena se apoyó en el marco de la puerta mientras Natalia la escuchaba—. Me fui pegando a su cuerpo, le susurré algunas cosas al oído, comencé a acariciarle el brazo, fui subiendo por él hasta llegar al cuello y cuando tuve mi mano ahí, le giré la cara para darle pequeños besos en la comisura de los labios antes de apoderarme de su boca por completo.

—Y él, ¿qué hizo? ¿Te rechazó? —la interrumpió Natalia ávida de información.

—No. Me besó de tal forma que... —a Elena le brillaron los ojos con el recuerdo de los besos de Santi y una bobalicona sonrisa se extendió por su cara — ...casi me meo en las bragas del gusto. No te haces una idea de lo bien que besa ese chico. Me encendió tanto en tan poco tiempo que me olvidé de ir despacio con él para no asustarle y comencé a restregarme contra su cuerpo como un animal en celo. Noté cómo le crecía la erección en los pantalones y me dije a mí misma que tenía que tocar aquello tan duro. Así que bajé una mano y la metí dentro de sus pantalones buscando su pene. Y entonces... —suspiró pesadamente y se entristeció de nuevo— ...salió corriendo. Huyó de mí. ¿Te lo puedes creer? Yo solo quería comprobar la mercancía. Y Santi salió corriendo como si el jardín estuviera en llamas.

Natalia no pudo evitar echarse a reír ante aquello.

—¡Qué fuerte, tía! —exclamó—. Pero ¿cómo se te ocurre hacer eso delante de todos los invitados de la fiesta? No me extraña que Santi huyera despavorido. Se ha dado cuenta de que estás tan salida que eres capaz de exhibirte así, y de paso a él, ante sus amigos. Teniendo en cuenta lo vergonzoso que es, entiendo perfectamente que te dejara tirada. Debes ir más despacio con él, o al menos, no hacer esas cosas delante de la gente.

Elena negaba con la cabeza todo lo que Natalia le decía.

—Que no, Nat, que no. Que lo que pasó no fue por timidez ni nada de eso. Que Santi es gay —afirmó muy seria.

Natalia se quedó pensativa un momento. Por su mente pasaron muchas ideas, pero hubo una que resaltó entre todas.

—Yo no creo que sea gay. A ver Ele, piensa un poco. Santi es muy tímido. Aunque en los días que hace que le conoces se ha ido abriendo a ti poco a poco, pero aun así mira lo rojo que se pone cada vez que te ve o cuando te acercas a hablar con él, a saludarle, etcétera. A lo mejor es que por su timidez tiene poca experiencia con las mujeres y tiene miedo de no cumplir tus expectativas. Pienso que deberías ir más despacio con él. Hasta que Santi se sienta seguro, deje de lado su carácter vergonzoso, y se atreva a ir más allá. Dale tiempo al chico. No siempre vas a llegar y besar el santo, mujer. Estás muy mal acostumbrada a que los tíos se bajen los pantalones en cuanto chasqueas los dedos.

Elena la miraba muy seria escuchando sus palabras, sopesándolas. Quizá Natalia tenía razón. No había pensado en esa posibilidad. Y dado que Santi era tan sumamente vergonzoso, bien podría ser lo que Natalia decía.

—Puede que tengas razón —coincidió con ella—. Probablemente le asusté y su primera reacción fue la de huir. Si no está acostumbrado a que las mujeres le metan mano a la primera de cambio...

—Estoy segura de que eso es lo que ha pasado.

—Vale, pero ¿qué explicación le das a que huyera como lo hizo? ¿No podía simplemente haberme parado y decirme que allí, delante de la gente, no hiciera eso? ¿O que no era el momento y que esperase un poco más? Salió corriendo en cuanto le toqué y no creo que sea para tanto, vamos, digo yo. Ni que hubiera intentado violarle.

Natalia se encogió de hombros.

—No sé. ¿Quién entiende a los hombres? Aunque siempre decimos que son unos simples, creo que en realidad son tan complicados como nosotras. —Y tras un largo suspiro añadió—: Quizá si se lo preguntas a Santi... O a Rubén...

—Algo de eso haré porque no quiero quedarme con la duda de lo que le pasa a ese chico. Me gusta mucho y estoy loca por llevármelo a la cama.

—Ánimo y suerte —le deseó Natalia. Dio media vuelta y se dirigió a su habitación.

—Por cierto, Nat. Me voy a comer a casa de mis padres y me quedaré allí

para ver el fútbol, que es a las nueve menos cuarto. Así que hoy te quedas sola todo el día —la informó Elena—. Ya sabes, nada de incendiar la casa, ni traer amigos, ni montar fiestas... —la riñó como una madre a su hija adolescente, pero en plan broma.

Natalia rio su gracia, entrando en la habitación.

—Y mañana vamos al bar de los tuyos, ¿no? —dijo Elena.

—No —negó Natalia con rotundidad. El humor le cambió al instante.

—Natalia...

—Ni se te ocurra echarme el sermón sobre mis padres de nuevo —le advirtió girándose para encararla.

—Pero es que te portas muy mal con ellos —replicó Elena—. ¡Vergüenza me daría a mí ser así con los míos!

—Tú no eres hija de una cocinera y un camarero. Como tus padres son profesores los dos, puedes estar orgullosa de ellos.

Elena abrió la boca para hablar otra vez, pero Natalia no la dejó.

—¡Qué no me digas nada más, tía! Tú no te has criado en un bar. No sabes lo que es, así que haz el favor de callarte y punto.

Dicho esto, Natalia dio media vuelta, entró en su habitación y cerró dando un portazo.

26

El domingo se despertó con la música alta de Rubén. Natalia miró el reloj. Gracias a Dios eran las diez de la mañana. El vecino ese día había tenido más consideración que las otras veces y la había puesto más tarde.

Aun así no le gustaba que se colaran las canciones del cantante asturiano a través de las paredes del adosado. Prefería oír su música. Así que caminó hasta el equipo de su habitación y puso a David Guetta a tope.

Rubén, al otro lado del muro, sonrió al escuchar cómo su vecina competía con él. No la había visto el día anterior. No sabía qué tal había ido la reconciliación con su novio. Y aunque estuvo tentado de ir a preguntarle a ella o a Elena, no lo hizo. ¿Qué narices le importaba la vida sentimental de la Barbie?

Al parecer mucho, porque se había pasado la noche del viernes y todo el sábado deseando que rompiera con su pareja para tener él una oportunidad. Pero cada vez que esto acudía a su mente, se daba de tortas por pensar en tener algo con Natalia. Por muy guapa y simpática que fuera, y aunque había resultado que no era una divina sino una chica normal, no podía liarse con ella. Le recordaba demasiado a Celia. Cuando rompió con su ex, se prometió que nunca jamás tendría ninguna relación con alguien como ella. Debía cumplir su promesa si no quería sufrir.

Pero ya estaba bien de pensar en mujeres. O al menos en las que le hacían daño. Bajó la música y cogió el teléfono móvil para llamar a otras que nunca le habían lastimado de ninguna manera. Su madre y su hermana.

—Buenos días, mamá —saludó en cuanto esta descolgó el teléfono—. ¿Cómo estás hoy? ¿Has pasado buena noche? ¿Y papá? ¿Qué tal está?

—Hola, cariño. Papá y yo estamos bien. ¿Ocurre algo? —quiso saber su madre—. No pensé que hablaríamos hoy, como te llamamos el viernes para felicitarte el cumpleaños...

—No pasa nada, mamá. Es solo que os echo de menos —dijo Rubén sentándose en la cama—. Y también para deciros que lo más seguro es que vaya dentro de quince días a Burgos. Aún tengo que mirar algunas cosas que debo hacer aquí, pero esa es la fecha que tengo marcada en el calendario para ir a veros.

—Cuando a ti te venga bien, hijo. Nosotros ya sabes que de aquí no nos movemos. Confírmamelo y así aprovechamos para celebrar tu cumpleaños, aunque sea con retraso —le contestó su madre, contenta porque su niño iba a ir a verlos.

—Sí, tranquila. Oye, mamá, se me olvidó preguntarte el viernes cuando vuelves al Sintrom.

—El día seis de octubre. Como esta vez me ha salido tan bien, me han citado para un mes.

—De acuerdo —respondió Rubén—. Me lo apunto para llamarte ese día y ver qué tal todo. Aunque nos veremos antes.

Rubén y su madre continuaron hablando unos minutos más, y tras despedirse de ella, llamó a su hermana Alicia, que recibió con gran alegría la noticia de que los visitaría en un par de semanas. También habló con su padre, que a esas horas ya estaba trabajando en el bar familiar. Comentaron las mejores jugadas del partido de la noche anterior e hicieron una previsión sobre la Fórmula Uno, pues ese domingo había carrera.

Natalia salió de la ducha y se plantó frente al armario decidiendo qué ponerse ese día. No tenía nada especial que hacer, así que lo dedicaría a ir adelantando trabajo, terminar de leer la novela que había empezado hacía más de una semana...

Elena tocó a la puerta con los nudillos y la sacó de sus pensamientos.

—Ponte guapa, que nos vamos a ver a tus padres —dijo su amiga.

Natalia la miró con mala cara.

—Eres más pesada que un collar de melones. ¿Cómo tengo que decirte que no voy a ir?

—Mira, Nat, aunque tenga que llevarte arrastrando, vas a ir a ver a tus padres. ¡Vergüenza me daría a mí...!

—Sí, sí —la cortó Natalia—. Vergüenza te daría a ti hacerle a los tuyos lo que yo le hago a los míos. Es una pena que no seas taaaannnn vergonzosa para otras cosas.

—¿Qué insinúas? —preguntó Elena colocándose a su lado con los brazos en jarras.

—Nada. Déjalo. Yo me entiendo sola.

Elena bufó. Sabía perfectamente lo que Natalia había querido decirle. Siempre la criticaba por ser tan promiscua. De hecho, su mejor amiga le aconsejaba que tuviera una relación seria con uno y se dejase ya de tonterías con los demás, de rollos de una noche, o de un verano... Pero quería escucharlo de los labios de Natalia una vez más para poder rebatir todo lo que esta le dijera y demostrarle que no pensaba dar su brazo a torcer. Ella tenía muy claras sus metas en ese tema.

Sin embargo, entendía perfectamente a su amiga. Natalia estaba enamorada y, como todos los enamorados, pensaba que era el sentimiento más maravilloso que puede existir. Si eres correspondido, claro. Porque si no lo eras, como en el caso de Natalia y Saúl, que solo la usaba para satisfacer sus apetitos sexuales, en opinión de Elena, te hacía muy desdichada. Por eso, Elena insistía en que Natalia dejase a su amante. Y, conociéndola como la conocía, sabía que su amiga no era tan liberal en el amor. Aunque fuera en contra de sus principios, Elena siempre le aconsejaba a Natalia que buscase otro hombre para tener una relación seria. Bueno, o de momento para pasárselo bien y luego ya verían si la cosa continuaba o no.

Pero Elena no estaba dispuesta a seguir los pasos de Natalia y sentar la cabeza.

—Ahora me dirás lo de «consejos vendo y para mí no tengo» —replicó Elena haciendo alusión al refrán sobre las contrariedades e incoherencias de algunas personas, que nunca seguían sus propios consejos pero que se los regalaban gustosamente a los demás.

—¡Qué lista es mi niña! —exclamó sarcástica Natalia.

Elena estuvo a punto de contestarle algo sobre esto a su amiga. Sin embargo, prefirió dejar ese tema de lado y centrarse en lo que en ese momento le interesaba.

—El vestido morado te queda genial, estás guapísima con él. Póntelo —le ordenó a Natalia.

—Para quedarme en casa trabajando con unos *shorts* y una cami...

—Para ir a comer con tus padres —la interrumpió Elena—. Y no me digas que no.

Natalia cerró los ojos y resopló. ¡Qué cansina era, por el amor de Dios!

—O saco el látigo y te doy. —Escuchó que decía Elena. Aquello la hizo

sonreír.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde me vas a dar? ¿En el culito? —quiso saber Natalia girándose levemente y enseñándole el trasero cubierto por las braguitas.

Las dos se rieron, aflojando la tensión del momento. Pero cuando las risas cesaron, Elena volvió a la carga.

—Vamos a ir a comer con tus padres quieras o no. Te lo digo en serio.

—¡Cómo se nota que no sabes lo que es criarse en un bar! —suspiró Natalia viéndose derrotada por su mejor amiga. Los últimos días estaban siendo infernales y no tenía ganas de discutir con Elena.

—Yo lo único que sé desde que te conocí es lo que ellos me han contado y tú misma has verificado. No te preocupas por ellos nada en absoluto. Se han matado a trabajar para darte todos los caprichos, te han pagado la carrera con el sudor de su frente, estando en el bar de siete de la mañana a doce de la noche todos los días del año, sin descanso...

—Sin descanso no. Los lunes cierran —rebató Natalia.

—No me toques las narices —soltó Elena cabreada.

—Pues tú no me recuerdes cómo ha sido mi infancia. Lo sé perfectamente —masculló Natalia.

—Deberías quererlos más que a nada en el mundo —le reprochó Elena.

—¡Yo los quiero! Son mis padres, ¿cómo no voy a quererlos?

—Pues tienes una forma estupenda de demostrárselo.

Natalia inspiró hondo para reprimir las lágrimas que llegaban a sus ojos. Elena tenía razón en todo.

—Sabes que no me gusta ir por el bar. He acabado harta de ser camarera, de aguantar a borrachos, de que la gente me trate como si yo fuera menos que ellos por estar sirviéndoles, de que piensen que por trabajar allí soy una ignorante sin estudios... —La voz se le quebró y no pudo continuar.

Elena se acercó a ella para abrazarla, arrepintiéndose de haber sido tan dura con Natalia.

—Lo siento —se disculpó—. Siento mucho que la gente sea tan gilipollas a veces, pero todo el mundo no piensa igual, Nat. Y tus padres no se merecen que los rehúyas solo porque son dueños de un bar. Eres su única hija y te quieren más que a nada en el mundo. Aunque no vayas a trabajar allí, aunque ya no les ayudes, deberías ir al menos una vez por semana para verlos o cada quince días.

O llamarles para saber qué tal están.

Natalia asintió, secándose las lágrimas con las yemas de los dedos.

—Tienes razón. Pero es que me cuesta tanto volver a todo aquello. Todos los recuerdos me vienen de golpe. Las caras de la gente mirándome con desdén...

—Natalia, quédate con lo bueno. Olvida lo malo. Y, sobre todo, no hagas que tus padres paguen por los errores de otros. Ellos no se lo merecen. Son buenas personas que lo único que han hecho ha sido trabajar duramente para que a ti no te faltase de nada y pudieras cumplir tu gran sueño de ser periodista. Ahora lo que tienes que hacer es ir allí, plantarles cara a todos y que vean a dónde has llegado. Dales a Paquita y José la oportunidad de ver a su niña convertida en una mujer inteligente, con un gran futuro profesional. Ellos están muy orgullosos de ti. ¿Por qué no les dejas que alardeen de hija?

27

—¿Qué planes hay para hoy? —quiso saber Santi.

—En principio nada. Bueno... —Rubén recordó la carrera que echaban en la televisión—. A las tres es la Fórmula Uno, pero es en diferido.

—¿Y si vamos a verla al bar del otro día? Me muero por comerme una hamburguesa gigante de las que hacen allí —propuso Santi.

Terminó de regar las plantas y los bonsáis del jardín, y se volvió hacia Rubén esperando su respuesta.

—Por mí de acuerdo. Además, atienden muy bien y rápido —le dijo este.

Natalia dudó antes de bajarse del coche. Miró la fachada, tan conocida para ella, y sintió una punzada de nostalgia. A pesar de que renegaba del negocio familiar, allí había sido muy feliz. Hasta que empezó a darse cuenta de lo mala que es la gente a veces, de lo altiva y sin sentimientos que llegan a ser algunas personas, capaces de menospreciarte simplemente porque estás detrás de una barra sirviendo. Y ella se sintió de tan baja estirpe que decidió que nunca más nadie la haría sentir así.

Elena la tocó en el brazo para infundirle valor y animarla a que descendiera del vehículo.

Natalia la miró y le dedicó una trémula sonrisa. Tenía los nervios a flor de piel, pues no sabía cómo transcurriría todo. ¿Habría muchos clientes en el local?

Con un largo suspiro, asió el tirador de la puerta del coche y la abrió para apearse de él.

Elena iba a entrar primero en el negocio, pero lo pensó mejor y con un pequeño empujoncito adelantó a Natalia para que lo hiciera ella antes. No fuera a ser que en un despiste, su amiga echara a correr...

Todo seguía igual que Natalia recordaba. La última vez que estuvo allí, en Navidades, volvió a ella con fuerza. Recordó el local decorado con guirnaldas, el pequeño árbol lleno de bolas de colores, el simple Belén en una estantería encima de la puerta de la cocina, ahora ocupada por varias botellas de licor, los villancicos que salían por los altavoces del pequeño equipo de música... Era

Nochebuena. Sus padres habían estado trabajando todo el día hasta que cerraron a las ocho de la tarde para celebrar esa noche especial. Sus tíos y primos habían acudido a la cita. Y ella también. Pero llegó con más de media hora de retraso... justo el tiempo que Elena y Natalia habían estado discutiendo sobre si esta debía ir a pasar la noche en familia o no.

Después de aquello, no volvió a pisar el bar. A sus padres se los encontró igual que el otro día vio a Paquita. Comprando en el hipermercado. Coincidencia. Casualidad. Destino... De eso hacía ya tres meses, como bien le había recordado Elena cuando vieron a su madre. Ni una llamada de teléfono por parte de Natalia. Porque ellos sí llamaban. Pero o bien Natalia no cogía el móvil, o se lo daba a Elena para que pusiera alguna excusa y no hablar con sus padres.

Y ahora estaban allí las dos. Natalia pensaba que Elena se arrepentía de todas las veces que había tenido que mentir a sus padres por ella, porque Natalia no quería ponerse al teléfono y esa era la manera de redimirse que tenía Elena.

—¡Paquita! ¡Ya han llegado! —exclamó con gran alborozo su padre saliendo de detrás de la barra, con los brazos abiertos y una espléndida sonrisa en los labios.

A Natalia no le dio tiempo de reaccionar. José la abrazó con todo el amor que sentía por ella. Paquita, que estaba ocupada en la cocina, acudió a la llamada de su marido secándose las manos en un paño.

—¡Mi niña! ¡Cuánto me alegro de verte!

José deshizo el abrazo con Natalia para cederle el turno a su esposa.

Natalia se dejó hacer, componiendo su mejor sonrisa en la cara. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, deseaba salir de allí y no volver nunca más. Por otro, sentía que había regresado a su hogar y eso la reconfortaba.

Rápidamente echó un vistazo alrededor. Había algunos clientes habituales, que sonrieron al verla, pero el resto eran nuevos.

Elena también saludó a los progenitores de su amiga y ellos la achucharon igual que a Natalia. Sabían que la visita se debía a esta joven y se lo agradecían en el alma.

Un par de clientes entraron al local, por lo que José y Paquita tuvieron que dejarse de arrumacos con las dos chicas para ir a atenderles.

—Vuestra mesa es la número dos —les indicó su padre metiéndose tras la barra.

Natalia y Elena se acomodaron en las sillas y, al mirar hacia la entrada, a Natalia se le cortó la respiración.

¿Qué puñetas hacían allí Rubén y Santi?

Se quedó más blanca que la pared. Sin saber reaccionar. De todas las personas del mundo al que menos esperaba ver por allí era a su vecino. Bueno, y a Saúl. Si su amante aparecía por allí, cosa altamente improbable, ya que él no se movía por las zonas obreras de la periferia de la capital de España, entonces sí que a Natalia le daría un síncope.

Cuando salió de su estupor, masculló varios insultos.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Elena.

—Mira quién acaba de entrar —contestó—. Espero que no nos vean.

—Pues lo tienes difícil porque el bar solo dispone de cuatro mesas y con la poca gente que hay ahora mismo... Además, en cuanto vayan al baño pasarán delante de nosotras, así que... —Elena dejó la frase en el aire porque Natalia sabía de sobra lo que venía a continuación.

¡Maldita sea! De todos los bares de Leganés, ¿por qué había tenido su vecino que ir a parar allí?

En ese momento, Rubén recorrió el local con la mirada y la vio. Una sonrisa se extendió por su cara y, dándole un codazo a Santi, le pidió que le siguiera.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclamó al llegar a la mesa de las chicas—. Si son mis vecinas favoritas.

—Hola, guapetones —saludó Elena—. ¿Qué hacéis por aquí?

Natalia, que no sabía dónde meterse, rehuyó la mirada que Rubén le dedicaba, mezcla de anhelo y hambre desesperada. Le ponía muy nerviosa que Rubén la mirase así y, aunque también se sentía halagada (porque ¿a qué mujer no le agrada saberse deseada por un joven guapo como su vecino?), la confundía. Ella no debería sentirse así con nadie que no fuera Saúl.

—Pues mira... Santi quería venir porque aquí hacen unas hamburguesas gigantes muy buenas y aquí estamos —le explicó Rubén apartando a duras penas los ojos de Natalia para centrarse en Elena. Pero la chica no le miraba a él, sino que se comía con los ojos a su amigo, que estaba rojo hasta la raíz del pelo—. Y además, aprovechamos y vemos la Fórmula Uno. Podríamos verla en casa, claro, pero así salimos de la rutina de tanta casa, casa, casa. ¿Y vosotras?

—Hemos venido a comer también —dijo Natalia con rapidez sin levantar los ojos del mantel blanco.

—Y a ver a los padres de Natalia, que son los dueños —señaló Elena con un dedo hacia la barra, donde José atendía a dos personas.

Natalia, al oírla, le dio un pisotón por debajo de la mesa. Elena aguantó estoicamente para que los chicos no notasen nada.

—¿Queréis sentaros con nosotras? —preguntó Elena a Rubén y Santi, lo que le valió un nuevo zapatazo de Natalia.

—Pues sí. Estaremos encantados. —Rubén se acomodó con rapidez, no fuera a ser que cambiasen de idea las vecinas. Le apetecía mucho estar con Natalia, aunque sabía que no le convenía nada para su paz mental—. Así que Paquita y José son tus padres —le dijo a Natalia.

—¿Los conoces? —quiso saber ella alzando la mirada y clavándola en los preciosos iris verdes de Rubén. Se dio cuenta en ese momento de que él se había recortado un poco la barba, lo que le hacía más atractivo aún si cabe.

Rubén le contó que habían ido allí hacía unos días, por casualidad, a cenar y que degustaron las famosas hamburguesas gigantes que preparaba la madre de Natalia. También les gustó la manera amable y educada de atender a los clientes, y la rapidez en el servicio.

—Así que son tus padres... —comentó Rubén—. Y yo que pensaba que acababas de salir de La Moraleja —dijo refiriéndose a la urbanización de Madrid donde vivían muchos ricachones—. Cuando te llamé Barbie de extrarradio, no iba del todo desencaminado. —Le sonrió, y si no hubiera sido por esa dulce y tierna sonrisa Natalia le habría partido la cara.

—Ya ves. Las apariencias engañan.

Se quedó unos minutos en silencio porque ¿qué iba a hacer? No pensaba contarle su vida entera. Bastante bochornoso era ya que él hubiera descubierto que provenía de un barrio humilde y que sus padres eran gente obrera.

Elena, gracias a Dios, rompió el hielo. Comenzó a hablar sobre el partido de la noche anterior y comentaron las mejores jugadas hasta que llegó José para tomarles nota.

Los chicos y Elena pidieron hamburguesas, pero Natalia se decantó por una ensalada César.

—¿Solo vas a comer eso, hija? —preguntó su padre preocupado—. Estás

muy delgada. Quizá quieras también algún pescado o carne a la plancha, o una hamburguesa, bocadillo...

—No, papá —le cortó Natalia fulminándole con la mirada—. Solo voy a comer eso.

Su padre asintió y desapareció con el pedido en el interior de la cocina.

—Tiene razón tu padre —dijo Rubén—. Deberías comer algo más. Estás muy delgada.

—Estoy bien. Además —le miró con dignidad— a quien le tengo que gustar le gusto así.

Rubén no comentó nada más y entabló una amena conversación con Elena, quien no dejaba de mirar a Santi, su objeto del deseo y coquetear con él, para desgracia de su amigo, que cada vez estaba más rojo y no atinaba a soltar por la boca nada que no fueran monosílabos.

La comanda llegó a los pocos minutos. La Fórmula Uno comenzó y los cuatro se entretuvieron viéndola. Natalia, a ratos, desviaba su vista de la pantalla del televisor hacia Rubén, que ese día lucía una camiseta verde de manga corta por donde sobresalía parte de su tatuaje del mandala. Al ver aquel atisbo de dibujo, la sangre corrió enloquecida por sus venas, calentándola, y tuvo que reprimir el deseo de recorrerlo con los dedos. Además, cada vez que Rubén levantaba el otro brazo para comer la hamburguesa, ella veía su nombre allí grabado, lo cual no era bueno para su cordura. ¿Por qué demonios le encandilaban tanto los tatuajes?

Una vez ya en los postres, Paquita salió de la cocina. Las comandas le habían dado un respiro y fue a ver a su niña. Rubén le cedió su asiento y él cogió otra silla de una mesa cercana para sentarse.

—Mi enhorabuena a la cocinera —la alabó Rubén—. Hace unas hamburguesas mejores que las del McDonald y el Burger King juntos.

—Bueno, son muchos años ya —se rio Paquita—. Pero hay otras cosas que cocino mucho mejores y más sanas, jovencito. Entre semana tenemos un menú muy económico con varios platos de primero y otros tantos de segundo. Deberías venir algún día, si puedes.

—Me encantaría, señora, pero es que como en el trabajo.

—Mi hija también come fuera de casa. ¿Sabes que es periodista? —dijo Paquita con orgullo mirando a Natalia.

Rubén aprovechó el momento para confesarle que conocían a las chicas desde hacía varias semanas, pues eran las nuevas vecinas. Charlaron animadamente. Rubén le contó cosas de su trabajo y que había coincidido con Natalia en el Colegio Especial porque justo ella estaba elaborando un reportaje sobre la parálisis cerebral infantil.

En un momento dado, Paquita se llevó una mano al pecho y comenzó a respirar agitadamente. José, que la vio desde la barra, se acercó corriendo con un vaso de agua en las manos, que ella se bebió poco a poco.

—¿Se encuentra usted bien, señora? —quiso saber Rubén preocupado al verla así.

—Mamá, ¿qué te pasa? —preguntó alarmada Natalia, quien había permanecido en silencio escuchando la conversación entre aquellos dos y Elena, que intervenía de vez en cuando. Santi permanecía también callado, oyendo lo que contaban.

—No es nada, tranquilos, estoy bien. —Les sonrió para calmarles, pero a ninguno les pasó desapercibido que algo le ocurría a la mujer.

—En el último chequeo médico han visto que le falla una válvula del corazón —les informó su padre— y le están haciendo pruebas para operarla. Ya le han hecho una analítica completa, un ecocardiograma, una espirometría y el miércoles iremos al hospital para que le hagan un cateterismo.

Natalia se levantó de un salto de la silla y rodeó la mesa para acucillarse frente a su madre.

—¡Pero eso es grave! ¿Por qué no me habías dicho nada? —exigió saber.

—No te preocupes, cielo. Seguro que al final no me operan y se resuelve todo con medicación. —Paquita le acarició la cara con ternura a su hija.

—Cariño, sabes que eso no va a pasar —la contradijo José—. Has estado con tratamiento desde hace tiempo y no se ha solucionado. Tienen que operarte sí o sí.

Natalia se dio cuenta en ese momento de que, aunque su madre hubiera querido comunicárselo, no habría podido hacerlo, ya que nunca contestaba a sus llamadas ni les veía desde hacía meses. Se sintió tan ruin y tan mala hija que a punto estuvo de echarse a llorar. ¡Su madre estaba enferma y ella la había dado de lado demasiado tiempo!

—¿Qué válvula es? —preguntó Rubén entonces—. A mi madre la operaron

del corazón hace un par de años y le pusieron una de titanio. Ahora está fenomenal, aunque tiene que hacerse revisiones del Sintrom y eso —comentó para tranquilizar tanto a Paquita como a Natalia y al resto de los que estaban escuchándole.

—Es la válvula aorta —confirmó la madre de Natalia—. Será una operación a corazón abierto.

—La misma que la de mi madre. No se preocupe, señora. Verá cómo todo sale bien y en unos meses estará recuperada.

Rubén le sonrió con calidez y a Paquita le gustó mucho ese chico guapo, atento y educado.

—Mamá, cuando vayáis al cateterismo, avísame para ir con vosotros. No quiero que papá esté solo en esos momentos —añadió Natalia sintiendo que en esos instantes, más que nunca, debía estar al lado de su familia y arrepintiéndose también por haberles fallado la última temporada.

—Tranquila, cielo, van a venir los tíos Jesús y Pili para acompañarnos. No estaremos solos —dijo su madre.

—Aun así quiero estar con vosotros. Mañana, en cuanto llegue a la oficina, hablo con Cecilia para que me dé libre el miércoles —afirmó con vehemencia Natalia.

Elena sonrió al escuchar a su amiga. Estaba muy feliz porque Natalia mostrase ese interés por sus padres después de tanto tiempo renegando de ellos. Sin embargo, le preocupaba la futura operación de Paquita.

—Igual me meto donde no me llaman —comenzó a decir Rubén entonces—, pero creo que usted no debería seguir trabajando aquí. Un bar es muy esclavo, son muchas horas, muchos días, mucho estrés... —Sacudió la cabeza negando—. ¿Ha pensado en retirarse? ¿Qué van a hacer con el negocio el tiempo que pase en el hospital? ¿Y después? Porque, no es por asustarla, señora, pero va a tener por delante varios meses muy duros y complicados. Aunque saldrá adelante y volverá a hacer su vida normal —dijo para tranquilizarla—, pero no puede volver a un trabajo como este. Después de la operación deberá llevar una vida tranquila, sin estrés, ni sobresaltos, ni disgustos. Se lo digo por experiencia. Mis padres también tienen un bar, en Burgos, que es de donde yo soy, y mi madre tuvo que dejar de trabajar ya antes de la operación.

Natalia, al oírle, se sorprendió. ¿Así que Rubén procedía del mismo entorno

que ella? ¿Se habría marchado de Burgos avergonzado porque sus padres tuvieran un negocio así como le ocurría a ella, que renegaba del de los suyos? Una creciente curiosidad se apoderó de su ser. Deseaba saber más de ese chico. Pero no se atrevió a preguntar. No quería que Elena pensara que le interesaba el vecino y comenzase a darle la lata con él.

—Es cierto, papá —intervino Natalia—. Mamá debería dejar de trabajar aquí ya. ¿Y qué vais a hacer cuando ella no esté? —repitió la pregunta que había hecho Rubén—. ¿Contratarás a alguien para que la sustituya?

—No. —Su padre negó con la cabeza al tiempo que hablaba—. Lo más seguro es que traspasemos el negocio. Tenemos un par de personas interesadas en cogerlo, pero todavía hay que acordar algunos términos para que se lleve a cabo. El gestor que nos lleva las cuentas está negociando por nosotros con esos señores —les explicó—. Espero que en un par de semanas todo esté solucionado y podamos dejarlo. Así mamá ya no tendrá que trabajar y cuando llegue la operación yo estaré a su entera disposición día y noche. Sé que me va a necesitar mucho. Pero yo la necesito más a ella porque si no la tengo...

El hombre se emocionó y no pudo seguir hablando. Natalia se levantó del suelo donde había estado acucillada todo el tiempo, frente a su madre, y le dio un abrazo a José para reconfortarle. Comprendía que su padre tuviera miedo de perder a su madre durante la operación. Sus padres llevaban toda la vida juntos. Desde que se conocieron con catorce años y se enamoraron. Paquita era el gran amor de José y él ya no se imaginaba la vida sin ella.

Rodeada por los fuertes brazos de su padre, rompió a llorar maldiciéndose por ser tan mala hija y haber estado alejada de ellos tanto tiempo. También por la preocupación y el miedo a perder a su madre.

Pero ahora tenía la oportunidad de cambiar.

—Pues es lo mejor que pueden hacer, señor —comentó Rubén sacándose un pañuelo del bolsillo y tendiéndoselo a la madre de Natalia, que también se había emocionado. Le acarició el brazo con ternura para infundirle ánimo a la mujer y después se levantó para hacer lo mismo con José, que seguía abrazado a su hija.

Elena se acercó a Paquita y la estrechó entre sus brazos un momento, hasta que Natalia rompió el abrazo con su padre y se inclinó de nuevo sobre su madre. Le dio un beso en la mejilla y se fundió con su cuerpo como cuando era pequeña

y tenía miedo en las noches de tormenta.

Santi contemplaba la escena sin saber qué hacer. Por un lado quería transmitirles su preocupación por la operación. Por otro, deseaba calmarles y darles ánimos. Estaba seguro de que todo saldría bien. Lo había vivido con la madre de Rubén y sabía que, aunque les esperaban unos meses muy difíciles, conseguirían salir adelante.

Pero su timidez le impidió hacer alguna de las dos cosas.

28

Pasaron el resto de la tarde y parte de la noche con los padres de Natalia en el bar. Entre todos echaron una mano para atender a los clientes y que Paquita no tuviera que hacer absolutamente nada. Natalia se metió en la cocina con Santi, a quien su carácter vergonzoso impedía tratar con la gente, mientras que Elena y Rubén se repartían las mesas y José trabajaba tras la barra.

Rubén les contó su experiencia en el negocio de sus padres y la famosa historia de que casi nació en la cocina. Consiguió relajar el ambiente con su buen humor y Natalia satisfizo su curiosidad sin tener que ponerse en evidencia preguntando.

Su vecino ganó varios puntos a sus ojos con todo lo que hacía desinteresadamente por sus padres. Una especie de cariño amistoso comenzó a nacer en el pecho de Natalia hacia el perroflauta. Mezclado con otro tipo de sentimientos que el chico despertaba en ella y que Natalia no estaba dispuesta a admitir, ni quería pensar demasiado sobre ellos.

—¡Uf! Estoy agotada y eso que solo hemos trabajado en el bar la mitad del día —le comentó a Elena cuando caminaban hacia su coche cerca de las once de la noche. Los vecinos iban a su lado, acompañándolas como dos perros guardianes.

—Eso es porque ya has perdido la costumbre. —Elena le sonrió con complicidad—. Pero me alegro mucho de lo que has hecho. Estoy muy orgullosa de ti, amiga. Rectificar es de sabios.

Natalia también la sonrió. Tenía razón.

—¿Por qué le dices eso? —quiso saber Rubén.

Elena y Natalia se miraron.

—Bueno, nosotras nos entendemos —dijo Elena.

—Pero yo no —replicó Rubén— y soy muy curioso.

—¿No te han dicho nunca que la curiosidad mató al gato? —le preguntó Natalia, parándose frente a él con los brazos en jarras y una pequeña sonrisa en los labios.

—Pero el gato murió sabiendo —la informó su vecino.

Natalia, cuando le escuchó, no pudo evitar soltar una carcajada.

Rubén continuaba expectante esperando una respuesta.

Elena vio la manera en que se miraban aquellos dos, con deseo contenido, y pensó que sería un buen fin del día dejarlos unos minutos a solas. Agarró a Santi del brazo, que dio un pequeño respingo al sentir el contacto de la vecina y el sonrojo le llegó hasta las raíces del pelo. Sin embargo, no se apartó. Le gustaba notar a Elena contra él y se deleitó con esa sensación. Ella tiró de él para apartarle de su amigo y dejaron sola a la pareja.

—¿No te han dicho nunca que a veces eres muy gracioso? —ronroneó melosa Natalia acercándose dos pasos más hasta Rubén. Sus torsos casi se tocaban y ella pudo sentir todo el calor que emanaba del cuerpo masculino. Un anhelo desesperado de posar sus palmas en su pecho y recorrerlo se apoderó de ella, pero se contuvo.

—Es una de mis cualidades —respondió él clavando sus verdes ojos en los labios entreabiertos de Natalia y deseando acariciarlos con la lengua.

Natalia dudó si confesar o no su crimen.

Rubén desvió su mirada hasta los ojos de ella y comprobó en sus iris el debate.

Ella contempló su alrededor y se dio cuenta de que Elena y Santi estaban a bastante distancia, apoyados contra el coche hablando. Inspiró hondo para prepararse. Esa tarde se había creado un vínculo amistoso con Rubén y, aunque sabía que él iba a pensar mal de ella en cuanto confesara, no sabía por qué necesitaba hacerlo.

—Me avergüenzo de mis padres y de su negocio —murmuró.

Lo dijo tan bajito que Rubén pensó que la había escuchado mal. La observó en silencio. Ella tenía la vista clavada en algún punto indefinido del suelo.

—¿Por qué? —quiso saber él.

Natalia le contó lo mismo que le había dicho a Elena por la mañana y tantas otras veces.

—Ahora pensarás que soy la peor persona del mundo por renegar de mis padres de esta forma —carraspeó para aclararse la voz. El arrepentimiento se notaba en su tono—. Tenías razón cuando me llamaste Barbie de extrarradio y *choni poligonera*.

Rubén obvió el último comentario. Con los dedos cogió la barbilla de Natalia, que continuaba mirando el suelo, y se la levantó para enfrentar su

mirada. En los ojos de ella vio que estaba a punto de llorar.

—No. No pienso que seas la peor persona del mundo. Pienso que eres humana. Y los humanos nos equivocamos.

Natalia sentía los dedos de Rubén contra su piel destilando calor y era algo tan delicioso que quiso sentirlo por todo el cuerpo. Sin pensar en lo que hacía, se refugió en sus brazos, que la acogieron con sumo gusto, y se sintió reconfortada al instante. Un agradable hormigueo recorrió su piel, estimulando todas sus terminaciones nerviosas, y deseó que ese momento no terminase nunca.

—Lo que has hecho esta tarde ahí dentro me ha demostrado —susurró Rubén al oído haciéndola cosquillas— que tienes un buen corazón y sabes enmendar tus errores. Estoy seguro de que a partir de ahora...

—Gracias —le interrumpió Natalia—. Muchas gracias.

Se abrazó más fuerte al cuerpo masculino, como si quisiera meterse dentro de él, y aspiró el aroma a cítricos de Rubén. Le encantaba su olor. La hacía sentirse bien.

Rubén acarició su pelo con dulzura y mimo, como si estuviera tocando algo que pudiera romperse. Al notar que Natalia sollozaba por la carga emocional del día, la miró a la cara y le limpió las gotas saladas con las yemas de sus pulgares.

Estuvo a punto de besarla.

Pero no era el momento.

Y ella tenía novio.

—Creo que debemos irnos. —Rubén rompió el hechizo. Era lo mejor. De lo contrario, no podría contener sus instintos y acabaría haciendo suya a Natalia allí mismo—. Es tarde y mañana todos tenemos que trabajar.

Se distanció de ella y Natalia echó de menos su contacto, su calor y su olor inmediatamente.

Caminaron en silencio hasta llegar al coche mientras ella se limpiaba las lágrimas, que continuaban emanando de sus ojos.

—No tengo un pañuelo para darte. Lo siento. El único que tenía se lo presté a tu madre —se disculpó Rubén al llegar al vehículo.

—En el coche tengo. No te preocupes. —Sonrió Natalia.

Elena y Santi los esperaban. Él, todavía rojo de vergüenza. Ella con los nervios a flor de piel por lo mucho que le estaba costando un acercamiento a ese chico, después de que aquella noche saliera huyendo cuando le tocó sus partes

nobles.

—Nosotros tenemos el coche a la vuelta de la esquina, así que aquí nos despedimos —dijo Rubén—. Por favor, mantenme informado sobre el estado de tu madre —le pidió a Natalia— y, si me necesitas, no dudes en pedirme ayuda. Ya te he dicho que he pasado por esto con la mía y sé lo duro que os va a resultar a todos. Sobre todo a Paquita.

—De acuerdo —aceptó Natalia asintiendo con un movimiento de cabeza—. Y gracias de nuevo.

Se acercó a él y posó sus manos sobre el ancho pecho de Rubén. Los dos notaron al instante la corriente de energía que se creó entre ellos con aquel contacto, que aceleró sus corazones.

Natalia se alzó sobre las puntas de sus sandalias y depositó un casto beso en la mejilla del joven. La barba de Rubén la hizo cosquillas en los labios.

Él notó ese fugaz beso quemándole la piel y estuvo seguro de que aquella sensación tardaría toda la noche en desaparecer.

29

—¡Buenos días, chicas! —saludó Amanda a Elena y Natalia al llegar a la oficina—. ¿Qué tal el fin de semana? ¿Y la barbacoa esa a la que ibas, Elena? Dime que te tiraste al buenorro que te gusta. Venga, dame envidia.

Elena se giró en su silla para saludar y responder a su compañera.

—Hola, guapa. Pues lamento informarte que no pasó nada.

Amanda la miró extrañada.

—¿Cómo que no pasó nada? Pero si tú eres una fuera de serie en cuestión de *ligoteo*. No me digas que estás perdiendo facultades. Tú eres mi ejemplo a seguir, tía. No puedes desilusionarme a estas alturas.

Elena y Natalia se miraron y se echaron a reír.

—Es que el objetivo de Elena —le explicó Natalia a Amanda— es un chico muy tímido y se ha dado cuenta de que debe ir despacio si quiere conseguirlo. De lo contrario, saldrá espantado y no volverá a verle el pelo.

—¿Pero de verdad es tímido o es la impresión que quiere dar? —preguntó Amanda escéptica—. Porque los hay que van de vergonzosos y luego te sorprenden. Primero se hacen de rogar, para resultar más interesantes porque les mola que las tías estemos detrás de ellos, y después resulta que de tímidos nada de nada.

—Este sí lo es. Créeme —afirmó Natalia.

Amanda miró a Elena con pesar.

—¿Entonces no ha habido sexo? ¿Ni tocamientos impuros?

—Bueno... —comenzó a hablar Elena— ...hubo besos y algún que otro tocamiento. Pero nada más.

—¡Uf! Gracias a Dios. Ya pensaba que te habías vuelto santa de la noche a la mañana. Yo necesito una amiga pervertida como tú que me lleve por el mal camino, porque llevo en el bueno toda la vida y, con sinceridad, es una mierda.

Natalia y Elena soltaron otra carcajada, que llamó la atención del resto de sus compañeras. Un par de ellas les hicieron señas para que no armasen tanto revuelo poniéndose un dedo sobre los labios, pero aun así las risas duraron algunos segundos más.

Su compañera Carla llegó en ese momento. Como siempre tarde.

—Diossssss, necesito otro trabajo. Uno que sea decente, pero con el sueldo de una prostituta de alto *standing* —dijo dejándose caer en la silla que había en su cubículo.

La oficina era un amplio espacio con grandes ventanales por los que entraba mucha luz y estaba dividida en mesas de cuatro, que parecían los quesitos del Trivial. Natalia, Elena, Amanda y Carla ocupaban uno de esos quesitos.

—¿Qué te pasa, Carla? —preguntó Natalia.

—Pues que este mes se nos va a ir el sueldo a mi marido y a mí entre los libros del colegio de los niños, el Impuesto de Bienes Inmuebles, la hipoteca, facturas y, por si fuera poco, nos ha llegado una multa de trescientos euros por superar el límite de velocidad el día que regresábamos de las vacaciones —se quejó apoyándose con los codos en la mesa y tapándose la cara con las manos.

—Oye, si necesitas dinero, yo puedo... —comenzó a ofrecerse Natalia.

Pero Carla la interrumpió.

—No, de verdad que no. Sabes que no me gusta deberle dinero a nadie.

—Yo te puedo dejar los trescientos euros para que pagues la multa y ya me los devolverás cuando cobremos la paga extra de Navidad —insistió.

—Que no. Gracias, pero no.

—De todas formas, piénsatelo.

—Bueno, contadme cosas alegres —dijo Carla para cambiar de tema—. ¿Qué tal el fin de semana? ¿Y tu barbacoa, Elena?

Volvieron a hablar sobre lo sucedido con Santi un rato más hasta que decidieron que ya era hora de dejarse de tanta charla y comenzar a trabajar.

Cuando salían de la revista para ir a comer, Lorena, una compañera, se cruzó con ellas y le dijo a Natalia que Saúl quería verla.

—Me iba a comer ya —se excusó Natalia.

—A mí me ha dicho que vayas inmediatamente —replicó la otra.

Natalia miró a sus amigas, esperando el ascensor, y suspiró. Seguro que estaba enfadado porque se marchó del hotel sin despedirse y quería hablar con ella sobre eso.

—¿Te ha parecido que estaba enfadado? Porque no me apetece que me eche la bronca por algo que no sé lo que es —dijo Natalia, aunque sabía muy bien que si iban a discutir sería por eso del viernes y por el mismo tema de siempre. Su divorcio de Cecilia que nunca llegaba.

Lorena le sonrió como el gato que se ha comido al canario antes de contestar.

—Yo le he dejado muy contento y feliz. —Se retiró un mechón de pelo moreno que le caía sobre la frente con coquetería—. Si está enfadado contigo, tú sabrás lo que has hecho. Pero te advierto —dijo apuntándola con un dedo—, no me lo cabrees. A las cuatro tengo otra reunión con él y lo quiero tranquilito.

Dicho esto, Lorena dio media vuelta y caminó hasta su mesa.

Natalia miró a sus amigas.

—Espero que no me entretenga mucho. Adelantaos vosotras y yo ya bajaré.

Elena le dirigió una mirada muy elocuente, ya que ella sabía lo sucedido entre los dos amantes y pensaba igual que Natalia.

—Suerte —le deseó antes de meterse en el ascensor con las otras dos.

30

En cuanto Natalia traspasó el umbral del despacho de Saúl y cerró la puerta a su espalda, este se le echó encima como un lobo hambriento. La agarró de la cintura y la pegó a su cuerpo intentando apoderarse de su boca, pero ella le detuvo poniéndole las manos en el pecho y empujando para separarse.

—¿Qué pasa, nena? Tengo media hora. Aprovechemos —dijo él volviéndola a coger de la cintura.

—Tenemos que hablar —contestó, revolviéndose entre sus brazos para quedar libre de nuevo.

Saúl soltó un bufido y la miró hastiado.

—¿Otra vez vas a empezar con eso? Ya te he dicho que me des más tiempo. Solo van a ser unas semanas. Tengo que pensar de qué manera se lo digo para que no...

—Tranquilo. Ya no quiero que le pidas el divorcio a Cecilia —le informó Natalia muy seria.

Él parpadeó sorprendido y a los pocos segundos una sonrisa se formó en su cara.

—¿Quieres seguir como hasta ahora? ¿Con el morbo de que nos descubran? Ya sabía yo que a ti te iban las emociones fuertes, nena. —Saúl intentó agarrarla de nuevo, pero Natalia caminó hasta la ventana para poner distancia entre ellos.

Una distancia que necesitaba para lo que iba a hacer. De lo contrario, no sería capaz de decirle lo que había estado pensando todo el fin de semana y la decisión que había tomado.

Le tenía ahí frente a ella. Tan guapo y viril como siempre. Con ese porte arrogante y ese magnetismo que desprendía y que la volvía loca. Le daban ganas de postrarse a sus pies como de costumbre y satisfacerle. Pero no podía hacerlo. Ya no más. Debía luchar por su dignidad como mujer y por su corazón. No podía permitir que él siguiera pisoteando las dos cosas como había hecho hasta ahora.

—Te dejo, Saúl —soltó.

—¿Cómo que me dejas?

—Lo que has oído. No quiero seguir contigo ni con esta relación de mierda que tenemos. Estoy sufriendo mucho y no quiero estar así de mal. He llorado

tanto por ti que ya no creo que me queden más lágrimas.

Saúl caminó hacia ella enfurecido por sus palabras y Natalia retrocedió hasta chocar contra el cristal de la ventana.

—Desde un principio sabías que iba a ser difícil —dijo él entre dientes apoyando las manos a ambos lados de la cara de Natalia, en el cristal, y mirándola con rabia contenida—. Yo soy un hombre casado. Con familia. No puedo tirar por la borda diez años de matrimonio así como así. Y el daño que le haría a mis hijas, ¿te has parado a pensarlo?

—Sí, por eso he decidido que lo mejor es que dejemos de vernos. Así no sufrirá nadie. Ni tus hijas, ni Cecilia, ni tú, ni yo —afirmó tragando saliva con fuerza y aguantando las ganas de llorar. Sentía tal dolor en el corazón, lo tenía tan desgarrado que creía que nunca se recuperaría. Pero debía ser fuerte. Lo pasaría mal al principio, pero con el tiempo...

Saúl la miró apretando los dientes.

—Estás enfadada por lo que te dije el viernes sobre la ropa, el maquillaje y demás, ¿verdad? —soltó de pronto—. Por eso te marchaste sin despedirte.

Natalia parpadeó para que las lágrimas no descendieran por sus mejillas.

—Sí. Pero esa no es la razón principal. Lo del viernes fue la gota que colmó el vaso, Saúl. Me humillaste con tus palabras. Y cada vez que me dices que dejarás a tu mujer, me humillas con tus promesas incumplidas. Estoy cansada de esperar. Por eso he decidido que lo mejor es dejarte y seguir adelante sin ti.

—¿Sin mí? —preguntó furioso—. ¿Qué vas a hacer tú sin mí? ¿Quién te va a querer, si no eres más que una chica de un barrio obrero de Madrid sin nada interesante que ofrecerle a un hombre, excepto tu cuerpo? Porque eso es lo único que sabes hacer bien. Ofrecer tu cuerpo a cambio de...

La tristeza de Natalia dio paso a la rabia al escucharle. Aquellas palabras se clavaron en ella como dardos envenenados.

—¿Me estás llamando puta? —Le empujó sacándoselo de encima.

—Así te has comportado en cada encuentro conmigo —escupió Saúl para hacerle todavía más daño—. Dime si no cómo hay que llamar a una chica que se acuesta con un hombre trece años mayor, casado y que, además, es su jefe. ¿Cómo debo llamar a una mujer que acude a un hotel un viernes por la noche para tener un encuentro sexual? Incluso apostaría a que tienes a otros hombres por ahí...

La bofetada que Natalia le soltó en ese momento a Saúl, llena de rabia y de dolor, le dejó todos los dedos marcados en la cara y cortó su hiriente comentario.

—Eres un hijo de puta —masculló entre dientes mientras caminaba hacia la puerta del despacho—. Ahora mismo voy a contárselo todo a Cecilia para que sepa el pedazo de cabrón con el que está casada.

Saúl corrió tras ella y la agarró con fuerza de un brazo, retorciéndoselo.

—Si le cuentas algo a mi mujer, estás despedida y haré todo lo posible por que no te vuelvan a contratar en ningún otro sitio de esta ciudad ni de ninguna otra —la amenazó—. Tengo muchos contactos y sabes que puedo hacerlo.

—No te acerques a mí, malnacido —dijo Natalia con desprecio y rabia.

Se soltó de su agarre de un tirón y abrió la puerta, dejando en aquel despacho sus ilusiones de una vida con la persona que amaba y su corazón roto de dolor.

Caminó por el pasillo con los ojos anegados de lágrimas y cuando entró en el aseo femenino se encontró a Cecilia, que salía de uno de los cubículos.

—¿Qué te pasa, Natalia? —preguntó la mujer, alarmada al verla en ese estado de ansiedad y llanto.

Natalia se la quedó mirando mientras las gotas saladas continuaban resbalando desordenadas por sus pómulos. ¿Qué le iba a decir? ¿Que acababa de romper con su marido? ¿Que había mantenido con él una relación clandestina durante un año? ¿Que estaba casada con el mayor cabrón del mundo y que lo mejor que podía hacer era lo mismo que había hecho ella, o sea, abandonarle? ¿Que ninguna de las dos se merecía estar con alguien así? Una persona que les era infiel, un hombre que las humillaba, que las despreciaba...

31

Rubén y Santi regresaban a casa tras hacer un poco de ejercicio con las bicicletas. Mientras habían estado de paseo, Rubén le había contado lo feliz que estaba por los avances de Hugo y que Mario continuaba igual que siempre. Al menos no se deterioraba, aunque tampoco avanzase, lo cual era un consuelo. A pesar de que Santi no conocía a ninguno de los «niños de Rubén» en persona, este le hablaba a diario de ellos y de algunos otros con los que también trabajaba. Cuando el tema se agotó, Rubén se interesó por la jornada laboral de su amigo.

—Como siempre —respondió Santi—. Mi trabajo no es tan estimulante como el tuyo, ya lo sabes.

—Bueno, al menos, tienes un empleo. Y es uno decente, donde te pagan más o menos bien y con buen horario.

—Sí, la verdad es que tampoco me puedo quejar. Me gusta lo que hago. Trabajar con las manos, restaurar algún banco o alguna valla de un parque cuando se necesite, cuidar de los jardines, repoblar algún terreno con árboles. Y como tú dices el horario es bueno. Ya quisieran muchos trabajar de ocho a tres, de lunes a viernes, como yo.

Estaban llegando a casa cuando, de repente, Santi frenó en seco. Rubén, que iba detrás de él, casi se estampa contra la rueda trasera de su bicicleta. Iba a quejarse por el frenazo de Santi cuando se dio cuenta de por qué este se había detenido tan bruscamente.

Elena y Natalia llegaban en ese momento a casa.

Rubén sintió cómo su corazón se aceleraba ante la visión de esa mujer que no se había quitado de la cabeza desde que la conoció. Estaba preciosa con un vaporoso vestido de tirantes, largo hasta los pies, con estampados arabescos en color rojo y unas sandalias de tacón. Sintió el impulso de ir hacia ella, tomarla en brazos y correr hasta la cama más cercana. Pero se recordó que ella tenía novio. Así que tuvo que hacer un esfuerzo y dominarse.

—Hola, chicos —saludó Elena.

Natalia, sin embargo, los saludó con un gesto de la mano y corrió a meterse en el interior de la casa.

A Rubén no le pasó desapercibido el hecho de que Natalia tenía los ojos

hinchados y tristes. Seguro que había estado llorando.

—¿Qué le pasa a Natalia? ¿Le ha ocurrido algo a su madre? —preguntó con ansiedad.

—Ha roto con su novio —confesó Elena.

Rubén se sorprendió con esa respuesta. Habría jurado que, la noche del viernes, ella y su chico se habían reconciliado.

—Yo creo que en lugar de estar llorando a moco tendido, deberíamos salir a celebrarlo por ahí. Pero Natalia no opina igual —le contó Elena.

Rubén se acercó más a ella con la bici y miró hacia la puerta de la casa, que Natalia había dejado abierta. Deseó poder entrar en ella y buscarla para darle consuelo. Aunque quizá lo que menos le gustaría a Natalia sería tener a otro hombre rondándola con pensamientos impuros.

—El muy... —Elena se mordió la lengua para no soltar toda la retahíla de palabras malsonantes que tenía preparadas para Saúl y continuó después—: La ha insultado cuando ella le ha dicho que rompía con él. De verdad, a veces los hombres sois lo peor de este mundo.

—Vaya. Lo siento —murmuró Rubén.

—Si hay algo que podamos hacer para animarla... —Se ofreció Santi.

Cuando Elena posó su mirada en él, vio cómo enrojecía igual que siempre. ¿Pero es que nunca iba a dejar de sonrojarse ese hombre? ¡Con lo mayorcito que era ya!

Los dos estaban sudorosos y colorados por el esfuerzo en bicicleta, pero Santi se había puesto todavía más rojo.

«Madre mía lo que me va a costar llevarme a este tío a la cama —pensó Elena en ese momento—. Pero tengo un plan infalible y Santi va a caer sí o sí».

—Si os necesitamos, os llamaremos. No os preocupéis. Gracias. —Se despidió de ellos y entró en la casa.

Los dos se quedaron unos minutos más mirando la puerta ya cerrada y cada uno de ellos suspiró por la mujer que le gustaba.

—Enhorabuena. Ya tienes el camino libre —dijo Santi girándose hacia Rubén y sonriéndole.

Rubén le miró como si no se acordase de que lo tenía al lado.

—Acaba de romper con su novio. Creo que lo mejor será darle un tiempo para que se recupere. —Aunque en realidad lo que Rubén deseaba era echar

abajo la puerta de la casa y borrar con sus besos los recuerdos que tuviera Natalia del tipo ese.

—Mientras se recupera podría ahogar sus penas con otro.

—Yo no soy el segundo plato de nadie —soltó Rubén molesto—. Además, tú no eres el más indicado para hablar. ¿O tengo que recordarte cómo saliste huyendo de los brazos de Elena el viernes?

Santi hizo una mueca de fastidio ante aquel comentario de su amigo.

—Vale, olvida lo que he dicho. —Se disculpó con Rubén.

Elena entró en la casa y buscó a Natalia. No estaba en el salón ni en la cocina. Tampoco en el jardín trasero. Subió las escaleras y escuchó el débil llanto que provenía de la habitación de su amiga.

Entró sin llamar y la vio tumbada en posición fetal sobre la cama. Su cuerpo se sacudía por la llantina y a Elena se le rompió el corazón viéndola así.

Se tumbó a su lado y la abrazó por detrás.

—Por favor, Nat, no llores más —dijo acariciándole el pelo.

—Sabes... —Natalia se sorbió los mocos— ...le dije a Saúl que había agotado mis lágrimas llorando por él, pero no es cierto. Todavía... todavía me quedan muchas... muchas más —le contó entre hipidos.

—No pienses más en él. No se merece ni un segundo más de tu tiempo.

—Y lo peor va a ser tener que verle todos los días —continuó ella sin escuchar el consejo de Elena.

—Siempre puedes buscar otro empleo en otra publicación. Aunque sabes que te echaríamos mucho de menos en *Zero*.

Natalia se giró para ponerse de cara a Elena.

—Me dijo que si me iba de la lengua haría lo posible por que nadie me contratase. Por eso no le he dicho nada a Cecilia cuando me la he encontrado en el baño y me ha preguntado qué me pasaba.

Elena asintió recordando cómo, de camino a casa en el coche, Natalia le había relatado la escena del aseo femenino con su jefa. Había tenido que mentir para conservar su empleo diciéndole a la mujer de Saúl que acababan de llamarla sus padres para contarle que un tío suyo había fallecido de un ataque al corazón y por eso estaba tan triste y llorosa. Cecilia le aconsejó que se marchase a casa, tomándose el resto del día libre, pero Natalia dijo que prefería seguir trabajando

y tener la mente ocupada. Acudiría al tanatorio al término de la jornada laboral para estar con la familia y ver por última vez a su difunto pariente.

Le dolió mucho tener que engañar a Cecilia. Era tan buena persona... y ella le había mentado ya tantas veces ocultándole la relación que mantenía con su marido...

Pero ahora todo había terminado. Esa era la última mentira.

Había dejado a Saúl, así que no tendría que inventarse nada más para salir del paso, cuando la pillaran en un bajón emocional de los que tenía Natalia cada vez que discutía con su amante.

En cierto modo, Natalia se sintió liberada al pensar en esto.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo? —preguntó Elena, con la intención de que su amiga pensara en otra cosa y no se regodease en su dolor toda la tarde.

—No me apetece —contestó Natalia, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Se volvió y buscó en un cajón de la mesilla un paquete de pañuelos desechables. Cuando lo encontró, sacó uno y se sonó la nariz.

—¿Y si vamos de tiendas? —insistió Elena—. Seguro que en Mango tienen ya todo lo de otoño —comentó refiriéndose a la tienda de ropa preferida de Natalia.

—No. De verdad que no. No tengo ganas.

—Pero no puedes estar así todo el día. —Elena se sentó en la cama con la espalda pegada al cabecero y la miró con pena—. Tienes que empezar a reponerte ya.

—Déjame llorar mi dolor un poco más. Lo necesito —le pidió Natalia con la voz ahogada por nuevas lágrimas que salían de sus ojos.

Elena suspiró y asintió con la cabeza.

—Está bien. Pero solo hoy —dijo levantándose de la cama—. Mañana quiero ver de nuevo a la Natalia alegre y divertida de siempre.

—De acuerdo. —Claudicó Natalia intentando sonreír sin éxito.

32

Rubén no dejaba de mirar por encima de la valla hacia el jardín de Natalia. Cada vez que entraba y salía del suyo, echaba un vistazo al otro para comprobar si veía a la vecina.

Estaba preocupado por ella. No le había gustado nada su mirada triste y llorosa cuando bajó del coche y saber por Elena que estaba pasando un mal momento. Si él pudiera hacer algo para ayudarla...

A pesar de que le había dicho a Santi que él no era el segundo plato de nadie, no le importaría hacer una excepción en este caso y que Natalia ahogase sus penas entre sus brazos, con sus besos...

«No. Ya me rompieron una vez el corazón y no puedo dejar que lo hagan de nuevo —se dijo—, si comienzo una relación con otra mujer será para que todo vaya bien y sea para siempre. No para que me dejen a los cuatro días o me usen como un paño de lágrimas».

De nuevo entró en su casa. Dio una vuelta pensativo por el salón, donde Santi veía un documental de naturaleza, y volvió a salir al jardín. Su mente era un torbellino de ideas. De sentimientos. Por un lado quería ir al chalet vecino y preguntar cómo se encontraba Natalia. Quería abrazarla y consolarla. Sentía una necesidad acuciante de reconfortarla, de hacerla reír y que olvidase su pena. Por no decir de los pensamientos lascivos que le asaltaban cada vez que la veía.

Por otro lado, su cabeza le aconsejaba que no lo hiciera. Esa chica le gustaba mucho. Sin saber cómo, se había ido metiendo en su mente y en su corazón. ¡Y eso que apenas la conocía! Pero si daba el paso y se lanzaba a la piscina, él podría salir escaldado, y no tenía ningunas ganas de volver a sufrir de nuevo por una mujer. Por muy guapa y divertida que fuera, y por mucho que acelerase su corazón al verla.

Mantén una lucha consigo mismo que lo estaba volviendo loco. Los contradictorios deseos de estar con ella y alejarse al mismo tiempo lo atormentaban.

—¿Por qué no vas a preguntar? —soltó Santi a su espalda sobresaltándolo y sacándole de sus pensamientos—. A este paso vas a hacer un surco en el suelo de tanto ir y venir.

—¿Yo? —dijo Rubén girándose para encararle.

—No. El vecino de aquel chalet de allí —respondió con sarcasmo señalando al adosado de la calle de en frente—. Pues claro que tú, Rubén.

Él abrió la boca para replicar, pero Santi no le dejó.

—Mira, no me digas que no estás preocupado por ella porque te conozco desde los tres años y sé cuándo te interesa demasiado una mujer. Cuándo no te la quitas de la cabeza. Cómo te obsesionas con todo lo que le pasa. Y sé que ahora mismo, en este instante, tu mente está en esa casa con Natalia. Lo que no entiendo es por qué tu cuerpo no está también ahí al lado. Ve a verla. Pregunta. Habla con ella. Si no quieres ser el segundo plato de nadie, me parece bien. Pero siempre puedes ser su amigo.

—Ya tiene a Elena para contarle sus penas —soltó molesto porque Santi leía en él como en un libro abierto.

—Sí. Pero tú estás deseando que te las cuente también a ti. —Le sonrió su amigo con suficiencia—. Es más. Estás deseando consolarla.

—Ya te he dicho antes que no soy el segund...

Santi levantó las dos manos en señal de rendición y se dio la vuelta para volver al interior de la casa.

Rubén se quedó con la frase a la mitad y soltó un gruñido de frustración.

Con las manos apoyadas en las caderas, miró al cielo pensando qué hacer. Esperando una señal divina que le marcara el camino a seguir.

Y esa señal se convirtió en Elena al otro lado de la valla.

—Todavía es pronto para ver las estrellas. —La oyó decir.

Rubén se volvió hacia ella y le sonrió. En dos zancadas había subido las escaleras del jardín, quedando a la altura de Elena, separados por la verja.

—¿Cómo está Natalia? —quiso saber, soltando la pregunta a bocajarro.

—Echa un asco —suspiró Elena, y con una mano se apoyó en la barandilla de las escaleras de su jardín—. No para de llorar. He intentado animarla con varias proposiciones, pero es inútil. Le he dicho a ver si quiere que nos vayamos de tiendas, algo que le encanta, o salir a dar un paseo para despejarse, y nada. —Elena sacudió la cabeza apesadumbrada mientras Rubén absorbía toda la información que ella le daba—. Espero que con la llantina se agote y se duerma un poco. A ver si cuando despierte se encuentra mejor.

—¿Llevaban mucho tiempo juntos? —se interesó Rubén.

—Un año más o menos.

Los dos permanecieron unos segundos en silencio hasta que Elena habló de nuevo.

—Tenía que haberlo dejado mucho antes. Le advertí desde el primer día que ese hombre no era bueno para ella. Pero es cabezota y no me escuchó. Gracias a Dios que ya se ha dado cuenta de cómo es y por fin se ha librado de él. Lo malo de todo esto es que Natalia va a sufrir mucho porque le tiene que ver todos los días en la oficina...

—¿Es compañero vuestro? —Rubén se apoyó más en la valla que los separaba ávido de información sobre Natalia.

Elena dudó unos segundos antes de contestar.

—Algo así —dijo.

Santi salió al patio y al ver a Elena se puso rojo, como ocurría siempre. Sin embargo, se acercó a ella para hablar, venciendo su timidez de los primeros momentos. Le preguntó también por Natalia y volvió a ofrecer la ayuda de Rubén y la suya si ellas necesitaban algo.

—Por cierto, Santi, ¿en qué parque estás trabajando ahora? —quiso saber Elena cambiando de tema.

—Pues esta semana estoy aquí cerca de casa. En el que queda frente al Parquesur, en la Avenida María Guerrero —la informó él—. Hoy he estado arreglando unos bancos y poniendo papeleras nuevas, pero mañana me toca podar los setos y...

—¡Bien! —exclamó Elena contenta, interrumpiéndole—. Salgo a correr por las mañanas antes de ir a trabajar —mintió, porque nunca hacía nada parecido—. Así que a lo mejor mañana me paso por el parque donde vas a estar.

Santi la miró boquiabierto. ¿Elena iba a ir a su parque a correr? Ya podía tener cuidado cuando la viera, pues estaba seguro de que sufriría un accidente laboral por prestar más atención a las piernas y el culo de Elena que a la poda de los setos.

Ante la cara de estupor de su amigo, Rubén decidió intervenir.

—¿Has estado alguna vez en un mercadillo medieval? —le preguntó a Elena.

Esta respondió afirmativamente con un gesto de cabeza.

—El sábado iremos nosotros a uno, si queréis venir Natalia y tú... —

comentó, sabiendo que Elena aceptaría encantada. Si eso significaba pasar más tiempo con Santi... Lo malo es que a su amigo podía darle un telele por tener que estar todo el día bajo las atenciones de Elena sin poder hacer nada más que sonrojarse—. Y así salís de la rutina. A ella creo que le vendría bien.

—Me parece una idea estupenda. ¿Dónde y a qué hora quedamos?

33

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Natalia al ver entrar por la puerta a Elena, con una sonrisa de oreja a oreja y vestida con ropa deportiva, al día siguiente—. Vamos a llegar tarde al trabajo y ¿por qué vas así? —Señaló los pantalones cortos y la camiseta de tirantes ajustada.

—He salido a correr —dijo Elena, pasando por su lado de camino al piso superior para meterse en la ducha.

Natalia frunció el ceño extrañada. Subió los escalones detrás de ella preguntándole por esto. Elena le contó la conversación de la tarde anterior con los vecinos y sus planes para atrapar a Santi en sus redes amorosas. Pero se abstuvo de confesar que les había dicho que ella había roto con su amante, porque sabía que Natalia se enfadaría por esta indiscreción. Cuando Elena regresó a la casa aquella tarde, encontró a Natalia dormida y no quiso despertarla, por lo que se estaba enterando en ese instante de todo lo demás.

Abrió la mampara de la ducha y se metió bajo el chorro de agua templada.

—¡Ah! Y el sábado pasaremos todo el día con ellos en un pueblo al que van a ir, para ver a unos amigos que trabajan en un mercadillo medieval —dijo recordando lo que Rubén le había contado.

—¿Has aceptado? ¿Sin contar conmigo?

—Pues sí. Te vendrá bien para despejarte. Y lo pasaremos estupendamente.

—No voy a ir.—sentenció Natalia.

—¡Oh, sí! Ya lo creo que vas a ir —dijo Elena desde dentro de la ducha.

—No.

—Sí. Y no me repliques más. Sabes que me pierdo aun llevando GPS.

—Te pierdes porque no le haces ni puñetero caso al cacharro —comentó Natalia sentándose en la tapa del váter.

—¡Sí que le hago caso! ¡Lo que pasa es que no me avisa con suficiente tiempo para cambiarme de carril o coger la salida correcta en una rotonda! —se quejó Elena con la cabeza llena de espuma.

—¡Venga ya, Ele! Pero si se pasa el rato hablando la tía esa, dándote instrucciones... Parece un loro repitiendo cuarenta veces lo mismo. En la rotonda coja la segunda salida —Natalia imitó la voz femenina del GPS—, a

doscientos metros gire a la derecha... Te pierdes porque no le haces caso —la riñó de nuevo con su voz normal.

—Bueno, vale, pero por eso te necesito a ti. Tienes que venir conmigo para no perderme.

Elena cerró el grifo y abrió la mampara de la ducha para coger una toalla y secarse.

—Vamos a llegar tarde —repitió Natalia mirando el reloj, comprobando que ya eran las ocho y veinte—. Teníamos que haber salido de casa hace diez minutos.

Elena salió del cuarto de baño en dirección a su habitación para comenzar a vestirse, con la toalla enrollada en la cabeza absorbiendo la humedad del pelo, y Natalia pisándole los talones.

—Por cierto, ¿qué tal te encuentras hoy? ¿Mejor?

Natalia se sentó en la cama de su amiga y suspiró.

—No. Se me va a hacer el día muy duro viendo a Saúl por allí.

Elena caminó hasta ella en ropa interior mientras se ponía una camisa verde y se la abrochaba. Se agachó para quedar en cuclillas frente a ella y vio que su amiga tenía los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto de la noche pasada. Esta vez el maquillaje y el corrector habían sido incapaces de disimular las huellas de su pena y su dolor.

—Ánimo. Lo superarás —dijo Elena acariciándole la cara con ternura.

El día pasó desesperadamente lento para Natalia. Al final de la jornada, se acercó al despacho de Cecilia para pedirle unas horas libres al día siguiente, por lo del cateterismo que le iban a practicar a su madre. Su jefa se interesó por la salud de Paquita, aunque no la conocía, y le deseó a Natalia que todo saliese bien. En el momento que iba a salir del despacho, entró Saúl.

A Natalia el corazón comenzó a bombearle frenético. En todo el día no le había visto hasta ese momento. Él le dirigió una fría mirada, cargada de rabia y advertencia, y no la saludó. Se acercó a la mesa de su mujer y se sentó en la silla que poco antes había ocupado Natalia.

—Bueno, pues yo me voy ya —dijo la periodista a modo de despedida—. Gracias por lo de mañana, Cecilia.

—De nada, cielo. Espero que lo de tu madre salga bien.

Cuando cerró la puerta a su espalda, se apoyó unos instantes en ella con la

mano en su corazón intentando calmarlo. Herida por las palabras de Saúl del día anterior y con su órgano vital roto de dolor por todas las promesas incumplidas de él, Natalia se dijo que debía ser fuerte y resistir. Con la mirada que le había dedicado Saúl, ella supo todo lo que quería decirle: que no se fuera de la lengua y le contase a Cecilia su aventura. De lo contrario, Natalia acabaría en la calle y sin posibilidad de encontrar un nuevo empleo.

34

—Hace una noche estupenda, ¿verdad? —dijo Rubén, mirando por encima de la valla de su jardín a Natalia, que estaba sentada en la tumbona, abrazándose las rodillas, con la cara enterrada en ellas.

Natalia se sobresaltó al oírle. Había salido al patio un rato porque necesitaba tomar el aire. En su habitación no hacía más que dar vueltas en la cama pensando en todo lo ocurrido con Saúl.

—Hola, Rubén —saludó ella sin mucho ánimo—. Sí, la verdad es que se está bien, aunque comienza a hacer algo de fresco —añadió frotándose los brazos, que llevaba desnudos. Lucía el mismo camisón negro que la otra vez, cuando fue a quejarse a casa de Rubén por la música alta. Aquel día no le importó que él la viera así. Sin embargo, en ese momento se sintió cohibida por estar allí, bajo la atenta mirada del vecino, con tan poca ropa. Pensó meterse en la casa, pero él comenzó a preguntarle por el cateterismo que le habían hecho a su madre esa mañana.

—Todo ha salido bien —respondió ella— así que ahora solo queda esperar a que la citen para operarla.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. He pasado por lo mismo con mi madre.

—Sí, gracias.

Se quedaron un momento en silencio hasta que Rubén lo rompió.

—Siento lo de tu novio —dijo, aunque en realidad no lo sentía en absoluto. Natalia estaba libre y él solotenía que esperar a que ella pasase su luto para intentar seducirla y enamorarla. O al menos eso era lo que se había repetido mil veces desde que se enteró de aquello. Otra cosa sería que lo cumpliera...

Ante la mirada asombrada de ella, Rubén tuvo que explicarse.

—Elena nos lo contó a Santi y a mí. Yo te vi tan triste cuando llegasteis de trabajar que le pregunté y ella nos lo dijo.

—Pues no debería haberlo hecho —respondió molesta por la indiscreción de su amiga.

—No te enfades con Elena, por favor —le pidió su vecino. Acto seguido, saltó la valla que separaba los dos jardines y se sentó en la tumbona junto a los

pies de Natalia—. ¿Te apetece hablar de lo que ha pasado con él?

—¿Contigo? —preguntó ella incrédula por lo que él acababa de hacer. Ya era la segunda vez que se colaba en su patio. Aquello parecía que amenazaba con convertirse en una costumbre del vecino. También le sorprendía que él quisiera que le contase sus penas como si fueran los mejores amigos del mundo.

—Siempre viene bien tener un hombro sobre el que llorar y descargar la tristeza.

Rubén abrió los brazos, queriendo recibirla en ellos, pero Natalia no se movió de donde estaba. Al final, los dejó caer, no sin antes deslizar una de sus manos por el brazo de Natalia para transmitirle su apoyo. Ya no aguantaba más sin tocarla. Cada vez que la veía, nacía en él una necesidad imperiosa de sentir su tacto bajo las yemas. Le sonrió dulcemente y continuó hablando.

—De verdad, Natalia, me gustaría que si necesitas algo de mí me lo hagas saber. Ahora somos amigos, ¿verdad?

—Sí, pero no tenemos tanta confianza como para... —Dejó la frase en el aire esperando que él comprendiera lo que había querido decirle.

Rubén se acercó más a ella en la tumbona y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Lo entiendo.

Permanecieron unos minutos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, recreándose en la intimidad que había entre ellos.

Por una parte, Natalia quería alejarse de ese brazo cálido y de esa mano fuerte, que la acariciaba el hombro dejando un rastro de fuego con cada círculo que trazaba en su piel, pero no pudo. Era una sensación demasiado buena como para perdersela. Cuando había sentido el roce de los dedos de Rubén, algo se había removido inquieto en su interior, causándole un agradable cosquilleo en el estómago, que se extendió por todo su cuerpo.

Rubén sintió el contacto con la epidermis femenina como una descarga eléctrica, que revolucionó todas sus terminaciones nerviosas y fue a parar directamente entre sus piernas.

—¿Qué hacías antes de que te sorprendiera aquí? —quiso saber él.

—No podía dormir y he salido a tomar un poco el aire. Necesitaba pensar... —Se quedó callada y Rubén aprovechó para confesarle algo.

—No te imaginas cómo me gustaría ser una escoba que barriera la tristeza

que hay ahora mismo en tu vida. —Giró la cara para mirarla directamente a los ojos—. Quisiera ser una medicina que curase todos tus males y llenar tu vida de color, alegría, luz...

Natalia notó cómo el cálido aliento de Rubén le acariciaba los labios. Abrió la boca con la intención de absorber aquello tan delicioso que emanaba de él y sintió el impulso de sacar la lengua para lamer la boca del joven rubio. Pero contuvo sus instintos. ¿Cómo iba a besarle si no hacía ni cuarenta y ocho horas que había roto con Saúl? No debería hacerlo. Sin embargo, lo deseaba tanto...

Rubén deslizó el brazo que mantenía apoyado en el hombro de Natalia por toda su espalda. Al llegar a la cintura femenina, enlazó sus dos manos allí. Ella bajó las piernas de la tumbona para poder acercarse más a él. Parecía como si sus cuerpos se buscasen, como dos imanes que se atraen y quisieran estar pegados uno al otro por completo.

—Pero no podré hacerlo —continuó él mirándola intensamente— si tú no me dejas.

Natalia apoyó sus manos en el pecho de Rubén, al tiempo que lanzaba un trémulo suspiro, que se mezcló con la respiración de él. Sus dedos se empaparon de todo el calor que desprendía el masculino y duro cuerpo. Como casi siempre, Rubén iba sin camiseta. Vestido solo con un pantalón corto de algodón. Ella notó en las yemas el rítmico latido de su corazón y el suave vello que cubría el torso de su atractivo vecino.

Sintió las manos del joven rubio ancladas en su cintura, quemándola, y estaba segura de que, si no ocurría algo en ese momento, ella terminaría ardiendo por combustión espontánea.

Se sentía tan bien entre los brazos de Rubén, mientras este la rodeaba con su ola de sensualidad, aspirando el delicioso aroma de su vecino, notando cómo sus neuronas se alteraban frenéticas por la intimidad creada en ese momento. No podía pensar con claridad y deseaba... deseaba...

Alzó un poco más la cabeza y buscó los labios de Rubén, llevada por un impulso loco de poseerlos.

Cuando sus bocas se encontraron, Rubén le devolvió el beso con una ternura infinita. Acarició los labios de Natalia despacio, degustándolos a placer, como si fuera una comida exquisita y no quisiera terminarla nunca.

Ella llevó las manos hasta el pelo de su vecino y enterró los dedos entre los

rubios y cortos mechones, para atraerle más hacia su cuerpo. Estaba desesperada por sentir más de esa boca mágica que la estaba haciendo perder la razón. Los labios de Rubén eran firmes y adictivos, y Natalia deseó que el tiempo se parase para que aquel momento no acabara nunca.

Mientras se exploraban la boca a conciencia el uno al otro, Rubén inclinó hacia atrás el cuerpo femenino hasta que quedaron los dos sobre la tumbona. Se apoyó con un codo en ella, para no aplastar a Natalia con su peso, y con la otra mano inició un tortuoso viaje cuyo fin era enloquecer a su vecina con las caricias que le dedicaba.

Se detuvo un momento al llegar a su pecho. Lo cubrió con toda la mano, acariciándolo con mimo, y Natalia dejó salir de su garganta un gemido de placer. Aquel sonido hizo que el órgano vital de Rubén latiera más deprisa, en una mezcla de excitación y hambre sexual. Cuando notó que el pezón de ella comenzaba a estar duro, regó de besos toda la garganta de la joven hasta que llegó a él. Lo chupó por encima de la fina tela un momento. Después apartó con los dedos ese trozo de satén negro y fustigó con la lengua la cima endurecida.

Natalia no dejaba de suspirar por el gusto que le producía el contacto de la húmeda caricia de Rubén. Con los dedos aferrados al cuero cabelludo del vecino, le obligaba a continuar allí, jugueteando con su pezón.

Rubén, atrevido, deslizó las manos bajo el camisón de Natalia y la acarició los muslos lentamente. Cuando llegó a la unión entre sus piernas, se las separó y posó con delicadeza una mano sobre las braguitas. Notó el calor que emanaba de aquella parte femenina y deseó poder hundirse en esa intimidad que Natalia le estaba ofreciendo sin pudor.

Ella sintió cómo se derretía en cuanto Rubén la tocó ahí. Deseó que la arrancase las braguitas y le hiciera el amor allí mismo. Su rubio perroflauta era tan diferente a Saúl... La besaba y la acariciaba con tanta delicadeza y ternura, como si fuera algo que tenía que cuidar con mimo para que le durase toda la vida, que hacía que Natalia se sintiera especial. No como su exnovio, que cada vez que la besaba lastimaba sus labios, y cuando hacían el amor era rudo con ella. La apretaba las caderas de tal manera y la embestía con tanta fuerza que Natalia en más de una ocasión creyó que la rompería los huesos. Saúl nunca había deslizado sus manos por el cuerpo de Natalia como si estuviera adorándolo, igual que Rubén en esos momentos. Con Saúl nunca se sintió

cuidada y protegida como se sentía con su vecino en aquel tierno instante.

Al pensar en su examante, un atisbo de cordura cruzó su mente y se dio cuenta de lo que estaban haciendo el joven rubio y ella, y dónde podía llevarles aquel arranque de lujuria. Solo hacía dos días que había dejado a Saúl y ya estaba cayendo en los brazos de otro hombre. Aquello no estaba bien, le dijo su conciencia.

—Para, Rubén —le pidió deteniendo la mano que se frotaba contra su zona más sensible.

—¿Por qué? —preguntó él sin dejar de besarla.

—Esto no está bien. Para, por favor.

Él se detuvo y la miró intensamente a los ojos.

Con un suspiro pesado, se apartó de ella.

—¿Por qué no está bien? Me deseas tanto como yo a ti. Puedo verlo en tus ojos.

—Rubén, tú y yo no deberíamos hacer nada de esto. Yo no puedo estar contigo porque...

—Lo sé. Porque acabas de romper con tu novio.

Natalia asintió con un gesto de cabeza.

Rubén se levantó de la tumbona y se dirigió a la verja del jardín.

—Comprendo que es demasiado pronto —dijo él encaramándose a la valla —, así que lo mejor es que me vaya. De lo contrario, no podré contenerme. — Pasó al otro lado y, antes de descender hasta el suelo, añadió—: Siento haberme dejado llevar y ponerte en una situación comprometida.

—No ha sido culpa tuya. Yo también me he dejado llevar —confesó Natalia levantándose de la tumbona—. Gracias por entender mis motivos para detener esto.

—Buenas noches.

Rubén se metió en su casa y Natalia, con un suspiro de pesar, se adentró en la suya.

35

Los dos días siguientes fueron una tortura para todos.

Por un lado, Santi sufría por las mañanas las provocaciones de Elena, que había cogido la costumbre de ir a correr al parque donde él estaba trabajando. Se pavoneaba delante de él, mostrando sin pudor su cuerpo enfundado en ropa ajustada que marcaba cada una de sus curvas, sobre todo las delanteras superiores y las traseras inferiores. El pobre chico tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantener la atención en su labor y además soportar estoicamente los comentarios obscenos de sus compañeros relacionados con Elena. Cuando ella se marchaba del parque, después de su ejercicio matinal y tras una breve charla con Santi, él se quedaba con una dolorosa erección muy difícil de disimular.

Por otro lado, Elena no entendía por qué sus técnicas no funcionaban con ese chico que la tenía obsesionada. Veía en las pupilas dilatadas de Santi la excitación que ella le provocaba y no comprendía por qué él no le pedía una cita. El joven continuaba poniéndose como la grana cada vez que hablaba con ella, incluso tan solo con una mirada de Elena. Y ella cada vez estaba más harta de que no surtiera efecto su plan. Comenzaba a desesperarse.

Natalia, por su parte, estaba hecha un lío. Cada vez que cerraba los ojos retornaba al momento entre los brazos de Rubén. Sus besos, sus caricias, no podía olvidarlos. No entendía por qué ese hombre la atraía tanto. Por qué se le aceleraba el corazón al verle y por qué sus neuronas se fundían una a una cuando él la tocaba. De dónde salía ese deseo loco que la instaba a tirarse a su cuello, cual vampiro sediento, y que cada vez le resultaba más difícil controlar. La intensa mirada de sus ojos verdes, que le provocaban miles de mariposas revoloteando enloquecidas en su estómago y que ella se encargaba de matar a cañonazos. Los tentadores labios en mitad de la barba rubia pidiendo a gritos ser besados. La erótica imagen de Rubén con la toalla enrollada en las caderas y las gotas de agua resbalando por sus pectorales, deslizándose por sus fibrosos músculos hasta detenerse en el borde del paño de rizo la calentaban más que si estuviera en medio de un incendio forestal.

Se obligaba a no pensar en Rubén. Recordaba, una y otra vez, los besos y

momentos íntimos en su jardín, y deseaba no haber parado aquello para comprobar a dónde les conducía. Pero había sido mejor así. No fuera a hacer algo de lo que se arrepintiese. Rubén parecía buen chico. No quería hacerle daño.

A todo esto, había que sumarle la ruptura con Saúl. Sufría viendo a su ex amante en la oficina y cómo la miraba al pasar cerca de su mesa o cuando entraba en la sala de juntas. Sus ojos siempre le decían lo mismo. Si hablaba y confesaba su secreto a Cecilia, estaría de patitas en la calle en menos de lo que canta un gallo.

Se dijo que lo mejor era hacerse la valiente, ser fuerte, y trabajar duro para no pensar en todo lo sucedido y no venirse abajo. Y así, como una autómatas sin corazón ni sentimientos, Natalia pasó esos días en la oficina.

Carla y Amanda notaban que algo entristecía a la joven y, a pesar de que indagaron sobre lo que era, ni ella ni Elena soltaron prenda. Pusieron algunas excusas que sirvieron para aplacar el interés de sus compañeras, aunque sabían que no las estaban convenciendo del todo.

Cuando llegaba a casa, Natalia se metía en su habitación y se dedicaba a llorar su pena por el amor perdido. Se saltó las cenas y los desayunos. Tenía el estómago cerrado por la angustia y era incapaz de probar bocado. Elena estaba preocupada por si caía en una depresión e intentaba animarla todo lo que podía, pero no estaba teniendo éxito.

Rubén esperaba ansioso la llegada a casa de Natalia, mirando cada dos por tres la calle desde la ventana de la cocina. Rememoraba el beso y las caricias que se habían prodigado aquella noche en el jardín de su vecina. Los labios de Natalia le habían sabido dulces como el algodón de azúcar. Con sus besos, ella le había transportado al cielo, pero también al infierno por el fuego que desató en él.

Escucharla llorar por la noche a través de la pared de su habitación le estaba volviendo loco. Sentía la necesidad de ir a su casa y brindarle todo su apoyo. Pero sabía que, si la volvía a tener entre sus brazos, ocurriría lo mismo que aquella noche. Comenzaría a besarla y, esta vez, no podría contenerse. Lo mejor era dejar que pasaran unos días y serenarse.

36

El sábado llegó y con él la excursión al mercadillo medieval donde trabajaban los amigos de Rubén y Santi.

Decidieron que viajarían cada cual con su coche. Ellos se habían adelantado para ayudar a sus amigos a montar el puesto que regentaban y Natalia y Elena acudirían un par de horas más tarde.

—Teníamos que haber llegado al pueblo ese hace treinta minutos —se lamentó Natalia, que en un principio había declinado la idea de ir al mercadillo. No tenía ganas de salir de casa después de romper con Saúl, pero Elena la convenció asegurándole que le vendría bien distraerse, no pensar en todo eso y ver algo nuevo. Además, su amiga la necesitaba para llegar sana y salva al pueblo donde se celebraba dicha fiesta medieval y Natalia sabía que, si no la acompañaba ella, podía terminar en cualquier otro lugar, menos en el indicado —. ¿Quieres hacer el favor de seguir las instrucciones del puñetero aparatito? — le pidió a Elena por tercera vez.

—Shhh, calla, que no oigo a la tía esta —dijo, mientras conducía, refiriéndose al GPS.

«En la rotonda, coja la segunda salida», informó la voz pregrabada.

Elena llegó a la glorieta, circuló por ella y...

—La segunda salida, Ele, la segunda. Esta que has cogido es la tercera — soltó Natalia exasperada.

—Calla, que está recalculando la ruta.

—Así no vamos a llegar nunca —se quejó Natalia, apoyándose con un brazo en la ventanilla y poniendo los ojos en blanco.

—¿Y lo bien que nos lo pasamos haciendo turismo? ¡Encima de que te enseñe mundo!

Natalia soltó un bufido y alzó la mirada al cielo, pidiéndole a Dios que le diera paciencia. De lo contrario, estrangularía a su amiga con sus propias manos.

«Siga recto por la CM-1013 y en dos kilómetros, coja la salida...», continuó informando el navegador.

—Anda, calla, bonita, ¿no ves que Elena no te está haciendo ni puñetero caso? —le preguntó Natalia al GPS y pulsó el botón de apagado.

—Pero ¿qué haces? —se quejó Elena.

—Ahorrarle saliva a la pobre mujer. Venga, para en el arcén que ya me pongo yo en tu sitio para conducir.

Cuando Elena pudo, detuvo el coche y cambiaron las posiciones.

Natalia volvió a encender el navegador y siguió todas las instrucciones al pie de la letra. Diez minutos después, llegaron al sitio donde se celebraba el mercadillo medieval.

—Ha llegado a su destino —repitió Natalia, socarrona, las palabras del GPS, terminando de aparcar el vehículo.

—¿Ves cómo te necesitaba? Si no es por ti, habiéramos acabado en Málaga.

Natalia se bajó del coche sin responder a su amiga.

El pueblo estaba engalanado con tapices de terciopelo, blasones de las casas nobles y pendones con los escudos de las familias pudientes colgando de las murallas que lo rodeaban y de los balcones de las casas solariegas.

Natalia atravesó el arco de la muralla que daba acceso a la Plaza Mayor donde estaba ubicado el mercadillo medieval. Se quedó boquiabierta al contemplar el colorido de los tenderetes que había allí con multitud de productos artesanales y las ropas de las gentes que los atendían. Todos ataviados según la costumbre del medievo.

La música folk medieval llenaba con sus alegres sonidos los oídos de Natalia. A su lado, junto a un puesto de quesos que desprendían un olor apetitoso, estaban situados los componentes del grupo musical. Las gaitas, la flauta, la dulzaina, el pandero y demás instrumentos que Natalia no supo identificar amenizaban el ambiente del mercadillo, a esas horas lleno de personas que deambulaban comprando u observando lo que se ofrecía.

Elena le envió un wasap a Rubén para informarle de que ya habían llegado. A los pocos segundos, este le respondió indicándole cuál era el puesto de sus amigos. Las dos chicas deambularon por allí hasta dar con él.

Tras saludar a los vecinos, Rubén presentó a las dos amigas a los comerciantes. Estaban charlando con ellos cuando una mujer vestida como si fuera una guerrera salvaje, con pantalones y chaleco de cuero envejecido y la cara surcada de lado a lado por dos grandes franjas negras, se acercó a Rubén por la espalda y, poniéndose de puntillas, le tapó los ojos con las manos.

—¿Quién soy? —preguntó al oído de Rubén con un ronroneo igual al de

una gata en celo.

Aquella cercanía al fisioterapeuta y la manera en que le habló molestó a Natalia. Aunque no supo bien por qué. Ellos no eran nada. A pesar de que se habían besado unos días antes en la intimidad de su jardín, Rubén y ella no eran pareja, ni tenían ninguna relación seria. Solo había amistad. Así que él estaba libre y si le interesaba a alguna mujer, Natalia no tenía por qué molestarse.

Rubén se volvió al tiempo que la chica deslizaba sus manos desde los ojos verdes del joven hasta posarlas sobre su pecho. Una bonita y alegre sonrisa nació en la cara del burgalés y abrazó a la joven con cariño, mientras la alzaba y daba un par de vueltas con ella entre sus brazos.

—¡Nuria! ¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Rubén. La dejó en el suelo y la miró de arriba a abajo—. Desde luego, eres a la que mejor le sienta el traje de todos los del grupo —comentó refiriéndose al quinteto musical que amenizaba el mercadillo con su folk medieval.

Natalia se dio cuenta de que la joven era quien tocaba la dulzaina minutos antes.

—Será porque el resto de componentes son hombres y no tienen mis seductoras curvas —sonrió ella, coqueta, mientras se pasaba las manos por la cintura y las caderas en un recorrido sensual destinado a calentar a Rubén. La mirada que la tal Nuria le dirigía en ese momento no dejaba lugar a dudas.

Aquello irritó más a Natalia, que se enfadó consigo misma por tener ese tonto ataque de celos. Rubén y ella no eran nada. ¡Por el amor de Dios! Pero no podía evitar sentirse así de molesta. Como si mil abejas africanas estuvieran aguijoneándole el estómago, picándola y extendiendo por su cuerpo el veneno.

Cuando Rubén rio su comentario y la miró apreciativamente, afirmado con palabras lo que ella acababa de decir, Natalia decidió que ya había tenido suficiente. Se alejó sin que nadie lo notara y se dedicó a ver el resto de los puestos del mercadillo.

Aquí y allá, bajo toldos de llamativos colores, se sucedían los tenderetes de embutidos, mieles, almendras garrapiñadas, jabones artesanales, ambientadores hechos a base de plantas aromáticas, joyas de plata, pulseras de cuero y un largo etcétera.

Llegó hasta un puesto donde se vendían chucherías y al ver en la esquina unos cuantos algodones de azúcar, los ojos de Natalia lanzaron llamaradas de

deseo capaces de derretir aquel dulce que de niña había sido su preferido. ¡Hacía años que no comía algodón de azúcar! En ese momento se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos su sabor y la sensación de placer que le producía que esa delicia se fundiera en su lengua.

La boca comenzó a hacersele agua y a punto estuvo de preguntar el precio para comprar uno y devorarlo, de no ser por la voz que escuchó a su lado y que la sobresaltó.

—Seguro que eso engorda un montón —soltó Rubén, burlón, en su oído.

Natalia se separó de él echando de menos al instante el delicioso calor y el hormigueo del aliento de Rubén en su oreja. Se estremeció sin poder evitarlo. Gesto que no pasó desapercibido para su vecino, quién sonrió como el gato que se ha comido al canario. Sabía que ella le deseaba. Pero todavía era pronto. Natalia necesitaba más tiempo para olvidar a su exnovio.

Rubén se había propuesto dárselo, a pesar de lo mucho que le iba a costar aquello, porque ella robaba sus pensamientos cada minuto del día. Cuando la veía, le hacía sentir que agonizaba a fuego lento con el vaivén de sus caderas y aceleraba su corazón cada vez que sonreía.

—¿Dónde has dejado a tu amiga? —quiso saber ella.

—Tiene que seguir trabajando.

Se quedaron un momento en silencio, mirándose a los ojos, hasta que Rubén habló de nuevo.

—¿Quieres que demos una vuelta? Y así terminamos de ver el resto del mercadillo. —Le tendió caballerosamente un brazo y Natalia lo enlazó con el suyo.

Pero antes de marcharse de aquel puesto de golosinas, Rubén le compró el algodón de azúcar a Natalia.

—No era necesario que te molestases —comentó ella.

—Oh, ya lo creo que sí. Nunca he visto a nadie mirar con tanto deseo un algodón de azúcar. Ni siquiera a los niños pequeños.

—Es que no lo comía desde que tenía por lo menos ocho años —le informó Natalia sonrojándose—. Muchas gracias. Ahora estoy en deuda contigo.

—No hay de qué.

Continuaron paseando entre los puestos del mercadillo, compartiendo la chuchería, y hablando de mil cosas.

—Por cierto, ¿dónde está Elena? —preguntó Natalia.

—Se ha quedado con Santi. Tranquila, está en buenas manos.

—Ya lo sé. —Calló un momento y después añadió—: ¿Crees que Elena tiene alguna posibilidad con Santi? No sé... tu amigo es taaaaaannnn tímido.

—A Santi le gusta Elena mucho, pero tienes razón, es muy vergonzoso. Espero que ella tenga un poco de paciencia con él, porque estoy seguro de que, con el tiempo, Santi conseguirá vencer esa timidez y podrá lanzarse con Elena.

—Eso espero yo también porque la tiene desquiciada a la pobre. Ya no sabe qué hacer para que él se tire a la piscina con ella.

Llegaron hasta un puesto donde se vendían juguetes y Natalia vio que había un diábolo exactamente igual al que ella le tiró a Rubén a la basura. El recuerdo de aquel día la golpeó con fuerza. La espalda desnuda de su vecino, los tatuajes grabados en su piel...

—Rubén —comenzó a decir Natalia cambiado la conversación—. ¿Has conseguido otro diábolo?

—No. ¿Has encontrado el que cayó en tu jardín?

Natalia se detuvo, obligando a su vecino a pararse junto a ella y el puesto de juguetes.

—Verás... —dijo mordiéndose el labio, nerviosa—. El caso es que... tu diábolo no se perdió en mi patio. Yo... me dio tanta rabia que cayera tres veces allí que... lo cogí y lo tiré a la basura antes de que pudieras volver a preguntarme por él. —Natalia se lo contó sin mirarle a los ojos. No tenía valor para hacerlo—. Cuando me viste saliendo de la casa y me preguntaste por él otra vez, te mentí.

Rubén, al principio, se quedó sorprendido por su confesión. No podía imaginarse que algo así le había pasado a su juguete, pero a pesar de lo que Natalia había hecho, no le importó saber la verdad.

—Así que, ahora que estamos aquí —dijo ella girándose hacia el puesto—, me gustaría comprarte uno para enmendar mi fechoría.

Rubén sonrió al oírla. La cogió con dos dedos por la barbilla, de una manera delicada, y le alzó la cara para que ella le mirase a los ojos.

—Gracias por sincerarte conmigo y, aunque estuvo muy mal lo que hiciste, no es necesario que me compres uno nuevo.

—Pero es que quiero hacerlo —insistió Natalia sintiendo cómo los dedos le quemaban la piel.

—No tienes por qué.

—Sí que tengo. —Se obcecó ella, cabezota.

Rubén emitió un largo suspiro.

—Está bien. Si te empeñas... —concedió—. No vaya a ser que esta noche no duermas y el culpable sea yo.

Natalia le dedicó la sonrisa más bonita de todas las que poseía.

—Gracias. —Se alzó sobre las puntas de sus pies y le dio un impulsivo beso en la mejilla.

Cuando hubo pagado el diábolo, continuaron caminando por entre los puestos. El algodón de azúcar se acabó y Rubén le preguntó si quería otro más. Pero Natalia declinó la oferta.

—¿Qué tal Mario, Hugo y el resto de tus niños? —quiso saber ella, mientras continuaba agarrada de su brazo, sintiendo el calor del cuerpo de Rubén en contacto con el suyo. La experiencia de pasear del brazo del joven rubio le estaba gustando muchísimo. Elena tenía razón cuando le dijo que debía ir a esa fiesta para distraerse. Estaba disfrutando una barbaridad gracias a Rubén.

—Bueno, Mario sigue igual. Ya te comenté que lo principal en su caso es que no se deteriore su estado. Para eso trabajamos todos los días —le contó Rubén—. Con Hugo vamos bien. Dentro de poco podrá dejar el andador y caminar con muletas.

—¡Eso es fantástico! —Se alegró Natalia.

Rubén sonrió ante el entusiasmo de la periodista.

—¿Y tu reportaje sobre mis niños? ¿Cómo va?

—Muy bien. Me falta pulir algunos aspectos y creo que para mitad de la semana que viene lo tendré terminado.

—Estoy deseando leerlo —comentó Rubén—. Seguro que has hecho un gran trabajo.

—¡Uf! No sé. Cuando fui al Centro de Educación Especial me atendió un fisioterapeuta un poco borde —soltó ella, burlona.

—¿En serio? —Rubén se hizo el sorprendido—. No me imagino quién puede haber sido maleducado con la Barbie simpatía. Quizá deberíamos buscarle y hacerle pagar por sus afrentas a tan agradable periodista.

Natalia le dio un puñetazo cariñoso en el hombro y sonrió.

—¿Me dejas que te haga un regalo? —preguntó de repente Rubén a Natalia.

—¿Un regalo? ¿Por qué?

—Porque quiero y porque es una manera de demostrar la amistad entre dos personas.

—Bueno, ¿qué tipo de regalo? —quiso saber ella, curiosa.

—No es un bolso de Prada, ni un colgante de Tous. —Se rio él y Natalia hizo una mueca burlona—. Como te gustan los tatuajes y me dijiste que deseabas tener uno...

—Pero no tengo claro qué quiero tatuarme —le cortó ella.

—No pasa nada. Aquí hay un sitio donde te los hacen con henna natural y duran alrededor de dos o tres semanas. Van desapareciendo con los lavados. Puedes probar distintos dibujos. ¿Qué me dices?

Natalia lo pensó unos instantes. Le gustaban mucho y siempre había querido tener uno, como bien había dicho Rubén. La idea de que con el tiempo se le quitase, en caso de que no le gustara, la seducía bastante. Si al final el diseño era el adecuado para ella y no se cansaba de verlo, podría hacérselo definitivo.

—De acuerdo. Vamos.

37

Natalia se había pasado todo el domingo y el lunes mirándose el tatuaje en un espejo. Era un sencillito dibujo de una luna menguante, con una pequeña hada sentada sobre ella, con las piernas colgando y las alitas desplegadas.

Se lo había hecho en el omoplato derecho. Cada vez que lo veía, le gustaba más. Y le recordaba a Rubén, claro está.

El resto del día lo pasaron muy bien. Mientras le tatuaban la piel, aparecieron Santi y Elena, y ya no se separaron más hasta que fue el momento de regresar a Madrid. En el camino de vuelta, Elena la felicitó por haberle confesado a Rubén la verdad sobre el diábolo y por habérselo restituido con otro. Cuando Natalia le preguntó sobre Santi, su amiga se limitó a encogerse de hombros.

—Nunca me había costado tanto conseguir a un tío y, la verdad, empiezo a cansarme de no poder avanzar con él —respondió Elena—. Con tantos hombres que tengo a mi alrededor, ¿por qué me he ido a fijar en uno que es posible que no consiga nunca? Creo que lo mejor va a ser que pase del tema y me busque otro.

—A mí Rubén me ha dicho que le gustas mucho a Santi, pero que hay que tener paciencia debido a su carácter tímido.

—¿Crees que no he tenido suficiente paciencia ya? —preguntó su amiga, aparcando el coche frente a su adosado, en Leganés—. Cualquiera otro chico se habría tirado a mi cuello a las primeras de cambio. Pero Santi no. Él es... raro.

Natalia descendió del vehículo al tiempo que lo hacía Elena.

—No es raro. Solo vergonzoso. Necesita tiempo y más confianza contigo.

—Natalia, tú sabes que yo soy... mucho de Kamasutra. Santi es muy... de Biblia. No pegamos ni con cola. Así que lo dejo. Me busco a otro que me haga pasar noches increíbles y punto.

—Como quieras —claudicó Natalia finalmente.

La semana pasó lenta. Septiembre llegaba a su fin.

El lunes por la tarde, Natalia fue a visitar a sus padres, que tenían el día libre porque su negocio estaba cerrado por descanso. Estos la informaron de que ya habían firmado un contrato de traspaso del bar y de que, seguramente, a principios de octubre comenzarían a trabajar en él los inquilinos. Natalia se

alegró mucho, pues eso significaba que su madre podría descansar y recuperar fuerzas antes de la operación a corazón abierto a la que se iba a someter.

En la revista, Natalia sufría las miradas llenas de advertencia y rencor de Saúl. Intentaba no toparse con él para no sentir su desprecio, pero a veces era imposible. Él era su jefe y debían mantener reuniones de trabajo.

El jueves, cuando Natalia fue al despacho de Cecilia para finiquitar el tema del artículo en el que había trabajado, se encontró allí con el marido de su jefa. Saúl no hizo más que sacarle fallos a todo lo que ella había redactado. Sin embargo, Cecilia aprobó el trabajo realizado por Natalia. Creía que la periodista había hecho una labor excepcional y, gracias a Dios, no le importaron las quejas de su cónyuge.

Al salir del despacho de Cecilia, Saúl la siguió y, cuando comprobó que no había nadie en el pasillo, agarró a Natalia de un brazo y tiró de ella para llevársela a su oficina.

—¿Hasta cuándo vas a estar enfadada conmigo, nena? —preguntó él cerrando la puerta.

—Déjame —pidió ella, aplastada entre la madera y Saúl.

—Quiero que vuelvas conmigo. Te echo de menos.

Las manos de Saúl acariciaron el cuerpo de Natalia por encima de la ropa con posesión. Ella sintió que se derretía. La respiración se le alteró y a punto estuvo de caer en sus redes. Le echaba tanto de menos... Pero se obligó a ser fuerte y resistir. No quería seguir soñando despierta, ni ser un peón en el juego de seducción que Saúl se traía entre manos. No debía volver a hacerse ilusiones con él porque eran meros espejismos que hacían que Natalia le viera como ella quería que él fuese. La realidad era muy distinta. Él estaba casado y hasta que no dejase a su mujer ellos no podrían estar juntos. Natalia ya se había cansado de ser «la otra».

—Cuando te divorcies de Cecilia, será cuando vuelva contigo. Hasta entonces nada de nada —dijo Natalia, tajante—. Y descuida, que no le voy a comentar a nadie nuestra aventura. Ya me quedó claro que si hablo me despides. Así que deja de mirarme de la manera en que lo haces cuando me ves porque yo, a diferencia de ti, sí cumplo mis promesas. Si te dije que no contaré nada sobre nosotros, lo haré.

—Eres terca como una mula.

Saúl intentó besarla, pero Natalia se revolvió y consiguió salir de la prisión que suponían los brazos del hombre.

—Tú decides. Cecilia o yo.

Abrió la puerta del despacho y salió de allí con la cabeza bien alta, dignamente. Pero, por dentro, su corazón seguía hecho añicos y este momento con Saúl se lo había roto un poco más.

«No voy a llorar más por él», se dijo mientras recorría el pasillo hasta su mesa.

38

Esa tarde, al llegar a casa, Natalia se encontró con Rubén y Santi, que venían de correr. Los dos estaban sudados y sus camisetas empapadas. Elena los saludó y se metió en la casa rápido. Le fastidiaba ver a Santi y saber que no iba a poder tenerle.

Natalia se quedó un rato hablando con ellos.

—Mi jefa ha aprobado el borrador del artículo sobre la parálisis cerebral infantil —dijo contenta.

—Me alegro mucho. —Sonrió Rubén.

Santi también le dio la enhorabuena y desapareció en el interior de su adosado para dejarles intimidad.

—¿Quieres que te lo enseñe? —preguntó Natalia a Rubén—. Aunque podrás leerlo el mes que viene cuando salga la revista a la venta, me gustaría darte la primicia por lo mucho que me ayudaste.

—Me encantaría. ¿Qué tal si venís Elena y tú esta noche a cenar a casa? Y así leemos el reportaje. Puedes traerlo en un *pen drive*, si lo tienes metido ahí, y lo pasamos a mi ordenador.

—De acuerdo. Aunque no sé si Elena... —Natalia dudó si decirle que su amiga había desistido en su empeño por conseguir a Santi o no. Finalmente, decidió que no diría nada—. Bueno, sí. ¿Sobre las nueve y media?

—¡Perfecto! —exclamó Rubén, con una sonrisa que no le cabía en la cara.

Natalia se dio la vuelta para meterse en su casa, pero se volvió de nuevo al oír un comentario de Rubén.

—Oye, qué *tatoo* más bonito tienes ahí.

Ella le miró contenta y respondió.

—Es un regalo de un amigo.

—Pues ese amigo debe apreciarte mucho. Espero que tu amistad con él dure para siempre —comentó su vecino.

—Yo también lo espero, aunque, ¿sabes? Cuando pone a Melendi a todo volumen, me planteo seriamente seguir siendo su amiga —se quejó ella, en broma.

—Pero si Melendi es un Dios de la música. —Rubén fingió que estaba

horrizado porque a Natalia no le agradase—. ¿Cómo es posible que no te guste ninguna de sus canciones? Con las letras tan románticas que tiene. Algunas son desgarradoras por los sentimientos que transmite...

—No sigas —le cortó ella sonriendo— que al final me vas a convencer y ese cantante terminará gustándome.

Se dio la vuelta de nuevo, mientras sentía la mirada fija en ella de Rubén, algo que le gustó demasiado. Cuando estaba en la puerta de la casa, se despidió con la mano al tiempo que le recordaba la cita para cenar esa noche.

39

—La cena ha estado buenísima —felicitó Natalia a Rubén cuando terminaron.

—Siento que Elena no haya podido venir —dijo el joven rubio.

—Ya, es una pena. Es que cuando le dan las migrañas lo pasa fatal —mintió ella, porque realmente su amiga no padecía estos dolores de cabeza tan terribles. Se había tenido que inventar esa excusa ante la negativa de Elena de acudir a la cena con los vecinos. No quería estar allí y que Santi, nuevamente, le pusiera las cosas difíciles para tener algo con él. A Elena le gustaban los tíos fáciles, que con solo chasquear los dedos cayeran rendidos a sus pies y le regalasen noches de placeres inimaginables. Con Santi, Elena sabía que iba a tener que trabajar duro para conseguir eso y no estaba por la labor de hacerlo.

A Natalia le dolió tener que mentir a los vecinos, pero no iba a desvelar la verdadera razón por la que Elena no había ido a cenar y dejar a su amiga en evidencia ante ellos.

—Espero que se mejore pronto —añadió Santi.

Natalia le miró sonriente y le agradeció el comentario.

—Bueno, pues recogemos enseguida y subimos a mi habitación para leer el reportaje en el *pen drive* que has traído, ¿de acuerdo? —propuso Rubén.

—Yo me voy a ir a la cama porque hoy he tenido un día agotador —les informó Santi—. Lo siento, Natalia, ya leeré el reportaje otro día. Espero que no te importe.

—No, tranquilo. Acuéstate y descansa.

Una vez en la habitación de Rubén, que era donde él tenía el PC, se dispusieron a leer el artículo en el que Natalia había trabajado ese mes.

Rubén lo leyó con suma atención, maravillándose de la buena labor que había realizado Natalia.

—Me encanta. Sinceramente. No podías haberlo hecho mejor. Está perfecto. —La felicitó con el orgullo reflejado en sus iris verdes.

A Natalia la recorrió un hormigueo de placer ante aquellas palabras del fisioterapeuta.

—Me alegro de que te guste —dijo.

—¿Qué día sale la revista a la venta?

—El primer miércoles de cada mes.

—Bueno, pues la compraré y me firmas el artículo —comentó Rubén.

—¿Qué te lo firme? —preguntó Natalia sorprendida—. Ni que yo fuera una famosa. —Se rio.

—Eres una periodista que ha hecho un trabajo excelente —dijo su vecino, sentado en una silla giratoria frente al ordenador—. Y además, eres mi amiga. Por eso lo quiero tener firmado. Cuando ganes un premio Pulitzer, podré decir que yo tengo el primer autógrafo tuyo.

—Estás como una cabra. —Sonrió Natalia acomodada a su lado en otra silla.

—Lo digo en serio. Ya lo comprobarás cuando me presente en tu casa con la revista en las manos. Por cierto —Rubén se levantó, caminó hacia la mesita de al lado de la cama y tomó su móvil. Después regresó donde estaba Natalia — quiero que nos hagamos una foto juntos, así cuando seas famosa...

—¡Y dale! ¡Que yo no voy a ser famosa nunca! —Se rio ella.

Rubén se volvió a sentar en su silla y le pasó un brazo a Natalia alrededor del cuerpo para ceñirla más a él. Los dos sonrieron a la cámara del teléfono.

—¡Qué bien hemos salido! —Comprobó ella mirando la foto—. Mándamela por wasap para tenerla yo también. Mi número es...

Rubén le pasó la foto y, mientras Natalia volvía a mirarla en su móvil, él apagó el ordenador.

—¿Qué tal tus padres? ¿Han avisado ya a tu madre para operarla? —preguntó el joven.

—Todavía no. Le dijeron que en un mes, más o menos, la llamarían, ahora que ya tiene todas las pruebas hechas.

—La recuperación va a ser lenta y os va a necesitar mucho. El esternón es un hueso que tarda en curar. No podrá usar los brazos para nada —le contó Rubén, que, por experiencia con su madre, sabía bien de lo que hablaba—. Piensa que ahí no le pueden poner escayola, así que el mínimo movimiento de brazos y se le abrirá el hueso de nuevo. Hasta que esté soldado perfectamente vais a tener que bañarla vosotros, peinarla, llevarla al baño, levantarla de la cama o de donde esté sentada, porque te repito que ella no podrá hacer nada de eso. Será como una muñeca de trapo. Tendréis que vestirla, darle de comer...

Natalia le escuchaba con los ojos como platos por toda la información que él la daba. No se había imaginado que el posoperatorio fuese a ser así.

—No te lo digo para asustarte —comentó Rubén al ver su cara de preocupación—. Solo te prevengo para que sepas a lo que os enfrentáis tu padre y tú. Pero lo peor no es esto. Porque el hueso tarde o temprano se curará y ella volverá a hacer vida normal. Mi madre, a los seis meses ya estaba completamente restablecida. Pero eso depende de cada persona. Hay gente que tarda un año en recuperarse. —Hizo una pausa y la miró intensamente—. Lo peor va a ser que ella se sentirá una inútil por no poder hacer cosas tan sencillas como peinarse, barrer la casa o ir a la compra. Esa situación desgasta mucho anímicamente. Habrá días en que la descubriréis llorando. Tenéis que animarla muchísimo. Insistirle en que solo van a ser unos meses los que estará así y luego volverá a ocuparse de ella misma como ha hecho toda la vida.

—Con todo lo que me estás contando, creo que pediré una excedencia en el trabajo para poder ayudarla a ella y a mi padre —susurró Natalia. La situación que Rubén le había pintado la había entristecido mucho. No quería ver a sus padres sufrir, pero era inevitable pasar por una situación así. Se dijo que, ya que los meses anteriores había renegado de sus progenitores, a partir de ahora y con la que se les venía encima, estaría a su lado sin fallarles ni un solo día.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Como tengo experiencia en esto... —añadió Rubén.

Como vio a Natalia triste, la abrazó con ternura para infundirle ánimos. Ella se sintió tan bien entre los cálidos brazos de Rubén que se apretó más contra su pecho. Cuando apoyó la cabeza en la curva de su garganta y aspiró el delicioso olor de él, no pudo reprimir un suspiro de satisfacción.

—No te preocupes. Todo saldrá bien —intentó animarla él, notando el pequeño y delicado cuerpo de Natalia en contacto con el suyo. Deseó poder tenerla en la cama, a ser posible desnuda, pero aún era pronto. Debía esperar su oportunidad.

Permanecieron en silencio unos minutos, en los que Rubén no dejaba de acariciar el sedoso cabello de Natalia, hasta que él habló de nuevo.

—Mañana cuando termine de trabajar me iré a Burgos para ver a mi familia. ¿Qué harás tú este fin de semana?

Natalia se encogió de hombros.

—No lo sé. Les haré una nueva visita a mis padres y... —Pensó en Saúl. Si las cosas no se hubiesen roto entre ellos, lo más seguro es que pasara alguna noche con él en el hotel. Pero ahora ya no podía hacerlo.

Sin poderlo evitar, pues aún estaba muy reciente su ruptura, dos lágrimas cayeron desde sus ojos hasta la mano con la que Rubén la ceñía a su cuerpo por la cintura.

—¿Estás llorando? —preguntó el joven al notar las gotas saladas en su piel. Le cogió de la barbilla con delicadeza y la miró a los ojos. Ella intentó esconder el rostro, pero Rubén no la dejó—. Tu madre se va a poner bien, solo van a ser unos meses duros y luego...

—No es eso —confesó Natalia.

Ante la cara de extrañeza de Rubén, ella le explicó.

—Esta mañana mi ex me ha pedido que vuelva con él, pero le he dicho que no. Y no sé si he hecho bien porque le echo muchísimo de menos. Trabajamos juntos, no sé si lo sabías. —Hizo una pausa y Rubén asintió—. Bueno, en realidad, es mi jefe. Y lo peor es que está casado... con mi jefa. Así que imagínate la situación que estoy viviendo en la oficina.

Natalia le contó lo mal que se sentía en esos momentos y cómo se había sentido en el año que llevaba de relación clandestina con Saúl. Cada vez que miraba a la cara de Cecilia se sentía ruin por estar haciéndole eso a su jefa, que siempre se portaba bien con ella y la defendía de las críticas negativas, como había hecho esa mañana con Saúl.

Rubén la escuchó pacientemente. Ella necesitaba desahogarse y le había elegido a él para hacerlo, así que no quiso interrumpirla hasta que terminó.

—Y ahora —dijo Natalia para finalizar— ya puedes criticarme por haberme liado con un hombre casado.

—Eres libre de enamorarte de quien quieras. Aunque pienso que deberías haber sido más fuerte y resistir la tentación. Pero al tal Saúl ese, si me lo encuentro, le romperé la cara. Y lo haré por dos motivos: uno, por prometerte cosas que no iba a cumplir y engañarte; y dos, por serle infiel a su mujer. Él podía perfectamente haber rechazado una relación contigo al estar casado con otra persona. O también podía haber dejado a su mujer antes de comenzar algo vosotros dos. Sin embargo, no le ha importado mentir a su esposa y hacerte lo mismo a ti.

Su alegato había empezado en un tono normal, pero fue subiendo de intensidad y enfadándose a medida que hablaba.

—Rubén, no te molestes, por favor. Yo no pretendía al contarte mi historia que... —soltó Natalia pensando que se estaba enfadando con ella también y empezó a llorar más fuerte.

—No es contigo con quien estoy molesto —le aclaró él. Apretó los dientes recordando su historia con su ex, Celia—. Estas situaciones sacan lo peor de mí porque yo también sufrí una infidelidad que me dolió muchísimo hace algunos años. Perdóname. No pretendía pagarlo contigo, que, al fin y al cabo, has sido una víctima más de ese hombre. —Finalizó con un tono de voz más bajo y moderado.

Rubén se daba cuenta de que poco a poco se había ido enamorando de Natalia. Sentía un anhelo desesperado de hacerla suya, de tenerla en su vida de cada día. De tener sus noches también.

Pero debía esperar a que el corazón de Natalia se recompusiera del todo. Y eso haría... o lo intentaría, por lo menos.

Saber lo mucho que ella había sufrido por culpa del tal Saúl le corroía por dentro como si fuera ácido.

Natalia comprobó en los iris verdes de su vecino la tristeza, compasión y dolor que él sentía por la situación que ella estaba viviendo. Más de una vez Natalia se había preguntado cómo era posible que él se identificase tanto con los sentimientos de los demás. Llegó a la conclusión, después de verle trabajando con «sus niños», de que Rubén era un hombre muy especial, dotado de una capacidad de ponerse en el lugar del otro y sufrir casi tanto como él. La empatía que tenía este magnífico hombre sorprendía a Natalia y hacía que ella le admirase por eso y por su sensibilidad.

La confesión de su vecino sobre que él también había sufrido una infidelidad hizo que Natalia se sintiera más unida a él en su desgracia. Quiso saber más del tema, pero Rubén no le dio tiempo para preguntar.

—Escucha —volvió a hablar el joven rubio, mientras le limpiaba a ella las lágrimas con los dedos— solo tenemos una vida y nosotros mismos somos los encargados de hacerla maravillosa. Así que, por favor, supera todo esto y sigue adelante. No te derrumbes. Tú eres fuerte. Me lo has demostrado cada vez que te has enfrentado a mí por los problemas que hemos tenido con la música y demás.

Sé que puedes lograrlo, Natalia. —Recorrió con su mirada el rostro de ella notando cómo su corazón se encogía de dolor por ver la angustia y la pena que había en él—. La vida sigue adelante. No se acaba aquí. Encontrarás otro amor, quizá mejor que el que has dejado y que te haga más feliz. Aunque ahora mismo no estés dispuesta a enamorarte de otro hombre. Lo principal en estos momentos es que no te dejes vencer por la tristeza, sé fuerte y lucha contra ella. Y, si necesitas a alguien que te ayude a salir de todo esto, aquí me tienes. Somos amigos, ¿verdad? Bueno, pues aquí estoy para darte mi fuerza cuando notes que la tuya se debilita. Para hacerte reír, para hacer que olvides tus malos momentos. Quiero ayudarte, Natalia —repitió clavando sus ojos verdes en los de ella del mismo color—. Déjame hacerlo, por favor. Quiero verte sonreír de nuevo, quiero que me grites por poner la música alta y despertarte, o no dejarte trabajar con el portátil, quiero...

Natalia puso su mano sobre la boca de Rubén para acallarle. Sintió el aliento de este, cálido y suave contra su palma, y un delicioso cosquilleo se extendió por todo su brazo hasta llegar al corazón, que se le aceleró.

—Tranquilo —le calmó sonriéndole entre lágrimas. Apartó su mano de los labios de Rubén y su cuerpo entero se rebeló por la pérdida de contacto con aquella boca carnosa y suave—. Es lo que voy a hacer. Y estoy dispuesta a empezar hoy mismo. Una de mis amigas dice que no hay que dejar que nada nos desanime porque hasta una patada en el culo nos impulsa hacia adelante.

Rubén rio ante aquel comentario y en un impulso la abrazó otra vez. Pegó el cuerpo de Natalia a su pecho y la envolvió con la calidez que emanaba de él.

—Muy sabia tu amiga —le dijo en el oído a ella y a Natalia se le erizó toda la piel de la nuca al notar su respiración sobre su oreja.

—Seguro que lo ha sacado de Facebook o de Google —jadeó con el pulso latiendo errático.

Rubén notó el temblor en la voz de Natalia y se sintió orgulloso por haber conseguido que ella no fuera inmune a su cercanía y a sus caricias. Pero se obligó a separarse de Natalia y dar por finalizado aquel momento.

Ella acababa de romper con su novio y necesitaba tiempo para recuperarse. No le convenía ahora tener a otro hombre a su lado con pensamientos obscenos, deseando cumplir con ella sus fantasías más oscuras. Así que se dijo a sí mismo que debía respetarla y no empujarla a una relación con él.

Con un largo suspiro, ella le dejó ir. Se había sentido tan bien entre los brazos de Rubén... Protegida y segura. Tranquila y en paz. Pero también se había excitado al notarle pegado a ella cada centímetro de él. Rubén se amoldaba a Natalia como si estuviera hecho a su medida. Como las piezas de un puzle casan unas con otras. Le encantó cómo los músculos del pecho de Rubén se habían contraído al notar las manos de Natalia puestas sobre él. Todo el calor que emanaba de su piel calentándola a ella.

Recordó el fugaz beso que se habían dado días antes y un latigazo de deseo fue a parar a su entrepierna, dándose cuenta de que anhelaba repetir ese beso de nuevo. Pero sería uno más ardiente, sensual y excitante. Sería un beso que les dejase a los dos sin aliento y que les llevase más allá. Que les diera valor para descubrir sus cuerpos y entregarse al otro.

Inmediatamente, Natalia se regañó por esto. No debía pensar de esta manera en Rubén. ¡Por el amor de Dios! Acababa de romper con Saúl y no era bueno embarcarse en una relación con otro chico, aunque solo fuera para pasar un buen rato entre sus brazos, y que la hiciera sentir que ella seguía siendo bella y deseable a los ojos de un hombre.

—Creo que es hora de regresar a casa —dijo Natalia, levantándose de la silla.

Rubén hizo lo mismo. Caminó hasta la puerta para acompañarla, pero se detuvo al ver que ella no le seguía.

Natalia miraba la cama de Rubén imaginando cómo se sentiría con el fuerte cuerpo del fisioterapeuta sobre ella, allí, haciéndole el amor. Susurrándole bonitas palabras al oído mientras se enterraba en su sexo. ¿Rubén sería rudo como Saúl? O por el contrario, ¿sería tierno y delicado?

Un anhelo desesperado de comprobarlo se apoderó de ella. Estaba segura de que le gustaba a su vecino. Algunas veces había visto en sus ojos el brillo del deseo, pero supuso que él no se lanzaba porque ella tenía novio. Bueno, ahora no lo hacía porque imaginó que el fisioterapeuta quería darla tiempo a llorar su ruptura con Saúl y que su corazón sanase.

Recordó todas las frases que Elena le había dicho en esos días sobre que «Un clavo, saca otro clavo», «A rey muerto, rey puesto» y algunas más similares. Se volvió para mirar a Rubén, que la observaba desde la puerta de la habitación, y pensó «¿Por qué no?».

Caminó hasta donde estaba su vecino y cerró la puerta de la habitación.

Rubén permaneció expectante, aunque intuyó, por la mirada llena de deseo, lo que ella pretendía. Sin embargo, no se movió, dándole tiempo a retroceder en caso de que se arrepintiera de lo que había pasado por su mente.

Natalia se acercó más a él y puso las manos sobre su camiseta. Observó cómo los brazos y el torso se ceñían a esta. Recorrió con lentitud el abdomen de Rubén y comprobó que sus músculos se contraían bajo su contacto. Cuando llegó al borde de la prenda, tiró hacia arriba de ella y se la pasó al joven rubio por la cabeza. Mientras él se dejaba hacer, Natalia sintió sus pechos contra el duro torso del vecino. Le gustó la sensación de hambre sexual que la invadió en aquel momento y se dijo que no pensaba privarse de ese cuerpo masculino.

Tiró la camiseta a un lado y recorrió con posesivos dedos los tatuajes que él tenía en los brazos.

—Me encantan tus dibujos —susurró ella—. Me... excitan. —Le miró a los ojos intensamente mientras no dejaba de deslizar sus manos por ellos. Se inclinó un poco para rozar con los labios la fisonomía de Rubén. El vello de su pecho le hizo cosquillas en la nariz, pero no le importó.

Él permanecía inmóvil, esperando que Natalia recuperase la cordura y saliese huyendo. Su fuerza de voluntad estaba resquebrajándose. No sabía si aguantaría mucho más.

Como ella seguía ensimismada repartiendo delicados besos por su cuerpo, no tuvo más remedio que decir algo para salir de dudas.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó Rubén notando cómo las caricias de sus labios le abrasaban la piel—. No me gustaría que mañana te arrepintieras de esto.

Natalia se detuvo, dudando de lo que estaba haciendo al oírle a él. Alzó sus ojos para mirar a Rubén a los suyos y, pasados unos segundos que al burgalés se le hicieron eternos, abrió la boca para contestar.

40

—Estoy segura de que quiero sentirme deseada entre tus brazos —afirmó Natalia, convencida de lo que decía—. Estoy segura de que quiero que me hagas el amor. —Buscó la boca de Rubén y rozó con sus labios los de él—. Y estoy muy segura de que mañana no me arrepentiré de esto. No me rechaces, por favor.

—Estaría loco si te rechazara. No sabes lo mucho que te deseo, Natalia.

Rubén fusionó su boca con la de ella en un beso lento, destinado a saborearla con paciencia. Natalia disfrutó de ese beso sin apresurarse, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo.

Poco a poco, Rubén fue desnudándola. Según la piel de Natalia quedaba libre de ropa, él se detenía a besarla y aspirar su olor.

La sensación de los labios de Rubén rozándola y la punta de la lengua lamiéndola suavemente hizo que todas las neuronas de Natalia se esfumasen. Las caricias de Rubén le abrasaban la piel y consiguieron que los pensamientos coherentes de ella quedasen reducidos a cenizas.

Cuando la tuvo completamente desnuda, Rubén se quitó, en un abrir y cerrar de ojos, la ropa que a él le quedaba. Cogió a Natalia en brazos y caminó con ella hasta la cama, donde la depositó con sumo cuidado.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —murmuró él con la nariz enterrada en el pelo de Natalia.

Ese sincero comentario hizo que a ella el ego le subiera varios puntos.

—Gracias. No te imaginas cuánto necesito oír este tipo de cosas ahora mismo.

Ella sonrió contra el hombro de Rubén y le dio un fugaz beso en él.

—Soy muy cariñoso. Ya lo irás comprobando —afirmó él antes de apoderarse de la boca de Natalia de nuevo.

Natalia le sentía encima de ella, caliente y duro, pero notó que él no la aplastaba con su cuerpo. Rubén había tenido el detalle de apoyarse sobre los codos para que ella no sintiera su peso y estuviera cómoda. Aquella posición hacía que la entrepierna del joven quedase unida a los pliegues íntimos de ella, donde Natalia notó su erección.

Abrió un poco más las piernas para que él se acomodara mejor y con las manos descendió hasta su trasero, dejando un rastro de fuego en la piel de Rubén. Movi6 su pelvis para frotarse contra 6l y del pecho masculino brot6 un gru6ido de excitaci6n, que hizo que el coraz6n de Natalia latiera en una mezcla perfecta de lujuria y ansiedad.

—Si te sigues moviendo as6, no podr6 contener mis instintos mucho tiempo y echar6 por tierra mi fama de tierno y cari6oso —susurr6 Rub6n—. Sacar6s a la bestia que habita en m6.

—Quiero ver a esa bestia. —Le tent6 ella con los ojos brillantes, como si albergasen mil luces en su interior.

Rub6n la mir6 intensamente y una provocadora sonrisa naci6 en sus labios. Alarg6 la mano y abri6 el primer caj6n de la mesita, de donde sac6 un paquetito met6lico. Lo rasg6 con los dientes mientras se arrodillaba entre las piernas de Natalia.

El pecho de ella sub6 y bajaba con rapidez, esperando a que 6l terminase de colocarse el preservativo.

Cuando se cerni6 de nuevo sobre el cuerpo femenino, gui6 con una mano su miembro hasta la entrada de Natalia. Coloc6 la punta en la h6meda abertura y comenz6 a enterrarse lentamente en ella. Sent6 c6mo el calor del sexo de su vecina le abrasaba cada cent6metro de su larga verga y decidi6 ir despacio para recrearse en esa placentera sensaci6n.

Natalia notaba c6mo 6l se hund6a en ella con parsimonia, disfrutando del momento. Le agarr6 de la nuca y tir6 de 6l hacia abajo para reclamar su boca con un profundo beso.

—Puedes ir m6s r6pido —gimi6 ella contra los labios del fisioterapeuta.

—Ya lo s6. Pero no quiero hacerlo. He so6ado tanto con este momento, aqu6 contigo, que no quiero apresurarme y dejarme algo por el camino sin disfrutar.

—Me hab6as prometido que ibas a sacar a tu bestia —se quej6 ella con un moh6n que a Rub6n se le antoj6 muy tierno.

—La bestia sale a partir de las doce. —Rub6n le sonri6 juguet6n—. Si te quedas esta madrugada, la ver6s aparecer.

En ese momento, el joven la colm6 y Natalia exhal6 un suspiro de satisfacci6n.

—¡Por fin! —exclam6 ella contenta, notando la multitud de sensaciones

que recorrían su cuerpo al saberse unida al de él.

Rubén comenzó a entrar y salir del sexo de Natalia. Cuando volvía a estar enterrado hasta la empuñadura, movía las caderas pegado a ella para rozarle así el clítoris y darle toda la estimulación que esa sensible parte requería.

El inconfundible aroma del sexo empezó a extenderse por la habitación y se coló por las fosas nasales de ambos, aniquilando su sentido común. La piel de uno era calentada por la de otro y ambos se empapaban de la ola de sensualidad creada a su alrededor.

El acto íntimo que estaban disfrutando y el placer que sentían hicieron que la euforia del orgasmo se apoderase de sus gargantas. Rubén gritó al alcanzar el clímax, pero Natalia se mordió los labios para silenciar su goce, tan acostumbrada estaba a ello.

Él, al darse cuenta de que ella se reprimía, la alentó a dejar salir su voz.

—Vamos, Natalia, quiero oírte gritar. Será la señal de que lo has disfrutado tanto como yo —dijo jadeando sin dejar de moverse sobre ella, excitando aún más su botón mágico.

—Santi puede escucharnos y...

—No te preocupes por él. Duerme como un tronco y no se va a enterar de nada —la calmó Rubén.

Con un rápido giro, Rubén cambió sus posiciones en la cama, quedando él tumbado y con Natalia encima, cabalgándole como una experta amazona. Llevó su mano hacia el clítoris de ella para no dejar de estimularlo y por fin consiguió lo que quería.

Natalia exhaló un largo gemido, arrastrada por las olas de placer que la estaban recorriendo.

Con la cabeza echada hacia atrás, las uñas clavadas en el torso masculino y el contoneo de sus caderas en busca de su propio placer, a Rubén le resultó la imagen más erótica que había visto en su vida. Supo que nunca podría olvidar aquella intimidad compartida con Natalia y deseó que esa noche fuera la primera de muchas en la que lo harían.

Natalia cayó desmadejada sobre el pecho del joven rubio, respirando entrecortadamente. Él la abrazó con ternura y rodó sus cuerpos unidos todavía hacia un lado de la cama. Cuando salió de ella, se quitó el preservativo y, tras hacerle un nudo, lo dejó en el suelo. Volvió a abrazarla y le dio un beso en la

frente.

Ella recorrió con sus ojos todo el rostro de Rubén pensando en lo bien que se había sentido entre sus brazos y lo delicadamente que le había hecho el amor. Era tan distinto de Saúl... Con su jefe solo era sexo, se dio cuenta en ese momento. No había ternura ni cariño como había habido con Rubén. La pasión que su vecino le había mostrado llegaba hasta el corazón de Natalia inundándolo y la hacía ver que no estaban reñidas una cosa con la otra.

El sonido del reloj que Rubén llevaba en la muñeca les informó de la hora que era.

—Las doce —dijo él mirándolo un momento.

—Hora de sacar a la bestia —sonrió ella pícara.

—Primero me tengo que recuperar un poco, cielo —se rio Rubén—, que yo no soy un *empotrador* ni un *rompebragas* de esos que os gustan a las chicas. Solo soy un hombre normal.

—Un hombre normal con una bestia escondida y unos ojos verdes preciosos —le piropeó Natalia.

—Pues que sepas que esta bestia solo saldrá cuando esté contigo y que estos bonitos ojos verdes solo te ven a ti —dijo clavando su mirada en la de ella.

Natalia le contemplaba sonriente, con sus mejillas ruborizadas todavía por el acto que acababan de compartir. Su respiración acompasándose a la de Rubén.

Él inspiró profundamente y añadió:

—Sé que es demasiado pronto para proponerte algo así, pero quiero que estemos juntos de una manera seria. No me gusta ir de flor en flor y te juro que no te haré promesas que no pueda cumplir. Velaré por tus sueños cuando duermas y, al despertar, te ayudaré a alcanzarlos. Seré tu compañero, tu amigo, tu confidente. Dame la oportunidad de demostrarte qué es el amor, porque el que has tenido con tu ex no era amor de verdad. Era amor de garrafón. Yo solo te pediré tres cosas: olvídate de que parezco un perroflauta, porque no lo soy. Solo soy un chico normal y corriente. Me gustaría que llegaras a quererme por lo que represente en tu vida, por lo que pueda significar para ti.

Permaneció un momento en silencio, mientras Natalia asimilaba todo lo que le había dicho. Rubén tenía razón al decir que era demasiado pronto para empezar una relación amorosa con él, pero ella ya estaba cansada de esconderse y de sufrir. Quería salir con un chico normal, que no tuviera otra pareja, con el

que poder ir a cenar y al cine, con el que no tuviese el tiempo contado y saliese corriendo al acabar de hacer el amor para volver a su vida, una vida en la que ella no estaba incluida.

—De acuerdo. ¿Cuál es la otra condición? —preguntó Natalia—. Has dicho que serían tres cosas, pero solo has comentado dos.

Rubén la miró intensamente antes de responder.

—Quiero fidelidad absoluta. No te voy a compartir con nadie ni ahora ni nunca. Así que si no estás dispuesta a dármela o tienes dudas de si comenzar conmigo una relación en este momento, dímelo ahora —le exigió.

Natalia pensó su respuesta unos segundos que a Rubén se le hicieron eternos.

—Yo también quiero fidelidad. Quiero saber al cien por cien que soy la única en tu vida.

—Prometido —dijo Rubén.

—Prometido —contestó ella.

Se besaron para sellar aquel pacto de amor y volvieron a unir sus cuerpos en una danza sensual que buscaba de nuevo su placer.

—Ya son más de las doce —susurró Natalia con la respiración alterada y el pulso cardíaco a mil mientras Rubén la penetraba otra vez—. ¿Dónde está la bestia?

—Aquí, corazón, ya viene y te va a comer entera.

Natalia rio y, mientras su risa sonaba en los oídos de Rubén, él le mostró lo mucho que podía complacerla.

41

Cuando Natalia se despertó, comenzaba a amanecer. Enredada en las sábanas de Rubén, pegada a su cuerpo, sintiéndose tremendamente feliz, le contempló unos instantes en la penumbra de la habitación. El corto cabello rubio y rizado, la barba cuidada, los pendientes de aro, uno en cada oreja. Con los brazos tatuados él la ceñía a su cuerpo, como si no quisiera dejarla ir nunca. Ella, en ese momento, sintió que jamás le abandonaría. Quería estar siempre así. Con él a su lado, llenándola de dicha. Se preguntó en qué momento se había enamorado de ese chico, si es que lo estaba, y no supo contestar. Pero iba a intentar con todas sus fuerzas que aquello saliera bien. Ya estaba cansada de tanta incertidumbre y sufrimiento con Saúl. Ahora era el momento de disfrutar de una relación sana y sincera con Rubén.

Tenía miedo de despertarle y perderse el espectáculo que suponía Rubén dormido, desnudo y con todos los músculos más definidos que en una clase de anatomía. Pero unas ganas locas de volver a hacer el amor con él, de acariciarle hasta el último rincón de su cuerpo, de unir sus bocas de nuevo reclamándose la una a la otra se apoderaron de Natalia.

Con lentitud comenzó a deslizar sus dedos por el pecho masculino, empapándose de su calor y de la suavidad del poco vello que lo recubría. Con los ojos iba memorizando cada rincón de él, hasta llegar a su miembro, que descansaba sobre uno de los fuertes muslos del joven. Lo agarró con la intención de darle vida y despertar de nuevo a «la bestia».

—Si sigues tocándome así, una gran cantidad de pasión te salpicará en el lugar menos indicado —oyó decir a Rubén, con una sonrisa en la voz.

Natalia alzó sus ojos para encontrarse con los verdes de él.

—Eso pretendo —soltó pícaro, notando cómo la erección de Rubén crecía en su mano rápidamente—. ¿Quizá tu pasión me salpicará el estómago? —preguntó juguetona.

Rubén se rio y le revolvió el pelo cariñosamente. Después la besó en la frente y fue bajando despacio por su nariz, hasta acabar en los labios de ella.

—En lugar de que te salpique mi pasión en el estómago —susurró él entre besos— preferiría darte los buenos días haciéndote el amor. Pero estoy abierto a

toda clase de sugerencias.

—Pues yo tengo unas cuantas que hacerte —ronroneó Natalia melosa, perdiéndose bajo las sábanas.

Media hora después, sonó el despertador de Rubén. Tras apagarlo, permaneció unos minutos todavía con el cuerpo de Natalia pegado al suyo, negándose a separarse de ella. Pero la rutina de tener que ir al trabajo se imponía y, lamentándolo los dos, tuvieron que levantarse de la cama.

—¿Quieres darte una ducha... conmigo? —preguntó él.

—No. Prefiero ducharme en casa.

—¿Y desayunar conmigo?

—Tampoco. —Natalia sonrió con ternura, sabiendo que esas cosas significaban que Rubén quería pasar más tiempo con ella y comenzar así la relación que se habían prometido la noche pasada.

Ante la cara de decepción del joven, ella se apresuró a añadir:

—Pero podemos vernos todas las tardes y, cuando me quede a dormir los fines de semana aquí o tú en mi casa, podremos ducharnos y desayunar juntos.

Una bonita sonrisa se extendió por la cara de Rubén al escuchar tal promesa.

—Ojalá no me tuviera que ir a Burgos esta tarde. —Se lamentó acercándose a ella para abrazarla de nuevo. No aguantaba mucho sin tocarla, así que no sabía cómo iba a pasar el fin de semana sin hacerlo y sin verla tampoco. Menos mal que tenía el *selfie* que se había hecho con ella, pero una foto no podía suplir el tacto de la piel de Natalia, ni lo que Rubén sentía al tocarla o cuando lo hacía ella. De repente, se le ocurrió una idea—: Cielo, ¿y si te vienes conmigo a Burgos estos dos días?

—¿No crees que es demasiado pronto para que me presentes a tu familia? —preguntó ella. Aunque la idea no le desagradaba, debía reconocer que todo iba muy deprisa y prefería tomarse su tiempo con Rubén—. A lo mejor la próxima vez que vayas, puedo acompañarte —añadió al ver un atisbo de tristeza reflejado en los iris verdes de su nuevo novio—. Para entonces, llevaríamos más tiempo juntos y no sería tan precipitado como ahora. Este fin de semana puedes aprovechar, si quieres, para contarles que estás empezando a salir con alguien y así vas allanando el terreno para cuando tenga que ir a conocerles.

—Entonces, ¿estamos saliendo en serio? —bromeó él—. ¿Puedo decir que

eres mi novia oficial?

Natalia se rio.

—Tonto... —dijo dándole un manotazo cariñoso—. Yo creo que sí, ¿no?

Rubén sopesó las palabras de Natalia unos instantes. Después, asintió con la cabeza dándolas por buenas.

—Te voy a echar de menos, corazón —murmuró él, abrazándola más fuerte contra su pecho.

—Yo también.

—Prometo llamarte en el tiempo que esté fuera de Madrid.

—Esperaré esa llamada con ansia.

Natalia alzó la cabeza y buscó la boca de Rubén para fundirse en un beso de despedida. Ya no podía demorar más el tiempo allí con él. Los dos tenían que regresar a sus rutinas diarias.

Con pesar, Rubén se distanció de ella para meterse en la ducha. Natalia observó la rasta que le llegaba hasta media espalda y de la que se había olvidado por completo. Ya no le parecía tan asquerosa, se dio cuenta de pronto. En realidad, aquel era un detalle más de la persona con la que estaba ahora y debía aceptarle tal y como era, igual que Rubén hacía con ella.

Rubén se duchó, arrepintiéndose en todo momento de borrar con el agua y el jabón las huellas que el cuerpo, los besos y las caricias de Natalia habían dejado en el suyo. Pero se dijo, para animarse, que tendría muchas más oportunidades de volver a marcarse como propiedad privada de Natalia.

Para cuando él salió del baño, ella ya estaba vestida y le esperaba sentada en una esquina de la cama ya hecha.

—No tenías por qué hacer la cama —la riñó Rubén con cariño—. No eres mi criada.

Natalia se levantó y caminó hasta donde él estaba.

—Es una manía que tengo desde pequeña. Soy incapaz de irme de la habitación y dejar la cama deshecha.

Se alzó sobre las puntas de sus pies y le robó un beso a Rubén.

—Y ahora me voy a mi casa, no vaya a ser que Elena se preocupe al ver que no estoy y llame a la Policía para denunciar mi desaparición.

Cuando Natalia entró en su chalet, Elena ya desayunaba en la cocina. Su amiga supo enseguida, por la cara que traía ella, lo que había pasado en casa del

vecino durante la noche. Aun así, Natalia se lo contó, pues estaba tan feliz que necesitaba expresarlo.

42

Natalia entró en el aseo femenino de la oficina antes de irse a comer con Elena, Carla y Amanda. Se encerró en uno de los cubículos para satisfacer las necesidades de su vejiga y, mientras estaba allí dentro, oyó cómo entraban en el baño de la oficina dos chicas hablando y riéndose.

—Cuando llegué a la habitación del hotel que él me dijo, prácticamente me arrancó la ropa.

Natalia reconoció la voz de su compañera Lorena. Debía estar contándole a la otra chica sus proezas sexuales con el novio de turno.

—Ese hombre es un animal salvaje —comentó la otra compañera, a quien reconoció como Miriam—. Ya te dije que si te liabas con él tendrías polvos así de buenos.

—Me encanta que me folle por detrás como si fuera un semental de pura raza embistiendo a su yegua —comentó Lorena con un toque de lascivia en la voz.

Se escuchó el ruido del grifo abierto y cómo las dos, o una de ellas al menos, se lavaba las manos. Natalia comenzó a subirse los pantalones que ese día llevaba y continuó prestando atención a la conversación de sus compañeras. Se alegraba de que Lorena, a pesar de que no le caía muy bien, tuviera una buena relación sexual con su novio, ligue o lo que fuera.

—¡Ay, sí! —suspiró Miriam—. A mí también me gusta cuando Saúl se pone en plan bestia.

Al oír el nombre de su ex amante, a Natalia se le cortó la respiración. ¿Habían dicho Saúl? ¿O lo habría entendido ella mal? ¿Estarían hablando de su jefe? ¿O sería de otro hombre que casualmente se llamaba igual?

—Es tan agresivo, tan violento, que me corro solo de pensar cómo de fuerte me va a follar —continuó Miriam hablando mientras Natalia, en su escondite, agudizaba el oído para no perderse detalle de la conversación, deseosa de salir de dudas sobre la identidad del hombre del que hablaban sus dos compañeras—. Me van las emociones fuertes, ¡qué le voy a hacer! —soltó, y las dos comenzaron a reírse a carcajadas.

—A mí me encanta cuando me dice eso de «ve a tu sitio y ponte como a mí

me gusta» —añadió Lorena.

Natalia, al escuchar esa frase que se sabía tan bien por la cantidad de veces que se lo habían ordenado, no tuvo dudas de quién estaban hablando las dos chicas.

Saúl.

Su Saúl. Su amante hasta hacia poco. Su jefe.

Cerró los ojos ante la decepción que la invadió y se aguantó las ganas de llorar mordiéndose los labios. No quería que las que estaban ahí fuera se dieran cuenta de que había escuchado todo. Así que se obligó a no emitir ningún sonido. Pero las lágrimas resbalaron por sus pómulos y notó cómo su corazón estallaba en mil pedazos, totalmente roto y deshecho.

Se sentó en la tapa bajada del váter y puso los pies sobre ella. Abrazándose las rodillas, hundió la cara entre ellas y continuó escuchando las confesiones de las otras dos, mientras rezaba porque se largasen rápido de allí.

La multitud de sentimientos que se agolpaban en su cuerpo la estaban volviendo loca. Tristeza, decepción, humillación, engaño, ira, rabia, frustración, desesperación...

Toda la felicidad que Rubén le había dado quedaba hecha añicos ante tal información. No debería sentirse así, después de lo sucedido con su vecino, pero la ruptura con Saúl aún estaba reciente y esas palabras que escuchaba la herían profundamente.

—¡Huy! Yo corro a ponerme sobre el escritorio de su despacho nada más que empieza a hablar —comentó Miriam con la voz ronca por la excitación—. Quiero que esté contento conmigo y no me deje como ha hecho con la tonta de Natalia.

—A Natalia la ha dejado porque no paraba de pedirle que se divorciase de Cecilia. Con nosotras tiene más suerte porque ni tú ni yo queremos nada serio con él. Solo sexo. Salvaje y bueno. Así que le conservaremos durante mucho tiempo.

Natalia se tapó las orejas. No quería escuchar nada más.

43

Natalia no supo cuánto tiempo estuvo allí, encogida sobre la tapa del váter y llorando en silencio. Lo siguiente que notó fue que Elena golpeaba con fuerza la puerta del cubículo en el que ella se había encerrado, instándola a salir. De lo contrario, la echaría abajo y entraría a buscarla.

Entre lágrimas de dolor y rabia, Natalia le contó la conversación que había escuchado a hurtadillas y sin pretenderlo. Elena maldijo a esas dos compañeras y a Saúl, acordándose de todos sus muertos.

—Hay que decírselo a Cecilia —soltó Elena llena de indignación y furia.

—¡No! —exclamó Natalia con miedo agarrándose a los brazos de su amiga—. Si lo hacemos, me despedirán. Y nadie querrá contratarme de nuevo. Saúl me lo advirtió.

—Pero Cecilia tiene que saber la clase de cabrón con el que está casada. No solo la ha engañado contigo, también con esas dos imbéciles.

Natalia negaba con la cabeza una y otra vez.

—No, Ele, no.

—Podríamos hacerlo de manera que Saúl no sepa que hemos sido nosotras —comentó Elena pensativa.

—Sospechará de mí de todas formas. Y no quiero arriesgarme a perder el trabajo. —Siguió negándose Natalia todavía con las lágrimas cayendo de sus ojos—. ¿Y si te despidiera a ti también? Además, si Saúl no me echa de aquí, bien podría hacerlo Cecilia cuando se entere de que he estado acostándome con su marido. —Tragó saliva a duras penas y añadió—: No quiero irme de aquí. Me gusta este trabajo. Carla, Amanda, tú...

—Si me despiden a mí, no me importa. Busco otro trabajo y punto. Y tú igual. Nosotras seguiríamos viviendo juntas y a Carla y Amanda podrías verlas el fin de semana.

Elena estaba frente a ella dentro del cubículo del aseo, en cuclillas. Levantó una mano y acarició el pelo de Natalia con dulzura.

—No, Elena. Es mejor dejar las cosas como están. No quiero tener problemas con nadie —dijo Natalia limpiándose con los dedos las lágrimas que salían de sus ojos—. Y tampoco que los tengas tú por mi culpa.

—Sabes que por ti me pego con quien sea.

En ese momento, Carla y Amanda entraron en el baño, sorprendiendo a las dos amigas así. Natalia y Elena se levantaron enseguida. La primera intentó disimular su estado de agitación y ansiedad. Pero no lo logró.

Ante la insistencia de sus dos compañeras, Elena tuvo que inventar una mentira que no lo era tanto.

—Natalia rompió el otro día con su novio y aún no lo ha superado.

—¿Estabas saliendo con un tío? —preguntó boquiabierta Amanda—. ¿Por qué no nos lo habías contado?

—Llevaban pocos meses y Natalia no quería decir nada hasta que la relación fuera más seria. A mí me pidió que no contase nada a nadie, porque quería daros la buena noticia ella misma. Pero ahora... —Elena dejó la frase en el aire y se encogió de hombros.

Carla y Amanda abrazaron a Natalia dándole todo su consuelo.

—¿Y no hay posibilidad de reconciliación? —quiso saber Carla.

—Acaba de enterarse de que ese gilipollas le ha puesto los cuernos —informó Elena alejándose unos pasos.

Todas salieron del pequeño espacio que ocupaban y tomaron posiciones en un corro alrededor de Natalia, frente a los espejos y los lavabos del aseo femenino.

—¡Ay, mi niña! ¡Pobrecita! —exclamó Carla apenada, achuchando más a Natalia.

—No... Si ya lo decía mi abuela —soltó Amanda sacándose un pañuelo desechable del bolsillo de su pantalón y limpiándole la cara a Natalia—, que los únicos hombres fieles son los fieles difuntos. No sé para qué coño me molesto en buscar uno.

—No todos son malos —intervino Carla rompiendo una lanza en favor del sexo masculino—. Yo conozco a unos cuantos que valen la pena. Un amigo de mi marido se acaba de divorciar y lo está pasando fatal el pobre. Ella le puso los cuernos durante más de un año con otro tío. Así que a veces las mujeres somos igual que ellos. Encima esa pelandrusca se ha quedado con la casa y ahora están peleando por la custodia de los niños.

Al oírla, Natalia rompió a llorar de nuevo. Esa historia era similar a la suya con Saúl y de nuevo pensó en el daño que le haría a Cecilia si llegaba a enterarse

del asunto. Y sus hijas...

¿Cómo había podido liarse con Saúl? ¿Por qué no pensó antes en las consecuencias? Ella había estado tan deslumbrada por un hombre como él... Guapo, fuerte, con un magnetismo increíble, que hacía que se sintiera atraída por Saúl como si fuera un imán. Y el sexo. Era espectacular. Aunque últimamente se estaba cansando de sentirse «como una yegua a la que está montando un caballo», recordó las palabras de Lorena unos minutos antes. Y más después de haber estado con Rubén, que la había tratado con tanto mimo y dulzura...

—¡Ay, mi niña, no llores más! —suplicó Carla, abrazándola más fuerte.

—Toda la culpa la tienen los cuentos de hadas que nos contaban de pequeñas —intervino Elena en ese momento, apoyada con la cadera en la bancada de mármol de los lavabos—, porque si nos hubieran dicho cómo son realmente los hombres, muchas no andarían por ahí buscando a su príncipe azul. Casarse es un crimen, chicas, por eso piden testigos.

—El matrimonio no es tan malo —la riñó Carla con una mirada molesta—. Solo tienes que encontrar a la persona adecuada para ti.

—Dices eso porque tú has tenido suerte y lo encontraste a la primera, pero mira tu amigo, ese que nos has contado —intervino Amanda—. Y la cantidad de hombres y mujeres que pasan por ese tipo de cosas o peores. ¡Joder! A veces me gustaría meterme monja —sacudió la cabeza negando—, pero luego recuerdo que me encanta la juerga y se me pasa.

Ese comentario hizo sonreír a Natalia, a pesar de las lágrimas que caían de sus ojos y su corazón desolado por lo que había descubierto. Saúl no solo le era infiel a Cecilia, también se lo había sido a ella misma con Lorena y Miriam.

Amanda, al ver que había conseguido aligerar un poco la tensión del ambiente, continuó diciendo tonterías para lograr disiparla del todo.

—Ahora lo que tienes que hacer es olvidarle, pero no uses a otro para ello. Usa por lo menos a dos o tres.

—Yo no quiero dos o tres —comentó Natalia limpiándose las lágrimas y los mocos con el pañuelo que le había dado antes su amiga. Recordó la promesa de fidelidad que se habían hecho Rubén y ella—. Con tener uno que me sea fiel, me vale.

—Pues es lo que debes hacer —insistió Amanda bajo la atenta mirada de Elena y Carla, que estaban expectantes por ver qué nueva chorrada salía de la

boca de su graciosa amiga—. Mira, hay cinco reglas que debes cumplir para ser feliz, Natalia. Primera: es importante tener a un hombre que le guste estar contigo. Segunda —Levantó otro dedo para ir marcando las opciones—: tener a un hombre que te haga reír. Tercera: tener a un hombre que no te mienta. —Alzó otro dedo más—. Cuarta: también es importante tener a un hombre que sea bueno en la cama, y quinta: es muy, muy, muy importante que ninguno de estos hombres se conozcan.

—¡Cómo te pasas, Amanda! —exclamó Carla entre risas, a las que se unieron Elena y Natalia, que, a pesar del llanto, soltó una carcajada.

Estar con sus amigas era la mejor terapia para quitarse las penas de encima.

—¡Es verdad! —Se defendió la otra—. ¿Para qué tener solo un amor? Mejor tener dos o tres y si uno se enfada, te vas con el otro o con el siguiente, como hace Elena.

—¡Oye, a mí no me metas! Que yo no tengo dos o tres a la vez. Nunca le he sido infiel a nadie —declaró orgullosa.

—Eso es porque nunca has tenido una pareja estable —dijo Natalia.

—Porque yo no busco el príncipe azul, ya os lo he dicho antes. Me divierto con todos los que puedo y así de bien me va.

—Tía, eres mi ídolo. —Amanda abrió los brazos para ir al encuentro de Elena y abrazarla a ella—. De verdad, de mayor quiero ser como tú, porque esto de ser un ángel tímido, puro e inocente entre tanta gente pecadora cansa demasiado. Por eso quiero que me lleves por el mal camino.

De nuevo, las cuatro amigas se echaron a reír.

—¿Tú eres un ángel puro, tímido e inocente? —preguntó Carla escéptica—. Aquí las únicas inocentes somos Natalia y yo. Vosotras dos sois unas pervertidas. Y sobre todo tú —señaló a Amanda con un dedo—, que estás más salida que el rabo de un cazo.

—Yo no estoy salida, lo que pasa es que el sexo es como el oxígeno —replicó Amanda con las manos en las caderas—, cuanto menos tienes, más lo necesitas. Y yo estoy muy, muy necesitada. Además, vosotras sabéis que apenas salgo de fiesta, no bebo, no fumo, me porto bien la mayoría de las veces... —Y levantando las manos hacia el cielo, exclamó—: ¡Si solo me falta tener alas y tocar el arpa!

—Ay, angelito, angelito... —Elena le pasó un brazo por los hombros a

Amanda sin dejar de reírse—. Está claro que aquí la única pecadora soy yo.

Natalia, que poco a poco y escuchando a sus amigas había dejado de llorar, se sonó nuevamente la nariz. Las miró con cariño y les agradeció todo su apoyo.

—Estoy orgullosa de que seáis mis amigas. Venid aquí —dijo abriendo los brazos para recibirlas a todas y hacer piña—. Os quiero, chicas.

44

Rubén acudió al Centro de Educación Especial donde trabajaba eufórico. La noche pasada con Natalia había sido magnífica. Cuando quedaron para cenar y leer el reportaje, jamás imaginó que acabaría la noche así, con ella enredada en sus sábanas y su delicado cuerpo pegado al suyo. Pero no había sido simplemente una noche de sexo, como podía haber tenido con cualquier chica. Había sido mucho más. Se había comprometido con ella, habían iniciado una relación seria. Algo que creyó que jamás volvería a pasar después de lo de Celia.

Cuando ocurrió aquello con su ex, se prometió a sí mismo que no volvería a estar con una diva. Sin embargo, había caído como un loco enamorado a los pies de Natalia. Ella era diferente de Celia. Lo presentía. Estaba convencido de que todo iba a ir bien entre ellos, que Natalia no le haría lo mismo que Celia, pues Nat sabía lo mucho que se sufría con el engaño, la infidelidad y las mentiras de la persona que amas, y no le haría ninguna jugarreta como se la hizo su ex.

Se preparó para trabajar con Hugo los ejercicios matinales y, mientras el pequeño se esforzaba al máximo, él soñaba con Natalia de nuevo entre sus brazos.

—¿Lo esttttoy hacciendo bien? —preguntó el pequeño al ver a Rubén ensimismado.

—Claro, campeón, lo estás haciendo genial.

—Otttrros días me lo dicces todo el tiempo y hoy no —se quejó Hugo, que, gracias a la labor del logopeda y a su esfuerzo, iba pronunciando mejor.

—Perdóname, es que esta mañana ando un poco despistado —sonrió con cariño—, pero lo estás haciendo fenomenal.

—¿Por qué estás dessspisstadooo? —quiso saber el niño tumbado en la camilla mientras Rubén trabajaba con sus extremidades.

El fisioterapeuta amplió su sonrisa. «Porque una diosa de ojos verdes me ha robado el corazón, haciéndome el hombre más feliz de la Tierra al corresponderme», pensó en decirle al pequeño.

—Estaba pensando en mi novia —confesó, sin embargo.

«Novia. Sienta bien decirlo otra vez. Mi novia», reflexionó Rubén.

—¿Qué es unna noviia?

—Una novia es una persona a la que quieres mucho, con la que compartes aficiones, gustos. Es alguien a quien echas de menos cuando no estás con ella y de tus ojos salen corazones cuando la ves.

—¿Tetetete salen corazones dedede los ojos? —preguntó Hugo incrédulo.

Rubén soltó una carcajada. El niño se lo había tomado de una manera literal.

—No, no me salen corazones de los ojos. Es una forma de hablar. Quiero decir que, cuando la ves, cuando estás con ella, nada más importa. Sientes que el tiempo que pasas con tu novia es demasiado poco y no te quieres separar de ella para no dejar de verla.

—¿Y cócócómo se llama tu noviia?

—Se llama Natalia. ¿A que es un nombre precioso? Natalia —repitió Rubén soñador—. Igual de bonito que ella.

La logopeda del centro entró en la sala buscando a Hugo, pues ya era la hora de su terapia, cortando la conversación entre el fisioterapeuta y el niño. Tras despedirse con un afectuoso abrazo y un beso, como hacía Rubén siempre con todos sus niños, se dirigió hacia Mario, que en su silla de ruedas le esperaba para hacer sus ejercicios matinales.

La jornada laboral se le pasó volando y cuando salió de trabajar aprovechó para llamar a Natalia. Necesitaba oír su voz unos segundos, antes de emprender su viaje a Burgos.

—Hola, cielo —saludó Rubén—. ¿Cómo estás pasando el día?

—¡Hola! —exclamó Natalia sorprendida, pues no esperaba que él la llamase tan pronto—. Todavía no estás en Burgos, ¿verdad?

—No, acabo de salir del colegio. Tengo que ir a casa para recoger a Santi, que se viene conmigo para ver a su familia también —explicó él—. Me apetecía escuchar tu voz y por eso he llamado. Saldré hacia Burgos sobre las cuatro y media.

—Ten cuidado en la carretera —le pidió ella con dulzura—. Quiero que vuelvas sano y salvo.

—Tranquila. No soy ningún loco al volante —contestó Rubén, sintiéndose feliz porque ella se preocupara por él—. ¿Cómo llevas el día?

Natalia pensó unos instantes. «Todo iba bien hasta que me he enterado de lo de Saúl en el baño», se entristeció al recordarlo.

—Regular. Mucho trabajo.

Rubén notó la tristeza en su voz y deseó poder hacer algo para alegrarla el día.

—¡Anímate, corazón! Solo te quedan dos horas para salir de la oficina y luego vas a poder descansar todo el fin de semana. Verás cómo se te pasa rápido el tiempo hasta que termines a las seis.

—Eso espero —murmuró Natalia un poco abatida por los acontecimientos del día. Además, Rubén se marchaba y no iba a poder refugiarse en sus brazos en busca de consuelo.

En ese momento, la línea interna del teléfono de la oficina sonó. Ella supo de inmediato quién la llamaba. Su corazón se alteró. ¿Qué demonios querría ahora Saúl? Esperaba que no le pidiera otra vez que volviesen juntos. No tenía ganas de discutir con él, aunque, por otro lado, deseaba echarle en cara su infidelidad con Lorena y Miriam.

—Tengo que colgar, Rubén. Me están llamando al fijo —dijo con pena por tener que dejar de hablar con él y por lo que se avecinaba con esa otra llamada.

—Claro, no quería molestarte. Estás trabajando y... —se disculpó él.

—Tú nunca molestas.

—¿No? ¿Ni siquiera cuando pongo a Melendi a tope?

—Bueno, en esos momentos igual un poquito sí.

Rubén notó la sonrisa en la voz de Natalia y se sintió orgulloso de ser él quien pudiera conseguir que ella lo hiciera.

El teléfono de la oficina sonaba insistentemente y Natalia se apresuró a despedirse de Rubén.

—Pásalo bien con tu familia, y buen viaje.

—Gracias. Si vas a ver a tus padres, dales recuerdos de mi parte. Te llamaré cuando haya llegado para que estés tranquila —prometió él.

—De acuerdo.

—Un beso, corazón.

—Otro para ti —se despidió ella con pena.

45

Nada más colgar el teléfono, Rubén se dirigió hacia la floristería que había frente al Centro de Educación Especial. Mientras esperaba a que la dependienta le atendiera, buscó en Google la dirección de la revista *Zero*. Después escogió un bonito ramo con flores de varios colores y le dijo a la chica dónde debían entregarlas.

—Que lleguen antes de las seis, por favor. Mi novia termina de trabajar a esa hora y no me gustaría que ella se marchase a casa sin las flores.

—No se preocupe. En una hora las tendrá su novia —prometió la empleada.

Rubén le dio las gracias, pagó el ramo y salió contento de la floristería. Esperaba que a Natalia le gustasen, que le alegrasen el día y que durante el fin de semana le recordasen a él cada vez que las viera.

Natalia se levantó de la silla.

—Voy a ver qué quiere Saúl —le dijo a Elena.

—Espero que te diga que se va a ir a un bosque a perderse y que no le vamos a ver más —murmuró su amiga lo más bajo que pudo para que no la oyese nadie, solo Natalia.

—No creo que tenga tanta suerte —bufó ella.

Caminó sin ganas hasta el despacho de Saúl y tocó con los nudillos en la puerta antes de abrirla. Cuando entró, él la esperaba sentado tras su escritorio.

—¿Me has llamado? —preguntó. Aunque no hacía falta, pues bien sabían los dos que había sido él quien llamaba.

—Pasa y cierra la puerta. —Natalia obedeció—. ¿Por qué no me has cogido el teléfono? —quiso saber molesto.

—Estaba ocupada y no he podido.

A Natalia le dieron ganas de soltarle que había estado hablando con su novio por el móvil, pero no quería mezclar a Rubén con Saúl. Que el nombre del fisioterapeuta apareciera junto al de su ex amante en la misma frase le parecía un sacrilegio.

Su jefe se levantó del asiento de cuero negro y caminó hasta ella

deliberadamente lento. Natalia se pegó más a la puerta en un intento de alejarse de él lo máximo posible. No estaba segura de que su fuerza de voluntad resistiese si Saúl la tocaba.

Cuando él llegó a su lado, levantó una mano para acariciarle el cuello despacio. A Natalia la respiración se le alteró y el pulso comenzó a latir frenético en sus sienes.

—¿Has pensado ya en lo que te dije? —La mano de Saúl descendió hasta el pecho de ella y atrapó un seno por encima de la camisa—. Sobre volver juntos.

Las caricias de Saúl le quemaban la piel. Sintió el impulso de abalanzarse sobre él y devorarlo a besos. Pero se contuvo. Ahora estaba con Rubén y, aunque no había olvidado a Saúl, aunque todavía sentía algo por ese hombre, le había hecho una promesa al fisioterapeuta que no pensaba romper.

Además, hacía solo un par de horas que se había enterado de lo suyo con sus dos compañeras y estaba muy decepcionada con él por esto.

—No hay nada que pensar —dijo ella—. No volveré contigo.

Saúl apretó el pecho que tenía en su mano al oírla.

—Me haces daño. ¡Suéltame! —exigió Natalia, agarrándole de la mano para deshacerse de él.

—Más daño te voy a hacer si no vuelves conmigo —le advirtió Saúl.

—Ya tienes a Lorena y a Miriam. ¿Para qué me quieres a mí también?

Ante esa declaración, Saúl cerró los ojos y apretó los dientes enfadado.

—¿Cómo te has enterado?

—Suéltame o gritaré tan alto que me oirán hasta en el vestíbulo del edificio.

Saúl la miró con furia contenida un momento antes de dejarla libre.

—¿Quién de las dos te lo ha dicho? ¿Y desde cuándo lo sabes? —preguntó él, colocando las manos en la puerta, a ambos lados de la cara de Natalia.

—Las he oído hablar en el aseo antes de la comida. Estaban comentado las dos lo bien que se lo pasan contigo —soltó ella con rabia, sintiéndose ultrajada por su infidelidad.

—Esas malditas zorras —siseó Saúl moviendo la cabeza, como si estuviera negando lo que Natalia había escuchado.

Con un gesto hastiado se separó de ella y Natalia respiró tranquila al no tenerle ya tan cerca.

—Les dije que tuvieran la boca cerrada.

Natalia vio cómo él apretaba los puños con fuerza, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Saúl comenzó a pasear por el despacho igual que un animal enjaulado.

—¿Había alguien más? —preguntó.

—Creo que no, pero no estoy segura —dudó ella.

—¡Maldita sea! —masculló Saúl entre dientes. Detuvo su andar y se volvió hacia Natalia—. ¿Le has contado a alguien lo que has oído? Porque si lo has hecho...

—¡No! —se apresuró ella a negarlo, cortándole—, no, no se lo he dicho a nadie. Te lo prometo.

Saúl la miró intensamente unos segundos.

—Está bien. Márchate —le ordenó.

Natalia se dio la vuelta, aliviada porque el encuentro con él hubiese terminado. Estaba a punto de abrir la puerta cuando le oyó decir:

—Te doy todo el fin de semana para que recapacites sobre tu negativa a volver conmigo. El lunes quiero una respuesta. Y más vale que sea afirmativa. De lo contrario... —dejó la frase en el aire unos segundos para después añadir—
...te despediré.

46

—No sé qué voy a hacer —se lamentó Natalia, en el coche con Elena, regresando a casa después de terminada la jornada laboral en *Zero*.

Tuvo que esperar hasta que salieron de la oficina para poder contarle a su amiga la conversación con Saúl.

—Si vuelvo a acostarme con él, estaré siéndole infiel a Rubén, y no quiero que eso ocurra —añadió mirando el bonito ramo de flores que había recibido de su novio, a través de un mensajero, media hora antes de abandonar la oficina—. Le prometí a Rubén fidelidad absoluta. No puedo ni quiero romper mi promesa.

Se echó a llorar otra vez, presa de la angustia y el desasosiego que le producía la situación en la que estaba.

—¡Maldito cabrón! —soltó Elena enfadada, deseando una muerte lenta para su jefe por todo el daño que le estaba haciendo a su mejor amiga—. Lo que te está haciendo se llama acoso laboral. Tienes que denunciarle —la aconsejó por tercera vez desde que Natalia se lo había contado.

—Si le denuncio, saldrá a la luz mi aventura con él y Cecilia me despedirá —dijo Natalia entre lágrimas—. De cualquier manera, acabaré en la calle.

—¡Joder! ¡Qué asco de vida! —maldijo Elena, impotente.

Natalia sacó un pañuelo de papel de su bolso y se limpió con él. Contempló por la ventanilla del coche la ciudad, que discurría ante sus ojos velozmente. Inspiró hondo y expiró varias veces intentando calmarse.

Cuando estaban llegando a Leganés, ya se sentía algo más tranquila, pero no dejaba de darle vueltas a todo el asunto. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a salir de aquella situación?

Se bajó del coche, una vez aparcado frente al chalet, y miró un instante el del vecino. Ojalá Rubén estuviera allí para refugiarse en el calor de sus brazos y llorar su pena sobre su fuerte pecho. Pero no estaba.

—¿Le vas a contar algo de todo esto? —preguntó Elena al ver su mirada fija en la casa del fisioterapeuta.

—No lo sé —suspiró Natalia, abatida—. No sé si será buena idea que él lo sepa. Y aunque lo supiera, ¿qué iba a hacer Rubén? No puede ayudarme con esto.

—Tienes razón.

Entraron en la casa y Natalia se dirigió al salón para coger un florero, llenarlo de agua en la cocina y depositar las flores en él. Con la tarjeta en la mano, donde Rubén había escrito: «Espero que estas flores alegren tu día. El mío lo ha alegrado escuchar tu voz a través del teléfono. Besos, Rubén», Natalia recordó el momento en que la recepcionista se acercó a ella para decirle que un mensajero acababa de dejar ese ramo para ella.

Amanda, Carla y Elena hicieron corro a su alrededor en cuanto se marchó la chica de recepción.

—¿Son de tu ex? —preguntó Amanda—. Seguro que pensará que con unas cuantas flores puede recuperarte después de haberte sido infiel.

—No, no son de mi ex —contestó ella, leyendo la tarjeta. Una sonrisa nació en su boca y miró a Elena, que inmediatamente se imaginó quién se las había mandado.

—¿Entonces? —quiso saber Carla, dándole pie a que hablara.

—Es pronto para decíroslo, pero... —hizo una pausa creando expectación en sus compañeras— ...son de un chico con el que empecé a salir ayer.

Amanda y Carla abrieron tanto la boca por la sorpresa que Natalia creyó que la mandíbula se les desencajaría.

—¿Pero no acabas de romper con tu novio? —preguntó Amanda, anonadada.

—Con mi novio rompí hace unos días —explicó—. Este chico de las flores es mi vecino, Rubén. Al principio me caía mal porque parece un perroflauta y nos pasábamos el día discutiendo por tonterías. Resulta que, cuando fui al Centro Especial para hacer el reportaje sobre PCI, me lo encontré allí. Trabaja como fisioterapeuta ayudando a esos niños. Me di cuenta de la sensibilidad tan grande que tiene, de lo inteligente que es y el cariño con el que trata a esos pequeños me llegó al corazón. Empecé a verle con otros ojos y... Bueno, poco a poco mi mala opinión sobre él ha ido cambiando. Anoche me invitó a su casa a cenar para que yo le enseñara el artículo ya terminado. Le encantó, me felicitó por el buen trabajo, una cosa llevó a la otra...

—Sí, ya sabemos a dónde te llevó. A su cama —la interrumpió Amanda y todas se rieron—. Jolín, yo también quiero que me feliciten por mi trabajo con una cena y un polvo. Y si el tío está bueno, mejor que mejor. ¿Es guapo?

—Sí, es muy guapo —contestó Natalia con un suspiro soñador—. Esperad que saque el móvil. Tengo una foto con él.

Natalia se la enseñó y todas coincidieron en que Rubén era un chico muy atractivo.

—¿No tendrá un hermano, primo, amigo o algo para mí? —quiso saber Amanda.

—Tiene una hermana pequeña, pero no la conozco. —Miró a Elena y añadió—: Y tiene un amigo, que también es muy guapo, aunque tímido. Es el chico del que os ha hablado Ele en alguna ocasión.

—¡Hala, qué suerte! Me voy a ir a vivir con vosotras —dijo Amanda—. Como atraéis a los tíos buenos, a lo mejor alguno me toca a mí.

Todas se rieron.

—Espero que con este chico todo te vaya bien —le deseó Carla—. Aunque me parece que es un poco pronto para iniciar una relación con alguien. Acabas de romper con tu novio.

—Ya lo sé. Yo también creo que es algo precipitado, pero Rubén es tan distinto a... —estuvo a punto de decir Saúl, pero gracias a Dios se detuvo a tiempo— ...mi ex.

—Les va a ir fenomenal —intervino Elena, que había permanecido callada todo el tiempo escuchándolas—. Rubén es un buen chico. No la hará daño como el gilipollas de su ex.

—Pues me alegro un montón. Ojalá este sea el definitivo. —Volvió a desearle Carla.

El sonido del teléfono la sacó de sus recuerdos. Al mirar la pantalla vio que era Rubén. Descolgó y con la voz lo más alegre que pudo, dados los acontecimientos del día, habló con él varios minutos en los que le agradeció las flores y le preguntó qué tal el viaje.

47

Cuando Rubén colgó el teléfono, su hermana Alicia se acercó a él, saliendo de detrás de la barra del bar.

—Tienes una sonrisa más tonta en la cara... —le dijo—. ¿A qué se debe?

Rubén suspiró pensando en Natalia. Aunque ella le había dicho que las flores le habían alegrado mucho el día, notó en su voz un poso de tristeza. ¿Sería porque le echaba de menos? ¿O tan mal había ido el día en su trabajo? Recordó que ella le había comentado la noche anterior que su exnovio trataba de recuperarla. ¿Habría estado ese hombre molestándola?

—Se debe, pequeña, a que acabo de hablar con mi chica por teléfono —contestó él, sentado en un taburete al lado del mostrador.

—¿Tienes novia? —preguntó su hermana sorprendida, y sin dejarle responder, añadió—: ¿A qué esperabas para contárnoslo?

—He llegado aquí hace menos de una hora —se rio Rubén—, entre saludar a papá y mamá, a ti, a varios clientes del bar y algunos de mis amigos, casi no he tenido tiempo de nada.

—Pero sí has tenido tiempo para llamar a tu novia —señaló con retintín Alicia.

—Le prometí que lo haría. Además, estaba preocupada por si hacía bien el viaje. Tiene miedo de que me pase algo en la carretera —confesó Rubén orgulloso.

Alicia le miró sonriente.

Unos clientes entraron y Rubén se acercó a ellos para tomar nota de lo que iban a consumir. Mientras preparaba las bebidas, Alicia regresó a su lado.

—Bueno, pues ya puedes empezar a largar todo sobre esa chica que hace que de tu mirada salgan corazones y se te ponga esa sonrisa bobalicona en la boca, solo por hablar con ella cinco minutos por teléfono —le ordenó su hermana.

—¿No puedes esperar a esta noche, cuando estemos cenando juntos y tranquilos?

—No. Quiero saberlo todo de mi futura cuñada. Ahora —insistió ella.

Rubén le contó, a grandes rasgos, cómo la conoció y cómo habían

comenzado su relación. Al oír que era una Barbie, Alicia frunció el ceño.

—No será otra igual que Celia, ¿verdad? —quiso saber ella—. Porque como te haga daño, juro que la estrangulo.

—No, no es otra Celia. Tranquila —la calmó Rubén, terminando de colocar en una bandeja las consumiciones que tenía que servir.

Se alejó de la barra para llevar las bebidas a los clientes, bajo la atenta mirada de Alicia, que rezaba a todos los dioses habidos y por haber para que su hermano esta vez hubiera acertado con la chica.

—¿Y cómo has dicho que se llama? —preguntó cuando Rubén se metió tras la barra de nuevo.

—Natalia. ¿A que es bonito? —La sonrisa de Rubén brillaba tanto que cegaba a su hermana.

—Sí, está bien —respondió ella sin mucho ánimo—. Prométeme que tendrás cuidado con esa chica que acabas de conocer —le pidió—. No quiero que te hagan daño.

—¡Ay, hermanita! —Rubén la abrazó con cariño—. Tranquila. Nos hemos jurado fidelidad absoluta. Todo va a ir bien. Además, Natalia ha pasado por una situación parecida a la mía, con el tema de las infidelidades, y sabe lo mucho que duele. No me romperá el corazón, no te preocupes.

48

Natalia pasó ese primer fin de semana de octubre debatiéndose sobre la decisión que debía tomar. No sabía qué hacer. Si accedía a la exigencia de Saúl, rompería su promesa hecha a Rubén y volvería a la misma situación que tenía con su jefe. Volvería a ser «la otra». Comenzaba a odiar a Saúl por ponerla entre la espada y la pared. Si de verdad la quisiera, si la amara, no le haría daño de esta manera ni de todas las otras formas en que la había lastimado.

Pero Saúl no la quería, claro. Solo era un juguete para él.

Con el orgullo herido, se dijo por decimoquinta vez que tenía que olvidarse de esa tonta idea del amor con Saúl y centrarse en su relación con Rubén.

Su vecino había sido claro y sincero con ella desde el principio. Poco a poco se había ido enamorando de él, aunque no había olvidado todavía a Saúl. Muchas personas pensarían que estaba loca por amar a dos hombres a la vez. Ella sabía que no lo estaba. Pero tenía que olvidarse de uno de ellos y ese iba a ser Saúl.

Como bien le había dicho Rubén, eso no era amor verdadero. Era amor de garrafón. Era un amor que sabía a aguarrás, cuando debería saber a champán. Saúl le había mentido tanto, en tantas ocasiones... Hubo un tiempo en que esperó y esperó algo que nunca llegaba y que, ahora sabía a ciencia cierta, no llegaría. Pero ella seguía ilusionada, perdonando cada promesa rota de él, porque le quería y cuando amas a alguien es fácil perdonar. Pero ahora su amor estaba tan deteriorado que no podía perdonar más.

Natalia se prometió a sí misma que jamás volvería a ser el felpudo, ni el trapo, ni el juguete de nadie.

El timbre de la puerta de casa sonó y ella fue a abrir.

Al otro lado se encontró con un sonriente Rubén que, al verla, abrió los brazos esperando recibirla en ellos. Acababa de llegar de Burgos y, tras dejar la maleta en su casa, había ido a la de su chica.

No sabía él lo mucho que Natalia necesitaba sus abrazos y su consuelo en esos momentos.

Natalia se refugió en el fuerte pecho de Rubén y, en cuanto aspiró su aroma a cítricos, se relajó. Antes de que él pudiera decir nada, ella comenzó a besarle y

le arrastró hasta su habitación.

—¡Vaya! ¡Pues sí que me has echado de menos! —exclamó él entre risas cuando ella le empujó para que cayera sobre la cama y, acto seguido, se lanzó encima de Rubén para devorarlo a besos.

Natalia le sacó por la cabeza la camiseta gris que él llevaba y acarició su torso desnudo con avaricia. Cuando sus manos llegaron a la cinturilla del pantalón y la agarró, se lo bajó de un tirón hasta las rodillas.

Rubén estaba entusiasmado por la fogosidad de su novia y se dejó hacer. A patadas, logró terminar de quitarse el pantalón y las zapatillas.

Ella se deshizo del vestido que llevaba, quedándose en ropa interior. Cuando iba a desabrocharse el sujetador, Rubén la detuvo.

—Espera, déjame hacerlo a mí. Eres como un regalo y quiero desenvolverte yo.

Poco a poco le quitó el sostén, acariciando sus brazos lentamente al pasar por ellos. Se lanzó a sus pechos cuando los vio libres, saboreándolos a conciencia. Sus manos viajaron por el liso vientre de Natalia hasta llegar a las braguitas. Rubén le acarició el sexo por encima de la tela y ella se retorció ansiosa por sentirle más.

—Quiero que saques a «la bestia» ahora —ordenó Natalia.

—Sabes que solo sale a partir de las doce —replicó Rubén metiendo la mano en las braguitas de ella.

Natalia gimió por el delicado contacto.

—Por favor... —suplicó cerrando los ojos, abandonándose al placer que esos dedos le daban.

—¿Tanto me has echado de menos? —quiso saber Rubén, admirando la belleza de Natalia en ese momento. Con las mejillas ruborizadas por la excitación y la boca entreabierta, exhalando unos pequeños gemidos que llegaban al corazón de Rubén haciendo que latiera más deprisa.

—Mucho.

—Pero si hemos hablado dos veces todos los días —comentó él recordando que en algunas de esas ocasiones la había notado muy triste y le pareció que ella había llorado. Pero Natalia lo negó cuando él le había preguntado y había cambiado de tema. Se quedó preocupado por esto. Sin embargo, no quiso presionarla. Ya le contaría lo que le pasaba cuando estuvieran juntos.

Al ver el recibimiento que Natalia le estaba prodigando, unido a estas sensaciones tuyas, Rubén se dijo que, en efecto, ella le había echado de menos muchísimo.

—Pues basta ya de hablar ahora —jadeó Natalia al notar cómo Rubén introducía un dedo en su húmedo sexo y con el pulgar le frotaba el clítoris.

Ella se lanzó de nuevo a devorar la boca de Rubén, mientras con sus manos se bajaba las braguitas por las piernas para que su novio pudiera tocarla mejor.

Cuando alcanzó el orgasmo, se sintió plenamente feliz y satisfecha.

—¿Sabes? —comenzó a hablar Rubén, con ella acomodada en su pecho y los tatuados brazos del fisioterapeuta rodeándola—. Tenía prisa por verte, por tenerte entre mis brazos. Este fin de semana en Burgos me he dado cuenta de que cuando tú estás lejos no me late el corazón.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca —susurró Natalia, emocionada por las palabras del joven rubio.

Rubén la estrechó más fuerte contra él y la besó en el pelo con dulzura.

—Prométeme que no me romperás el corazón —le pidió ella, alzándose un momento para mirarle a los ojos.

—Prometido. Y tú a mí también. Prométeme que tampoco me lo romperás.

—Te lo prometo —respondió Natalia, entristeciéndose al pensar que quizá ese juramento tendría que romperlo mucho antes de lo que imaginaba.

49

—Reunión de contenidos en treinta minutos, chicas —las informó Amanda, al poco de llegar a la oficina.

—Buf... Odio los lunes que empiezan con reuniones. Encima esta tarde tengo una en el colegio de mis hijos —comentó Carla, que ese día había llegado puntual a trabajar.

—Pues yo tengo ganas de ir a esta para plantear mi nuevo artículo. A ver qué le parece a Cecilia y Saúl —dijo Elena, sin despegar los ojos de la pantalla del ordenador en el que buscaba información—. Voy a escribir sobre el acoso laboral.

Natalia se sobresaltó al oírla. No tenía ni idea del reportaje que iba a hacer su amiga.

Al escuchar a Elena, supo enseguida por qué quería escribir sobre algo así.

—¿Y tú, Natalia? —preguntó Amanda, apoyando los codos en la mesa, mirándola—. Podías escribir sobre la infidelidad en la pareja y así te desquitas de lo que te ha hecho el cabrón de tu ex. O sobre las segundas oportunidades en el amor.

—No puedo hacer un reportaje sobre eso ahora mismo —comentó ella—. No sería objetiva. Quizá dentro de unos meses...

«Si es que sigo trabajando aquí», pensó, porque aún no había decidido qué respuesta darle a Saúl. Sabía que cuando él le preguntara sobre su decisión de volver con él o no se iba a enfadar y era posible que acabase el día formando parte del gran número de españoles que engrosaban las listas de desempleo.

El inconfundible sonido del WhatsApp la sacó de sus pensamientos. Al mirar la pantalla, sonrió. Rubén le daba los buenos días y le deseaba que tuviera una jornada estupenda. Ella le respondió de igual modo.

De repente, se le ocurrió una idea. Cogió el móvil y buscó la foto que se habían hecho Rubén y ella el jueves anterior. La mandó a su correo de la oficina y cuando le llegó, imprimió el *selfie*. La colocó con un trozo de celo a un lado de la pantalla del ordenador, en el marco, para poder verle siempre que quisiera.

—¿Seguro que te vas a poder concentrar con ese tío bueno ahí mirándote? —quiso saber Amanda al ver todas sus maniobras.

—Sí, tranquila —sonrió Natalia.

—Pues yo me pasaría el día entero mirando la foto. Está cañón.

Natalia se volvió hacia ella, sentada en la mesa de su derecha.

—Te recuerdo que es mi novio, así que mucho ojo con lo que dices o haces —contestó con una sonrisa tensa.

—Tiene unos ojos verdes preciosos y será todo lo perroflauta que tú quieras, pero a mí me pone.

—Esos bonitos ojos verdes solo me miran a mí —la cortó Natalia, recordando esa frase que le había dicho Rubén—. Y más vale que no te ponga tanto, a ver si me voy a poner celosa —recalcó estas dos palabras— y tenemos problemitas tú y yo, guapa —añadió en un tono más serio.

—¡Eh! No te enfades. A ver si una no va a poder comentar que un tío está bueno —se defendió Amanda.

—Es que Natalia está muy sensible con lo de la infidelidad de su ex —intervino Carla—, compréndela.

—No, si yo la entiendo, pero solo quería saber si se iba a poder concentrar en su trabajo teniendo ahí la foto de su novio. Yo no podría, desde luego —claudicó Amanda. Se volvió hacia Natalia y añadió—: Perdona si te ha sentado mal todo lo que te he dicho.

Natalia emitió un largo y cansado suspiro. Estaba con los nervios a flor de piel por culpa de la situación con Saúl y lo había pagado con Amanda al oírle hablar de Rubén en aquellos términos. El temor a que otra mujer le quitara a su nuevo novio y pasar otra vez por el dolor de una ruptura había hablado por ella cuando le había dado esa respuesta a su compañera.

—No te disculpes, Amanda. Es que estoy muy sensible con el tema de la infidelidad y las rupturas. A ver si pasa más tiempo y lo voy asimilando todo mejor —se justificó Natalia.

—Por eso te he dicho que escribas sobre este tema en tu próximo artículo —volvió a insistir Amanda.

—No sería objetiva, ya te lo he dicho antes —respondió ella—. Mi próximo reportaje tratará sobre neurociencia aplicada en la educación. Quiero saber cómo nuestro cerebro aprende, cómo guarda la información y, lo que me resulta más interesante, cuáles son los procesos biológicos que facilitan el aprendizaje.

Sus tres compañeras la contemplaron admiradas.

—Cecilia va a flipar contigo cuando se lo expongas —dijo Carla, tan orgullosa de ella como si fuera uno de sus tres hijos—. Primero, un reportaje sobre parálisis cerebral infantil y ahora uno sobre neurociencia. Te vas a convertir en la periodista más aclamada de *Zero*.

—Estoy segura de que lo vas a hacer genial —la animó Elena.

—Nos vas a hacer sombra a todos los demás —comentó Amanda algo apenada—. Ya no sé si proponerle mi nuevo artículo porque, en comparación con el tuyo, va a ser una mierda.

Natalia alargó su mano para tocar la de su compañera por encima de la mesa.

—Amanda, para gustos, los colores. Cada lector tiene una opinión distinta —la alentó ella, dándole un apretón cariñoso en la mano—. A lo mejor el mío les resulta superaburrido y el tuyo les encanta.

—Ojalá que el mío también les guste —suspiró la otra.

Continuaron trabajando unos minutos más, ya en silencio, hasta que fue la hora de la reunión.

Natalia se encaminó hacia la sala donde tendría lugar, nerviosa. Aún no tenía decidida una respuesta para darle a Saúl y este, con toda seguridad, se la iba a exigir hoy. La angustia crecía dentro de ella con cada paso que daba por el suelo enmoquetado. ¿Qué iba a hacer? ¿Desperdiciar lo que había comenzado con Rubén solo para satisfacer a su jefe y no perder su empleo? ¿O plantarle cara a Saúl y arriesgarse? Decisiones, decisiones... Se sentía como el personaje de Jane, la niña eterna de los Vulturis, de la saga *Crepúsculo*. Claro que ella no era tan malvada.

Entraron en la sala y cada cual ocupó su lugar. A los pocos segundos, Cecilia y Saúl aparecieron, dando los buenos días a todos sus redactores y la reunión comenzó.

—Perdona, Cecilia —la interrumpió uno de los periodistas—, Lorena y Miriam aún no han llegado.

—Lorena y Miriam ya no trabajan aquí —contestó Saúl mirándolos uno a uno hasta que centró sus ojos en Natalia—. El viernes a última hora presentaron su baja voluntaria en la revista y ya no forman parte de nuestra plantilla.

Los cuchicheos sobre el por qué esas dos redactoras se habían ido de *Zero* no se hicieron esperar.

—De baja voluntaria nada —murmuró Elena a Natalia lo más bajo que pudo—. Este tío las ha despedido por contar en el baño sus proezas sexuales con él.

—Ha sido culpa mía —susurró Natalia, sintiéndose fatal. Si ella no le hubiera dicho nada, sus compañeras continuarían trabajando en *Zero*.

—Cualquiera podría haberlas escuchado —dijo Elena para que ella no se sintiera mal. Lo que, en verdad, así podía haber sido.

—Ya, pero fui yo quien se lo contó a Saúl. Las ha despedido por mi culpa —repitió Natalia.

—Dejémonos ya de cuchicheos —intervino Saúl en un tono más alto de lo habitual para calmar los ánimos— y pongámonos a trabajar.

—Sí, es mejor que empecemos ya —secundó Cecilia—, Carla, comienza tú, por favor.

Durante todo el tiempo que duró la reunión, Natalia sintió la mirada de su jefe puesta sobre ella. Con los nervios a flor de piel, expuso su idea cuando le llegó el turno sobre el reportaje que haría para el número de noviembre, que Cecilia aplaudió con entusiasmo.

Cuando la junta había terminado y todos los redactores recogían sus bártulos, Saúl ordenó en voz alta:

—Natalia, ve a mi despacho. Quiero comentar contigo algunos aspectos del reportaje sobre neurociencia que vas a elaborar.

—Sí... Dame solo... cinco minutos... —contestó nerviosa.

—Que sean tres —replicó él molesto—. Soy un hombre muy ocupado y no voy a estar esperándote todo el día.

—Solo te ha pedido cinco minutos, Saúl —intervino Cecilia, que no entendía por qué su marido hablaba con esa frialdad a una de sus redactoras, cuando siempre había sido amable con todos los empleados de la plantilla. Le notaba muy nervioso y enfadado desde el viernes y no comprendía qué le pasaba. Ella había intentado comentarlo con él, pero Saúl se había cerrado en banda y no quería hablar sobre lo que le preocupaba.

Este se giró hacia su esposa al escucharla.

—Tengo una reunión con los publicistas dentro de una hora —dijo en un tono molesto porque su mujer parecía defender a Natalia—. Y lo que tengo que comentarle a ella sobre el reportaje me va a llevar bastante tiempo. No quiero

llegar tarde a la otra junta.

—Tranquilo, Saúl —los interrumpió Natalia—. Voy al baño y en tres minutos estoy en tu despacho.

Salió de allí con el corazón desbocado y, como había dicho, se metió en el aseo femenino. Se lavó las manos y se humedeció la nuca, tratando de calmarse. Pero no lo consiguió. Elena entró a los pocos segundos.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó.

—Aún no lo sé —dijo Natalia con un quejido, apoyándose en el mármol de los lavabos.

—Mándale a la mierda.

—Me despedirá igual que ha hecho con Lorena y Miriam —vaticinó Natalia.

—Encontrarás otro trabajo —auguró Elena colocando las manos en los hombros de su amiga para infundirle ánimo.

—No. Él dijo que, si no aceptaba, se encargaría de que nadie volviese a contratarme nunca más. Mi carrera se acabará —murmuró con las lágrimas a punto de salir de sus verdes ojos—. Todo lo que mis padres han luchado para poder mandarme a la universidad, todo lo que yo me esforcé por sacar las mejores notas no habrá servido para nada.

—Joder...

Elena exhaló un largo suspiro, entristecida y dolida por la situación que estaba viviendo su amiga, y la atrajo hacia su cuerpo para abrazarla, brindándole el consuelo que sabía que no iba a poder darle, porque, según estaban las cosas y con esa amenaza pendiente sobre la cabeza de Natalia, poco podía hacer ella por su amiga con un simple abrazo.

50

Con la angustia corroyéndole las venas como si fuera ácido, Natalia tocó con los nudillos a la puerta antes de entrar en el despacho de Saúl.

Una vez que hubo traspasado el umbral, se detuvo y le observó.

Su jefe estaba detrás del escritorio y la miraba serio. Su porte arrogante, magnético, su agresiva virilidad, ya no encendían a Natalia como antes y se dijo que quizá era porque, por fin, estaba comenzando a olvidarle gracias a que Rubén había impreso en ella otra manera de amar más delicada y tierna.

Suspiró mentalmente al pensar en su novio. No se merecía que le fuera infiel. Le había jurado la noche del domingo, cuando él regresó de Burgos y fue a verla de inmediato, que no le rompería el corazón.

Pero ella se encontraba ahora entre la espada y la pared.

—Acércate —ordenó Saúl con su timbre autoritario de voz.

Natalia caminó despacio, arrastrando los pies, como un preso camino del patíbulo sentenciado a pena de muerte.

A medida que ella se aproximaba al escritorio de su jefe, este la desnudaba con una mirada cargada de lujuria. Natalia sintió esos ojos hambrientos sobre su cuerpo y notó cómo una arcada sacudía su garganta. Reprimió las ganas de vomitarle encima a Saúl mientras este echaba hacia atrás su silla y le indicaba, con unas palmaditas de su mano en el muslo, que ella se sentase precisamente ahí, donde él señalaba.

Cuando Natalia llegó a su lado, como no hizo ademán de colocarse sobre las rodillas de su jefe, Saúl la agarró de un brazo y tiró de ella con fuerza, consiguiendo que la redactora cayera sobre él. Este comenzó a besarla y manosearla con lascivia desmedida.

—Saúl, por favor, aquí no... —intentó hacerle parar ella—. La puerta no está cerrada con pestillo y cualquiera podría entrar.

—¿Por qué no la has cerrado con el pasador? —espetó molesto—. Sabes que me gusta que siempre...

—No creí que fuera a pasar esto —se defendió Natalia intentando levantarse del regazo de su jefe, sin conseguirlo.

—¿Ah, no? ¡Pero qué ingenua eres! —Se rio de ella—. ¿Para qué crees que

te he hecho venir? ¿Para hablar de neurociencia?—. Y sin dejarle contestar, añadió—: Te di de tiempo hasta el lunes para que me contestases. El plazo se ha acabado. Quiero una respuesta ya.

Natalia titubeó unos instantes, pensando algo rápido para decirle. Sabía que no podía confesarle que aún no había tomado la decisión que él le pedía. Eso haría que se enfadase más y la despidiera.

—Sé que Lorena y Miriam no han firmado su baja voluntaria en la empresa. Las has despedido por lo que yo te dije el viernes.

—Eso ahora no importa —la cortó él—. Quiero mi respuesta ya.

—Está bien. Volveré contigo —claudicó Natalia sintiéndose la peor persona del mundo—. Pero en la oficina no haremos nada. Es peligroso. No quiero que nos descubran.

La sonrisa de autosuficiencia y orgullo que se extendió por la cara de su jefe llenó a Natalia de rabia y a punto estuvo de borrarla de un tortazo. Pero no podía hacerlo, por desgracia.

Acaba de decirle que sí, que volvería con él. Pero no pensaba hacerlo. Tendría que ocurrírsele algo para postergar el momento de encontrarse con Saúl donde fuera.

—Pues a mí me gusta —respondió él con los ojos encendidos de deseo—. El morbo a ser descubiertos me excita. —Saúl la acomodó mejor sobre su regazo y manoseó sus pechos por encima de la camisa que Natalia llevaba—. Además, quiero tenerte a mi disposición aquí, por si me apetece follar en algún momento del día. Y como por tu culpa he tenido que despedir a Lorena y Miriam —reconoció— te voy a llamar más a menudo para que me satisfagas.

Natalia se sintió morir. ¿Ahora que no tenía a sus otras dos amantes ella iba a ser la encargada de darle todo el placer que ese hombre requería?

—Y vas a empezar ahora mismo —añadió Saúl—. Ve a la puerta y echa el pestillo—. Le dio un pequeño azote en el culo para que se levantara de su regazo y fuera a cumplir su orden.

—Si Cecilia nos descubre, ¿qué crees que pasará? —preguntó ella, rodeando el escritorio para ir a echar el cerrojo. Caminaba lentamente, dilatando al máximo el tiempo y rezando para que ocurriese algo que la salvara de aquella situación.

—Que te echará de la revista, así que ya ves que si no lo hago yo por no

cumplir mis órdenes, te mandará al paro ella por tirarte a su marido —contestó Saúl riéndose por lo bajo.

—Pero ¿y a ti? ¿Qué te sucederá a ti? —quiso saber Natalia pensando a toda velocidad alguna excusa para escabullirse del despacho, ahora que estaba cerca de la salida.

—Tu preocupación por mí me llena de ternura, nena —soltó él, burlón, mofándose de Natalia.

Ella llegó junto a la puerta. El corazón le latía atronador en el pecho. Con tanta fuerza que creyó que le rompería las costillas. La bilis le subió hasta la garganta, amenazando con salir por su boca. Tragó la amarga saliva para hacerse la dura y enfrentarse a lo que estaba por venir. Iba a romper la promesa que le había hecho a Rubén. Pero no tenía otra elección. No había escapatoria posible.

Alzó la mano para echar el pestillo a la puerta...

...y esta se abrió de pronto.

Natalia dio un paso atrás rápidamente para evitar que la madera la golpease en plena cara.

—¡Uy! Perdona, Natalia, ¿te he dado? —quiso saber Cecilia, entrando en el despacho de su marido.

—No, tranquila, no me has dado —respondió ella con un alivio inmenso inundándola por completo. ¡Estaba salvada!

—Bien. —Cecilia caminó hasta la mesa de Saúl mientras hablaba—. Cariño, he pensado que voy a acompañarte a esa reunión con los publicistas. Ahora no tengo mucho trabajo y...

—Nos has interrumpido —soltó Saúl de malos modos—. Todavía no he acabado con Natalia.

—Oh, vaya, perdonadme los dos. —Se disculpó ella.

Se sentó en una de las sillas y se dispuso a esperar a que su marido y su empleada terminaran lo que estaban hablando.

—¿Te vas a quedar? —preguntó Saúl.

—Sí, ¿por qué?

Saúl exhaló el aire con fuerza.

—Está bien —dijo entre dientes enfadado—, Natalia, prosigamos.

Ella, que había permanecido al lado de la puerta abierta, se dirigió de nuevo hacia el escritorio y se sentó en la otra silla, que quedaba a la izquierda de donde

se encontraba Cecilia.

Saúl tecleó algo en su ordenador y comenzó a darle una serie de instrucciones a Natalia, que perfectamente podía haber hecho ella solita. Pero su mujer los había pillado, así que Saúl estaba haciendo un poco de teatro para disimular.

Cuando llegó la hora de la otra junta, despidió a Natalia. Le habría gustado citarla para después de comer, pero Cecilia habría preguntado para qué quería ver de nuevo a la redactora y habría sido sospechoso. Así que, con fastidiado, tuvo que dejar marchar a la periodista.

51

Cuando se quedaron solas, Elena le preguntó a Natalia qué había sucedido en el despacho de su jefe. Esta le contó cómo, gracias a la interrupción de Cecilia, no había ocurrido nada.

—Tenemos que pensar algo para detener a ese hombre —susurró Elena—. No puedes continuar en esta situación, Nat.

—Creo que voy a pedir una excedencia para cuidar de mi madre, por lo de su operación. Así no estaré aquí y él no podrá acosarme.

—No puedes estar huyendo siempre. ¿Qué pasará cuando vuelvas de la excedencia? —preguntó Elena, murmurando—. Además, todavía no sabes cuándo van a operar a tu madre.

—Le han dicho que en un mes y dos, no más —la informó Natalia.

Elena frunció el ceño pensativa.

—Es demasiado tiempo resistiendo los envites de ese malnacido —dijo—. Hay que idear algún plan pronto. ¿Qué pasaría si Cecilia supiera que él tiene una aventura con otra mujer? ¿Crees que se divorciarían?

—Seguramente. Saúl no quiere que le descubra con otra chica, aunque ese riesgo le excita y por eso tiene sus aventuras. Pero, si ella se entera, estoy convencida de que se divorciará de él —susurró Natalia para que nadie de su alrededor la oyera.

—Pues cualquiera les aguanta a los dos peleándose por temas de divorcio. Espero que eso no afecte al funcionamiento de la revista.

Natalia no respondió y se concentró en su artículo. Llamó a un par de eminencias en neurociencia y concertó citas con ellos para entrevistarles esa misma semana. El resto de la jornada transcurrió tranquila.

Cuando ya se iban, a Natalia le sonó el móvil. Sabiendo quién era no quiso contestar.

Bajó a la calle, junto con sus compañeras, y se llevó una tremenda sorpresa al ver a Rubén allí plantado frente al edificio de la revista. Con unos pantalones claros, una camiseta blanca, sobre la que llevaba una camisa vaquera abierta con las mangas subidas hasta los codos, y unas zapatillas Converse negras, estaba guapísimo. Tanto que Natalia solo tuvo ojos para él y casi ni se dio cuenta de que

Santi estaba a su lado.

La sonrisa que le dedicó Rubén nada más verla hizo que el sol brillase ese día más fuerte que ningún otro para Natalia.

—¡Hola! —saludó ella acercándose—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte —contestó antes de cogerla por la cintura para pegarla a él y darle un beso que hizo que sus compañeras suspirasen de envidia.

Elena saludó a Santi y este, como siempre, se ruborizó. Amanda y Carla supieron de inmediato quién era el guapo moreno que acompañaba al novio de Natalia. El objetivo de Elena. O, más bien, el chico que se le resistía a la rompecorazones de la oficina. La semana anterior, ella les había comentado que tiraba la toalla con ese joven, pero las dos compañeras vieron el brillo de anhelo que Elena tenía en sus ojos al contemplarle y se dieron cuenta de que, por mucho que su amiga dijera que ya no estaba interesada en él e iba a buscar otro, sus sentimientos por Santi no habían variado un ápice. Elena continuaba deseando a Santi, por mucho que lo negara.

Cuando Natalia y Rubén rompieron su beso, este se resistió a dejarla marchar de entre sus brazos, así que ella tuvo que presentarle a Amanda y Carla encerrada en ellos.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —quiso saber Rubén, tras los saludos de rigor.

—No, irme a casa y descansar —respondió Natalia—. Bueno, y verte a ti. —Le sonrió y el corazón del joven rubio se saltó un latido.

Rubén la dio un fugaz beso en los labios antes de proseguir.

—Tengo que ir a hacerme un nuevo tatuaje y he pensado que, quizá, si no tienes nada importante que hacer esta tarde, te gustaría acompañarme.

—¡Me encantaría! —exclamó ella entusiasmada.

—Nosotras nos vamos para casa —intervino Carla en ese momento, refiriéndose a Amanda y ella. Se despidieron de todos y se marcharon, dejando solas a las dos parejas.

Rubén se empapó de la belleza de Natalia, que ese día iba con una camisa roja escotada por donde se intuía la redondez de sus senos. Sobre esta, llevaba una americana negra, a juego con un pantalón del mismo tono y zapatos de tacón. El pelo, recogido en una coleta alta, dejaba ver su estilizado cuello. La elegante ropa se adecuaba al cuerpo de su novia, marcando cada curva, que

Rubén se moría por acariciar. Con ella todavía entre sus brazos, negándose a soltarla, la atrajo de nuevo hacia sí y la besó profundamente.

Elena miró a Santi en ese momento. Ella deseaba hacer lo mismo que su amiga con el vecino, pero sabía que el joven tímido la rechazaría. Así que reprimió sus instintos y se cruzó de brazos, molesta por las muestras de cariño que se estaba prodigando la nueva pareja. Estaba celosa. Sí. ¿Por qué ella no podía conseguir lo que a su amiga le había resultado tan fácil? ¿Con lo simples que eran los hombres, por el amor de Dios! ¿Por qué Santi se le resistía?

—¿Qué tal el día? —le preguntó a Elena el joven moreno.

—Bien. ¿Tú también te vas a hacer un tatuaje? —soltó en un tono duro, debido a la rabia que le daba tener a Santi allí delante, tan cerca, y no poder hacer nada con él.

Santi, con las manos en los bolsillos, deseando tocar a Elena y besarla como hacía su amigo con Natalia, pero sin atreverse, negó con la cabeza a la pregunta de ella.

—Entonces, ¿a qué has venido? —quiso saber Elena, notando que la rojez de la cara del chico aumentaba.

—Yo... Esto... —tartamudeó—. Como... Como hace días que no te veo, quería... quería saber qué tal estabas —dijo al fin.

Santi supo en ese momento que no había sido una buena idea acompañar a Rubén a la revista para recoger a su chica a la salida del trabajo. Pero su amigo había insistido en que venciera su timidez y aprovechara que él se iba a lo del tatuaje con Natalia, si es que esta decidía acompañarle, para estar un rato con Elena. Invitarla a tomar algo y charlar con ella. Rubén estaba seguro de que cuanto más tiempo pasara Santi en compañía de Elena, más confianza cogería con ella y no se pondría tan rojo y nervioso como le ocurría siempre.

—Pues ya ves que estoy bien —soltó Elena, borde.

Al parecer, a Elena no le había gustado nada en absoluto que él se presentara allí sin avisar. Santi se mortificó pensando que la estaba molestando con su presencia. Abrió la boca para hablar, disculparse, pero no pudo emitir ningún sonido. Así que la volvió a cerrar.

Elena le miraba ceñuda. Enfadada como una niña caprichosa cuando no consigue el juguete que quiere. Le dieron ganas de patear el suelo por la frustración que le producía aquello, pero se dijo que ya no tenía edad para

montar pataletas igual que un crío. Vio cómo Santi abría la boca para decir algo, pero la volvía a cerrar enseguida. Resiguió con sus ojos los labios del joven moreno y sintió que las ganas de apoderarse de esa tentadora boca renacían en ella con fuerza.

De repente, una idea prendió en su mente. Aunque había decidido abandonar la conquista de Santi, iba a intentarlo por última vez. Si no lo conseguía, entonces sí que dejaría marchar a ese chico para siempre y centraría sus miras en otro más fácil y accesible.

—Perdona que te haya hablado así —se disculpó con él, en un tono suave—. Ha sido un día cansado y estoy de mal humor. Lo he pagado contigo sin querer y tú no tienes la culpa. —Sonrió seductoramente—. Pero creo que podrías alegrarme el día acompañándome a casa y, si te apetece, podíamos tomar algo juntos por allí cerca...

«Cerca de mi cama, no te me vayas a escapar otra vez», pensó Elena mientras le hablaba.

—...porque está claro que estos dos —continuó ella indicando con la cabeza a la pareja de al lado— no van a venir con nosotros. Si Rubén tiene que ir a hacerse un *tatoo* y Natalia le va a acompañar estarán muy ocupados. —Se acercó un poco más a Santi y le puso una mano en el pecho—. ¿Qué me dices?

El vecino tragó saliva antes de hablar. Se le había resecado la garganta ante la insinuación de Elena. A pesar de ser tímido, no era tonto, y sabía descifrar entre las palabras veladas de su objeto del deseo que ella quería estar con él a solas. ¿Le besaría como la otra vez? ¿Intentaría tocarle como aquel día? El calor se extendió por todo su cuerpo cuando ella puso su mano sobre la camiseta verde que llevaba. Su corazón se aceleró al borde del colapso.

—Sí.

Fue un susurro apenas audible, pero a Elena le supo a gloria que él no la hubiera rechazado. Iba por buen camino, se dijo contenta.

A Santi le había costado horrores que ese monosílabo saliera de su boca. Pero, ahora que lo había dicho, no podía echarse atrás. Bien. Irían a Leganés, tomarían algo en el centro comercial cercano a su domicilio y después la acompañaría a casa. Sabía que ella le propondría algo más, quizá entrar en su chalet y prodigarse besos y arrumacos como estaban haciendo Rubén y Natalia en ese momento. Solo que lo suyo tendría lugar en la intimidad de su adosado y

no en medio de la calle.

Aun así, Santi supo que no podría hacer nada con Elena. Aunque se moría de ganas de tenerla entre sus brazos y probar sus labios de fresa otra vez, no debía ir más allá. Si Elena descubría su tara... nunca más volvería a mirarle como lo hacía ahora. Con un deseo insostenible bailando en sus pupilas. La percepción que ella tenía de él cambiaría al saber su defecto y Santi no estaba dispuesto a que Elena le viese como lo que era en realidad. Un bicho raro, alguien incompleto, un ser de feria para exhibir en un circo y reírse de él.

—Estás preciosa hoy —susurró Rubén contra la boca de Natalia cuando finalizó el beso. Con la nariz, acarició la de su novia, en un tierno gesto que llegó al corazón de ella y que, junto con sus besos, aceleró—. Bueno, hoy y cualquier otro día. Me gustas de todas las formas. Vestida de pija, como ahora —Natalia hizo una mueca burlona de enfado y Rubén se rio, pero continuó alabándola— o con ropa informal. También con cierto camisón de satén negro que...

Natalia le calló con otro beso. No quería que delante de sus amigos hiciera esas confesiones. Le daba vergüenza. Pero, por otro lado, se alegró de que él mostrase sus sentimientos por ella en público sin importarle.

Había estado tanto tiempo escondiéndose con Saúl...

—Nosotros nos vamos a Leganés, tortolitos —oyeron decir a Elena.

Se separaron y ambos sonrieron.

—Supongo que habrás traído tu furgoneta, ¿no, Rubén? —preguntó Elena.

—Sí, no te preocupes por Natalia. La llevaré sana y salva de vuelta a casa —contestó él sin apartar los ojos de los de su novia y sin soltarla de la cintura.

Natalia mantenía sus brazos en torno al cuello de Rubén, acariciándole la nuca, lo que le producía al joven un agradable cosquilleo y una creciente excitación.

Un coche llegó hasta ellos y aparcó en la acera.

Cuando Natalia vio quién descendía de él, sus caricias en el cuello de su novio se detuvieron de pronto. La respiración se le cortó y su corazón se paralizó.

Saúl acababa de apearse del vehículo, junto con Cecilia, y la miraba con furia. A ella y a Rubén. Su esposa enlazó el brazo con el de él y les sonrió al

pasar por su lado. Saúl no dijo nada, pero sus ojos eran dos pozos negros en los que Natalia supo leer que no le había gustado nada verla en brazos de otro hombre.

A Rubén no le pasó desapercibido la mirada del señor y dedujo que ese debía ser el examante de su novia. Decidió aparcar su curiosidad hasta que estuviera a solas con Natalia. Ciñó a su chica más a su cuerpo, dándole a entender al hombre, en caso de que fuera él con quien había tenido la aventura que ella le había comentado, que la chica ya no era suya y que ahora estaba con él. Notó cómo Natalia se había quedado rígida contra su cuerpo y tuvo la certeza entonces de quién era ese hombre.

Elena miró a Natalia y vio en la cara de su amiga el estupor que le había causado que Saúl la pillara así con Rubén.

Natalia desvió sus ojos hasta los de Rubén sintiendo cómo su corazón volvía a la vida, latiendo desbocado.

A pesar de haberse dicho mentalmente que dejaría de lado su curiosidad hasta estar en la intimidad con su novia, Rubén no pudo reprimirse al ver la reacción de ella.

—Es él, ¿verdad? —preguntó preocupado.

Ella asintió con la cabeza. No le salían las palabras.

—Ahora estás conmigo. —La abrazó con fuerza y le dio un tierno beso en la frente. Su chica cerró los ojos sintiéndose reconfortada entre los brazos de Rubén—. Ahora estás conmigo —repitió mientras veía al examante de Natalia desaparecer en el interior del edificio.

Natalia se olvidó del incidente con Saúl mientras observaba cómo tatuaban un intrincado símbolo celta en el pecho de Rubén, sobre su pezón derecho. El dibujo era bastante grande, pues le abarcaba desde esa zona erógena masculina hasta casi el hombro y la mitad del torso. Le gustó mucho que su novio marcara su piel de esa manera. A ella siempre le habían gustado los tatuajes y le resultaban eróticos a la vez que excitantes.

—Podías haber aprovechado y haberte hecho uno —comentó Rubén mientras se subían a la furgoneta de este para volver a casa.

—Aún no he decidido lo que quiero tatuarme —respondió ella—. Y todavía tengo el que me hice con henna, aunque ya se me va quitando con los lavados.

Rubén arrancó la furgoneta y emprendieron el viaje a Leganés. El trayecto se les hizo corto, hablando como iban de mil cosas. Cuando estaban a punto de llegar, Rubén la invitó a cenar en su casa. No quería separarse de ella y tener que esperar para verla hasta que al día siguiente Natalia volviese del trabajo.

—¿Qué habrá pasado con Elena y Santi? —pensó en voz alta Natalia. Se giró en el asiento y miró a Rubén—. ¿Crees que estarán juntos? A lo mejor están en tu casa y si vamos allí, los molestamos. ¿Y si cenamos en la mía?

—Habrá que asegurarse de dónde están, no vayamos a cortarles el rollo.

—Voy a mandarle un wasap a Elena, aunque... igual no contesta... si está ocupada con Santi... —Dejó la frase en el aire porque sabía que su novio iba a entender perfectamente lo que ella quería decir.

Cuando Natalia terminó de escribirle el mensaje a su amiga, Rubén le hizo una pregunta que llevaba rondando toda la tarde por su cabeza. A pesar de que se había prometido no hacérsela, la curiosidad podía con él.

—¿Qué tal con tu jefe en el trabajo? ¿Todo bien o te está molestando?

Natalia contuvo la respiración al escucharle. ¿Qué podía decirle? ¿Le contaba la verdad o le mentía? No quería que la relación tan especial y romántica que había comenzado con Rubén se viera empañada con mentiras, pero también era cierto que él no podía ayudarla a solucionar su problema y, si se lo contaba, solo le causaría preocupación y malestar.

—Por la tardanza en contestar —continuó hablando el joven rubio—

detecto que hay problemas en la oficina y que tu jefe es el causante de ellos. Dime la verdad, cielo. ¿Te está acosando? ¿Te ha amenazado de alguna manera para que continúes tu relación con él?

Llegaron frente al chalet y Rubén aparcó la furgoneta. Se giró para mirar a Natalia, que seguía silenciosa.

—Aunque es cierto que el otro día me pidió que volviera con él y yo le dije que no —comenzó a decir ella—, hoy hemos estado tan liados que no ha tenido tiempo de hablar conmigo —mintió, sintiéndose la persona más ruin y rastrera del mundo—. Además, a media mañana se marchó con mi jefa a una reunión fuera de la oficina y ha regresado justo cuando le hemos visto.

Rubén permaneció un momento callado, sopesando las palabras de Natalia.

—Si te molesta de alguna manera, si te acosa con llamadas o como sea, dímelo, ¿de acuerdo? —Le hizo prometer.

—Tranquilo, Rubén. Sé cuidarme solita. Además, creo que a Saúl le quedó bien claro el otro día que no voy a volver con él. Desde entonces no hemos hablado, ni me ha llamado, ni me ha mandado mensajes, nada de nada —mintió, pensando que a este paso la nariz le iba a crecer más que a Pinocho y sintiéndose la peor persona del mundo por engañar a Rubén—. Así que yo creo que me dejará en paz.

El fisioterapeuta le cogió el rostro con las manos, acunándoselo, y la miró fijamente a los ojos.

—Bien, pero quiero que sepas que, si sucede algo, puedes contármelo. Estoy aquí para lo que necesites, bueno o malo. —Acercó sus labios a los de ella y los rozó de una manera delicada—. Ahora soy tu novio, tu apoyo, tu compañero y tu confidente —susurró antes de apoderarse de los labios adictivos de Natalia con un beso lento y profundo.

Cuando ella sintió esa lengua húmeda y suave que le acariciaba cada rincón de la boca, la atrapó con la suya y se enredaron en un apasionante duelo, que se vio interrumpido por el sonido de un mensaje en el móvil de Natalia.

—Es Elena —informó a Rubén después de mirar la pantalla del teléfono y leer lo que su amiga había escrito—. Dice que está en casa sola. Santi está en tu casa, solo. ¡Ay, señor! —suspiró—. No sé qué le pasa a tu amigo, pero tiene a Elena loca y desesperada. Habla con él y dile que si quiere algo con ella más vale que se atreva un poquito más a hacer cosas con Elena. No digo que sea él

quien lleve la iniciativa y se lance a por ella, pero si mi amiga se tira a la piscina, que no la detenga.

—Eso mismo llevo diciéndole yo desde que os conocimos. Pero es tan vergonzoso... —Rubén sacudió la cabeza a ambos lados pensando que la timidez de su amigo rallaba la desesperación—. Siempre ha sido así. En el instituto tenía a muchas chicas detrás de él, pero nunca quiso nada con ninguna, excepto cuando estábamos en el último curso. En la cena de Navidad que hicimos todos los compañeros, había una chica que le gustaba a Santi y ella le correspondía. Yo siempre le decía que lo intentase, pero él no quería. Así que, para darle un empujoncito, me encargué de emborracharle, a ver si así perdía su timidez habitual.

—¿Y funcionó? —preguntó Natalia curiosa.

—Sí. Vaya que sí funcionó. —Sonrió Rubén al recordar aquellos días estudiantiles—. Nunca he visto bailar y cantar a Santi tanto y tan alto como aquella noche. Se desfogó a base de bien.

—Entonces consiguió a la chica —dedujo Natalia.

—No sé lo que pasó realmente. Solo sé que comenzó a besarla en un rincón apartado y oscuro de la discoteca donde estábamos. Estuvieron bastante rato tocándose y besándose. Minutos después, ella le agarró de la mano y se lo llevó. Al pasar por mi lado, la chica me dijo que se iba con él a su casa, pues sus padres no estaban esa noche, y que no me preocupase por Santi, porque le iba a cuidar muy bien.

Natalia escuchaba expectante y curiosa la historia que le contaba Rubén.

—Al día siguiente, cuando vi a Santi, le pregunté por la experiencia —continuó él—, pero no quiso hablar de ello. Me dijo que había sido un error y que le prometiese que nunca, jamás, le iba a emborrachar de nuevo, porque el alcohol mermaba sus facultades mentales y había estado a punto de cometer una locura con esa chica. No sé a qué se refería con eso, pero se enfadó tanto conmigo que se lo prometí y no indagué más.

Natalia se quedó pensativa bastante rato. ¿Qué le habría sucedido a Santi con aquella muchacha del instituto?

—Bueno, entonces, ¿cenamos? —quiso saber Rubén después de toda la conversación.

53

—¡Chicas! ¿Habéis visto las nuevas adquisiciones de *Zero*? —preguntó Amanda, emocionada hasta el tuétano, al día siguiente en la oficina.

Dejó su bolso en el respaldo de la silla y se sentó con un suspiro soñador. Sus compañeras la miraron sorprendidas. Ninguna sabía a qué se refería.

—Quiero decir que si habéis visto ya a los nuevos redactores —les aclaró.

—¿Tenemos chicos nuevos en la oficina? —quiso saber Natalia.

Amanda asintió.

—Acabo de cruzarme con ellos y José María, el de recursos humanos. Él me los ha presentado. Y están los dos... ¡madre mía!... ¡cómo están los dos! —Se abanicó con la mano porque el calor se había apoderado de ella al ver a los guapos jóvenes.

—Bueno, pues ya los conoceremos. Supongo que ocuparán las mesas de Lorena y Miriam —intervino Carla.

—¿No queréis pedir traslado vosotras? —preguntó Amanda. Las otras tres la miraron con los ojos como platos—. A ver, no me malinterpretéis. Yo os quiero mucho y todo eso, pero donde estén dos *buenorros* así... Ya me entendéis. Podría tener uno aquí, a cada lado, para que el día me fuera más ameno.

—Yo no me muevo de mi sitio —dijeron las otras tres casi a la vez.

—Pide traslado tú y que te pongan con uno de ellos —comentó Carla.

En ese momento, los nuevos redactores llegaron hasta ellas. El chico de recursos humanos hizo las presentaciones oportunas, excepto con Amanda, a quien ya habían conocido antes. Tras los saludos de rigor, se encaminaron hacia otra zona de la oficina.

—¡Ay, Dios! —suspiró Amanda observando el trasero de las dos nuevas incorporaciones de la revista—. Una queriendo ser santa y llegan estas tentaciones y... ¡qué voy a hacer! ¡Tendré que sacrificarme!

Nada más terminar de decirlo, se levantó para correr detrás de los redactores.

—¿A dónde vas? —preguntó Natalia muerta de risa.

—A decirle a José María que ya puede volver a su sección, que a estos los

acompañó yo de paseo por la empresa y les presento si es necesario hasta la señora de la limpieza. Todo sea por el bien común. Ya sabéis que tengo un corazón enorme y alma de ONG.

Amanda desapareció en pocos segundos mientras sus compañeras se reían de sus gracias.

Continuaron trabajando en un ambiente apacible y distendido debido al buen clima que Amanda creaba siempre con sus bromas.

El teléfono de la mesa de Natalia comenzó a sonar y las amigas tuvieron que dejar sus cuchicheos.

—Ven a mi despacho ahora —oyó la voz furiosa de Saúl al otro lado de la línea.

Natalia no tuvo tiempo de quejarse o poner alguna excusa, ya que él colgó nada más terminar de hablar.

54

—Así que tienes novio —afirmó Saúl cuando ella hubo cerrado la puerta de su despacho.

—Sí —confirmó Natalia, altiva, con las manos en jarras sobre sus caderas—. ¿Para eso me has hecho venir?

Saúl se levantó de su asiento de cuero y rodeó la mesa. Caminó despacio hasta llegar a la puerta y echó el cerrojo. Acto seguido, agarró a Natalia de la cintura y el cuello. La pegó a la pared y se cernió sobre ella.

—No me importa que estés con alguien más, siempre que cumplas conmigo.

La inmovilizó para darle un beso exigente que llenó a Natalia de rabia, frustración y asco, al no poder liberarse de él. Forcejeó todo lo que pudo hasta que su boca se despegó de la de Saúl.

—No voy a volver contigo —siseó entre dientes.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que lo harás! —Se rio Saúl mientras manoseaba sus pechos por encima del jersey de punto que ella llevaba.

—¡Suéltame! —exigió Natalia sintiendo cómo ese hombre profanaba su cuerpo con rapidez, al levantarle la falda, buscando la unión entre sus piernas.

—Vas a darme lo que es mío, aquí y ahora, así que no te resistas, nena.

—Suéltame o gritaré y Cecilia se enterará de lo que has hecho conmigo, con Lorena, con Miriam y quién sabe si con alguien más de la oficina —le amenazó, mientras no dejaba de luchar con él para que no alcanzase su objetivo.

Saúl le tapó la boca con una mano.

—Si nos descubren, ya sabes dónde acabarás tú. Así que no se te ocurra volver a intimidarme, zorrita —dijo clavándole los dedos en la cara a Natalia.

Ella estuvo a punto de morder esa mano que la impedía hablar. Sin embargo, pensó que lo mejor era acceder de buenas maneras e intentar librarse de él.

Asintió con un gesto de cabeza a las palabras de Saúl, dándole a entender que no iba a delatarle. Él retiró su mano poco a poco, observando la reacción de la redactora, preparado por si ella se ponía a gritar.

—¿Por qué quieres seguir conmigo? —preguntó Natalia en voz baja—.

Puedes tener a cualquiera de la oficina. Eres un hombre muy atractivo y encandilas a las mujeres con tu labia. Seguro que candidatas no te faltarán. ¿Por qué yo?

—Me he encaprichado contigo —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Si Cecilia se entera de... lo nuestro... me despedirá. Pero ¿qué te pasará a ti? ¿No has pensado que si os divorciáis ella también te puede echar a ti de la revista? Al fin y al cabo, es de su familia.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó agarrándola de los brazos, haciéndole daño.

—Soy buena periodista y sé dónde recabar información. Además, todo el mundo sabe que el imperio es de la familia de Cecilia, no tuyo —soltó con un quejido lastimoso por el daño que Saúl la hacía—. Solo he estado pensando en ello más de la cuenta y he llegado a la conclusión que te acabo de decir. ¿Lo vas a perder todo por un simple polvo conmigo?

—¿Me estás chantajeando, zorra? —Saúl la agarró del pelo y tiró de él hasta que tuvo a Natalia de rodillas a sus pies—. A mí nadie me coacciona, pequeña putita. Si lo vuelves a intentar, si se te ocurre simplemente pensar en ello, lo lamentarás.

Natalia se quejaba de dolor. Con las manos se agarraba el cuero cabelludo, pues Saúl tiraba con tanta fuerza que creyó que se lo arrancaría.

—Escúchame bien, ingrata. Vas a estar disponible para mí cada vez que yo te llame. Me vas a obedecer y a satisfacer cuando yo te lo pida. Y vas a empezar ahora mismo.

La soltó el tiempo justo para bajarse los pantalones y el *slip*. Cuando tuvo el pene libre de ropa, agarró de nuevo a Natalia por el cabello y se lo acercó a la cara. Dio golpecitos con su miembro en los labios de la joven y la obligó a abrir la boca para hacerle una felación.

Ella reprimió las arcadas que le producía tener entre sus labios la virilidad de su jefe. Saúl cogió su cabeza con las manos y la obligó a meterse toda su largura en la boca.

—Así, nena, así —gimió mientras entraba y salía de ella.

Natalia sintió el impulso de morderle y arrancarle el pene. No le importaba si le hería. Él la estaba haciendo daño. Estaba pisoteando su dignidad de mujer, profanando su cuerpo con esas acciones deshonorosas.

Cuando tomó la decisión de hacerlo, unos golpes en la puerta los interrumpieron. Todo se paralizó en aquel momento. Saúl soltó una maldición y salió de la boca de Natalia, acomodándose con rapidez la ropa.

Ella se levantó del suelo inmediatamente, recomponiéndose también. Se limpió con los dedos las lágrimas que habían resbalado por sus pómulos mientras era violada bucalmente y respiró hondo para calmar los acelerados latidos de su corazón.

—¿Quién cojones es? —preguntó él furioso.

Al otro lado, se oyó la voz de Cecilia.

—Ábreme. Tengo que comentarte algo.

Apretó los dientes con fastidio y Natalia suspiró aliviada. Otra vez su jefa la había salvado.

—¿Por qué tienes la puerta cerrada con el pestillo? —quiso saber su esposa cuando Saúl abrió.

Natalia quedó oculta por la puerta, por lo que Cecilia no pudo verla.

—¿Qué quieres? —espetó él de mal humor.

—Concretar los detalles del viaje a Nueva York por nuestro aniversario —dijo ella entrando en el despacho—. Estoy deseando que nos vayamos, a ver si te cambia el humor de una vez, porque últimamente no sé qué te pasa. Siempre estás cansado y con un genio de mil demonios. —Caminó hasta una de las sillas frente al escritorio y se sentó.

Natalia aprovechó para escabullirse de allí antes de que ella la viese.

Corrió hasta el baño femenino y abrió la puerta con un tremendo golpe, que resonó al dar esta en la pared. Con las manos en la boca, tapándosela, continuó rápida hacia uno de los cubículos y una vez allí, levantó la tapa del váter. Vomitó todo el contenido de su estómago hasta que ya no le quedó nada. Mientras las arcadas sacudían su cuerpo y las lágrimas resbalaban por sus mejillas, se dijo que debía hacer algo para solucionar aquello inmediatamente. Cecilia no iba a aparecer siempre en el despacho de su marido cuando Natalia y él estuvieran juntos para ser su ángel salvador.

55

Cuando Natalia regresó a su puesto de trabajo, Elena estaba sola. Su amiga, al ver la cara que traía, se imaginó lo que había sucedido y maldijo a ese hombre que estaba dañando a la periodista.

—Vámonos a comer —dijo levantándose—. Ya casi es la hora.

Se acercó a Natalia y tiró de ella para que se alzara.

—Tienes que denunciarle, Nat. No puedes estar así —susurró en medio del abrazo que la estaba dando para reconfortarla.

Amanda y Carla llegaron en ese momento.

—¿Sesión de abrazitos? —preguntó Amanda—. ¿Quién está falto de cariño? Que yo tengo de sobra para dar y regalar —dijo uniéndose a las dos amigas.

—Yo —mintió Elena—. Estoy en un punto de mi vida que no sé si necesito un abrazo, dos polvos o cuatro hostias.

Natalia sonrió al escucharla. Al parecer a Elena se le había pegado el hacer gracias como Amanda.

—Así que de momento, empezamos con los abrazos —continuó la periodista.

—Pues yo en lo de los polvos no creo que te pueda ayudar —repuso Carla, que también se unió a ellas.

—A mí no me llaméis para lo de las cuatro hostias. Estoy totalmente en contra de la violencia —sentenció Amanda.

—Bueno, vámonos a comer, que se nos pasa el tiempo —soltó Natalia, deshaciéndose del abrazo de sus amigas. Aunque le hubiera gustado permanecer rodeada por ellas por tiempo indefinido.

Cogieron sus bolsos, las chaquetas y se dirigieron hacia los ascensores.

—Oye, Elena, ¿qué pasó ayer con el chico moreno ese... Santi, verdad? —quiso saber Amanda—. Está muy bueno. ¿Ya has conseguido llevártelo a la cama?

Elena resopló.

—No. Todavía no. Y no creo que lo haga.

Entraron en el ascensor, repleto de personas a esas horas, por lo que

tuvieron que retrasar su conversación para más tarde.

Una vez en la calle, se encaminaron hacia el restaurante donde solían comer cada día.

—Me estás defraudando, tía. —Amanda volvió a la carga con el tema.

—Es que es más difícil que... ¡joder! Nunca me había pasado esto con un hombre. Cada vez que le toco, parece que le queme. Sale corriendo —se lamentó Elena.

Natalia ya sabía lo ocurrido la tarde anterior porque su amiga se lo había contado aquella noche cuando regresó de cenar con Rubén.

Santi y Elena se habían ido en el coche de esta a Leganés. Al llegar allí, Elena le invitó a entrar en su casa y, milagrosamente, el chico aceptó. Le propuso ver una película, hacer palomitas y pasar una tarde tranquila. Santi dijo que sí.

Elena eligió una peli de terror a propósito. Con los sustos que habría durante el film, ella fingiría que se moría de miedo, se acercaría cada vez más a Santi, él la rodearía con sus brazos, protegiéndola, y ella aprovecharía la situación para enrollarse con él.

Pero su plan no funcionó.

—Nos estábamos besando y yo empecé a tocarle —contaba Elena—. Fui bajando por su pecho hasta los botones del pantalón vaquero. Los desabroché despacio, sin que él se diera cuenta, y cuando metí mi mano en el calzoncillo... ¡zas! Me pegó tal empujón que me tiró al suelo desde el sofá.

—¿Te empujó y te caíste de culo al suelo? —preguntó Carla, atónita.

—Pero lo haría para abalanzarse sobre ti y hacerte el amor encima de la alfombra, ¿no? —quiso saber Amanda.

—Tú has visto demasiadas películas, me parece a mí —contestó Elena con una mueca de fastidio mirando a Amanda—. No, mujer, no. ¡Qué coño se iba a lanzar sobre mí! Lo que hizo fue levantarse de golpe, abrocharse el pantalón de nuevo y decirme que no podía.

Llegaron al restaurante y entraron. Se acomodaron en su mesa habitual y, tras pedirle al camarero el menú del día, Elena continuó.

—Le pregunté por qué y él solo me miraba y... —sacudió la cabeza— ... empezó a balbucear algo sobre que no podía verle, ni tocarle, que él no era como el resto de los hombres y no sé cuántas tonterías más. Se disculpó veinte mil veces por rechazarme de esa forma tan brusca y se marchó. Salió de mi casa

como si estuviera en llamas.

—¡Qué tío más raro! —exclamó Amanda.

—Igual es de los que quieren casarse vírgenes —aventuró Carla—. Como te ha dicho que no es como el resto de los hombres...

Natalia permanecía en silencio escuchando todo.

—¿Casarse virgen? Pues que se busque a otra —sentenció Elena molesta— porque conmigo eso no va. Yo quiero probar la mercancía sin tener que pasar por el altar. Eso ya no se lleva. Quiero divertirme con todos los que pueda y si él se me pone difícil —se encogió de hombros— hay más peces en el mar. No voy a morirme por no poder acostarme con un tío bueno con tantos que hay a mi alrededor. Puedo elegir a otro.

—Pues a mí me da pena el chico —intervino Natalia recordando lo que Rubén le había contado sobre Santi el día anterior—. Yo creo que debe tener algún trauma o algo, porque no es normal su reacción en una persona de treinta años. Debe sucederle alguna cosa que le impide enfrentarse a una relación sexual normal con una chica.

—Pues que vaya a un psiquiatra —refunfuñó Elena indignada. El rechazo de Santi había herido su ego femenino.

—Este va a ser como mi prima Mari Pili —añadió Amanda— que el día que se muera en el epitafio van a ponerle «Devuelta sin usar».

—¡Qué bruta eres! —exclamó Natalia en medio de las carcajadas de sus compañeras.

56

Cuando regresaron del almuerzo, Natalia aprovechó para llamar a su madre. Desde el sábado que fue a comer a su casa y pasar la tarde con sus padres, no había vuelto a saber nada de ninguno. Paquita le contó que todavía no la habían llamado del hospital para operarla y Natalia la informó de que, cuando lo hicieran, ella cogería una excedencia de varios meses en la revista para ayudar a su padre a cuidarla.

Ya lo había comentado varias veces con Rubén y este le había dicho que era lo mejor que podía hacer, pues su madre iba a necesitar a una persona las veinticuatro horas del día los primeros meses. Para su padre iba a ser muy cansado, así que, si Natalia estaba con ellos, lo podrían llevar mejor entre los dos.

—Pero ¿te vendrás aquí con nosotros? ¿A casa otra vez? —quiso saber su madre, a quien el interés de su hija y sus planes con ellos llenaba de alegría.

—No lo sé, mamá. Tengo que hablarlo con Elena y le pediré consejo a Rubén. Como él lo ha pasado con su madre, es quien mejor me puede decir lo que debo hacer para que papá y tú estéis lo mejor posible.

—Me gusta ese chico, Rubén —dijo Paquita, quien no sabía nada de la relación de su hija con el fisioterapeuta.

—A mí también, mamá. Es una gran persona. Es bueno, cariñoso, dulce, pero también sabe incordiar todo lo que puede y más. —Natalia sonrió al recordar sus primeras discusiones con el joven rubio.

Miró la foto que tenía pegada al lado de la pantalla de su ordenador y el corazón aleteó feliz al recordar aquella noche.

—¿Estás saliendo con él, hija?

—Sí, mamá. Pero llevamos muy poco tiempo.

—¡Mi niña! ¡Qué buena noticia! Me gusta mucho para ti —exclamó Paquita contenta.

—A mí también me gusta mucho para mí. —Se rio ella con el teléfono pegado a la oreja.

Una llamada entrante sonó por la otra línea y Natalia se tuvo que despedir con rapidez de su madre.

Habló con la persona que la llamaba, un catedrático de la Universidad a quien debía hacerle una entrevista esa semana. Tras reprogramar una nueva cita, ya que el señor no podía quedar con ella el día que habían dicho en principio, colgó y se dispuso a trabajar.

Las seis llegaron en un suspiro y las periodistas se marcharon a casa.

Cuando Natalia y Elena aparcaron el coche frente a su adosado en Leganés, se encontraron con Rubén y Santi, que venían de hacer ejercicio con las bicicletas.

—¿Queréis cenar con nosotros? —las invitó Rubén tras los saludos iniciales.

—Sí —contestó rápido Natalia.

—Yo tengo que adelantar trabajo —se disculpó Elena mirando a Santi de reojo—, así que me haré un sándwich y estaré enfrascada en el artículo.

—Hoy hay partido. ¿No lo vas a ver? —preguntó Rubén.

—Bueno... quizá lo vea, pero en mi casa —respondió ella.

—¿Hay partido? —repitió Natalia—. Pues entonces paso de la cena. No me gusta el fútbol.

Rubén la agarró de la cintura para atraerla hacia él.

—Mientras nosotros vemos el fútbol, tú puedes pintarte las uñas, cielo.

—¡Serás idiota! —soltó ella, dándole un puñetazo en el hombro.

Rubén la cogió con una mano de la nuca para acercar su boca a la de él y la besó con cariño, degustando cada centímetro de sus labios. Natalia sintió cómo ese beso destruía el recuerdo de lo sucedido en el despacho de Saúl y lo sustituía por la ternura que emanaba de su novio.

—No te enfades, corazón. Era una broma —susurró Rubén contra los labios de ella.

—Bueno, vale, pero primero quiero darme una ducha —contestó Natalia—. Y vosotros creo que deberíais hacer lo mismo. Al menos tú. —Le clavó un dedo en el pecho al joven rubio—. Apesta.

—De acuerdo. Me pondré guapo para ti. —Le sonrió seductoramente.

Elena no le había quitado el ojo de encima a Santi, quien al principio se había sonrojado muchísimo, como siempre, pero con los minutos su rostro había vuelto a tener el tono normal de su piel.

El joven moreno parecía muy interesado en las grietas del suelo y no

levantaba la vista de allí.

Elena suspiró. ¡Qué pena que fuese tan rarito! ¡Con lo bien que se lo iban a pasar juntos!

—Bueno, me voy para adentro, que yo también quiero darme una ducha. — Se despidió ella de la pareja y de Santi.

En ese momento, Santi levantó la mirada y la clavó en los ojos de Elena. Ella sintió que la traspasaba con aquellos iris azules como el cielo. Algo en su interior se agitó inquieto y un anhelo desesperado se apoderó de su ser.

Pero el contacto con los ojos de Santi duró menos que un suspiro, pues rápidamente el chico también murmuró una despedida y se metió en la casa.

Sin decir nada más, Elena hizo lo mismo.

—Hay que hacer algo con estos dos —le dijo Natalia a Rubén—. No pueden estar así más tiempo.

—¿Además de periodista también haces de celestina para tus amigas?

—¿Y si organizas una barbacoa —comenzó a preguntar Natalia, obviando el comentario de Rubén— y emborrachamos a Santi para que se lance con ella? A Elena ya te digo yo que no hace falta que beba nada en absoluto para seducirle.

Rubén negó con la cabeza. Aún mantenía a Natalia pegada a su cuerpo, resistiéndose a dejarla marchar.

—Le prometí a Santi que jamás volvería a hacerlo. Y yo soy un hombre de palabra —dijo poniéndose muy serio, clavando los ojos en los de ella.

—Venga... Por fi... —rogó melosa Natalia.

—No, cielo, no. Yo cumplo mis promesas y le hice una a Santi que no pienso romper. Además, tú mejor que nadie deberías saber lo que duele que incumplan lo prometido.

Natalia también se puso seria.

—Sí, es cierto.

—¿Qué tal hoy el día? —aprovechó Rubén para preguntarle—. ¿Te ha molestado de alguna manera tu jefe?

Natalia negó, pensando que ojalá no tuviera que mentirle a su novio.

—¿Segura? Te noto un poco triste —comentó él escéptico.

Ella suspiró cansada.

—Es que el día ha sido agotador y estoy muerta.

Natalia puso una mano sobre su camiseta. Aunque estaba empapada en sudor, no le importó. Rodeada por los fuertes brazos de Rubén, se sentía en paz, a salvo y segura. Protegida y querida.

—¿Y tú? ¿Qué tal con tus niños? —quiso saber ella.

—Bien. De momento no hay ningún avance importante que comentar, pero sé que en poco tiempo lo habrá. Al menos con Hugo.

Natalia inspiró hondo y se distanció de Rubén, aunque le dolió tener que dejar de sentir el contacto de sus brazos en torno a ella.

—Bueno —dijo sonriendo—, voy a ducharme, cambiarme y te veo en una hora en tu casa. —Le dio un fugaz beso en los labios y comenzó a subir las escaleras que conducían a la puerta de su chalet.

Antes de traspasarla, se volvió para mirar al fisioterapeuta. Le lanzó un beso al aire y él hizo como que lo cogía con la mano, para después llevárselo a los labios y más tarde al corazón.

«A las 23 horas te espero en nuestro hotel».

Natalia leyó el mensaje y el ánimo que Rubén le había subido volvió a desplomarse en el suelo.

Saúl la conminaba con ese wasap a que se reuniese con él.

«No podré ir. Estaré ocupada», contestó ella.

Tiró el móvil sobre la cama y comenzó a desnudarse para meterse en la ducha.

«Tienes que acabar lo que has empezado en mi despacho».

Natalia cerró los ojos después de leerlo. Ese maldito hombre no iba a darse por vencido.

«Hoy no podré. Voy a cenar con mi novio y luego le haré a él lo que no pienso hacerte a ti nunca más», tecleó ella. Sabía que con esa respuesta Saúl se enfadaría, y ella estaba jugándose el puesto en la revista. Pero su dignidad de mujer la impulsó a resistirse y presentar batalla.

El teléfono comenzó a sonar en su mano. Era él.

—Qué demonios quieres, Saúl —masculló apretando los dientes molesta.

—Te espero a las once en el hotel y no se hable más —ordenó él con voz autoritaria.

—No voy a ir.

—El otro día me dijiste que nos veríamos fuera de la oficina porque tenías miedo de que Cecilia nos pillase —le recordó su jefe.

Natalia le había dicho aquello para darle largas y librarse en aquel momento de su acoso, pero él se lo había tomado al pie de la letra.

—Tú sigues llamándome a tu despacho para... —Se mordió la lengua y no continuó por ese camino—. Hoy no puedo ir, Saúl. Entre semana acabo muy cansada de trabajar y...

—Pero a tu novio sí que vas a verle y a follártelo —siseó su jefe enfadado.

—Lo que yo haga con mi vida fuera de *Zero* es cosa mía —replicó Natalia altiva.

—Ven a las once o lo lamentarás —ordenó Saúl antes de colgar el teléfono.

—¡Mierda! —gritó Natalia llena de rabia y frustración.

Se sentó en la cama, cubierta solo por las braguitas y el sujetador, y se llevó las manos a la cara para tapársela. Comenzó a llorar y no supo cuánto tiempo estuvo así, hasta que sintió la mano de Elena sobre su hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó su amiga preocupada.

—Saúl quiere que vaya al hotel para... —Se le quebró la voz y no pudo continuar.

Elena la abrazó y la acunó mientras Natalia dejaba salir todo el dolor que sentía por lo que ese hombre la estaba haciendo.

—No irás —sentenció su amiga tras unos minutos.

—Si no voy...

—¡Me da igual si te despides! —la cortó Elena gritándola—. ¡No irás!

—¿Por qué te enfadas conmigo? Soy yo la que está sufriendo el acoso de Saúl —dijo entre lágrimas.

—Perdóname por gritarte, pero es que todo esto me tiene indignada y siento un odio tremendo hacia ese hombre, por mucho que sea nuestro jefe. Ojalá se muriese en este instante —siseó Elena furiosa.

Abrazó a Natalia con más fuerza y la acarició el cabello rubio tratando de confortarla.

—No vas a ir. —Volvió a decirle, en un tono más suave—. Lo que tienes que hacer ahora es ducharte e irte a casa de Rubén y pasártelo bien. Olvídate del hijo de puta de Saúl esta noche. Mañana ya se nos ocurrirá algo para seguir dándole largas hasta que encontremos una solución a este tema. Aunque lo mejor sería que lo denunciases por acoso laboral. Me he estado informando para el reportaje que estoy haciendo y...

—No puedo hacerlo, Ele. Se destaparía toda mi aventura con él y Cecilia me despediría.

—¿No dices que cada vez que miras a Cecilia te remuerde la conciencia por lo tuyo con su marido? —preguntó Elena—. ¿Piensas estar así toda la vida? Puedes cambiar de trabajo. Me ha llegado cierta información sobre que en *Quo* están buscando...

Natalia se distanció de ella, rompiendo el abrazo que su amiga la daba.

—Pero allí no estaría con vosotras —se quejó refiriéndose a Carla, Amanda y ella.

—Ya te dije que eso no importa. Nosotras continuaríamos viviendo juntas y

a Carla y Amanda las puedes seguir viendo cualquier tarde o algún fin de semana —insistió Elena para convencerla—. Prométeme que lo pensarás.

Natalia sonrió con tristeza.

—Me voy a la ducha.

—Medítalo. Es lo mejor que puedes hacer en tu situación. Pide la baja voluntaria y vete a otro sitio. Mientras, yo seguiré con mi investigación para el reportaje que estoy haciendo. Quizá encuentre la manera de ayudarte a salir de todo esto. Pero, de momento, cuanto antes pierdas de vista al indeseable de Saúl, mejor.

Natalia se metió en el cuarto de baño sin responder a Elena, pero su mente comenzó a barajar esa posibilidad. Aunque le dolería muchísimo dejar de ver a sus amigas cada día y compartir risas.

Pero también se decía que, cuando pidiera la excedencia para cuidar a su madre tras la operación, estaría unos cuantos meses lejos de Saúl y, en ese tiempo, era posible que él encontrara a otra y la dejara en paz.

Sin embargo, también pensó que no sería justo para la otra chica que él tuviera, porque la acosaría como estaba haciendo con ella. Ni para Cecilia, porque estaba perdiendo años de su vida al lado de un hombre despreciable que no tenía ningún escrúpulo en serle infiel.

Le daba rabia tener que renunciar a un buen trabajo, el empleo de sus sueños, por culpa de un error. Porque ella tenía tanta culpa como Saúl por haber iniciado aquella relación tormentosa. Si bien era cierto que había intentado ponerle fin a toda esa locura, Saúl no estaría ahora acosándola si, desde un principio, se hubiera negado a tener una aventura con él. ¿O la habría perseguido igualmente?

¿Qué decisión debía tomar?

Rubén abrió la puerta de su casa vestido con el pantalón *hippie* de rayas y sin camiseta. Los pies descalzos también.

Natalia, que se había puesto un cómodo vestido de punto azul, se quedó embobada mirándole todos los músculos del torso, sus fuertes brazos y los marcados abdominales. Los dedos comenzaron a picarle por la necesidad de acariciar el fino vello de su pecho y las líneas negras del reciente tatuaje, que en esos momentos él llevaba destapado. Se había puesto una capa del gel cicatrizante, que había comprado en una farmacia por orden del tatuador, sobre todo el dibujo para ayudar a que no se le infectara y se curase rápido, y debido a esto, esa zona de su piel relucía.

La garganta a Natalia se le reseco. Le daban ganas de saltarse la cena e ir directamente a por el postre, pero con Santi en la casa no podía comportarse como una tigresa descarada, así que reprimió el impulso de abalanzarse sobre Rubén y devorarlo.

Recorrió con ojos ávidos el cuerpo de su novio hasta llegar al horrendo pantalón.

—Me habías dicho que ibas a ponerte guapo —dijo frunciendo el ceño.

—¿Y no lo estoy? —preguntó pícaro él, haciéndose a un lado para dejarla entrar—. Sé lo mucho que te gusta verme sin camiseta y mis tatuajes.

Ella se acercó para darle un beso en los labios.

—Me encanta, pero haz el favor de comprarte otro tipo de pantalones para estar en casa con lo que te paguen en el circo ese donde haces de malabarista.

Rubén la agarró de la cintura mientras reía su comentario.

—Y de payaso, no lo olvides —comentó él jocoso.

Se inclinó sobre su boca y la reclamó con un beso apasionado, que hizo que todas las neuronas de Natalia se fundieran a la vez.

—Me encanta cómo besas —suspiró ella una vez que hubo finalizado.

—¿Sí? Pues a mí me gusta que te encante, porque tengo la boca llena de besos para darte. —Y comenzó a darle pequeños besos en las comisuras de los labios, recorrió las mejillas y su frente, entre las risas de Natalia, que se dejaba hacer totalmente seducida y enamorada de ese hombre tan maravilloso.

—¡Para! —exclamó ella riéndose—. O no cenaremos, ni veremos el fútbol, ni nada de nada.

—Ni te podrás pintar las uñas, Barbie.

—Perroflauta... —Natalia le miró con fingida indignación.

—Vamos —Rubén le dio un pequeño azote en el culo—, ya está todo preparado y el partido comenzará en cinco minutos.

Cenaron en el salón de la casa, frente al televisor, Rubén, Santi y ella. Mantuvieron una charla entretenida y Natalia les contó sobre el reportaje que estaba elaborando para el próximo número de *Zero*. Rubén también les habló sobre los progresos de algunos de sus niños, y Santi comentó un par de cosas sobre su trabajo.

Cuando dieron el descanso del partido, recogieron todo entre los tres y Santi les comunicó que terminaría de ver el fútbol en la tele de su habitación. Así les dejaría intimidad.

—Santi, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pidió Natalia mientras Rubén se metía en la cocina para colocar los platos en el lavavajillas.

Él se giró, de pie en medio de las escaleras que conducían al piso superior, y la miró con una sonrisa sincera. Asintió con la cabeza.

—Dime.

Natalia le observó unos segundos antes de hablar. Había descubierto que Santi ya no se ponía rojo cuando trataba con ella. Al principio sí, pero con el paso de los días charlaba con Natalia como lo hacía con Rubén, de una manera natural y sin un ápice de su timidez habitual. Verle así, tan relajado, le había dado valor a Natalia para preguntarle lo que quería saber.

—¿Podemos sentarnos un momento en el sofá antes de que te subas a tu habitación? —quiso saber ella.

—Sí, claro. ¿Qué ocurre? —preguntó él, intrigado.

Santi la siguió de nuevo al salón. Desde allí aún oían el trastear de Rubén en la cocina.

—He notado que conmigo te sientes cómodo para hablar y que te gusta mi compañía —comenzó diciendo Natalia—. Creo que ya tenemos un poco más de confianza que al principio. Me alegro mucho de esto y quiero que sepas que tú también me caes muy bien y que me resultas un chico muy interesante, con buena conversación y divertido.

—Gracias por los halagos —dijo sonrojándose levemente—. Tú también me pareces una chica genial y me alegro de que seas la novia de mi mejor amigo.

—Te estás poniendo rojo —afirmó Natalia.

—Y más que me voy a poner como sigas piropeándome de esa manera. — Sonrió Santi y, como había predicho, el ligero rubor de sus mejillas aumentó.

—Vale, pues ya no te digo nada más. —Rio ella, sentada a su lado en el sofá.

Se miraron unos segundos a los ojos, sonriendo todavía, hasta que Natalia tomó la palabra cuando vio que el sonrojo en las mejillas de su amigo desapareció.

—Verás, me gustaría preguntarte algo. —Hizo una pausa antes de continuar —: Es evidente que Elena te gusta mucho —Santi contuvo la respiración al escucharla— y que te pones nervioso cuando ella está cerca, o cuando te habla o te mira. Pero ya la conoces desde algunas semanas y no has perdido todavía tu timidez con ella. A pesar de que os habéis besado unas cuantas veces...

—¿Cuál es la pregunta, Natalia? —quiso saber Santi tragando saliva ruidosamente y poniéndose colorado de nuevo.

—¿Por qué con ella te muestras tan esquivo? ¿Por qué cuando te toca sales huyendo? ¿Es que tienes algún problema? ¿Algún trauma con alguna chica de tu pasado?

—Eso son muchas preguntas. —Santi se levantó del sofá, nervioso—. Y no voy a contestar a ninguna. Mi vida íntima me pertenece únicamente a mí.

—Claro, claro, pero es que Elena está muy enfadada porque le gustaría tener algo contigo y tú no haces nada más que rechazarla.

—No sigas por ahí —le advirtió Santi.

Natalia vio en sus ojos una tristeza inmensa, lo que la acicateó para llegar hasta el final de la cuestión.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que ocultas, Santi? ¿De qué tienes miedo? Elena es una gran persona. Es comprensiva e inteligente y si te sinceras con ella...

Rubén llegó al salón en ese momento.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó al ver a Santi de pie, en actitud defensiva, con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos, y a Natalia sentada aún en el sofá, mirando

a su amigo con curiosidad, como si fuera un ser que hubiera que diseccionar en un laboratorio.

—Tú novia, que está haciendo labores de investigación en su tiempo libre. —Santi se giró para encarar a Rubén y caminó hacia la salida del salón—. Dile que no se meta en mi vida. No pienso contarle a nadie mis intimidades. A ella tampoco, por muy bien que nos llevemos y que sea tu novia. No tiene ningún derecho a revolver en mi pasado, ni en mi presente.

—Lo siento, Santi. Me he excedido. —Natalia se levantó del sofá y corrió tras él para disculparse—. Pensé que como ya vamos teniendo cierto grado de confianza...

—Pues no rompas esa poquita confianza —dijo él sin mirarla, subiendo las escaleras.

59

Natalia se giró para mirar a Rubén, entristecida por haber metido la pata con su amigo.

—Yo... —comenzó a decir, pero su novio la cogió la cara entre las manos y la silenció con un tierno beso.

—Tranquila. Se le pasará.

—Es que... pensé... como conmigo no se pone rojo y le noto más desinhibido, creí que se abriría a mí y me contaría qué es lo que le pasa.

—¡Ay, Nat! —suspiró Rubén, agarrándola de la cintura—. Lo que le pasa es que es una persona muy muy vergonzosa.

—Conmigo no lo es —rebató ella—. Yo creo que le quedó algún trauma de aquello que me contaste con esa chica del instituto. ¿Por qué no intentas sonsacarle tú y así podemos ayudarles a los dos, a Elena y a él?

—¿Por qué no dejas de meter tu nariz de periodista en todos lados y dejas a la gente que viva su vida en paz y como les dé la gana? —la riñó con cariño.

—Quiero ayudar —insistió ella.

—¡Vaya! ¡No sabía que hubiera una Barbie ONG!

Cuando Natalia fue a replicar, Rubén la besó, asaltando todos sus sentidos con experta maestría.

De un brinco, ella se encaramó a sus caderas. Él la sujetó por el trasero con las manos.

—Olvídate del fútbol y vamos a tu habitación —le pidió Natalia con la voz temblorosa por la pasión que el beso de Rubén había desatado en ella.

—¿A mi habitación? ¿Para qué? —quiso saber él mirándola juguetón.

Natalia le observó unos instantes.

—Para qué decírtelo, si te lo puedo hacer —susurró traviesa cerca de sus labios.

—Ve subiendo —dijo Rubén mientras la dejaba de nuevo en el suelo—. Voy a apagar la televisión y enseguida me reúno contigo.

Natalia corrió por las escaleras con el pulso apremiándole en las venas y una sensación de hambre sexual como no había sentido nunca en su vida.

Llegó al cuarto de Rubén y de un tirón destapó la cama. Se sacó

rápidamente el vestido por la cabeza y se quitó las bailarinas a patadas, mientras se peleaba con el cierre del sujetador. Cuando estuvo solo con las braguitas, Rubén entró en la habitación.

Al darse la vuelta después de cerrar la puerta, se paralizó y, como le ocurría siempre que la veía desnuda, notó la creciente electricidad que vibraba en el aire instándole a unirse con ella.

—Qué ojos más grandes tienes, abuelita —dijo Natalia sintiendo cómo Rubén la recorría con la mirada, como si quisiera aprenderse su cuerpo de memoria.

—Son para verte mejor.

Caminó hacia ella con lentitud, recreándose en ese momento al máximo y haciendo que la excitación creciera en ellos.

Cuando llegó a su lado, Rubén la acarició con las yemas de los dedos, atormentándola con su delicadeza. Él estaba pendiente de cada reacción de la hermosa mujer que tenía delante y no pensaba perderse nada por culpa de ir con prisas.

—Abuelita, qué manos más grandes y fuertes tienes. Qué dedos más largos... —susurró Natalia acercándose, desesperada por sentirle más.

—Son para tocarte mejor, corazón —soltó Rubén junto con un gruñido primitivo, al notar que los pechos desnudos de su novia chocaban contra su torso.

—Quítate el pantalón —ordenó ella—. Quiero ver lo mucho que te excita mi cuerpo desnudo.

Aunque no hacía falta que Rubén se desprendiera de él porque, a juzgar por la protuberancia entre sus piernas, era obvio que el deseo había nacido en él con fuerza.

Obedeció con rapidez, cumpliendo los deseos de su novia, y, cuando Natalia comprobó la erección palpitante que el fisioterapeuta tenía, jadeó satisfecha.

Ese sonido hizo que el corazón de Rubén latiera más deprisa, en una mezcla de pasión y excitación.

—Abuelita, creo que está creciendo —murmuró Natalia con un quejido desesperado.

—Es para hacer mejor lo que tú ya sabes, cielo —le sonrió con picardía.

La voz de Rubén retumbó en el silencio de la habitación, llegando hasta la piel de ella, recorriéndosela como una caricia. La energía sexual era tan palpable entre ellos que casi podía tocarse con las manos.

—Me lo harás... —dijo Natalia tragando saliva. Tenía la garganta seca por la excitación del momento— pero antes... antes quiero que me hagas otra cosa. —Le miró a los ojos y ordenó—: Ponte de rodillas y quítame las braguitas.

Rubén obedeció, deslizando despacio la prenda por los muslos de su chica, dejando un rastro de fuego por donde pasaban sus dedos. Cuando Natalia le tuvo frente a su sexo, le agarró la cabeza y le acercó a sus pliegues íntimos.

—Cómeme —le pidió con un murmullo apenas audible.

El joven rubio enterró la cara entre las piernas de la periodista y se apoderó de aquella zona erógena de su cuerpo. La degustó con ansia, con lametazos expertos, mientras Natalia gemía y le atrapaba la cabeza con las manos para que no se distanciase de allí. Ella quería que la colmase de sensaciones indescriptibles en aquel cálido lugar y Rubén se afanó por saciarla y satisfacerla.

Natalia sentía la húmeda lengua masculina jugando con sus labios y cuando Rubén atrapó su botón mágico, se enredó con él en un duelo apasionante. Las manos de su novio le apretaron las nalgas desnudas para que ella no pudiera moverse y culminar así su trabajo oral.

La llevó al borde de la locura y cuando ella gimió por el placer obtenido, Rubén se la echó al hombro como si fuera un fardo. Dio los pocos pasos que le separaban de la cama y, tras sacar un preservativo de la mesilla de al lado, la dejó caer sobre el lecho como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Eh! —se quejó Natalia sonriendo—. ¿Dónde está la delicadeza con que me tratas siempre?

—Acabas de despertar a «la bestia», así que se acabó la delicadeza —contestó él poniéndose la funda de látex en su dureza.

—¿No salía a partir de las doce? —le pinchó ella melosa y traviesa.

—Creo que hoy la dejaré salir antes.

60

A la mañana siguiente, cuando Rubén se encontró con Santi, que ya salía hacia su trabajo, le detuvo un momento para hablar con él.

—No te enfades con Natalia, por favor —le pidió a su amigo—. Ella no lo hace con mala intención. A Elena le gustas y es obvio que ella a ti también. Como ve que estáis mareando la perdiz en lugar de...

—Tranquilo. —Santi levantó una mano para detener su discurso—. Ya sé que Natalia no lo hace para fastidiar, que solo quiere ayudar a su amiga...

—Y de paso a ti —le interrumpió Rubén.

Pero Santi prosiguió como si no le hubiera escuchado.

—Pero no es posible. Soy como soy y eso no se puede arreglar.

Rubén se acercó a su amigo y le colocó una mano en el hombro.

—¿Qué es lo que te pasa cuando una mujer te gusta? ¿Qué hace que te detengas y no la hagas tuya? —quiso saber—. Natalia me contó anoche sus sospechas y pienso que...

—¿Cuándo te lo contó? ¿Antes o después de hacerla gritar de placer? —Le miró burlón—. Se oía perfectamente todo lo que ocurría en tu habitación. Pero no te preocupes, no me importa saber que disfrutáis en la cama. Me alegro mucho por vosotros.

—Tú podrías hacer lo mismo con Elena —le pinchó Rubén.

—Eso es muy fácil de decir.

—Solo tienes que...

—Rubén, déjalo —le cortó Santi poniéndose de nuevo serio—. No quiero hablar de ello. Si no te lo he contado nunca es porque no quiero que nadie sepa lo que me pasa.

Se miraron unos segundos a los ojos hasta que Rubén habló otra vez.

—¿Es algo que se pueda arreglar... con tratamiento médico? —preguntó el fisioterapeuta.

Santi suspiró cansado.

—Te he dicho que no se puede solucionar y que no quiero hablar de ello. Por favor, respeta mi decisión.

—Me duele verte así, tío. Deseas a Elena del mismo modo que yo deseo a

Natalia y no haces nada para luchar contra lo que sea que te pasa y superarlo — dijo, dolido por la actitud de derrota de su amigo.

—Rubén, ya, se acabó. Tema finiquitado.

—¿Y si fueras a un psicólogo? —insistió, queriendo ayudarle de alguna manera.

Santi se encaró con él, molesto e indignado porque su amigo no paraba de meter el dedo en la llaga.

—¡Un psicólogo no va a hacer que vuelva a nacer y sea un hombre completo! —le gritó.

—¿Un hombre completo? —Rubén le miró sorprendido, sin entender nada de lo que su amigo había dicho.

—¡Joder! ¡Deja el tema ya! ¿Quieres?

Santi se volvió, abrió la puerta y bajó con rapidez las escaleras para irse a trabajar.

Rubén se quedó de pie, viendo cómo se alejaba. En su mente la pregunta se repetía una y otra vez. ¿Un hombre completo?

Natalia le contó durante el desayuno a Elena la conversación con Santi y cómo este se enfadó con ella al preguntarle todas esas cosas.

—Yo creo que necesita un psicólogo —dijo por fin—. O quizá... quizá si le emborrachamos, se desinhiba y consigas...

—¿Estás loca? —Elena la miró como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente—. No pienso emborrachar a un hombre para que se acueste conmigo. ¡Por el amor de Dios! Ni que fuera más fea que una cucaracha. No voy a caer tan bajo como para hacer algo así con la cantidad de tíos buenos que hay sueltos por el mundo —exclamó indignada.

—No te sulfures, Ele, yo solo insinuaba que a lo mejor... —Natalia levantó las manos en señal de paz.

—Pues la respuesta es no. ¡Vamos, hombre! ¡Lo que me faltaba!

Elena se levantó de su silla y recogió su parte de la mesa.

Natalia terminó su desayuno en silencio, buscando un motivo al comportamiento de Santi. Ya no le valía de excusa decir que él fuera tímido. Algo le había ocurrido a ese chico en el pasado y ella estaba dispuesta a

descubrirlo.

Una hora después llegaron a la oficina. Antes de entrar, Natalia inspiró hondo, armándose de paciencia y valor para soportar el acoso de Saúl.

La noche anterior había desconectado su móvil y cuando lo encendió esa mañana tenía varias llamadas y mensajes de él. No quiso leerlos y los borró inmediatamente. Seguro que hoy estaría furioso y le haría pagar su plantón en el hotel. Caminando hacia su mesa, iba rezándole a todos los dioses y santos que conocía, suplicando que Saúl tuviera clemencia y la dejara pasar el día tranquilamente.

Las divinidades debieron apiadarse de ella, pues Amanda la informó de que su jefe pasaría todo el día reunido y había ordenado que nadie le molestara.

Natalia respiró más calmada y se dispuso a trabajar.

La jornada laboral pasó en un suspiro y, poco antes de irse a casa, llegó hasta ellas el rumor de que Cecilia y Saúl se iban a ausentar unos días de la revista porque se marchaban de viaje a Nueva York.

Al oír la ciudad de destino, recordó que Cecilia lo había comentado cuando les interrumpió en el despacho de Saúl la tarde anterior.

Si, como decían sus compañeras, se iban al día siguiente, Natalia iba a pasar esos días muy tranquila en *Zero*. Se alegró de librarse del acoso de su jefe, aunque solo fuera por pocos días. Deseó que a la vuelta él hubiera recapacitado sobre lo suyo con ella y dejase de perseguirla.

61

—¿Has estado alguna vez en Burgos? —preguntó Rubén a Natalia aquella mañana de domingo.

Ella se había quedado a dormir la noche anterior y ahora descansaba relajada entre los brazos de su novio.

Rubén le acariciaba el cabello rubio con parsimonia. Le encantaba la suavidad del pelo de Natalia y meter los dedos entre los mechones le resultaba muy tranquilizador y reconfortante. Sabía que a ella también le sucedía lo mismo y por eso deslizaba una y otra vez la mano por el cabello. Se topó con el antifaz de satén negro que Natalia usaba para dormir, puesto en lo alto de su cabeza a modo de diadema, y recordó la noche pasada.

Le había hecho el amor a Natalia con esa prenda cegándola y la experiencia había resultado sumamente satisfactoria. Ya tenía ganas de repetirla de nuevo.

—No. No conozco la ciudad, aunque la he visto en tus fotos y algún reportaje en la televisión.

Natalia trazaba pequeños círculos con los dedos por el fino vello del torso de Rubén, sin tocar el tatuaje del pecho que aún no había cicatrizado del todo, pero al que ya le quedaba poco para hacerlo. Con la cabeza apoyada en su hombro, disfrutaba del contacto de sus yemas sobre la piel caliente del fisioterapeuta y del masaje que él la daba en su cabello.

—Podríamos ir el próximo fin de semana y así te enseño la ciudad —comentó él—. No vas a tener un guía mejor que yo.

Ella se incorporó un poco para mirarle a los ojos.

—Y de paso me presentas a tus padres y a tu hermana —soltó perspicaz. Sabía que a Rubén le ilusionaba que ella conociera a su familia, así que, además de enseñarle la ciudad donde él había nacido, aprovecharía para hacer esto otro.

Rubén no lo negó. Ya lo habían hablado otras veces, pero Natalia siempre le decía que era pronto.

—Claro, y así también compruebas por ti misma cómo está mi madre tras su operación. —Al ver la duda en los ojos verdes de ella, añadió—: Te quedarás más tranquila si conoces a alguien que ha pasado por eso y lo ha superado. Verás que se puede volver a hacer una vida normal, con algunas restricciones, claro,

pero al fin y al cabo, normal. Le podrás preguntar acerca de la recuperación en casa, aunque yo te he contado ya mucho, pero, si hablas con ella, será más fácil saber a lo que te enfrentas con la tuya.

—Todo eso me parece genial, Rubén, y me encantaría saber de primera mano lo que va a pasar cuando operen a mi madre. Saber la mejor manera de atenderla...

No terminó la frase porque había otra cosa que también le preocupaba de la visita a Burgos.

—¿Pero? —preguntó Rubén sabiendo que había un «pero» a todo eso.

Natalia se incorporó del todo y se sentó al estilo indio en mitad de la cama. El camisón negro que llevaba, a juego con el antifaz de raso que tenía en el pelo, se tensó al colocar ella las piernas en esa postura y Rubén pudo, ver por debajo de la falda, el sexo desnudo de su novia. Al instante, comenzó a crecer la erección dentro de su *slip* y los ojos ya no pudieron apartarse de allí.

—¿Y si no les caigo bien a tus padres? —quiso saber ella con ansiedad—. ¿Qué pasará si tu madre o tu hermana me detestan? Y tu padre, ¿me verá como una rubia tonta, igual que te pasó a ti al principio, y me negará la oportunidad de demostrarle que no lo soy?

Rubén había dejado de escucharla hacía rato. Su mirada estaba clavada en los rizos rubio oscuro de la intimidad de Natalia y se relamía ante la posibilidad de volver a probar ese néctar que ella tenía entre las piernas.

—Rubén —le llamó ella al ver que no contestaba a sus preguntas.

Chasqueó los dedos frente a sus ojos y Rubén pareció que volvía de un sueño mágico.

—¿Qué?

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Ehhhh... ¿Sí?

Natalia puso los ojos en blanco. No se había enterado de nada.

—No estabas escuchándome —le acusó ella.

—Tú me estás distraendo —replicó él, centrande de nuevo su mirada entre las piernas de Natalia—. ¿Qué decías?

—¿Que yo te distraigo? —Natalia siguió la mirada de su novio hasta ver qué le tenía tan ensimismado. Cuando comprobó por qué él no la escuchaba, cambió de postura, dificultándole la visión de su sexo desnudo.

—¡Oh, vaya! ¡Me estás privando de unas excelentes vistas! —se quejó Rubén.

Se acomodó mejor la erección, que chocaba contra su *slip* y le molestaba, mientras Natalia le miraba indignada.

—¡Hombres! —bufó ella—. En cuanto veis un par de tetas y un culo, vuestro cerebro se desconecta y solo pensáis con la entrepierna.

—Eso no es cierto —se defendió Rubén—. No te estaba mirando ni el pecho ni el trasero.

—No, claro —Natalia puso los ojos en blanco otra vez—. Solo me estabas mirando cierta parte...

—Perdona que te corrija —la interrumpió él acercándose para cogerla de la cintura— no estaba mirando. Estaba *admirando* —recalcó la palabra— una zona de tu cuerpo, suave y calentita, que nos hace disfrutar mucho a los dos. —Metió la mano bajo el camisón de ella, buscando aquel lugar cálido e íntimo del que hablaban—. Esa parte que me muero por probar de nuevo, que estoy seguro de que nunca me cansaré de ver, tocar, oler, saborear... —Llegó con una mano hasta la unión entre las piernas de Natalia y se encontró con la resistencia de ella para separar los muslos.

—Pues si quieres volver a ver, oler y tocar esa parte, más vale que me contestes a lo que te preguntaba.

—Te ha faltado «saborear» —comentó él juguetón.

Con un giro rápido, colocó a Natalia tumbada sobre la cama otra vez, y metió una rodilla entre sus piernas para separarlas.

—Vale, también saborear —suspiró ella notando en cada centímetro de su piel las caricias de Rubén, que ascendían por los muslos intentando llegar a su sexo —contéstame, anda, por favor.

—¿Cuál era la pregunta? —quiso saber él, levantando el camisón de ella y acercándose a su ombligo para besarlo.

—Me preocupa no caerles bien a tus padres y a tu hermana —soltó Natalia con voz temblorosa por la multitud de sensaciones que se agolpaba en su ser. La lengua de Rubén descendía en un recorrido sinuoso desde su vientre hasta rozar su vello púbico, haciéndola arder.

—Les encantarás. —Él la miró un segundo, con una sonrisa traviesa, antes de añadir—: Igual de encantado, hipnotizado y hechizado que me tienes a mí.

Dicho esto, separó con los dedos los pliegues íntimos de Natalia y se dispuso a darse un festín.

62

La semana pasó rápida y el viernes llegó. Cuando Natalia salió de la oficina, Rubén ya la esperaba con su furgoneta en la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó él apoyado contra el capó, abriendo los brazos para recibirla.

Natalia se colgó de su cuello y reclamó su boca con un beso apasionado.

—Sí, lista —murmuró contra sus labios—. ¿Te has acordado de coger mi maleta?

El día anterior, Natalia había llevado a casa de Rubén una maleta pequeña con varias cosas suyas para pasar el fin de semana en Burgos.

—Sí, tranquila. Tendrás todos tus modelitos y tus potingues para lucir espectacular ante mi familia.

Ella le dio un puñetazo en el hombro.

—Perroflauta...

—Barbie.

Rubén le dio un fugaz beso y un pequeño azote en el trasero.

—¡Andando! —exclamó y le abrió la puerta de la furgoneta para que ella accediera al vehículo como haría un perfecto caballero, con reverencia y todo.

—Hola, Santi. —Saludó Natalia en cuanto se subió y vio a su amigo sentado detrás. El joven moreno aprovechaba el viaje a su ciudad natal para ver a su familia.

—Hola, Nat. ¿Qué tal el día? —correspondió él.

Mientras Rubén maniobraba para salir del estacionamiento, Natalia les contó a los dos la buena marcha del reportaje que estaba realizando. En pocos días estaría terminado y podría presentárselo a Cecilia para su aprobación.

Continuaron charlando alrededor de una hora más y, en un momento que se quedaron en silencio, Rubén aprovechó para poner algo de música.

Natalia comenzó a tararear la canción que salía por los altavoces del vehículo, en voz baja. Ya se había aprendido algunas canciones de tanto escucharlas en casa de su novio, pero había una en particular, la que sonaba en esos momentos, que le emocionaba especialmente.

Rubén sonrió al escucharla cantar bajito y cuando la canción llegó al punto

que a ella le gustaba la agarró de la mano, se la llevó a los labios para besarla y susurró contra su piel la última frase de la misma.

—Yo te prometo contigo... envejecer.

El corazón de Natalia se saltó un latido ante la magnitud de aquel momento tan emotivo y el romanticismo que su novio desprendía por cada poro de su piel.

Se olvidaron de que llevaban a Santi detrás, testigo mudo de aquel despliegue de ternura, y se dieron un rápido beso en los labios, sonriendo como dos tontos enamorados.

—Me alegro de que te vaya gustando Melendi —dijo Rubén.

—Unas más que otras. Pero *La promesa* ya sabes que es mi favorita de entre todas.

—La próxima vez que dé un concierto en Madrid, te voy a llevar.

—Eh, eh, eh, que tampoco me gusta tanto —soltó Natalia con las manos en alto, deteniéndole.

—Sí que te gusta. No lo niegues —la pinchó Rubén.

—Sí, claro, igual que a ti David Guetta y Calvin Harris.

—¡Oh, por favor! Vas a comparar... —Rubén puso los ojos en blanco.

Santi carraspeó antes de intervenir.

—¿Otra vez vais a discutir por la música? —les preguntó a ambos.

—No, colega, tranquilo —respondió Rubén mirándole por el espejo interior del vehículo—. Si Natalia ya sabe quién es «el rey».

—Felipe VI, no te jode... —murmuró ella en voz baja.

—¿Qué has dicho, cielo? —Rubén la miró de reojo.

—Que «el rey» es Elvis Presley. —Se burló.

En la parte trasera se oyó la risa ahogada de Santi. Se lo pasaba estupendamente con sus duelos verbales.

—Me refería al rey del pop/rock —dijo Rubén.

—¡Ah, sí! Espera, que esa me la sé. ¡El Fari! —soltó ella tomándole el pelo.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó él, arqueando una ceja rubia.

—Nooooo —contestó mientras sonreía igual que una niña buena.

—Verás cuando te pille esta noche en la intimidad de nuestra habitación.

—¿Me estás amenazando? —quiso saber ella juguetona—. Mira, que tengo a Santi de testigo.

El aludido soltó una carcajada y levantó las manos en señal de paz.

—A mí no me metáis.

—Tápate los oídos, Santi. —Le aconsejó Rubén a su amigo—. Tengo que decirle algunas cosas a esta niña.

—No, por favor —rogó Santi—. Me lo estoy pasando muy bien con vuestra charla y me quiero enterar de todo lo que sale por vuestra boca.

Natalia se giró en el asiento para mirar al joven moreno y le sonrió. Después de aquella discusión que habían tenido los dos, su relación de amistad había vuelto a ser la misma de antes.

—A ti lo que te gusta es que Natalia me pinche. —Le recriminó Rubén.

—¡Hombre! ¡Por supuesto! ¿Acaso lo dudabas? Si no hay cosa más divertida que ver cómo ella se ríe de ti.

—¡Ese es mi chico! —exclamó Natalia contenta.

—¿Cómo que tu chico? —preguntó Rubén aparentando estar celoso de Santi—. Creía que tu chico era yo.

Natalia alargó una mano para cogerle la mejilla a Rubén y darle un ligero apretón en el carrillo.

—Ainssss, ¡qué envidioso me ha salido el niño!

Continuaron el viaje así, entre risas, bromas y una divertida algarabía, metiéndose el uno con el otro.

Cuando llegaron a Burgos era casi la hora de cenar.

63

—Me gusta el bar de tu familia. Lo tienen decorado de una manera muy coqueta —dijo Natalia, contenta porque había tenido un buen recibimiento por parte de los padres y la hermana de Rubén, y porque, en realidad, el local le gustó mucho.

Las paredes, en tonos blancos, rosas y gris marengo, tenían diversos cuadros en blanco y negro, con el marco en forma de estrella, con fotos de actores de Hollywood como Audrey Hepburn, Paul Newman, Cary Grant, Elizabeth Taylor, James Dean y otros tantos.

—La idea fue de mi hermana —respondió Rubén, agarrado de la mano de Natalia por encima de la mesa en la que estaban sentados terminando de cenar—. Cuando ella se hizo cargo del negocio, tras la operación de mi madre, lo remodeló. Es una fanática de las películas de los años 50, 60 y 70, como puedes comprobar. —Con la otra mano, Rubén hizo un gesto abarcando la amplitud del local y su decoración.

—Pues me encanta. Tiene mucho estilo. —Sonrió ella contenta.

—¿Ya estás más tranquila? —quiso saber Rubén.

Natalia supo perfectamente a qué se refería.

—Sí. Me alegro de que me haya recibido tan bien tu familia. Todos han sido muy amables y simpáticos conmigo.

Rubén levantó la mano de ella, que mantenía sujeta con la suya, y la besó el dorso.

—Ya te dije que no tenías de qué preocuparte.

El camarero llegó hasta ellos para recoger los platos vacíos. Tras él, iba Alicia, la hermana de Rubén.

—¿Qué tal el chico nuevo? —preguntó a su hermana, una vez que el camarero se hubo marchado.

—Bien —respondió Alicia, sentándose con ellos—. Ya tenía experiencia en hostelería, así que apenas he tenido que enseñarle nada. ¿Cómo le ves tú? —dijo, pidiendo la opinión de él.

—Nos ha atendido muy bien. Ha sido correcto en todo momento y de trato agradable. Te felicito, pequeñaja, has hecho una buena elección.

—Y además, es muy atractivo, ¿verdad? —Alicia le guiñó un ojo con complicidad a su hermano.

Rubén ensanchó su sonrisa.

—Pues no sé. A mí no me gustan los hombres —respondió.

—Quizá debería pedir la opinión de ella —dijo girándose para mirar a Natalia, que había escuchado la conversación sin abrir la boca.

—Sí, la verdad es que es bastante guapo el chico —admitió.

—Alicia, no te recomiendo mezclar el trabajo con el placer —aconsejó Rubén—. Si las cosas salen mal...

—Ya lo sé —le cortó su hermana—. Pero siempre puedo alegrarme la vista con un hombre así, ¿no?

Rubén cabeceó dándole la razón a Alicia.

La madre de los dos hermanos llegó, de vuelta del baño femenino, y se sentó con ellos en la mesa.

—¿Habéis pedido ya el postre? —quiso saber la mujer.

—Aún no. Estábamos esperándote —contestó Rubén.

—Ahora le digo al chico que venga a tomaros nota.

Alicia se levantó de la silla para dar la orden al camarero.

—Y dile a papá que venga de una vez a sentarse con nosotros —pidió su madre antes de que ella se alejase demasiado.

—¿Cuánto le queda a papá para jubilarse? —preguntó Rubén.

—Dos meses. Estoy deseando que pasen rápido —suspiró la mujer—. Además, como Ali ya tiene personal de sobra, no se va a resentir porque papá no esté con ella. Quien sí lo va a notar es él, acostumbrado al trabajo diario.

—No sabrá qué hacer cuando se jubile. Se va a aburrir —comentó Rubén riendo.

—Ah, tranquilo, hijo. Él no sabrá qué hacer, pero yo sí. Pienso apuntarme a todos los viajes para jubilados que haya. Me apetece mucho viajar, ya que no lo hemos podido hacer en todos los años que hemos estado trabajando aquí. Y, por supuesto, tu padre vendrá conmigo. Además, en el centro social del barrio hay un montón de actividades cada día de la semana, así que es imposible que se aburra.

El camarero llegó para tomarles nota de los postres. Nada más irse el chico, se sentó con ellos el padre de Rubén.

—Ya era hora —le riñó su mujer.

—Estaba ayudándoles un poco —se disculpó el hombre.

—Papá, ya tienen al camarero y entre él y Alicia llevan bien las mesas y la barra. No es necesario que tú estés también —comentó Rubén.

—Es la costumbre, hijo.

Alicia se acercó a ellos en ese momento y le sirvió a su padre la cena. El camarero volvió con los postres y comenzaron una distendida charla entre la familia. Natalia se sentía un poco cohibida. A pesar de que la habían recibido muy bien, tenía miedo de decir o hacer algo incorrecto y que la familia de su novio se llevase una impresión equivocada de ella.

—Me ha contado Rubén que van a operar a tu madre del corazón —dijo el padre de él para darle conversación al verla tan callada.

—Sí, así es. Pero aún no sabemos cuándo. Estamos esperando que la citen —respondió Natalia—. Dijeron los médicos que en un mes o dos, como máximo. Pero ya ha pasado más de un mes y todavía nada.

—Bueno, no te preocupes. Verás que todo sale bien. —La madre de Natalia colocó su mano sobre la de ella para infundirla ánimo—. A mí me operaron hace ya más de dos años y mira qué bien estoy.

—Estoy segura de que la operación será un éxito —comenzó a decir Natalia—. Los cirujanos realizan cada día muchas como esta, pero, aun así, no dejo de preocuparme. Algo puede salir mal y... —Se encogió de hombros y dejó la frase en el aire.

Rubén, que le había soltado la mano hacía rato, se la pasó por los hombros para atraerla hacia él.

—Sé positiva. Ten confianza. —La animó antes de darle un beso en la mejilla.

—Lo sé, sé que tengo que ser optimista. Además, mi madre necesita vernos a mi padre y a mí tranquilos para que ella no se ponga nerviosa también —admitió Natalia—. Y luego está la recuperación en casa. No sé si lo voy a hacer correctamente. Tengo miedo de dañarla de alguna manera...

—Si quieres te podemos dar algunos consejos. —Se ofreció la madre de Rubén.

—Su hijo ya me ha contado mucho, pero les agradecería que me explicasen la experiencia de primera mano —dijo ella mirando alternativamente a los

padres de su chico.

Comenzaron una charla en la que, además de narrar su vivencia, insistieron en que Natalia debía estar calmada, pues todo saldría bien.

64

El sábado lo dedicaron a hacer turismo. Rubén llevó a Natalia por el casco histórico de la ciudad, enseñándole la catedral, el Monasterio de las Huelgas y el castillo, entre otras cosas.

—Burgos es preciosa —le confesó Natalia tras ver los maravillosos monumentos de la ciudad—. Muchas gracias por haberme traído. —Se acercó a Rubén y le dio un dulce beso en los labios.

Él la agarró de la cintura para apretarla más contra su cuerpo.

—Me encanta esta puerta —continuó diciéndole ella, admirando el Arco de Santa María delante del cual estaban—. Es muy muy bonita.

—Es la puerta más señorial de todas las que dan acceso a la ciudad. Data del siglo XVI y es de estilo renacentista —la informó Rubén contemplando el arco del triunfo, semejante a un castillo con dos torres—. Dentro suele haber exposiciones. ¿Te apetece que entremos y veamos una?

Natalia asintió y Rubén la cogió de la mano para dirigirse hacia la entrada del monumento.

Pero cuando iban a dar el primer paso, él se detuvo, con la mirada fija en el frente y el ceño fruncido. Parecía que su novio había visto algo o a alguien y no le había gustado. Natalia observó a su alrededor, pero no halló nada de interés.

—¿Qué pasa, Rubén? —preguntó ella sintiendo la rigidez en el cuerpo del fisioterapeuta.

—Nada. —Reaccionó al escuchar la voz de Natalia—. Es solo que... creo que es mejor que nos vayamos a comer en lugar de ver la exposición. —Se volvió hacia ella y le sonrió, pero ese gesto no llegó a sus ojos—. Me muero de hambre. ¿Tú no?

Natalia le contempló suspicaz. Algo había enturbiado la mirada de su chico y él no parecía querer confesárselo.

Sin embargo, aunque se moría de ganas por saber a qué se debía el cambio radical de sus planes, se dijo que lo averiguaría más tarde. Ella también notaba el estómago reclamando comida, así que, por el momento, irían a comer.

Llegaron al restaurante de Alicia, que a esa hora estaba lleno, y se sentaron en la barra a esperar que quedase libre una mesa.

—¿Qué tal el paseo turístico? —preguntó su hermana.

—Muy bien. Burgos es una ciudad muy bonita —le respondió Natalia contenta.

—Voy un momento al baño y ahora vuelvo —informó Rubén a las dos chicas.

Se alejó mientras Natalia le seguía con la mirada y suspiraba de amor.

—Me alegro de que te haya gustado nuestra ciudad, Celia. —Escuchó decir a Alicia.

Natalia se volvió hacia ella sin saber si estaba hablándole a ella misma o a otra persona. Al darse cuenta de que hablaba con ella, pues la miraba fijamente, la corrigió.

—Me llamo Natalia. No Celia —dijo sonriéndole, como si la estuviera disculpando por haberse equivocado de nombre.

—¡Uy, sí! Perdona.

—No pasa nada. Tranquila.

El camarero entró en la barra para preparar unas bebidas que le habían solicitado los clientes de una mesa. Mientras realizaba su trabajo, Alicia no dejó de observarle con ojos codiciosos y cuando salió de detrás de la barra con la bandeja cargada suspiró.

—Te gusta mucho, ¿eh? —dijo Natalia con una mirada cómplice.

—¿Tú quieres a mi hermano, Celia?

Natalia se sorprendió por la pregunta tan directa y, de nuevo, le chirrió que Alicia se hubiese equivocado de nombre.

—Natalia —la corrigió—. Mi nombre es Natalia. Ya te lo he dicho antes. Y sí, estoy enamorada de Rubén.

—No le rompas el corazón —soltó Alicia como si estuviera escupiendo veneno.

Natalia se quedó tan asombrada por ese comentario, que tardó unos segundos en reaccionar.

—Cla... Claro que no. ¿Por qué piensas que le voy a hacer daño? —quiso saber frunciendo el ceño confusa.

No entendía el cambio de actitud de Alicia. La noche anterior se había mostrado muy amable y simpática con ella. Ahora, de repente, parecía que le tuviera manía por algo que a Natalia se le escapaba.

Rubén volvió del aseo y se sentó junto a Natalia en un taburete.

—Alicia —le dijo a su hermana—, como no hay ninguna mesa libre, comeremos aquí, en la barra. —Se giró hacia su novia y le preguntó—: No te importa, ¿verdad?

—No, no, tranquilo. No me molesta comer en la barra.

—Bien, pues decidme qué vais a querer.

Mientras comían, Natalia se dio cuenta de que Alicia no la miraba sonriente como el día anterior.

Desde la distancia, la hermana de Rubén la observaba con el gesto serio y con una advertencia en los ojos.

Sin embargo, cuando se acercaba a ellos, Alicia componía en su cara una bonita sonrisa y la trataba con amabilidad. Natalia sabía que ella estaba fingiendo delante de Rubén. Lo que no entendía era por qué.

Terminando el postre, vio que la hermana de su novio se dirigía hacia el baño femenino y pensó en acabar la conversación que Rubén había interrumpido antes de comer.

Se disculpó con el fisioterapeuta y anduvo hasta el aseo.

—Alicia, espera un momento —la llamó.

—Dime, Celia —soltó la otra con acritud.

—Me llamo Natalia —le recordó de nuevo.

—Me da igual cómo te llames —dijo Alicia, áspera.

—¿Te pasa algo conmigo? —quiso saber la periodista, yendo al grano—. ¿Por qué piensas que le voy a romper el corazón a tu hermano?

Alicia se encaró con ella. Puso las manos en jarras a ambos lados de sus caderas y la miró de frente, clavando sus ojos en los de Natalia.

—Porque eres igual que ella. Tan rubia, tan mona, tan arreglada, tan señorita. Pero escúchame bien —dio un paso para acercarse más a la cara de Natalia—, si le haces daño a mi hermano, si le mientes, si le engañas, lo que sea que le hagas, juro por Dios que removeré cielo y tierra hasta dar contigo y hacerte pagar todo el sufrimiento que le ocasionas. ¿Te ha quedado claro, Celia? —siseó con rabia.

Dicho esto, Alicia cerró la puerta del baño, dejando a Natalia totalmente descolocada.

¿Qué demonios le pasaba a esa chica? ¿Por qué la había acusado de tantas

cosas que, supuestamente, iba a hacerle a Rubén?

Regresó a la barra, donde la esperaba su novio, con la mente funcionando a mil por hora.

—Vamos a ver a mi madre y tomamos el café con ella en casa, ¿te parece bien? —le preguntó Rubén.

Natalia asintió, distraída. No se podía quitar de la cabeza las palabras de Alicia. Le había dicho que era igual que «ella». ¿Quién sería «ella»? ¿Y por qué no dejaba de llamarla Celia? ¿Tan incapaz de recordar le resultaba su nombre a Alicia? No. Estaba segura de que no. Se dijo que la hermana de Rubén le cambiaba el nombre a propósito, para fastidiarla.

Pero ¿por qué? Apenas se conocían. Natalia había tratado de ser simpática con todos desde su llegada y pensaba que Alicia también manifestaba una sincera amabilidad hacia ella. Ahora le había quedado claro que no era así.

65

Cuando terminaron de tomar café con la madre de Rubén se dirigieron hacia la zona del río para pasear por sus orillas. El lugar tenía un encanto mágico en aquella tarde otoñal. El sol, aunque ya no calentaba mucho, sí conseguía templar la piel de sus mejillas.

Agarrados de la mano, como los dos enamorados que eran, Rubén le contaba a Natalia anécdotas de su infancia y su juventud. Estaban riéndose por un comentario que había hecho él cuando, de repente, Rubén se detuvo y la risa se le heló en la garganta. Natalia se paró a su lado y le miró sorprendida por aquel cambio. Él tenía la mirada fija en un punto y ella comprobó cómo toda la calidez que había en su mirada desaparecía de un plumazo.

Siguió el recorrido de sus ojos hasta posarlos en el lugar exacto donde Rubén miraba. Allí no había nada, a excepción de una chica de su edad, aproximadamente, con un carrito de bebé.

—Vámonos —dijo él dando media vuelta.

Natalia sintió cómo le apretaba la mano con fuerza, por la tensión que se había apoderado de él, y se quejó.

—Me haces daño, Rubén.

—Perdona. —Se disculpó él, aflojando inmediatamente.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te has puesto así de pronto? —quiso saber ella—
¿Conoces a esa mujer, la del carrito de bebé?

Rubén tiró de ella al tiempo que la contestaba.

—No, pero vámonos. Ya no me apetece pasear por aquí más.

Natalia estaba tan descolocada por su cambio de actitud que le siguió dócilmente sin añadir nada.

Pero solo habían dado cinco o seis pasos cuando oyeron una voz femenina que llamaba al fisioterapeuta.

Rubén se detuvo un momento, obligando a Natalia a pararse con él, y cerró los ojos mascullando algo ininteligible.

—Sigue andando, por favor —le pidió a su novia segundos después.

—Esa chica te está llamando —dijo Natalia mirando a la joven por encima de su hombro.

—Se habrá confundido de persona. No la conozco. Vamos —soltó Rubén impaciente y molesto.

—Pero si te está llamando por tu nombre.

—Habría sido casualidad. Sigue andando. —La urgió con los dientes tan apretados que Natalia temió que se rompiese alguno.

Salieron de esa zona mientras Natalia se preguntaba una y otra vez qué sucedía. Rubén había cambiado radicalmente y en sus ojos tenía reflejado un odio tan intenso como no había visto nunca. Ni si quiera cuando, al principio de conocerse, peleaban y se decían de todo.

Caminaba tan deprisa, con ella agarrada de la mano, que casi la llevó arrastrando hasta que Rubén oteó por encima de su hombro, como si temiera que les siguiera alguien, y poco a poco fue ralentizando su paso hasta continuar a un ritmo normal.

—Vamos a tomar algo con mis amigos y así los conoces. Voy a llamar a Santi para que me digan dónde están —dijo Rubén de pronto, sacando el móvil y buscando el número en la agenda.

Se lo puso en la oreja y, tras hablar con Santi, colgó, guardándose en el bolsillo de nuevo.

—¿Qué pasa, Rubén? —quiso saber ella—. Y no me digas que nada porque no me lo trago. ¿Quién era esa chica? Porque estoy segura de que la conoces. Lo que no entiendo es por qué has salido huyendo como si hubiera fuego alrededor y te has puesto de mal humor.

Natalia le obligó a detener su andadura. Se acercó a él hasta pegar su pecho con el fuerte cuerpo masculino y pasó las manos sobre su torso.

—Puedes contarme lo que sea, lo sabes, ¿verdad? —dijo clavando su mirada en los iris verdes de él.

—Ahora no me apetece hablar de ello —comentó con un suspiro cansado, rodeándola por la cintura con los brazos.

—Entonces la conoces —afirmó Natalia.

—Sí. Es alguien que conocí hace algunos años y... —cogió aire con fuerza y lo expulsó lentamente de sus pulmones— de verdad, cielo, no quiero hablar de esto ahora. Nos estropearía el fin de semana tan bueno que estamos pasando y me niego a que te lleves un mal de recuerdo de mi ciudad. —Se inclinó y la besó fugazmente, dejando a la periodista con ganas de más.

—¿Me lo contarás... más adelante? —preguntó ella.

Rubén asintió con un movimiento de cabeza y continuaron caminando.

66

La noche había sido muy entretenida. Tras cenar con los amigos de Rubén, entre los que se encontraba Santi, estuvieron hablando hasta más de las dos de la madrugada, momento en que comenzaron a despedirse unos y otros para regresar a sus hogares y descansar. Natalia se sintió integrada en el grupo de amigos y eso la hizo muy feliz.

—Buenos días, dormilona —susurró Rubén en su oído, despertándola y causándole un hormigueo en el contorno de la oreja con su cálido aliento.

Ella estiró los brazos, desmerezándose como una gatita. Incluso hizo un ronroneo similar al de los mininos, que a Rubén se le antojó muy tierno.

—Es hora de levantarse —la informó él, alzándole una parte del antifaz que ella usaba para dormir. Comprobó que ese ojo aún continuaba cerrado y sonrió.

—No quiero. Déjame dormir un poco más —dijo Natalia, negándose a abandonar el lecho calentito.

Se dio la vuelta y se acurrucó de nuevo para continuar descansando.

Rubén soltó una risa ahogada. Natalia estaba preciosa por las mañanas. Con el pelo enmarañado, adormilada, el antifaz que usaba para que la luz del día no la despertara temprano y poder descansar más tiempo tapando sus bonitos ojos, y el gesto tranquilo en su cara, le parecía la criatura más hermosa que había visto en su vida.

—Venga, perezosa. Levanta. —La urgió cariñosamente.

—Un ratito más... —pidió ella.

—Son casi las doce del mediodía.

—Buena hora para seguir durmiendo —indicó Natalia, girándose hacia el otro lado de la cama. Chocó contra el pecho desnudo de Rubén y se abrazó a él aspirando su irresistible aroma. Un nuevo ronroneo escapó de su garganta—. Me encanta cómo hueles.

Rubén emitió una grave y masculina risa, que fue como música celestial para los oídos de ella. Su sonido reverberó en la piel de Natalia, estimulando todos sus sentidos, provocándole un incitante cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo.

—Venga, despierta ya. Tenemos que ducharnos y recoger todo. A las dos

hay que estar donde mi hermana para comer con mi familia y despedirnos. Lo bueno se acaba, cielo, y debemos regresar a Madrid.

—No quiero... —se quejó ella, apretándose más contra él.

Rubén la contempló unos instantes en los que estuvo debatiéndose entre sacarla a rastras de la cama y llevarla hasta la ducha, o hacerle el amor despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Al final, decidió su erección matutina.

—Creo que te haré el amor como castigo por tu pereza —dijo él, apoderándose de su boca con un beso lento. Mientras, la fue quitando el pijama rosa que ella llevaba sin que la madrileña opusiera resistencia. Las minúsculas braguitas también desaparecieron.

Natalia disfrutó del beso hasta que casi se quedó sin aliento. Notaba el fuerte cuerpo de Rubén sobre el suyo y la tremenda dureza que había en sus calzoncillos presionando contra su pubis. Las caricias de su novio al desnudarla habían dejado ríos de fuego en su piel, haciendo que un ardor apremiante se concentrara en su entrepierna.

—También soy muy lujuriosa. ¿No deberías castigarme por eso, además? —quiso saber, rodeándole las caderas con las piernas para hacer que la fricción fuera mayor.

—Tienes dos de los siete pecados capitales. Sí, creo que también debería castigarte por ser una diosa lasciva y lujuriosa.

—También peco de avariciosa. —Natalia metió la mano entre los dos cuerpos hasta llegar al slip de Rubén y acarició el pene de él por encima de la tela. Después se lo bajó para poder tocar esa parte íntima, caliente y dura.

El burgalés se deshizo de la prenda casi a patadas.

—Y creo que voy a cometer el pecado de la gula —añadió ella.

Con la otra mano, se quitó el antifaz, que tiró a los pies de la cama. Empujó a Rubén para cambiar las posiciones y se arrodilló a su lado, cogiéndole la erección para llevársela a la boca.

—¡Virgen Santa! —exclamó él cuando vio cómo la corona rosada de su pene desaparecía en el interior de la adorada boca de su novia y la multitud de sensaciones que esto le producía.

Se aferró con fuerza a las sábanas de la cama, dando gracias a Dios por estar solos en la casa. No quería que nadie escuchara sus jadeos gracias al

trabajo oral de Natalia. Hubiera sido muy vergonzoso que, al salir de la habitación, sus padres y su hermana los mirasen con la incomodidad en las pupilas tras escuchar los gemidos procedentes de su cuarto.

—Oh, Dios... —gritó en medio del placer incontrolable que su novia le hacía sentir.

—Reza todo lo que sepas, guapetón, porque nadie te va a librar de esto —le amenazó Natalia en un momento que sus labios quedaron libres de la dureza de su chico. Acto seguido, se introdujo de nuevo el miembro de Rubén hasta la empuñadura mientras con las manos se ayudaba para que la fricción fuese mayor.

—Me vengaré... después... —le advirtió él, entre jadeos, con la garganta seca por la excitación del momento— vas a pagar... todo lo que... estás haciendo... todos tus... pecados...

Cuando Natalia sintió que él estaba a punto de explotar, le pidió un preservativo, que Rubén le dio inmediatamente, y, tras colocárselo, se montó sobre su regazo para cabalgarle cual experta amazona.

—Ahora es el momento de que me castigues, mi Dios —dijo ella inclinándose sobre la boca de Rubén para reclamarla con un apasionado beso.

Él la giró rápidamente y la colocó tumbada en la cama. Entrelazó los dedos con los de ella, con las manos a ambos lados de su cabeza, y se insertó con una estocada certera que les hizo a los dos gemir de placer.

Bombeó en el interior de Natalia, rotando las caderas para rozarle el clítoris y estimularla más para que llegase a su orgasmo junto con él.

—Ahora, pequeña pecadora —susurró en el oído de ella al sentir cómo los músculos de su vagina le apresaban el pene, próximos a su liberación.

El placer se propagó ardiente y exigente por sus cuerpos, llevando la dicha a cada una de sus células.

Rubén cayó sobre ella exhausto y abrazó a su desmadejada chica para rodar con ella hacia un lado. La apretó contra su pecho sudoroso y notó cómo la errática respiración de Natalia se fundía con los acelerados latidos de su corazón.

En ese momento, sintió que la amaba más que nunca y por encima de todas las cosas.

67

—Corre, que llegamos tarde —le ordenó Natalia a Rubén.

—No tenías tanta prisa hace dos horas cuando te he despertado y hemos hecho el amor como salvajes. —Se rio él.

Natalia se unió a su risa y se paró un segundo para darle un fugaz beso en la comisura de los labios.

—Pero no me arrepiento —continuó Rubén mientras llegaban al restaurante de Alicia—. Prefiero perder el tiempo entre tus piernas, haciéndote suspirar de amor por mí, que...

—Calla, que te van a oír. —Natalia le puso una mano sobre la boca para silenciarle y miró a su alrededor, a las personas que esa mañana de domingo paseaban por allí, rezando para que nadie hubiera escuchado su conversación.

Rubén le dio un tierno mordisquito en la palma a Natalia y ella retiró la mano riéndose.

—Anda, vamos —dijo antes de darle otro minúsculo beso al fisioterapeuta.

Entraron en el local donde habían quedado con la familia de Rubén para comer juntos antes de que ellos regresaran a Madrid.

Rubén se detuvo de sopetón y Natalia chocó contra su espalda.

—Maldita sea —le oyó murmurar y en seguida notó la rigidez en su cuerpo.

Miró por encima del hombro de su novio para ver qué era lo que le había hecho tener una reacción así y se encontró con que, al final de la barra, Alicia discutía con una chica rubia. Recordó que era la misma del paseo por el río, aquella que llamaba a Rubén, pero que él no quiso atender.

—Espérame en una mesa. Enseguida vuelvo —le pidió Rubén.

Se alejó de ella en dirección a su hermana y la otra mujer. Natalia observó cómo su novio agarraba del brazo a esa joven y la sacaba del local con rapidez mientras mascullaba algo. El gesto de su cara, serio, y los ojos echando chispas le dijeron que no le había gustado nada encontrársela allí.

A través de los cristales del restaurante de Alicia los vio discutir. Estuvo tentada de salir a la calle para enterarse del motivo por el que hablaban tan enfadados, al menos Rubén, porque a ella la notaba suplicante, como si estuviera arrepentida por algo y quisiera tener la oportunidad de redimirse.

—¿Quién es esa chica? —le preguntó a Alicia, acercándose a ella.

Esta se giró hacia Natalia y, con una voz glacial, le soltó:

—Si le haces daño a mi hermano, juro que lo lamentarás.

Natalia se quedó tan descolocada como la otra vez que Alicia le dijo eso. Pero fueron unos segundos y, agarrándola de un brazo para que no se marchara de su lado, contestó.

—Yo no le voy a hacer daño a Rubén, así que deja de pensar eso y de decírmelo. No entiendo por qué lo haces y me duele que creas que voy a hacer algo así. Yo quiero a tu hermano, Alicia, y estoy dispuesta a hacerle feliz y también a ser feliz yo con él —dijo envalentonada.

La otra chica la miró de arriba abajo y se soltó de su agarre.

—Ella también decía que le amaba y no dudó en serle infiel —espetó con rabia.

—¿Es su exnovia? —quiso saber Natalia, aunque, por lo que le comentó Rubén el día anterior, intuía que su respuesta a esta pregunta era afirmativa. Solo quería que Alicia se lo confirmase.

—Estuvieron a punto de casarse, pero poco antes de la boda mi hermano descubrió que estaba viviendo una mentira con ella —le contó observando a la pareja que discutía fuera del local, ajenos a las miradas de la gente—. Menos mal que al final abrió los ojos y la dejó. Esa chica es peor que el veneno.

Natalia recordó entonces el día que fue a casa de Rubén, cuando hizo la barbacoa para celebrar su cumpleaños, y la conversación que tuvieron en el salón de su casa, cuando le contó que había ido a la India con Santi, aunque en un principio el viaje iba a realizarlo con otra persona.

Era con esa chica con quien iba a ir. Era su luna de miel.

—¿Y qué quiere ahora? —preguntó Natalia.

—¿Que va a querer? Recuperarle, por supuesto —comentó sarcástica Alicia—. El tío con el que ha estado hasta ahora la ha dejado tirada y quiere volver con mi hermano para que se haga cargo de su hijo y de ella.

A Natalia le vino a la mente el recuerdo de haberla visto el día anterior con un carrito de bebé.

—Pero el niño no es...

—No, no es de mi hermano. Pero como ya estuvo a punto una vez de aceptar al hijo de otro, esa asquerosa se piensa que Rubén lo va a hacer por

segunda vez.

Natalia la miró con los ojos como platos. Su mente funcionando a mil por hora.

—Demuéstrame que de verdad amas a Rubén —le ordenó Alicia mirándola muy seria—. Y más te vale que le hagas feliz a partir de ahora, porque a ella no le hice nada en su momento por estar recuperándose de un aborto, pero a ti te juro que te machacaré y pagarás su culpa y la tuya.

¿Un aborto? Natalia cada vez estaba más confusa. Sin embargo, a pesar de saber que Alicia estaba siendo injusta con ella, decidió ir en busca de su amor.

—No me toques —siseó Rubén con rabia y asco.

Dio un paso hacia atrás para que la chica no pudiera conseguir su propósito y ella dejó caer la mano.

—Por favor, solo quiero...

—Ya sé lo que quieres. ¿Te crees que soy un tonto sin memoria? ¿Que no sé nada de tu vida? —soltó él con acritud—. Quieres que vuelva contigo porque te ha abandonado tu último novio y piensas que *el bueno de Rubén* se hará cargo de ti y de tu hijo. Claro, como ya estuve a punto de hacerlo una vez... Pero la respuesta es no.

La chica dio otro paso hacia delante y agarró de los brazos a Rubén. Este se soltó como si le hubiera quemado y volvió a distanciarse de ella.

—Te equivocas. Estoy arrepentida. Sé que te hice mucho daño y ahora me doy cuenta de mi error. Por favor, Rubén... —suplicó casi echándose a llorar.

—No me montes teatros, Celia. Ya no creo ninguna de tus mentiras. Tus lágrimas son tan falsas como los besos de Judas —dijo con la voz cargada de odio—. Sal de mi vida de una puta vez. No me llames, no me busques, no vengas al negocio de mi hermana. Aléjate de mí. Sal de mi vida —repitió.

Natalia llegó en ese momento. Había oído las últimas frases y, junto con lo que Alicia le había contado, se hacía una idea bastante buena de lo que sucedió en el pasado amoroso de Rubén.

Se colocó al lado de su novio, agarrándole del brazo, mirando muy seria a la otra mujer.

—Rubén, vamos dentro. Tenemos que comer y...

La chica rubia desvió sus ojos desde los de Rubén hasta el brazo de Natalia y después los subió hasta la cara de la madrileña. Por la forma posesiva con que la periodista agarraba al fisioterapeuta, supo que esa joven pelearía con uñas y dientes por defender lo que consideraba suyo.

—Hola, me llamo Celia. —Alzó una mano para estrechársela a Natalia.

Pero Rubén lo impidió colocando a su novia tras él, como si la estuviera protegiendo de un peligro inminente.

—No la toques —siseó furioso—. No dejaré que le pongas tus zarpas a *mi*

novia —recalcó las dos palabras— y la ensucias.

—Solo pretendo conocerla —comentó la otra, sin rastro de lágrimas y sin la súplica en su voz que había antes de la llegada de Natalia. Ahora se mostraba fría y calculadora.

—Ella no se mezcla con gentuza como tú —la insultó Rubén, pero Celia encajó bien el golpe.

—Soy su exnovia —dijo Celia, mirando por encima del hombro de Rubén a Natalia—. Encantada de conocerte. ¿Tu nombre es...?

—Mi nombre no te importa. —Natalia salió de detrás de Rubén mientras respondía a la mujer rubia. Le agarró de una mano para infundirle valor a su chico, aunque no le hacía falta, y transmitirle todo su apoyo—. Y sé de sobra quién eres. Eres la malnacida que hizo sufrir en el pasado a mi novio, pero eso ya se acabó. Tu tiempo con él se acabó. Nunca vas a estar otra vez con Rubén porque yo no lo voy a permitir. Y ahora, haz el favor de marcharte. Aquí sobras.

Dicho esto, tiró de la mano de Rubén para que anduviera y poder alejarse de aquella joven.

—Estuvimos a punto de tener un hijo juntos —gritó Celia a su espalda—, pero sufrí un aborto por su culpa.

En ese momento, Rubén se revolvió. Soltó a Natalia de la mano y caminó hacia Celia con una mirada asesina en los ojos.

—¡Eso es mentira! —exclamó furioso.

La madrileña, al ver lo que iba a ocurrir, corrió para interponerse. Llegó justo a tiempo de meterse entre su chico y la mujer. Sin pensárselo dos veces, le propinó a Celia un puñetazo en la nariz que la hizo aullar de dolor y encogerse sobre sí misma.

—Jamás vuelvas a acusar a Rubén de algo que no ha hecho, hija de puta —masculló con rabia Natalia mientras se agarraba la mano con que la había agredido, pues le dolía tras el golpe—. Y si alguna vez vuelvo a verte cerca de él o de su familia, te juro que te mato.

Rubén, alucinado por lo que Natalia había hecho, la abrazó y se alejaron de allí para meterse en el restaurante de Alicia, mientras Celia rabiaba de dolor, de rodillas en el suelo.

69

—Alicia, trae un poco de hielo envuelto en un paño. —Pidió Rubén a su hermana nada más entrar en el negocio familiar.

—Aquí lo tengo ya preparado. He visto todo lo que ha pasado ahí fuera. —Sonrió Alicia, exultante porque alguien había vengado a su hermano.

Le tendió el paño a la madrileña, con el hielo dentro, y esta se lo puso sobre los nudillos de la mano, que le dolía horrores.

—Gracias —susurró la periodista.

—Gracias a ti —dijo Alicia— Lo que has hecho ha sido fantástico y se lo merecía esa zorra.

—Nunca he golpeado a nadie y no creo que lo vuelva a hacer porque, ¡joder cómo duele!

Alicia soltó una carcajada y abrazó a la novia de su hermano.

—Oye, siento mucho si estos días te lo he hecho pasar mal, todas las veces que te he llamado Celia y... —dijo cuando se separó de ella.

—¿Has estado llamándola Celia todo el fin de semana? —preguntó Rubén incrédulo. Hasta entonces se había mantenido en un segundo plano, escuchando la conversación entre las dos, al tiempo que salía de la nube de rabia y dolor por culpa de su exnovia, y de su sorpresa por el arrebato de cólera de Natalia frente a esta.

—Sí. —Alicia bajó los ojos avergonzada—. Lo hacía para fastidiarla. Me recordaba tanto a ella... Tan rubia, tan arreglada, tan señoritinga...

—No has debido hacerlo —le recriminó su hermano—. Natalia no es ella. No tiene nada que ver con ella.

—Tranquilo, Rubén —le interrumpió la periodista—. Entiendo perfectamente a Alicia. Lo hizo porque te quiere y tenía miedo de que tropezaras dos veces con la misma piedra, en este caso con el mismo tipo de mujer, y que volvieras a sufrir.

Rubén se giró para mirar a Natalia.

—Aun así. No ha debido hacer eso. Te pido perdón. —Cogió sus manos y aplicó con mimo el paño con el hielo sobre los nudillos lesionados.

—Soy yo quien tiene que disculparse, Rubén, no tú —dijo Alicia.

—No, mujer —continuó Rubén—. Yo quiero pedirle perdón por tener una hermana tan...

—Basta —cortó Natalia—. No quiero que os disculpéis ninguno de los dos. Y ahora, vamos a comer. Estoy famélica.

Les dio la espalda y por eso no pudo ver cómo los hermanos se daban codazos para, al segundo siguiente, abrazarse y darse un beso en la mejilla.

—Me alegro de que esta chica esté en tu vida —susurró Alicia a Rubén al oído.

—Yo también. —Rubén sonrió feliz—. Yo también —repitió.

Los padres de Rubén llegaron a comer justo cuando Natalia y él se sentaban en la mesa que les había indicado Alicia.

—Perdonad por llegar tarde —se excusó la madre—. Hemos estado tomando unos pinchos con los amigos y se nos ha echado el tiempo encima. —Al ver que Natalia sostenía un paño con hielo en la mano, preguntó—: ¿Qué te ha pasado, querida?

—Me he dado un golpe, pero ya estoy bien. Ya no me duele —contestó dejando el trapo sobre la mesa. Se sintió mal por mentirle a la madre de Rubén, pero no estaba segura de que su novio quisiera que sus padres supieran lo ocurrido.

—Le ha pegado un puñetazo a Celia en toda la cara —soltó Rubén—. Otra vez ha vuelto por aquí a molestar y Natalia la ha puesto en su sitio.

La mirada de agradecimiento y sorpresa al mismo tiempo que le dedicaron a la madrileña los padres de Rubén no tenía precio.

—¿Te has hecho daño, preciosa? —quiso saber su madre.

—Lamento haberles dicho una mentira, es que no sabía si él quería que ustedes supieran... —comenzó a disculparse ella.

—No te preocupes —dijo su madre, dándole a Natalia unas palmaditas sobre la mano buena—. Tarde o temprano alguien tenía que hacerlo y has sido tú. Aunque la violencia no es la manera de solucionar los problemas, pero esa chica no dejaba en paz a mi Rubén. Se lo ha ganado a pulso.

—Bueno, y ahora, ¿qué tal si comemos? Creo que ver a Natalia en acción me ha abierto el apetito —comentó Rubén sonriendo.

Ella le dio un codazo cariñoso tras aquella broma y el padre de Rubén le

hizo una seña al camarero para que se acercase a tomarles nota.

70

—¿Quieres que te cuente lo que sucedió con Celia? —le preguntó Rubén a Natalia.

Estaban dentro de la furgoneta, aparcados frente a la casa de Santi, esperando a que su amigo bajase a la calle para emprender el regreso a Madrid.

Rubén sentía que Natalia merecía saber toda la verdad después de haberse enfrentado a su exnovia como una pantera defendiendo a sus cachorros.

—Si va a ser doloroso para ti —contestó ella—, no me lo cuentes. No necesito saberlo.

Rubén sopesó unos instantes la respuesta de su novia.

—Quiero contártelo de todas formas. Así no habrá secretos entre nosotros.

—Está bien —claudicó Natalia.

El burgalés meditó un momento sobre la mejor manera de comenzar a explicar su historia con Celia y cuando hubo decidido cómo hacerlo, empezó a hablar.

—¿Recuerdas cuando al principio de conocernos me caías mal? —Natalia asintió y Rubén continuó hablando—: Me recordabas a Celia por la pinta de pija estirada que tenías. Ella siempre era la más guapa, la mejor vestida, la más educada... A mí me obligaba a ir siempre arreglado. Si alguna vez me veía con ropa informal, se enfadaba muchísimo y hacía que me cambiase, de lo contrario, suspendía el plan que tuviéramos. No quería que ayudase en el bar a mi familia. Decía que ser camarero era algo muy bajo y que nosotros teníamos que aspirar a algo más. Yo soportaba sus desprecios porque estaba ciego de amor por ella, a pesar de que mis padres y mi hermana intentaron abrirme los ojos más de una vez. Decían que la persona que me quisiera tenía que aceptarme tal y como yo era, no intentar cambiarme. Pero yo no les hacía caso.

Natalia le escuchaba expectante, sin querer interrumpir.

—Llevábamos juntos cuatro años cuando, al poco de acabar la carrera, me llamaron de Minerva para trabajar con ellos. Era la oportunidad que habíamos estado esperando durante tanto tiempo. Los dos queríamos irnos a Madrid, era una ciudad que nos encantaba y nuestro sueño siempre fue mudarnos allí, a un chalet con jardín de algún lugar en la periferia. Yo aún trabajaba en el bar de mis

padres y Celia lo hacía en una tienda de ropa. Así que lo preparamos todo y nos fuimos. Al principio vivíamos en un piso de alquiler hasta que ganásemos más dinero y pudiéramos meternos en una hipoteca. Celia encontró trabajo pronto en una tienda de ropa, en la calle Serrano.

Rubén se detuvo un momento, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para continuar contando la historia. Tenía la mirada clavada en un punto inexacto del edificio que se extendía frente a él. Natalia le observaba esperando que continuase.

—Un día, casi un año más tarde, me dijo que se había quedado embarazada. La noticia me pilló por sorpresa y, aunque al principio me asombró bastante, pues siempre habíamos usado preservativo y yo no entendía qué había fallado, pasados unos minutos reaccioné con alegría. Siempre habíamos pensado en tener hijos y, a pesar de que este llegaba antes de tiempo, era fruto de nuestro amor, así que le propuse matrimonio. Pero ella me rechazó. Me dijo que estaba liada desde hacía cinco meses con su jefe y que el bebé era suyo, no mío. Que al día siguiente se lo diría y que se iría con él porque ese hombre tenía un porvenir mejor que el mío. Podría darle todos los caprichos a ella y al bebé, no les faltaría de nada. Si se quedaba conmigo, no estaba segura de que eso sucediera y que comprendiese que ella solo buscaba un futuro mejor. Jamás olvidaré el sentimiento de traición que me invadió en aquel momento.

Sacudió la cabeza negando y se limpió disimuladamente una lágrima con el pulgar. Natalia, al verle, se quitó el cinturón de seguridad y se colocó sobre su regazo.

—No tienes que seguir si no quieres —le dijo cogiéndole la cara con las manos, acariciando la barba de Rubén. Se acercó a su boca y le dio un tímido beso en los labios.

—Quiero hacerlo, así podrás comprenderme mejor —susurró él.

Permanecieron unos instantes en silencio. Natalia abrazada a Rubén, con la cabeza descansando en la curva de su cuello y él, con los brazos en torno a su cintura, apretándola como si fuera el bálsamo que curase todas sus heridas.

—Al día siguiente, Celia llegó a casa llorando. Me contó que cuando le había dicho lo del embarazo a su jefe, este la había despedido. Dijo que él no quería hacerse cargo del bebé y la acusó de inventarse que era suyo para cazarle. Que solo iba tras su dinero... Me suplicó que la perdonase, que se había

equivocado y que ahora se daba cuenta de lo mucho que me quería. Yo, como soy el gilipollas más grande del mundo, me olvidé de todo el dolor que me produjo su infidelidad, la perdoné en ese instante y le dije que mi propuesta de matrimonio seguía en pie. Que aceptaría al bebé como hijo mío y que los haría muy felices a los dos.

—¿Qué pasó después? —preguntó Natalia.

Rubén la miró a los ojos, bajó su boca hasta la de ella y la besó dulcemente.

—Gracias por estar aquí y por escucharme.

—No me las des. —Ella le sonrió, animándole a que continuara con su historia.

—Preparamos la boda rápido porque como estaba embarazada de dos meses, Celia no quería que se le notase mucho en un día tan señalado, así que lo hicimos todo deprisa. Nos casaríamos en Burgos, en la catedral, pues ese era el sueño de Celia. De luna de miel iríamos a la India porque me empeñé en visitar ese país. Al principio ella no quería, pero luego lo pensó mejor y decidió que era un viaje exótico con el que presumir ante las amigas.

Rubén se detuvo un momento para inspirar profundamente.

—Un fin de semana que viajamos a nuestra ciudad para ver los menús del banquete de boda, nos encontramos con un exnovio de ella. Resulta que era el dueño del hotel donde íbamos a celebrar la comida del enlace. Nos saludó, nos dio la enhorabuena y, tras hablar unos minutos con nosotros, se marchó. Cuando ya nos íbamos a casa, después de hacer todas las gestiones allí, Celia me dijo que la esperase en el coche un momento porque quería despedirse de su amigo y agradecerle que nos hubieran hecho un descuento en el precio del menú, por la relación que los había unido en el pasado.

Rubén se interrumpió unos segundos, pensativo. Natalia vio cómo sus ojos se clavaban en ella atormentados.

—Como tardaba en salir, fui a buscarla y me la encontré en el despacho de su ex follándose. Así era como le agradecía la rebaja en el precio. El mundo se me vino encima. Otra vez me era infiel. En ese momento, una furia ciega se apoderó de mí y me lie a golpes con ese tipo. Celia no paraba de gritar que lo dejase, que ya no quería casarse conmigo, que iba a volver con él... Otra vez se repetía la misma historia. Había conseguido a otro hombre mejor que yo, con más dinero y una posición social mayor. Por no pegarla a ella, me cebé con su

ex. Le estaba destrozando la cara con mis puños, lleno de rabia, mientras Celia no paraba de gritar que iba a matarle y pasaría el resto de mis días en la cárcel por eso. De repente, alguien me sujetó los brazos y paró todo aquello. Eran los vigilantes de seguridad del hotel, que, al oír los gritos y los golpes, acudieron a ver qué pasaba. —Rubén soltó un suspiro cansado y prosiguió—: Llamaron a la policía y me llevaron a comisaría detenido. Al dueño del hotel se lo llevaron al hospital inconsciente. Celia aprovechó para denunciarme por la agresión. Pasé en el calabozo veinticuatro horas y, cuando salí, me volví a Madrid inmediatamente.

—Menuda arpía —soltó Natalia con rencor hacia la ex de Rubén—. ¿Qué más pasó? ¿Por qué te culpa de su aborto?

—Al parecer, días después de haber sucedido toda aquella locura, tuvo un aborto espontáneo y perdió al bebé. Ella dice que fue por los nervios que pasó en aquel momento y por eso me culpa. Yo me vengué quemando toda su ropa y las cosas que aún tenía en el piso de Madrid. Lo grabé con el móvil y le envié el vídeo a modo de despedida.

Natalia soltó una risa ahogada.

—Hiciste bien. Yo creo que habría actuado de igual manera. Vaya zorra.

—No sé si hice bien o no, pero en ese momento necesitaba vengarme de ella de alguna manera y esa fue la que se me ocurrió —dijo Rubén cogiéndole la cara entre las manos a Natalia, acercándose a su boca para darle un beso.

—¿Hubo juicio? Por la agresión —quiso saber la mente periodística de ella.

—Sí. Como no tenía antecedentes penales y fue un juicio de faltas, solo tuve que pagar una multa. No hubo pena de cárcel, ni trabajos comunitarios. Nada. Pero lo mejor fue que, cuando vine al juicio, me enteré de que él había rechazado a Celia, no estaban juntos. Así que no le había servido de nada su polvo con él.

—Bueno, a ti te sirvió de mucho. Te libraste de ella —comentó Natalia apretándose más contra el pecho de Rubén, aspirando su inconfundible aroma a cítricos.

—La verdad es que sí. —Sonrió él—. Desde entonces, cada vez que me ve, me suplica que vuelva con ella. Dice que está arrepentida, que se equivocó y no sé cuántas cosas más. Pero yo ya no la creo. Y, aunque la creyera, ya no la amo. Sé que ha estado con varios hombres más en estos seis años que han pasado

desde que rompimos. El hijo que tiene ahora no sé de quién será, pero he oído rumores de que el padre del niño la dejó porque ella le hizo lo mismo que a mí.

—¡Joder! Las hay que no aprenden —exclamó Natalia.

—Ahora estoy bien. He conseguido ir olvidando el pasado poco a poco, bueno, al menos, lo voy intentando. Sobre todo, desde que estoy contigo. Tú me has devuelto la paz que necesitaba. Siempre he creído en las segundas oportunidades y estaba seguro de que, si lo pasé tan mal con Celia, era porque algo bueno me esperaba. Algo mucho mejor. Y has resultado ser tú, una Barbie de extrarradio, aunque al principio no tenía mucha fe en ti.

—¡Ains! ¡Hombre de poca fe! —Natalia se rio—. Bueno, no es que yo me quedase corta contigo. Recuerda todos los insultos del principio, mi querido perroflauta. Por cierto, ¿ya tenías la rasta cuando estabas con Celia?

—¡Uy, no! Le hubiera dado un síncope. Me la dejé a modo de rebeldía, igual que empecé a vestirme de otra manera, como a mí me gusta. Vendí el Audi que tenía y me compré la furgoneta. Me puse los dos pendientes en las orejas, me tatué el cuerpo... Si me hubieras conocido en aquella época, te hubieses enamorado de mí a primera vista. Yo era muy distinto. Un títere en las manos de Celia. Aunque, sobre la rasta, quizá me la corte. No sé. ¿Tú qué opinas? —La miró perspicaz.

Natalia se encogió de hombros.

—Ya me he acostumbrado a ella, así que por mí te la puedes dejar. Además, quien te quiera debe hacerlo aceptándote tal cual eres. Y tu atractivo físico, con pendientes, tatuajes y demás, unido a tu gran personalidad y a tu bondadoso corazón, hacen de ti un paquete irresistible. No sé si me hubieras gustado antes, pero desde luego, ahora sí que me gustas. Y mucho. —Se acercó a él y le robó un beso.

—¿Estás reconociendo que me quieres? —preguntó Rubén ladino.

—No recuerdo haber hecho ese tipo de confesión —dijo Natalia haciéndose la interesante.

—Sí, lo has dicho. No de la manera que yo espero escucharlo algún día, pero lo has dejado caer. Me quieres.

—¿Recuerdas todas las veces que te he dicho que te odiaba? —quiso saber ella.

—Tres veces, sí —confirmó él.

—Bueno, pues las retiro todas.

Rubén enmarcó el rostro de Natalia con las manos y se acercó a su boca para besarla despacio. Disfrutaron de la unión de sus labios y del juego de sus lenguas hasta que unos golpes en la ventanilla los interrumpieron.

Santi estaba al otro lado, esperando para subir al vehículo y regresar a Madrid.

71

Durante todo el trayecto, Natalia pensó en la historia de Rubén y Celia. Bien podría decirse que ella había sido como la ex de su novio hasta hacía poco tiempo. Su meta en la vida siempre había sido salir del entorno obrero en el que se había criado, renegando de él, y conseguir un estatus social mucho mayor. Cuando conoció a Saúl, además de enamorarse de él como una tonta y creerse todas sus mentiras, pensó que lo conseguiría.

Pero con Rubén se había dado cuenta de que la felicidad no está en las grandes cosas, sino en las pequeñas. Aparte de que por fin había abierto los ojos respecto a Saúl y se había desengañado.

Con Rubén estaba aprendiendo a ser feliz con lo que tenía a su alrededor. Si se podía mejorar, bien, y si no, pues también.

Se preguntó si debería contarle a Rubén toda la verdad sobre el acoso al que la tenía sometida Saúl en la oficina. El último incidente... Cada vez que lo recordaba, las ganas de vomitar que se apoderaban de su garganta eran insoportables.

Pero decidió que no. No quería involucrar a Rubén en algo así. ¿Y si le daba por ir a la oficina y liarse a golpes con su jefe? Desde luego, Saúl recibiría su merecido, pero esa no era la forma de solucionar el problema y, además, Rubén podría acumular otra denuncia más por agresión.

Ella nunca se habría imaginado a su fisioterapeuta, que era todo amor y dulzura con sus niños, paz y buen rollo, simpático a más no poder con la gente en general, sarcástico y borde, bien lo sabía ella, con quien lo merecía, agrediendo a nadie. Pero si así se lo había contado él es porque así había ocurrido. Rubén era sincero, no se escondía, ni usaba subterfugios para engañar a las personas, iba de frente y con la verdad por delante. Ella lo había comprobado.

Pero claro, la paciencia tiene un límite y, a veces, respondemos a la rabia y al dolor de una manera que no imaginamos.

Así que no. No le confesaría nada del acoso de Saúl, ni de lo sucedido en el despacho de este días atrás, y trataría de solucionarlo ella misma.

Se había dado cuenta, al agredir a Celia ese día, que tenía más valor del que

creía. Y también que estaba más loca, porque jamás pensó enfrentarse a alguien de esa manera para defender a otra persona, idea o cosa. Siempre intentaba arreglar los problemas por las buenas. Quizá la tensión por la que estaba pasando con todo lo de Saúl y ver que a Rubén le hacían daño había sacado una parte de ella que no sabía que tuviera.

Debía resolver el tema con su jefe.

La cuestión era cómo.

Llegaron a Leganés cerca de las ocho de la tarde. Al aparcar la furgoneta en la calle, delante de los adosados, Natalia vio cómo en la puerta del suyo Elena se besaba apasionadamente con un chico.

Los tres ocupantes de la furgoneta se quedaron sorprendidos al ver la escena. Natalia menos, pues ya había visto a su amiga en estas lides, pero aun así, no tenía conocimiento de que Elena, ese fin de semana que ella iba a estar en Burgos, fuera a tener una cita con nadie.

Cuando el joven al que su amiga besaba se distanció de ella y se dio la vuelta para bajar las escaleras, Natalia le reconoció.

—Fabrizio —murmuró bajito.

—¿Quién es? —preguntó Rubén, mirando de reojo a Santi, quien observaba la escena con una tristeza en los ojos infinita.

—Un chico que conocimos este verano en Ibiza, durante las vacaciones. No tenía ni idea de que estuviera en la ciudad. Es italiano —les explicó—. Vive en Roma. No sé qué hace aquí.

En ese momento, Natalia se acordó de Santi. Con rapidez, se giró en el asiento para mirar al vecino y lo que descubrió en su rostro hizo que el corazón se le encogiera de pena.

—No es nada serio, estoy segura. No te preocupes —lo consoló—. Sigues teniendo posibilidades con Elena. No te desanimes. —Alargó una mano para tomar la de Santi y le dio un apretón cariñoso.

Santi desvió su mirada desde Elena y el italiano hasta su mano, entrelazada con la de Natalia.

—No pasa nada —murmuró resignado, encogiéndose de hombros. Se soltó de la mano de su amiga y añadió—: Ella es libre de hacer lo que quiera y estar con quien quiera. Nosotros no tenemos nada. Solo nos hemos dado cuatro besos y eso no implica que ella me tenga que ser fiel, ni nada por el estilo. Además, yo no podré darle nunca lo que ella busca. Así que si con ese tipo va a ser feliz...

Natalia le miraba con el corazón desolado al ver la melancolía en el rostro de Santi.

—Con ese tío será feliz el tiempo que pase en su cama —soltó Rubén con

malestar.

—Pues yo creo que sí puedes darle lo que ella busca —intervino Natalia de nuevo—. Lo malo es que ni ella misma sabe lo que quiere. Hay que abrirle los ojos a Elena y que se dé cuenta del gran chico que eres, y de lo que se perdería si no está contigo.

—Yo solo quiero que ella sea feliz —repitió Santi—. Conmigo, perdóname que te contradiga Natalia, no lo sería.

—¿Nos puedes contar de una puñetera vez qué es lo que te pasa? —quiso saber la joven rubia—. Porque estoy segura de que no tiene nada que ver con la timidez en la que te escudas siempre. Por favor, Santi, dínoslo para que te podamos ayudar —rogó la periodista.

—Sí, amigo —dijo Rubén—, confía en nosotros. Queremos ayudarte para que tú también seas feliz.

Santi negó con la cabeza repetidas veces.

—Es demasiado humillante para contarlo —alegó.

—Por favor... —suplicó Natalia mientras Rubén soltaba una maldición por la cabezonería de su amigo.

—No. Y no insistáis, os lo ruego.

Santi se bajó rápido de la furgoneta, antes de que los otros dos pudieran continuar machacándole hasta sonsacarle la información que le requerían. Abrió la parte trasera y sacó su maleta para después meterse en el adosado.

Natalia también descendió del vehículo justo en el momento en que el italiano pisaba la acera.

—*¡Mia cara, Natalia!* —saludó el hombre al verla.

—Hola, Fabrizio —dijo ella mientras el italiano le daba un buen achuchón.

—*Bella como sempre.* —Se distanció de ella y la miró de arriba abajo, mientras la mantenía agarrada por los brazos.

Natalia observó cómo Elena había desaparecido por la puerta, pero la había dejado abierta para que ella pudiese entrar.

—¿Qué haces aquí, Fabrizio?

—He venido *per il lavoro* —respondió él con su acento tan característico—. *¿Come si dice...?* —Pensó unos segundos y agregó—: Por trabajo, *bella*.

«Y te has estado trabajando a Elena ya de paso, claro», estuvo a punto de soltar Natalia, pero se contuvo.

—*La mía empresa aprirà una filiale qui*, en Madrid —la informó él.

—¿Vas a venir a vivir aquí? —preguntó ella, sorprendida.

Rubén se acercó a ellos en ese momento cargado con las maletas y, tras dejarlas en el suelo, alargó la mano para presentarse.

—Soy Rubén, el novio de Natalia.

—*Io sono Fabrizio, piacere di* conocerte. —El italiano soltó a Natalia, para alivio de Rubén, y estrechó su mano con una gran sonrisa en los labios—. Natalia me habló *molto* de ti *questa vacance a Ibiza*.

Rubén estuvo a punto de aclararle que de quién seguramente le habría hablado su novia sería de su jefe, Saúl, su examante, y no de él, puesto que se habían conocido después de las vacaciones, pero prefirió guárdaselo.

—Espero que todo lo que te haya dicho de mí sea bueno —respondió el fisio, sin embargo.

—Naturalmente —contestó Fabrizio sin perder su gran sonrisa.

—Me alegro. —Rubén miró a Natalia y le hizo un guiño. Acto seguido, la agarró de la cintura y la besó fugazmente en los labios, marcando su territorio. Los italianos tenían fama de ligones y él quería que ese chico supiera que Natalia no estaba disponible. A pesar de haberle visto besando con pasión a Elena, no se fiaba de él. Bien podría querer tener a las dos amigas, en lugar de conformarse solo con una. Así que prefirió no correr riesgos y dejarle bien claro que Natalia era suya.

—Bueno, Fabrizio, no me has contestado —dijo la periodista tras el beso—. ¿Vas a venirte a vivir a Madrid?

—No, vivo en Roma, *come già sapete, ma io* viajaré a Madrid *di tanto in tanto* —la informó mezclando los dos idiomas.

—Muy bien. —Natalia sonrió, aunque no le gustaba nada aquello, pues sabía que cada vez que el italiano estuviera en Madrid, aparecería por su casa para tener sexo con Elena—. Pues nosotros acabamos de llegar de viaje y estamos cansados, así que...

Fabrizio entendió la indirecta.

—*Va bene*. —Se acercó a ella para darla otro achuchón—. *Bella, addio*.

Después le estrechó la mano de nuevo a Rubén, despidiéndose. Se montó en un BMW, que Natalia supuso lo habría alquilado en el aeropuerto cuando llegó a la capital española, y se marchó de allí.

—Voy a hablar con Elena ahora mismo —soltó Natalia molesta—. No quiero tener a ese tío cada dos por tres en casa.

Cogió su *trolley* y, tras darle a Rubén un beso con rapidez, subió los escalones del adosado.

73

—Ahora mismo me cuentas lo de Fabrizio —le ordenó Natalia a Elena nada más cruzar el umbral de la puerta y cerrarla a su espalda. Se quitó el abrigo que llevaba y lo colgó en el perchero.

Elena la esperaba al pie de las escaleras, sabiendo que en cuanto su amiga entrase en la casa iba a pedirle explicaciones.

—Muy fácil —respondió—. Me he pasado toooooodo el fin de semana follando como una loca. Vamos, que me he quitado las ganas que tenía y me he quedado bien a gusto.

—¿Ha dormido aquí? —preguntó sorprendida Natalia, pues sabía bien que Elena, nada más terminar de tener sexo con el fulano de turno, le echaba de la cama con la excusa de que la quería para ella sola y que otra persona en el lecho la molestaba para dormir.

—Claro que no. Sabes que no duermo con nadie nunca.

—¿Desde cuándo está en Madrid? ¿Y hasta cuándo se queda? —quiso saber Natalia, cogiendo su maleta con ruedas, y, pasando al lado de Elena, comenzó a subir las escaleras.

Elena la siguió mientras le explicaba.

—Llegó el viernes por la tarde y nada más aterrizar en Barajas, me llamó para vernos. Fui a buscarle a su hotel, cenamos en un restaurante de Príncipe de Vergara y luego regresamos al hotel para...

—Ya sé para qué —la cortó Natalia—. Los detalles escabrosos te los puedes ahorrar.

—¡Uy! ¡Pues son lo mejor del cuento!

—Con imaginármelos tengo de sobra —dijo Natalia entrando en su habitación. Colocó la maleta sobre la cama y la abrió.

Elena se sentó al lado del *trolley* y continuó con su relato.

—El sábado comimos juntos y después fuimos otra vez a su hotel para hacer *eso que no quieres que te cuente*. —La miró sonriendo con picardía—. No salimos de la habitación hasta que me vine a casa, cerca de las dos de la madrugada. Cenamos allí mismo, en la cama. Jugamos con la comida. ¿Sabes lo excitante que es que coman sobre tu cuerpo? Cada vez que Fabrizio posaba sus

labios en mi piel para atrapar el alimen...

—¡Que no me des detalles íntimos! —exclamó Natalia tapándose las orejas para no escucharla.

—Petarda —resopló Elena al oírla y ver lo que su amiga hacía. Soltó una carcajada y continuó hablando—: Bueno, ayer me llamó después de comer y me dijo que, en lugar de ir yo a su hotel, vendría él a mi casa y así me ahorra el viaje en coche por el centro de Madrid, con lo mal que está el aparcamiento allí y...

—¡Oh, qué detalle! —la cortó Natalia—. Se habrá ganado el cielo con eso.

—El cielo se lo ha ganado haciéndome todas las cosas que me ha hecho en la cama. —Elena sonrió igual que el gato que se ha comido al canario—. Total, que desde que traspasé la puerta y subimos a mi habitación no hemos parado un segundo. ¿Y tú? ¿Qué tal el fin de semana?

—¿Hasta cuándo se va a quedar en Madrid? —quiso saber Natalia.

—Unos diez días. Tiene que hacer unas gestiones aquí porque su empresa va a abrir una filial en la ciudad.

—Sí, eso ya me lo ha dicho él. ¿Vas a estar viéndole todo este tiempo? —preguntó Natalia mientras separaba la ropa sucia de la limpia que se había llevado a Burgos y no había usado.

—Por supuesto. No pensarás que voy a desaprovechar la oportunidad de tener sexo con un tío bueno diez días seguidos. —La miró como si su amiga se hubiera vuelto loca.

—Lo suponía —dijo Natalia torciendo el gesto.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—Tenía la esperanza de que hubieras quedado tan satisfecha este fin de semana que ya no necesitaras más en unos cuantos meses.

Natalia le dio la espalda a Elena y comenzó a guardar la ropa limpia en el armario.

—Pues no. Pienso aprovecharme de Fabrizio todo lo que pueda. Hasta que me salgan los orgasmos por las orejas. Cuando él se vaya a Roma, buscaré a otro que me complazca. ¿Qué tal tu fin de semana? ¿Todo bien con la familia de Rubén?

—¿Y qué pasa con Santi? —dijo Natalia sin responder a las preguntas de Elena.

—Con Santi ya sabes que no pasa nada. Nunca pasa nada —resopló con resignación— y creo que nunca pasará nada. Así que no voy a perder más el tiempo con él, cuando puedo tener a cualquier otro que no sale huyendo en cuanto le toco. Me siento como una violadora cada vez que pongo mi mano en su entrepierna —murmuró con fastidio.

Natalia se volvió para mirar a su amiga. Puso las manos en las caderas y respondió.

—Santi debe tener un problema personal muy grave y necesita ayuda.

—Pues que se busque un psicólogo —bufó Elena molesta—. Venga, cuéntame tu fin de semana, que ya te he preguntado unas cuantas veces y te has hecho la loca para no soltar palabra.

«Buenos días, corazón. Solo quiero que sepas que hoy te quiero más que ayer, pero menos que mañana. Así que ahora sal a comerte el mundo con esa preciosa sonrisa que tienes, porque de comerte a ti ya me encargo yo».

Fue el mensaje de Rubén que recibió Natalia al día siguiente nada más llegar a la oficina. Lo leyó varias veces seguidas, sin poder dejar de sonreír. Su corazón aleteó feliz por las palabras que le dedicaba y deseó que terminase pronto el día para reunirse con él.

—¿Y esa cara de bobalicona? —preguntó Elena al verla.

Natalia, por toda respuesta, le mostró el móvil.

—¿A ver? —dijo Amanda—. Déjame a mí también. —Corrió a ponerse al lado de Elena y tras leer el wasap suspiró—: Yo quiero uno así.

—¿Qué es lo que quieres? —quiso saber Carla, llegando en ese momento.

Amanda le cogió el móvil a Natalia de las manos y se lo enseñó.

—¡Vaaaaayaaa! —exclamó Carla—. No me extraña que estés tan enamorada. Con un hombre así, que te dice esas cosas, cualquiera lo estaría.

Natalia recuperó su teléfono y las cuatro se sentaron en las sillas a la vez.

—Rubén es un sol —suspiró ella, recordando todos los momentos felices de ese fin de semana.

—Y será bueno en la cama —soltó Amanda.

Natalia se sonrojó levemente.

—Sí. Pero además de ser buen amante, también me dice estas cosas al despertar. Es tan cariñoso y tierno...

—Pues entonces no le dejes escapar —la aconsejó Carla— porque si con el pelo revuelto, nada de maquillaje, con un pijama cutre y lagañas en los ojos, te suelta que eres hermosa y que te adora, sin duda, es tu príncipe azul. Lo mejor es encontrar a una persona que conociendo tus defectos y tus virtudes continúe creyendo que eres especial e increíble. Así que, chica, amárralo bien para que no se vaya con ninguna otra.

—Gracias por el consejo, pero no lo necesito. Eso es lo que pienso hacer —dijo Natalia risueña.

—Oye, ¿y no tiene un primo, amigo, hermano o algo para mí? —quiso

saber Amanda.

—¿Tú no habías dicho que ibas a intentar algo con los chicos nuevos de la revista? —preguntó Elena a su compañera.

—Sí, pero nunca está de más tener a otro en la retaguardia. Yo quiero ser como tú, cuantos más, mejor.

—Mejor la calidad que la cantidad —dijo Carla.

Los teléfonos de Elena y Natalia comenzaron a sonar al mismo tiempo, cortando la conversación. Cuando acabaron de hablar con quién les llamaba, se pusieron a trabajar.

Horas después, cuando ya recogían todo para irse a casa, Saúl se plantó frente a la mesa de Natalia.

—Necesito que vengas a mi despacho. Hay algo sobre tu reportaje de lo que quiero hablar contigo.

—¿No puedes esperar hasta mañana? Ya son las seis y me iba a casa.

—No. Es urgente y tenemos que verlo hoy.

Natalia sabía lo que Saúl buscaba. Miró a Elena, quien con sus ojos le dijo que se resistiera a la petición del jefe. Después a Amanda y a Carla, que terminaron de recoger en ese momento y se despidieron.

—¿Vamos a tardar mucho? —preguntó Natalia.

—Es posible —respondió Saúl sintiéndose ganador—. Llevo varios días fuera de la oficina por culpa del viaje a Nueva York y hay que repasar unas cuantas cosas que no has hecho bien. Dentro de poco terminará octubre y hay que acelerar el reportaje.

—Me quedaré a esperarte, Nat —intervino entonces Elena.

Saúl la miró con los ojos entornados.

—Será mejor que te vayas a casa, Elena —replicó su jefe—. Natalia va a tardar.

—No puedo irme a casa sin ella. Ha venido en mi coche y... —comenzó a decir Elena, pero Saúl la interrumpió.

—Pues, o la esperas abajo o que se vaya en metro a casa.

Ante la mirada que Saúl le dirigió a Elena, esta no tuvo más remedio que agachar la cabeza y callarse.

—Vamos —ordenó el jefe a Natalia, haciéndole un gesto con la mano para que comenzase a andar.

Caminaron por el pasillo en dirección al despacho en silencio. El sonido de los tacones de Natalia quedaba amortiguado por la moqueta del suelo. Al doblar la esquina, ella sintió cómo Saúl le ponía la mano en el trasero y la empujaba para que caminase más rápido. Al parecer, tenía prisa por llegar a su destino.

En cuanto traspasaron el umbral y su jefe cerró la puerta con el pestillo, le ordenó a Natalia que fuera hasta el escritorio y se colocara en la posición que a él le gustaba.

—No —dijo ella, negándose a obedecerle.

Saúl caminó lentamente hasta que estuvo a un paso de Natalia.

—¿Cómo has dicho? —siseó entre dientes, enfadado.

—He dicho que no —se reafirmó Natalia en su negativa.

Saúl la cogió del cuello con una mano y del pelo con la otra, obligándola a levantar la cabeza para mirarle.

—No estoy para juegucitos. Me he pasado varios días soportando a mi esposa y ahora quiero carne joven y fresca. Así que vas a hacer exactamente lo que yo te diga. Vas a ponerte sobre la mesa, te vas a bajar las bragas y vas a dejar que te folle como a mí me gusta. Si se te ocurre gritar o negarte, ya sabes lo que te espera. El despido.

Natalia, con sus manos sobre las de su jefe, que le apretaban en la garganta, y sintiendo grandes pinchazos en el cuero cabelludo por la fuerza con que él la tiraba del pelo, asintió.

Pero fue una treta por su parte, pues en cuanto Saúl aflojó su agarre, ella levantó la rodilla, que impactó con fuerza en la entrepierna de su jefe.

Saúl la soltó del todo y se llevó las manos a los genitales lastimados, aullando de dolor.

Natalia aprovechó para salir corriendo de allí.

Y al abrir la puerta, tropezó con Cecilia, que se disponía a entrar en el despacho.

—¡Natalia! ¿Qué ocurre? —quiso saber su jefa.

La periodista casi se la lleva por delante, pero se detuvo a tiempo. A toda velocidad pensó que lo mejor era contárselo todo y acabar de una vez con aquello.

—Tu marido ha estado acosándome. Quería que...

—¡Cecilia, no la creas! —gritó Saúl desde el suelo del despacho,

empezando a incorporarse—. Es ella quien se me ha insinuado y al negarme yo se ha vengado de mí con un rodillazo en mis partes.

—¡Eso es mentira! —chilló Natalia— ¡Lleva semanas acosándome!

—¡Silencio! —ordenó Cecilia mirando alternativamente a uno y a la otra—. Tú, márchate —le dijo a la periodista.

—Cecilia, tienes que creerme... —suplicó Natalia con las lágrimas a punto de derramarse.

Su jefa la miró con frialdad.

—Vete a casa. Ya.

Cecilia se metió en el despacho de su marido y cerró dando un portazo.

Natalia se marchó, rezando para que su jefa la creyera a ella en lugar de a Saúl. Se sentía con la dignidad hecha añicos, pero confiaba en que Cecilia se diera cuenta de lo que había sucedido en realidad. No creía que Saúl confesase que habían mantenido una relación clandestina durante un año. Probablemente él la seguiría atacando a ella, poniéndola como la culpable de todo aquello. Pero Natalia esperaba, por su bien, que la jefa no le creyese.

Cuando salió a la calle, Elena se abalanzó sobre ella.

—¿Qué ha pasado?

—Cecilia nos ha pillado —contestó Natalia, y comenzó a relatarle todo lo acontecido.

Caminaron hasta el coche mientras hablaban y las lágrimas que Natalia había logrado retener hasta entonces en ese momento cayeron desordenadas por sus pómulos.

—Lo siento —murmuró Elena abrazándola para consolarla antes de subir al vehículo—. Pero quizá sea lo mejor. A ver si así Cecilia se da cuenta del pedazo de cabrón con el que está casada y se divorcia de él.

—Saúl lo negará todo, ¿qué te crees? Y ella me despedirá.

—Espero que no lo haga, pero, si lo hace, no te preocupes. ¿Recuerdas que te comenté que en la revista *Quo* buscaban una redactora? Bien, pues conozco a una persona que trabaja en recursos humanos. Le llamaré y le pediré que te hagan una entrevista. —Se distanció de Natalia, rompiendo el abrazo, y la miró con cariño—. Yo creo que lo mejor es que te vayas de *Zero*. Aunque Cecilia no te despida y se divorcie de Saúl, el ambiente aquí ya está enrarecido. Los recuerdos seguirían aquí, en cada esquina y cada vez que entrases en ese

despacho o mirases a Cecilia a la cara, te acordarías de todo.

En ese momento, el móvil de Natalia sonó.

Cuando miró la pantalla, vio que era Rubén.

Inspiró hondo antes de contestar.

—¡Hola! —saludó lo más alegre que pudo—. Perdona que no te haya contestado al wasap. He tenido un día superliado. —Mintió sintiéndose como una mierda por hacerlo.

Escuchó unos segundos lo que su novio le contaba y después continuó hablando ella.

—Había pensado ir a ver a mis padres... —Rubén la cortó, diciéndole algo, y ella añadió—: De acuerdo. En una hora estoy en casa. Me cambio de ropa y vamos.

Se despidió de él y colgó el teléfono.

—Rubén y yo vamos a ir a ver a mis padres.

Las dos amigas se metieron en el coche.

—¿Le vas a contar algo a Rubén? —quiso saber Elena.

—No —suspiró Natalia, moviendo la cabeza negativamente—. Él no me puede ayudar. Nadie me puede ayudar.

—Eso no es cierto —la contradujo Elena arrancando el vehículo.

—Déjalo, Ele. Ha sido un día muy cansado y aún no ha terminado.

Natalia desvió la vista hacia la ventanilla por la que discurría la ciudad a su paso y dejó vagar la mente, intentando olvidar los últimos minutos vividos en la oficina.

75

—Estás muy silenciosa —comentó Rubén volviendo de casa de los padres de Natalia—. ¿Problemas en la oficina? ¿Tu jefe...?

—No —respondió ella deprisa—. No, con mi jefe todo bien —mintió, sintiendo cómo se le partía el alma en dos por aquel engaño—. Pero sí, ha sido un día duro, con mucho trabajo. No he parado ni un segundo y estoy bastante cansada.

Rubén paró la furgoneta en un semáforo en rojo y alargó un brazo para pasárselo a Natalia por encima de los hombros. La atrajo hacia él y la besó con dulzura.

—Sé una forma muy buena de quitarte el cansancio —dijo con un ronroneo erótico.

—O de que me canse aún más. —Sonrió ella contra sus labios captando la indirecta y olvidándose en el acto de aquel funesto día.

—Dormirías estupendamente —insistió Rubén.

—¿Quién ha dicho que tenga problemas para dormir? —preguntó Natalia haciéndose la ofendida.

—Tienes problemas para despertar. Lo sé a ciencia cierta. Recuerdo ayer, en Burgos, en mi cama... —Acarició la nariz de ella con la suya en un tierno gesto de cariño.

—Pues yo recuerdo que estaba muy activa ayer por la mañana —le contradijo melosa. Deslizó la mano por el muslo de Rubén y, al llegar a su entrepierna, le dio un fuerte apretón.

El semáforo se puso en verde y tuvieron que separarse para continuar la marcha.

—¡Maldito semáforo! —se quejó Rubén.

Natalia soltó una carcajada al ver la cara que puso de frustración.

—No te rías, que cuando lleguemos a casa te voy a dar lo tuyo —profetizó el fisioterapeuta. Y aunque sonó como una amenaza, Natalia estaba deseándolo.

Entre los brazos de su novio y colmándola este de atenciones era la única manera que ella se olvidaba de todos los problemas.

Llegaron al adosado y Rubén descendió rápido del vehículo. Le abrió la

puerta a Natalia y, cogiéndola de la cintura, se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas.

Ella soltó una carcajada y le dio un azote en el trasero, que él correspondió con otro en el de ella.

Entraron en la casa y, al toparse con Santi bajando las escaleras, Natalia alzó un poco la cabeza para saludarle.

—Hola, Santi —dijo muerta de la risa, con todo el pelo rubio cayéndole en la cara.

Rubén comenzó a subir, esquivando a su amigo, directo hacia su habitación.

—Adiós, pareja de cromañones —se despidió Santi riendo al verlos tan felices.

Cuando llegaron al cuarto de Rubén, este tiró a Natalia sobre la cama sin la típica delicadeza que le caracterizaba.

—¡Eh! —se quejó ella entre risas—. ¿Dónde está el novio tierno y cariñoso que yo tengo?

—Lo he dejado dentro de la furgoneta, junto a la novia modosita que tenía hasta hace quince minutos.

La cogió por las rodillas y le abrió las piernas mientras ella le miraba sonriendo expectante, con los codos apoyados en la colcha.

—Pues ahora que nos hemos librado de esos dos muermos —susurró ella con la voz cargada de deseo— quiero que hagamos el amor como salvajes. Saca a la bestia —ordenó Natalia.

Rubén metió las manos por debajo de la falda de la periodista, agarró las braguitas de ella y se las quitó de un tirón.

—Son más de las doce. Hora de que la bestia coma —dijo desabrochándose el pantalón y bajándose lo justo para sacar su erección.

76

Cuando Natalia llegó a trabajar al día siguiente, tenía el corazón en un puño. ¿Qué habría pasado la tarde anterior entre Cecilia y Saúl? ¿Le habría soltado él alguna mentira a su mujer y esta se la habría creído? O, por el contrario, ¿sospecharía su jefa que su marido le era infiel con varias chicas en la oficina? Saúl ya se había librado de Lorena y Miriam al obligarlas a firmar la baja voluntaria en la revista. Así que Cecilia nunca sabría lo ocurrido con ellas. Pero ¿creería la versión de Natalia?

El teléfono de su mesa sonó, sobresaltándola. Lo miró con aprensión unos segundos, pensando que sería Saúl quien llamaba, pero respiró tranquila al ver que era otra línea distinta de la que él usaba.

Cuando descolgó, escuchó la voz de Cecilia.

—Natalia, ¿puedes venir a mi despacho un momento, por favor?

—Sí, Cecilia. Enseguida voy —respondió con los latidos acelerados y la garganta seca.

Por el tono suave empleado por su jefa, Natalia pensó que no sucedería nada malo. Ella le había hablado como siempre, así que comenzó a tranquilizarse a medida que cubría la distancia entre su mesa y la oficina de Cecilia.

Golpeó con los nudillos en la puerta un par de veces y después la abrió para entrar.

—¿Querías verme? —dijo Natalia.

—Sí, pasa y siéntate. Quiero preguntarte sobre el reportaje de neurociencia que estás haciendo —la informó la mujer con una sonrisa en los labios.

Natalia observó a su jefa. En verdad parecía como siempre. Cercana y amable con sus empleados. Como si la tarde anterior no hubiera existido. Como si ella continuase siendo la ingenua a la que su marido le pone los cuernos en las narices y no se entera de nada.

—¿Lo has terminado ya? —quiso saber Cecilia—. Octubre está a punto de terminar —dijo sabiendo que la periodista comprendería lo que significaba que el mes tocara a su fin.

—Lo tengo casi listo. Un par de correcciones y ya.

—Bien. ¿Podrás terminarlo hoy? Estoy ansiosa por leerlo.

—Creo que a la hora de comer ya lo tendré acabado —dijo Natalia con una sonrisa.

Cecilia también le sonrió, como hacía siempre, y Natalia se relajó en el acto. Todos sus miedos se esfumaron y se dijo que, fuera lo que fuera, lo que Saúl le había contado a su mujer parecía que no le afectaba.

—Bien, bien, bien. En cuanto lo termines, mándamelo por correo para echarle un vistazo y dar el visto bueno.

—De acuerdo, Cecilia. Así lo haré.

—Puedes retirarte. —Su jefa le hizo un gesto con la mano para que se levantase de la silla y saliera del despacho. El mismo gesto que hacía siempre.

—Cecilia, quería comentarte algo —comenzó a decir Natalia, mientras la otra mujer la miraba expectante—. Verás, van a operar a mi madre del corazón ya dentro de poco y quisiera pedirte una excedencia porque después, cuando salga del hospital, necesitará a una persona que se encargue de ella día y noche. Para mi padre será muy agotador pasar él solo por esa situación y creo que yo debería ayudarle. Al fin y al cabo soy su única hija y...

—De acuerdo. Hablaré con recursos humanos. ¿Cuándo tienes pensado pedir la excedencia y de cuánto tiempo estamos hablando? —la cortó Cecilia.

—Todavía no sé cuándo operarán a mi madre, pero no creo que tarden mucho en hacerlo. Quizá en un mes o menos tenga que pedirla. Y he pensado que estaré con ella unos seis meses ayudándola.

—Bien, no hay problema —aceptó su jefa.

En cuanto Natalia llegó a su sitio, Elena le preguntó qué había pasado con la jefa. Esta le contó la verdad y, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo, confesó que parecía que no iban a despedirla. Daba la sensación de que Cecilia no se había enterado de nada, como si la tarde anterior no hubiera existido, o como si a la mujer le hubieran lavado el cerebro para que no recordase nada en absoluto. También le dijo que Cecilia le concedería la excedencia para cuidar de su madre.

—¿Has sabido algo de Saúl desde lo de ayer? —preguntó Elena.

—No. Ni me ha llamado, ni me ha mandado ningún mensaje, nada de nada.

—Supongo que tendrían una buena bronca anoche en su casa.

—Pues no sé, pero, desde luego, Cecilia está igual que siempre. —Natalia suspiró aliviada—. Voy a ver si termino esto y se lo mando —dijo refiriéndose al

reportaje.

Antes de irse a comer, como había prometido la periodista, envió el artículo por correo a su jefa, ya listo y terminado.

Con la sensación del trabajo bien hecho y entregado en tiempo y forma, cogió su abrigo y su bolso para dirigirse hacia los ascensores con sus compañeras.

Cuando regresaron del almuerzo, llamaron a Natalia de recursos humanos.

Mientras iba hacia esa parte de la oficina, se preguntaba si Cecilia habría dado la orden de gestionar ya lo de la excedencia y así, llegado el momento, lo tendrían todo listo para que ella no perdiese tiempo y pudiera disfrutarla lo más rápido posible.

Llegó al despacho donde el chico de recursos humanos hacía su trabajo y este, al verla, le hizo una señal para que se acomodase en la silla frente a su escritorio.

—Bueno, aquí lo tienes todo. Firma ahí. —Indicó con un dedo—. Y aquí.

—¿Te importa que lo lea primero? —preguntó Natalia.

El joven, por toda respuesta, se encogió de hombros.

Natalia clavó la vista en el documento que se extendía frente a ella y la respiración se le cortó al ver las dos palabras que encabezaban el folio.

«Baja voluntaria».

—Creo que ha habido un error, Cecilia —dijo Natalia entrando en el despacho de su jefa. Llegó hasta el escritorio y le mostró el documento que le habían dado en recursos humanos—. He solicitado una excedencia, no mi baja voluntaria en la revista.

Cecilia la miró muy seria. Después se echó hacia atrás, contra el respaldo de su asiento de cuero negro, y cruzó las manos, entrelazando los dedos.

—Lo que hay ahí escrito es lo que tienes que firmar. —Su jefa clavó la mirada en los ojos de Natalia, retándola a que la desafiara—. No es ningún error.

La periodista abrió tanto la boca por la sorpresa, que casi se le desencaja la mandíbula.

—¿Cómo? —preguntó mirando a Cecilia anonadada—. ¿Por qué?

—Firma ese documento y sal de mi despacho inmediatamente. Recoge tus cosas y lárgate de mi empresa —le ordenó la mujer con una voz glacial.

La rabia inundó el cuerpo de Natalia al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Es por Saúl? ¿Te has creído todas las mentiras que te soltó ayer? —quiso saber ella controlando a duras penas la furia que sentía en su interior.

—Mi marido no me ha mentado. Tú estabas acosándole y lo mejor es que te vayas sin hacer ruido, o tendré que denunciarte por acoso laboral.

Natalia levantó la vista al cielo, pidiéndole a Dios que la despertara de ese mal sueño. Porque desde luego debía ser una pesadilla. Aquello no estaba sucediendo en realidad. Volvió a mirar a Cecilia y comprobó que no; no era un desagradable sueño. Las palabras de su jefa, el documento que tenía entre las manos, eran tan reales como que ella estaba allí plantada frente a Cecilia.

—¡Esto es el colmo! —gritó, encarándose con ella. Dio los dos pasos que la separaban de la mesa de su jefa mientras arrugaba el papel y se lo tiró a la cara cuando estuvo más cerca—. Que sepas que no pienso firmar esa mierda de documento —soltó con toda la ira que sentía—. Si quieres me despides, pero no pienso renunciar a mi puesto de trabajo. Tu marido te está poniendo los cuernos y tú no te enteras. O, si lo sabes, no quieres verlo. —Natalia estaba dispuesta a confesar todo antes de irse. Cecilia tenía que saber el tipo de hombre con el que

estaba casada—. Él y yo hemos mantenido una relación a tus espaldas durante un año y cuando yo decidí poner fin, cansada de sus mentiras en cuanto a que iba a divorciarse de ti para estar conmigo, fue cuando comenzó su acoso hacia mí.

—No te consiento que... —intentó interrumpirla Cecilia, levantándose de la silla y apuntándola con un dedo.

—Pero yo no he sido la única que se ha follado tu querido Saúl. —Natalia continuó acusando a su jefe. Cecilia debía saberlo todo. Tenía que conocer la verdad. Aunque fuera de la peor forma. Aunque Natalia perdiese su trabajo. De todas maneras, es lo que iba a ocurrir—. Lorena y Miriam también se lo tiraban y él las despidió cuando se fueron de la lengua. A saber si habrá alguna más, o la habrá habido en estos años pasados, o en el futuro. Abre los ojos, Cecilia. Con los cuernos tan grandes que tienes, cualquier día no vas a entrar por esa puerta.

—¡Basta ya! —gritó su jefa—. Eres una puta, zorra...

El bofetón que le soltó Natalia a Cecilia calló en el acto la respuesta de la mujer y la sentó de golpe en la silla de nuevo.

—A mí no me insultes —siseó Natalia entre dientes, viendo todos sus dedos marcados en la mejilla de Cecilia—. Lo que deberías hacer es comprobar si lo que te he dicho es cierto y después pedirle el divorcio a Saúl.

—Te voy a denunciar, hija de puta. —Volvió a insultarla Cecilia, cogiendo el teléfono y marcando un número.

Natalia reprimió las ganas de arrearle otro guantazo.

—Yo denunciaré a Saúl por acoso laboral y, cuando se sepa toda la historia, la prensa rosa no os dejará en paz. ¿Quieres que todas tus amistades sepan la calaña de hombre con el que estás casada? ¿Qué te ha estado siendo infiel y tú no te has enterado? Vas a quedar como tonta y lo lamento por ti, Cecilia, porque de verdad eres una buena persona y una magnífica jefa, aunque ahora estés haciendo todo esto movida por la rabia y el rencor hacia mí. Pero el culpable de todo es tu marido.

—Quiero que alguien de Seguridad venga a mi despacho inmediatamente —ordenó Cecilia por teléfono, sin dejar de mirar a Natalia. Tras esto, colgó.

Natalia respiraba agitadamente después de toda la parrafada que le había soltado a su jefa. Intentó controlar los acelerados latidos de su corazón y, cuando lo consiguió, se despidió de ella.

—No hace falta que vengan los de Seguridad a echarme. Ya me voy yo.

Dio media vuelta y caminó hasta la puerta, pero antes de traspasar el umbral se giró para decirle unas últimas palabras a Cecilia.

—Todo lo que te he contado es cierto. Compruébalo. Y por tu bien, divórciate de Saúl.

Todos en la oficina habían oído la discusión entre empleada y jefa. Así que cuando Natalia salió del despacho de Cecilia, la miraban asombrados. Ella los observó, sintiéndose desnuda y vulnerable, pues sus compañeros conocían ahora la situación por la que estaba pasando.

Elena se acercó rápidamente y le dio un abrazo, transmitiéndole su apoyo con ese gesto. Después, caminaron juntas hasta su mesa. A medida que iban pasando por al lado de las otras mesas, algunos compañeros bajaban la cabeza y volvían a centrarse en su trabajo. Pero otros continuaban mirándola. En sus ojos, Natalia leyó de todo. Desde el desprecio más absoluto hasta la compasión y la pena por lo sucedido. Creyó detectar en la mirada de una chica algo parecido a la admiración, pero fue tan fugaz que pensó que se lo había imaginado.

Recogió en silencio sus cosas mientras los cuchicheos comenzaban aquí y allá.

Cuando agarró el bolso y el abrigo, Amanda y Carla se levantaron de sus sillas. Se acercaron a ella y, a la vez, le dieron un abrazo.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —preguntó Carla.

—Tenías que habérselo contado. Te hubiéramos apoyado. Lo sabes —dijo Amanda.

—¿Para qué? Os habrían despedido a vosotras también.

Rompieron el abrazo y Natalia las miró con las lágrimas inundando sus ojos.

—Os voy a echar mucho de menos, chicas —confesó intentando reprimir el llanto.

Elena le acariciaba la espalda para infundirle ánimo.

—Seguiremos viéndonos. —Prometió Amanda.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quiso saber Carla—. Tengo una amiga abogada que lleva casos de acoso laboral. Puedo darte su teléfono y...

Natalia sacudió la cabeza negando.

—De momento hoy no voy a hacer nada. Debo pensar todo esto con la cabeza fría.

—Bueno, cuando decidas algo, me lo dices.

Los de Seguridad se acercaron al grupo de chicas. Uno de ellos hizo el amago de agarrar a Natalia del brazo, pero ella lo fulminó con la mirada.

—No es necesario. No soy ninguna delincuente.

El hombre bajó la mano.

—Y no hace falta que me escoltéis hasta la salida. Sé perfectamente dónde está.

Natalia se volvió para mirar a sus amigas. Les dio un beso a todas y observó a su alrededor la oficina.

—Ha sido un placer trabajar con todos vosotros. Sois unos compañeros estupendos —dijo despidiéndose de ellos.

Con la cabeza bien alta, caminó hasta los ascensores. Los dos hombres de Seguridad la siguieron a su paso.

Una vez fuera del edificio, se acercó a un banco. Se sentó en él y se echó a llorar.

No supo cuánto tiempo estuvo dejando salir su rabia, su pena y su dolor con cada lágrima que emanaba de sus ojos. Pero, de pronto, sintió una mano en su hombro y, al levantar la vista, Elena estaba frente a ella.

Sin decir nada, su amiga se sentó a su lado y la abrazó. Natalia continuó llorando hasta que le dolieron los ojos y su corazón le pidió que acabara de una vez, que ya no resistía más.

—Vámonos a casa —dijo Elena pasados varios minutos.

—Pero...

—Yo tampoco trabajo aquí ya.

Natalia la miró atónita.

—¿Te han echado a ti también?

—No. Me he despedido yo —confesó Elena sonriendo.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Estás loca! —Natalia la contempló como si Elena fuera una extraterrestre recién salida de su nave espacial.

Su amiga se encogió de hombros.

—No puedo trabajar en un lugar donde se trata tan injustamente a los empleados. Donde se hace la vista gorda a un caso claro de acoso laboral.

—En todos los sitios cuecen habas, Elena. Y lo de mi acoso tengo que demostrarlo. Has hecho un reportaje sobre ello y sabes en la difícil situación que me encuentro. De todas formas, tú no tenías por qué verte involucrada —la riñó

Natalia con cariño, mientras se limpiaba las lágrimas con los dedos—. ¿Qué vamos a hacer ahora? Estamos las dos sin trabajo. ¿Cómo vamos a pagar el alquiler de la casa, la luz, el agua, el gas, la comida...?

—Encontraremos otro empleo. No te preocupes. —Intentó tranquilizarla Elena.

—No has pensado bien lo que has hecho.

—Lo he pensado superbien y no me contradigas. —La apuntó con un dedo—. No voy a dejarte sola en esto.

Natalia estuvo tentada de decirle muchas cosas a Elena, pero sabía que ella no daría su brazo a torcer. Lo hecho hecho estaba. Ya no había vuelta atrás.

—Gracias por ser mi amiga —dijo abrazándola.

Elena se fundió con ella en el abrazo mientras pensaba que, al día siguiente sin falta, comenzaría con la búsqueda de un nuevo empleo.

79

—No le digas nada a Rubén ni a nadie de lo ocurrido, por favor —le pidió Natalia a Elena cuando llegaron a su casa—. Al menos, hasta que yo sepa lo que voy a hacer a partir de ahora. Tengo que pensar sobre todo esto y no quiero tomar decisiones sabiendo que mi familia y mi novio están preocupados o enfurecidos por lo que ha ocurrido. Además, a mi madre no le viene nada bien este tipo de disgustos. Podría resentirse aún más del corazón y...

—Tranquila. —Elena posó una mano sobre el brazo de Natalia—. No diré nada a nadie hasta que tú lo hagas público.

Natalia asintió, dándole las gracias con este gesto.

—Voy a darme una ducha. Lo necesito. Me siento... —Natalia buscó la palabra adecuada— sucia.

—Pues no te sientas así porque tú no tienes la culpa.

—Ya. Pero no puedo evitarlo. Si no me hubiera liado con Saúl... Ojalá no me hubiese enamorado de él.

—Te habría perseguido igualmente —dijo Elena—. Anda, dúchate y no pienses más en esto por hoy. Mañana será otro día y verás las cosas de una manera diferente.

Natalia subió las escaleras hacia su habitación mientras Elena salía al jardín para respirar un poco de aire fresco. Lo necesitaba. Su mente seguía funcionando a toda velocidad.

Sin embargo, dejó de hacerlo al ver a Santi en el otro jardín, entretenido con sus bonsáis. Este, ajeno a la presencia de ella, tarareaba una canción.

«Hoy le pido a mis sueños que te quiten la ropa...».

Elena nunca le había oído cantar y se dio cuenta en ese momento de la bonita voz que el vecino tenía.

«Yo le pido a tu ángel de la guarda que comparta, que me dé valor y arrojo en la batalla, para ganarla...».

Elena reconoció la canción, *Tu jardín con enanitos*, de Melendi, y comenzó a tararearla en susurros al mismo tiempo que Santi.

«...y aunque entiendo que tú serás siempre ese sueño que, quizás, nunca podré alcanzar...».

En cuanto las palabras salieron de sus labios, Elena se dio cuenta de la verdad que había encerrada en ellas. Nunca podría tener a Santi. Jamás podría disfrutar de él como ella deseaba. Y lo que era aún peor: supo, en ese preciso instante, que estaba enamorada de ese chico tímido y vergonzoso; dulce y puro; de mirada cristalina y limpia.

Dejó de cantar en el acto y se volvió para entrar de nuevo en el salón, con el corazón desolado por la certeza de que, por mucho que lo intentase como ya había ocurrido, Santi jamás sería suyo.

Despechada por esta conclusión y por los continuos rechazos del joven moreno, llamó a Fabrizio. Al menos él le haría olvidar por unas horas que su amor con Santi era imposible.

Natalia estaba al día siguiente en una cafetería del centro de Madrid, cercana a la Carrera de San Jerónimo y al Congreso de los Diputados, esperando que aparecieran sus antiguas compañeras Lorena y Miriam. La habían llamado esa misma mañana para comentarle un asunto delicado y querían verla en persona para hablar de ello, en lugar de hacerlo por teléfono.

Estas llegaron puntuales al lugar indicado y, tras los saludos típicos, se sentaron en la mesa que ocupaba Natalia. Pidieron un café y cuando el camarero les sirvió comenzaron su charla.

—Sabemos que ayer te despidieron de *Zero* —comentó Lorena.

—Las noticias vuelan —dijo Natalia con cara de fastidio—. ¿Cómo os habéis enterado?

—Nos lo ha dicho María Jesús. Siempre nos hemos llevado bien con ella y aún mantenemos el contacto —la informó Miriam.

—Bueno, pues debería haberos dicho que no me han despedido —les aclaró Natalia—. Me he ido yo. Cecilia quería que firmase la baja voluntaria y me negué.

—Porque ha descubierto que estabas liada con Saúl, ¿verdad? —preguntó Lorena.

Natalia se removió incómoda en su asiento. No le gustaba hablar de ese tema y menos con ellas, con las que nunca se había llevado bien.

—Bueno, decidme qué es lo que queréis, porque si es cotillear sobre mi pasada relación con el jefe, me niego. —Hizo amago de levantarse de la silla,

pero la mano de Miriam sobre su brazo la detuvo.

—No tengas tanta prisa. Queremos proponerte algo.

Y su antigua compañera comenzó a exponerle su plan mientras Natalia la escuchaba con una mezcla de expectación y asombro al conocer todo lo que aquellas dos se proponían hacer, y para lo que necesitaban su ayuda.

—A nosotras ya no quiere vernos, pero sabemos que a ti sí. No entiendo por qué ese hombre sigue encaprichado contigo, digamos que eres su talón de Aquiles, por eso es imprescindible tu colaboración en esto.

—¿Por qué habría de ayudaros? —quiso saber Natalia—. Aún no he meditado mucho sobre el tema, pero creo que le denunciaré por acoso laboral. Carla tiene una amiga que es abogada y está especializada en estos temas...

—No te servirá de nada —la cortó Lorena—. Nos hemos informado y en nuestros casos, el tuyo también, no podemos hacer gran cosa. Además, nos gastaríamos un montón de dinero en el juicio, tasas y demás, que no podemos permitirnos.

Natalia la miró muy seria. Desconfiaba de sus palabras.

Lorena, al ver la cara de su excompañera, supo que no creía nada de lo dicho. Por eso, sacó del gran bolso que llevaba una carpeta con documentación, que le pasó a Natalia para que echase un vistazo.

—Si no me crees, míralo tú misma. Esta es la información que nos ha dado la abogada a la que hemos ido.

Natalia cogió la carpeta, la abrió y comenzó a leer. En el primer párrafo se definía lo que era acoso laboral o *mobbing*. A continuación, qué tipos de acoso había y después cómo identificar si se estaba viviendo una situación así.

Separación y aislamiento respecto del resto de compañeros, tanto físicamente como prohibiciones de comunicarse.

No dar carga de trabajo, encargar trabajos degradantes o que corresponden a trabajos de inferior categoría.

O por el contrario una sobrecarga excesiva de trabajo.

No poder comunicarte con tus superiores o una negativa a todo lo que se pide.

Poner en cuestionamiento todo lo que se realiza y desprestigio profesional.

Insultos y ofensas verbales, amenazas, frases discriminatorias, intimidación...

Trato totalmente diferenciado y discriminatorio respecto al resto de compañeros.

Ataques a la vida privada del trabajador.

—¿Te ha sucedido algo de todo esto? —le preguntó Miriam, y, sin dejarla responder, añadió—: No, ¿verdad?

Natalia levantó la cabeza de los papeles.

—Amenazas sí. Saúl siempre me decía que si contaba algo de lo nuestro, me despediría —replicó la periodista—. Y cuando le dejé porque ya no quería continuar con la relación, me amenazó con lo mismo si no seguía con él.

—Ese hombre está *encoñado* contigo y no entiendo por qué, la verdad —soltó Lorena.

—¿Será por qué en la cama soy mejor que tú? —Se defendió Natalia fulminándola con la mirada.

Lorena fue a responder, pero Miriam la detuvo.

—Chicas, no conviene que nos peleemos entre nosotras. Debemos estar unidas, así que olvidad las rencillas. De lo contrario, el plan no saldrá bien.

Natalia y Lorena se observaron unos segundos, retándose con la mirada.

—¿Tienes pruebas de lo que has dicho, Natalia? —preguntó Miriam, continuando con el tema que les había llevado hasta allí—. ¿De las amenazas contra ti de Saúl?

Ella negó con la cabeza.

—He borrado todos sus wasaps.

—Sigue leyendo, anda —la aconsejó Miriam.

Natalia devolvió su vista a los documentos frente a ella y continuó.

Lo más importante: conseguir pruebas.

El mayor problema cuando se es víctima de un acoso laboral es conseguir las pruebas que lo demuestren. Por ello, es fundamental recopilar todas las pruebas posibles:

Documentos escritos: correos, circulares, notas, encargos u órdenes de trabajo, cambios de puestos o de funciones...

Conversaciones grabadas. En los juicios laborales [se pueden utilizar estas grabaciones](#) siempre que el trabajador participe en la conversación, sin tener que avisar que se está grabando.

Testigos que puedan declarar sobre los hechos, pueden ser compañeros,

clientes, trabajadores de otras empresas que vean los hechos...

Fotografías de los hechos.

—Vosotras podéis declarar y Elena también porque conocíais mi relación con Saúl —dijo Natalia con un rayo de esperanza iluminando sus ojos.

—¿Has leído bien? —comentó Miriam—. Ahí pone claramente que vean los hechos. Nosotras no hemos visto nada de tu relación con Saúl. Ni de tu acoso. Lo supimos porque él nos lo dijo, pavoneándose de tener un harén particular en la oficina. ¿Elena os ha visto juntos? —Y, sin esperar que contestase, siguió—: No, ¿verdad? Todo lo que sabemos son cosas que él nos ha comentado y que tú le has contado a tu amiga. Bien podría ser todo inventado. Lo tuyo y lo de Saúl.

La decepción inundó a Natalia. Tenían razón.

Bajó la cabeza y continuó leyendo los documentos hasta el final.

—Entonces no se puede hacer nada. Será su palabra contra la nuestra —dijo abatida.

—Lo tenemos difícil, sí. Por vía judicial podríamos intentarlo, a pesar de todo esto que has leído y que parece ser tenemos en nuestra contra —le aclaró Lorena—. Pero sería un gasto de dinero y tiempo increíbles. Por eso hemos pensado que lo mejor es hacer las cosas de otra forma. Las tres podemos conseguir otro trabajo y continuar adelante con nuestras vidas, olvidando estos hechos. Pero ¿y las próximas víctimas de Saúl? ¿No deberíamos hacer algo para que esta situación no se vuelva a dar?

Natalia la miró expectante. Con un gesto de la mano, animó a su antigua compañera de trabajo a continuar.

—Hemos estado indagando en el matrimonio de Saúl y Cecilia. ¿Sabes que la empresa es de la familia de ella? ¿Sabes que a Saúl le hicieron firmar un acuerdo pre-nupcial en el que se indicaba que, si él le era infiel a Cecilia y ella se divorciaba, Saúl se quedaría sin nada? De patitas en la calle, con una mano delante y otra detrás. Lo perdería todo. Absolutamente todo. Ya no estaría en *Zero* para seguir haciéndole a otras lo que te ha hecho a ti y a nosotras.

—Lo vuestro fue consentido. ¿Queréis vengaros de él porque os despidió cuando os fuisteis de la lengua? —quiso saber Natalia.

—Nos tienes que ayudar porque fuiste tú quien le dijo a Saúl que nos habías escuchado en el baño —soltó Lorena con maldad para hacer que Natalia se

sintiera culpable de su despido.

—Si vosotras dos no fueseis tan bocazas... —Natalia las miró malhumorada.

—Si tú no te hubieses chivado a Saúl, nosotras continuaríamos trabajando en *Zero* —la recriminó Miriam.

Aquella conversación estaba causándole un dolor de cabeza terrible a Natalia. Tras reflexionar unos minutos sobre todo lo que se había hablado en esa cafetería, minutos en los que las tres permanecieron en silencio observándose unas a otras, la periodista rubia claudicó.

—Está bien. Os ayudaré. Pero solo por evitar que Saúl pueda hacer a otras chicas lo que nos ha hecho a nosotras y para que Cecilia abra los ojos y se dé cuenta del tipo de hombre con el que está casada. Ella se merece algo mejor.

—Encima de que te ha despedido, ¿la defiendes? —preguntó con sorna Lorena.

—A pesar de lo que ha ocurrido ayer en su despacho, Cecilia es una buena jefa. Siempre me trató bien y al resto de compañeros igual, así que no tengo por qué...

—Vale, vale, vale —la cortó Lorena con un gesto de la mano, restándole importancia al alegato de Natalia—. Esto es lo que vamos a hacer para vengarnos de Saúl.

Y comenzó a exponer sus ideas mientras Natalia la escuchaba con atención.

80

—Te he conseguido una entrevista para el próximo lunes con recursos humanos de la revista *Quo* —le dijo Elena esa noche cuando llegó a casa.

—¡Oh, gracias! —respondió Natalia contenta.

—A las once de la mañana tienes que estar en las oficinas. Aquí está la dirección. —Elena le tendió un papel.

Natalia lo cogió y, tras leerlo, se lo guardó en la cartera.

—¿Vienes de estar con Fabrizio? —quiso saber su amiga.

Elena asintió, dejándose caer en el sofá.

—Has vuelto un poco pronto, ¿no? —comentó Natalia.

—Fabi tiene que madrugar mañana, así que hemos cenado y después algo de sexo rápido. Ya sabes cómo va esto —contestó Elena quitándose los zapatos a puntapiés—. Y tú, ¿qué tal hoy con Rubén?

Natalia apagó el televisor y se volvió hacia su amiga.

—Bien. Fuimos al cine y después cenamos en su casa. He llegado hace media hora aquí.

—¿Le has contado algo?

—¿Sobre qué?

—Vamos, Nat, no te hagas la tonta. Ya sabes sobre qué —soltó Elena cansada.

—No y no voy a hacerlo. No quiero que sepa que estoy sin trabajo y que, además, tengo un plan en marcha junto con dos excompañeras para vengarme de mi examante/exjefe.

Elena se recostó en el sofá y Natalia se sentó a su lado con las piernas dobladas al estilo indio.

—He contrastado la información de la abogada esa que te dijeron Lorena y Miriam que habían visto —le comentó Elena—. Tienen razón. Sin pruebas va a ser muy difícil demostrar el acoso. Así que yo también pienso que lo mejor es que hagáis lo que tenéis planeado. ¿Necesitas mi ayuda?

—No. No quiero que te involucres en esto. —Natalia le agradeció con una sonrisa su interés.

—De todas formas, pase lo que pase, sabes que puedes contar conmigo. Si

las cosas se tuercen...

—Lo sé, pero creo que todo va a salir bien. Lorena y Miriam lo tienen todo muy bien pensado. Funcionará.

—¿Cuándo va a ser la gran noche? —preguntó Elena.

—Mañana. Le he mandado un wasap a Saúl para citarle en el hotel de siempre y él me ha respondido que sí.

—Mucha suerte, amiga.

—Hola corazón. ¿Qué tal el día en la revista? —quiso saber Rubén, después de darle un beso a Natalia que le robó el aliento.

—Bien. Ha sido un día tranquilo —mintió ella, sintiéndose fatal por hacerlo. Pero no quería que Rubén supiera nada, pues estaba segura de que no aprobaría lo que iba a hacer con sus antiguas compañeras y, además, se preocuparía al saber que ahora estaba en el paro—. Y tú, ¿cómo van los progresos con tus niños? —preguntó para desviar la atención sobre ella y centrarla en él.

Rubén deshizo el abrazo que e estaba dando y se giró para abrir el armario.

—Bien. Hugo ha dejado el andador y ahora camina con dos muletas. Dentro de un tiempo, estoy seguro de que podrá dejarlas y andar con normalidad, como cualquier otro niño. En cuanto al habla, ya casi no tartamudea. Creo que este año va a ser muy importante para él, porque está haciendo avances muy buenos.

—Me alegro —dijo Natalia sentándose en la cama de la habitación de su chico.

—Con Mario todo sigue igual. Ya te dije que, en su caso, lo principal es que no se deteriore, mantenerle estable. Y eso es lo que estamos consiguiendo. ¿Has terminado el reportaje sobre neurociencia?

Natalia se puso tensa, pero como Rubén le daba la espalda, entretenido como estaba colocando la ropa limpia en el armario, no pudo ver su reacción.

—Lo acabé el lunes, pero aún estoy esperando el visto bueno de Cecilia —dijo, pensando que había dicho la verdad en parte.

—Estoy deseando leerlo. Seguro que será tan bueno o mejor que el que hiciste sobre la parálisis cerebral infantil.

Rubén terminó lo que estaba haciendo y se volvió para mirarla. Se quitó la camiseta verde que llevaba, dejando al descubierto todos sus tatuajes, y fue hacia

el baño para dejarla en el cesto de la ropa que había que lavar.

Natalia, al contemplar su espalda y su torso desnudos, cubierto solo por las líneas de tinta negra, sintió que comenzaba a excitarse.

Se levantó de la cama y caminó hacia su novio. Al llegar a su lado, posó los dedos con suavidad en el mandala del brazo de Rubén y los deslizó lentamente, resiguiendo el contorno.

Él cerró los ojos, su control minado por aquella delicada caricia. Cada vez que Natalia le tocaba, desataba en su interior un fuego que amenazaba con consumirle.

Ella se inclinó y besó su hombro. Rubén exhaló un profundo gruñido varonil.

—Como sigas tocándome —comenzó a decir él con voz ronca y sensual—, no creo que vayamos a ver hoy a tus padres, porque vas a desatar toda la pasión que hay en mí y tardaré horas en volver a tranquilizarme.

—Siempre podemos cancelar la cita con mis padres. Mañana...

Natalia no terminó de hablar, pues Rubén se apoderó de su boca acallando su respuesta. La cogió en volandas y enroscó las piernas de ella en torno a sus caderas. En dos zancadas, ya estaba junto a su cama. Se inclinó sobre ella, con Natalia aferrada a su cuerpo, y no dejó de besarla y acariciarla en los minutos siguientes.

Ella se subió la falda del vestido de punto azul que llevaba y se bajó los panti, arrastrando con ellos las braguitas. Se quitó a patadas los zapatos al tiempo que Rubén se despojaba de su pantalón y ropa interior.

De un tirón, Rubén le sacó el vestido por la cabeza a Natalia y, en un abrir y cerrar de ojos, se deshizo del sostén.

Cuando la tuvo desnuda, la miró con tal adoración que Natalia se sintió como una diosa a la que su novio estuviera venerando.

—Te quiero —confesó Rubén en ese momento.

Se inclinó sobre la boca de Natalia y la reclamó con un beso lento, que hizo que todas las neuronas de ella se esfumasen.

Los dos sentían cómo el calor de la pasión anidaba en sus cuerpos y revolucionaba sus terminaciones nerviosas. Las manos de uno recorrían la fisonomía del otro empapándose de la tersura y suavidad de sus pieles, haciéndoles arder.

—Soy muy feliz contigo, Natalia. Prométeme que siempre estaremos juntos —le pidió Rubén en un susurro.

—Prometido —suspiró ella sintiendo cómo la lengua del fisioterapeuta se deslizaba por el contorno de uno de sus pechos, jugaba con su pezón y luego lo succionaba para endurecerlo.

Rubén continuó torturándola con besos de fuego y caricias incendiarias en su viaje hacia el pubis de Natalia.

Cuando llegó hasta el centro de su deseo, le separó las piernas con las manos y se inclinó para lamer toda su hendidura. Natalia jadeó por aquella humedad que había sentido entre las piernas y que hizo que se excitara más.

Rubén atrapó con la boca el clítoris de su amada y lo chupó como si fuera el manjar más delicioso del mundo.

Natalia se retorció ansiosa contra su boca. Sus gemidos resonaban en los oídos de su novio. Clavó los dedos en el cuero cabelludo de Rubén para que no se retirase de donde estaba y continuara dándole placer.

Un intenso hormigueo comenzó a concentrarse en su sexo y pidió más.

Cuando Rubén supo que ella estaba a punto de alcanzar su clímax, se colocó un condón en su erección y, de una certera estocada, se introdujo en la caliente y apretada vulva de su chica.

Bombeó varias veces hasta que ella logró su ansiada liberación y después continuó otro poco hasta que cayó rendido sobre el pecho de Natalia tras haber obtenido su orgasmo.

81

El teléfono sonó y despertó a Natalia. La noche anterior había vuelto tarde a su casa.

Entretenida con Rubén, se había pasado el tiempo entre sus brazos, sin querer salir de aquel mágico sueño que él creaba cada vez que le hacía el amor.

Tanteó con la mano por la mesilla hasta que dio con el dichoso aparatito que la machacaba la cabeza con su cancioncilla.

—¿Diga? —preguntó somnolienta.

—Natalia, hija...

Al escuchar la voz de su madre, se despertó del todo.

—¿Ya te han avisado, mamá? —quiso saber sentándose en la cama de golpe. Desde que supo de la operación de su madre, cada vez que esta la llamaba por teléfono, Natalia le hacía la misma pregunta.

—Sí, cariño. El lunes a las ocho de la mañana.

La joven inspiró hondo y después soltó el aire lentamente.

—Bien —dijo—. ¿Estás nerviosa?

—Pues la verdad es que... sí. Mucho.

En la voz de Paquita se notaba la ansiedad que le provocaba la incertidumbre de no saber si saldría bien la operación.

—Tranquila, mamá. Todo irá genial. Los médicos hacen operaciones como estas todos los días y los pacientes se recuperan perfectamente en algunos meses. Contigo va a ser igual. —Natalia intentó transmitirle calma, aunque ella también necesitaba una buena dosis—. Me hubiese gustado que conocieras a la madre de Rubén antes de que te operasen. Habrías visto lo estupenda que está la mujer tras pasar por una cosa así y no te preocuparías tanto.

—Ya, hija. Si ya lo sé. Estaré una temporada fastidiada y luego volveré a mi vida normal. Lo que me da miedo es la operación en sí. Sobre todo, el tema de la anestesia. Que me duerman entera... ¿Y si no me despierto?

Natalia se movió en la cama para levantarse, con el teléfono aún pegado a la oreja.

—Ay, mamá, eso no va a pasar. Te despertarás y te recuperarás —la animó mientras caminaba hacia el cuarto de baño—. ¿Quieres que me vaya con papá y

contigo a casa después de la operación? Así os ayudo y no estoy yendo y viniendo de la mía a la vuestra.

—No, cariño. No es necesario. Además, tienes que trabajar y...

—No, mamá. Ya no tengo que ir a trabajar —confesó Natalia.

—¿Y eso, hija?

Natalia pensó rápido una respuesta y, aunque le dolía en el alma mentirle a su madre, tampoco quería preocuparla, ni darle ningún disgusto ahora que se enfrentaba a una dura prueba. Paquita debía estar lo más relajada y tranquila posible para lo que se le avecinaba.

—He pedido una excedencia en el trabajo. Justo ayer hablé con mis jefes y me la han concedido desde hoy —contó, sintiendo cómo su corazón se desgarraba por tal engaño—. Así que tengo unos cuantos meses por delante para poder cuidarte y ayudar a papá. Podéis disponer de mí las veinticuatro horas del día.

—Hija... No tenías por qué hacer algo así.

—Pero he querido hacerlo y ya está, mamá.

Las dos guardaron unos segundos de silencio hasta que Paquita habló de nuevo.

—Sé que sonará egoísta, pero me alegro de que dejes de lado tu vida por un tiempo para centrarte en la mía. Es el mayor regalo que podrías hacerme, cariño, tu tiempo. Tiempo para estar conmigo.

—Mamá... me vas a hacer llorar al final —dijo Natalia con un suspiro ahogado.

Oyó al otro lado de la línea cómo su madre dejaba escapar de su pecho un tembloroso suspiro.

—Escucha, mamá, esta tarde me paso por ahí a veros, ¿vale? Quería haber ido ayer, pero Rubén me entretuvo y se me hizo tarde.

—Me gusta ese chico. ¿Por qué no venís a cenar los dos? —propuso Paquita.

—De acuerdo. Ahora le mando un mensaje para avisarle. Hasta luego. Besos.

Paquita se despidió de su hija y Natalia colgó el teléfono. Se lavó la cara, se puso sus cremas y, cuando terminó, le envió a Rubén un wasap para informarle sobre la operación de su madre y la cena de esa noche. Esperaba que no se

demorasen mucho, pues a las once había quedado con Saúl en el hotel.

Al pensar en lo que iba a suceder, se le encogió el estómago. ¿Saldría bien el plan ideado por Lorena y Miriam?

La respuesta de su chico la sacó de sus pensamientos.

«De acuerdo. Paso a recogerte por la revista a las seis».

—¡Mierda! —exclamó Natalia.

«No es necesario. Espérame en casa», contestó ella.

«Me hace ilusión ir a buscar a mi novia al trabajo», respondió él.

«Y a mí también me haría ilusión que vinieses a buscarme al trabajo si tuviera uno», dijo Natalia hablando consigo misma.

«Hoy pediré la excedencia para cuidar de mi madre y es posible que salga tarde, ya sabes, tendré que firmar algún documento y no quiero que estés en la puerta esperándome».

«No importa, esperaré una eternidad si hace falta», escribió Rubén.

—Joder, qué insistente eres —murmuró Natalia mientras redactaba el siguiente mensaje.

«Está bien. Tú ganas».

Le dio a «enviar» y pensó en cómo hacer para que cuando Rubén llegase a la oficina, ella ya estuviera allí esperando en la calle.

Mientras se vestía para bajar a la cocina a desayunar, barajó distintas posibilidades hasta que se decidió por una.

Cuando se estaba tomando el café, se dio cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo. A su madre le había dicho que la excedencia la había pedido ayer. A Rubén le acababa de mentir diciéndole que la iba a pedir hoy.

Esperaba, por su bien, que a ninguno de los dos les diera por sacar el tema durante la cena. Si no, tendría que volver a mentir para salir del atolladero en el que ella solita se había metido.

—No, si ya lo dice la gente, que las mentiras tienen las patas muy cortas —se regañó a sí misma.

—Y que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo —contestó Elena entrando en la cocina—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás hablando sola?

Natalia dejó sobre la mesa el café que estaba tomando.

Miró a Elena, que se preparaba su desayuno, y le relató la conversación con su madre y los posteriores mensajes con Rubén.

—Pues sí que has metido la pata hasta el fondo, bonita.

—Ya. Pero sé cómo arreglarlo con Rubén. Iré a *Zero* antes que él y le esperaré en la puerta. Así cuando él llegue, yo ya estaré allí y nos podremos ir.

Elena sacudió la cabeza negando.

—¿Sabes que te ahorrarías muchos problemas si le confesaras la verdad? Que estás sin trabajo.

—Sí, lo sé. Pero no quiero hacerlo de momento.

—¿Y qué le dirás cuando, en teoría, se te acabe la excedencia? —le preguntó Elena.

Natalia se encogió de hombros.

—Ya se me ocurrirá algo. Tengo unos cuantos meses por delante para pensarlo.

Elena no dijo nada más y las dos terminaron de desayunar en silencio.

Cuando recogían la mesa, Natalia se dio cuenta de algo.

—El lunes no voy a poder ir a la entrevista en *Quo*. Si operan a mi madre a las ocho de la mañana...

Su amiga la miró asintiendo con la cabeza.

—Es verdad. —Y tras unos segundos, añadió—: Pero no te preocupes. Llamaré a mi contacto en esa revista y veré si la pueden aplazar.

—Elena, con lo de mi madre, voy a estar unos meses inactiva. No puedo ir a una entrevista de trabajo y decirles que esperen hasta que mi mamá se recupere de la operación y yo pueda volver a trabajar. —Le hizo ver Natalia—. ¿Por qué no vas tú? También estás sin empleo y estoy segura de que te contratarían sin dudar. Tienes un currículum muy bueno.

Su compañera de piso meditó unos segundos la propuesta que le acababa de hacer la periodista.

—¿No te importa que te quite una oportunidad así? —preguntó a Natalia.

—Claro que no, tonta. Además, eres tú quien lo buscó. Me alegraré muchísimo si consigues ese trabajo. —Se acercó a ella y le dio un cariñoso abrazo—. Además, hay que encontrar algo porque tenemos que seguir pagando el alquiler, la luz, el agua, el gas, la comida...

—Tienes razón.

—Yo trabajaré en casa, en los ratos libres que me permita el cuidado de mi madre. Podría hacer algo tipo *freelance*. Y ver si tengo suerte.

Elena la miró pensativa.

—Es verdad. No había pensado en esa posibilidad. La de ser *freelance* — comentó su amiga—. Creo que podría irte muy bien. Tenemos un montón de contactos en revistas y periódicos a los que vender los reportajes que hagas.

—Sí, pero ahora lo más importante es centrarme en lo de mi madre.

82

Natalia llegó a *Zero* unos minutos antes de que dieran las seis de la tarde. Dudó sobre si meterse en el *hall* del edificio, para que Rubén la viera salir de él cuando llegase el momento indicado, o no.

Al final, decidió que lo haría.

Entró y tuvo la mala suerte de toparse con Saúl.

El corazón se le aceleró de tal modo que creyó que le rompería la caja torácica.

—¿No podías esperar hasta la noche y has venido a buscarme ya? ¿Tan desesperada estás? ¿Tanto me has echado de menos estos días? —preguntó con sorna él.

A Natalia le dieron ganas de borrarle la sonrisa de la cara de un tortazo y escupirle todo lo que pensaba de él como hombre y como persona, pero se contuvo. De lo contrario, el plan se iría al traste y no podría vengarse de su exjefe y abrirle los ojos a la ciega de su mujer.

—Estoy muy arrepentida, Saúl —dijo poniendo voz y cara de niña buena—. Espero satisfacerte esta noche tanto, que me quieras tener de nuevo a tu lado aquí, en *Zero*.

Él la agarró de un brazo y se la llevó hacia un rincón del *hall* del edificio.

—Después de lo que le soltaste a Cecilia en su despacho, pedazo de inconsciente, no podré devolverte tu empleo aquí. Gracias a Dios que mi mujer no sospecha nada, a pesar de lo que le dijiste. Pero si te portas bien esta noche conmigo —levantó una mano y acarició su cara, bajó por su cuello y se posó sobre el seno derecho, que apretó con pasión y sin ninguna delicadeza. Natalia estuvo a punto de vomitarle encima al sentir sus caricias, pero se aguantó las ganas— puede que te consiga algo en otra publicación. Ya sabes que tengo muchos contactos. Y tú tienes que ser buena porque has estado a punto de ocasionarme muchos problemas con Cecilia.

—Estoy deseando que llegue la noche. —Natalia jadeó por la manera dolorosa en que Saúl apretaba su pecho y se movió para salir de entre la pared y el cuerpo de su ex amante. Necesitaba huir de sus garras y respirar aire fresco—. No te retrases y no me des plantón como has hecho otras veces.

—Tranquila, ya lo tengo todo organizado. Estoy deseando poseer de nuevo ese *chochito* tuyo. —Él le sonrió con lascivia y Natalia sintió cómo una nueva arcada sacudía su garganta.

—A las once —dijo ella y se volvió para dirigirse hacia la puerta del edificio antes de que Saúl pudiera retenerla más tiempo.

En el exterior se encontró con que Rubén aparcaba la furgoneta en ese momento. Sin darle tiempo a bajarse del vehículo, se acercó rápidamente a él y abrió la puerta del copiloto para subir.

—¡Hola! —saludó con un entusiasmo exagerado—. Venga, vámonos.

Rubén se la quedó mirando sorprendido unos segundos antes de hablar.

—Vaya, sí que tenías ganas de verme. Has bajado antes de la hora habitual. —Se acercó para darle un tierno beso en la comisura de los labios mientras Natalia se daba cuenta de su error. Eran las seis menos diez minutos. Ella no debería estar allí a esa hora, sino más tarde.

—Es que como ya lo tengo todo arreglado con lo de la excedencia, he recogido antes y he bajado para que no tuvieras que esperarme. —Mintió, pensando que a este paso le iba a crecer la nariz más que a Pinocho.

—Pues me has fastidiado la sorpresa —se quejó Rubén.

—¿Qué sorpresa? Si ya sabía que venías a buscarme.

—Esta.

Rubén se giró en el asiento para coger algo del trasero. Agarró un ramo de margaritas rosas, blancas y azules, con una mano y con la otra una cajita pequeña de bombones.

Natalia abrió tanto la boca por la sorpresa, que casi se le desencaja la mandíbula.

—¡Son preciosas! —exclamó cogiendo el ramo de flores y llevandoselo a la nariz. Después agarró la caja de bombones—. Muchas gracias. Me encanta, pero no tenías por qué...

—Pues sí, sí tenía por qué. Me apetecía. Eres mi novia. La mujer más maravillosa del mundo entero y a la que quiero un montón. Así que, como ves, sí tengo motivos para regalarte flores y bombones. ¿O debería esperar a que fuera San Valentín?

Natalia se acercó a él para besarle en los labios.

—No, no tienes que esperar a que sea el día de los enamorados —susurró

contra su boca antes de apoderarse de Rubén con un beso, con el que le transmitió toda su pasión—. Gracias. Es un detalle muy romántico por tu parte y estoy encantada de que seas así. —Le dio otro beso, esta vez menos largo, y añadió—: Hala, vámonos de aquí.

Mientras Rubén maniobraba para salir del estacionamiento, Natalia miró a su alrededor. Descubrió a sus antiguos compañeros saliendo del edificio y, al fondo, comprobó que Saúl la miraba con una sonrisa lasciva en los labios.

Un temblor recorrió todo su cuerpo y se alojó en su estómago, volviéndoselo del revés.

Deseó que esa noche pasara rápido y lo que estaba por venir para acabar con aquello de una maldita vez.

83

—¿Te importa que pasemos por la peluquería antes de ir donde tus padres?
—le preguntó Rubén a Natalia casi llegando a Leganés.

—¿Te vas a poner guapo para ir a ver a los suegros? —Se rio ella, con la boca llena de chocolate—. ¡Dios! ¡Estos bombones están de muerte!

Rubén la miró enamorado y feliz porque su sorpresa le había gustado mucho a su chica. Pero aún faltaba otra más.

—Anda, límpiate la comisura de los labios que la tienes llena de restos de chocolate. —Le tendió un pañuelo de papel que cogió de un hueco del salpicadero de la furgoneta.

—Preferiría que me los limpiaras tú a lametazos —contestó ella seductora.

—Si empiezo, sabes que no podré parar —le advirtió él.

—Estoy deseándolo —ronroneó melosa Natalia.

Rubén exhaló con fuerza el aire de sus pulmones y la miró de reojo.

—Eres una niña muy mala, pero te adoro igual. Sintiéndolo mucho, mi querida Barbie de extrarradio, hoy no voy a sucumbir a tus encantos. —Natalia gruñó fastidiada y Rubén soltó una carcajada divertido—. Bueno, quiero decir que, ahora, en este momento, no voy a hacerlo. Tengo que ir a la peluquería.

—¿Qué pasa? ¿Te vas a teñir las canas o algo así? —le pinchó ella.

—No tengo canas —respondió él con paciencia.

—¿No? A ver...

Se acercó a él lo suficiente para rozarle con el pecho el brazo y lograr excitarle.

—Tendremos un accidente por tu culpa —la riñó Rubén con cariño—. ¿No puedes estarte quietecita un poco?

—No.

—Está bien. Tú lo has querido —suspiró él.

Entraron con la furgoneta en una gasolinera cercana a Leganés y Rubén dirigió el vehículo al túnel de lavado. Le dijo a Natalia que le esperase dentro cuando él se apeó para ir a la tienda a buscar la ficha que debía meter en la máquina. Volvió rápido y cuando el agua empezó a caer sobre el vehículo, se metió de prisa en la furgoneta.

Nada más cerrar la puerta, los rodillos comenzaron a pasar por encima para limpiarla.

—Tenemos poco tiempo —le dijo a Natalia.

—No importa. Yo ya estoy mojada solo de pensar lo que vamos a hacer aquí.

Ella se quitó el pantalón vaquero y las braguitas, mientras Rubén se bajaba su ropa lo justo para sacar la erección que tenía y colocarse un preservativo.

Cuando se insertó en el sexo de su chica, los dos gimieron de placer. Comenzaron una serie de movimientos de cadera destinados a llevarles al orgasmo lo antes posible.

Los cristales del vehículo se fueron empañando por la pasión y el calor que desprendían sus cuerpos.

En ningún momento dejaron de besarse y acariciarse, sintiendo en la piel los senderos de fuego que describían sus manos y cuando los dos alcanzaron el clímax, gritaron con la certeza de que acababan de satisfacerse de una forma que recordarían toda su vida.

—¿No decías que no ibas a sucumbir a mis encantos en estos momentos? —le pinchó Natalia con la respiración todavía agitada por lo que acababan de hacer.

—Es que soy un tío muy fácil y tú conoces bien mis puntos débiles —comentó Rubén intentando recuperar su ritmo cardíaco normal—. Ahora tendré que lavar la furgoneta por dentro. Huele a sexo que tira para atrás. —Se rio.

Natalia le acompañó en sus carcajadas mientras se volvía a poner la ropa.

—Vas a tener que dejarla toda la noche con las ventanillas bajadas para que se airee.

Rubén se acercó a ella y la besó fugazmente.

—Ha sido una experiencia única. Me ha gustado mucho. Tiene su puntito morboso.

—Sí —confirmó Natalia—. Pero, anda, que si nos llegan a pillar...

Los dos miraron a su alrededor. En la gasolinera había otros tres coches repostando a unos metros del túnel de lavado, pero, al parecer, nadie había reparado en lo que sucedía en el interior de aquella furgoneta.

—Nunca lo había hecho tan rápido —confesó él.

—Hemos acabado justo al mismo tiempo que la máquina. Por cierto,

¿cuánto dura?

—No lo sé. Pocos minutos. Ten, aguanta esto —dijo Rubén y le tendió el condón, atado para que no se saliese el líquido seminal, y envuelto en un pañuelo de papel.

Natalia lo cogió con cara de asco.

—¿Qué pretendes que haga con ello?

—Puedes guardártelo de recuerdo. —Él le sonrió con malicia.

—¡Anda ya! —Bajó la ventanilla del vehículo y sacó la mano.

—¡No se te ocurra tirarlo! —exclamó Rubén.

El grito que dio hizo que Natalia saltase en su asiento, deteniéndola en el acto.

—Es la prueba del delito —susurró él en voz baja—. Deberíamos conservarlo en caso de...

—Estás como una cabra —le acusó ella riéndose—. Venga, para ahí delante, que hay una papelera, y bajo a tirarlo.

Cuando se hubieron deshecho de la prueba incriminatoria, pasaron por casa de los dos para darse una ducha rápida y acudir a la peluquería.

—¿Me vas a decir qué es lo que vas a hacerte en el pelo? —quiso saber Natalia curiosa ante la insistencia de Rubén en ir allí.

—Ya lo verás —contestó él enigmático—. Ten paciencia.

Natalia no dijo nada más hasta que llegaron al centro comercial cercano a su casa, donde estaba la peluquería, y oyó cómo Rubén le pedía a la profesional que le cortara el pelo y la rasta.

—¿Por qué te la vas a quitar? —preguntó Natalia asombrada.

—Porque estoy en una nueva etapa de mi vida y quiero hacer algún cambio que lo refleje. ¿Las chicas no cambiáis de *look* para sentirnos renovadas y con energías positivas? Pues yo también.

—No me convences. —Ella se cruzó de brazos y le miró seria.

Rubén se encogió de hombros.

—Allá tú, pero voy a hacerlo. Es algo que necesito. Es como... romper con el pasado, cerrarlo de una vez, para comenzar algo nuevo.

—La barba y los pendientes ni se te ocurra quitártelos —le advirtió Natalia.

—Pues también había pensado...

—¡No! ¡Me niego! —le cortó ella.

La peluquera asistía a la discusión aguantándose la risa.

—Cielo, yo no te digo a ti si tienes que cambiar el color del pelo, llevar la melena más corta o vestir de otra manera. A mí me gustas por lo que hay dentro de ti. No por el exterior. Y creo que en mi caso, debería ser igual —intentó convencerla el burgalés.

Natalia lo pensó algunos segundos. No le gustaba la idea de que Rubén cambiase sus característicos detalles, pero se dijo que él tenía razón. Debían aceptarse el uno al otro tal como eran.

—Está bien —claudicó—. Córtate la rasta, pero la barba no, por favor. Me gusta el cosquilleo que noto en la piel y los labios cuando...

Se calló al ver cómo la peluquera los miraba. Como si estuviera asistiendo a una película romántica con ellos dos de protagonistas.

—Bueno, hazlo —continuó Natalia—, y sobre los pendientes ya hablaremos en casa. —Le dirigió una mirada a la chica en la que le dijo que ya podía empezar a trabajar con su novio.

Mientras atendían a Rubén, ella se sentó en una de las sillas para esperarle.

Nada más poner el culo en el asiento, su móvil pitó.

Leyó el mensaje de Saúl en el que le decía que estaba ansioso por la llegada de la noche para reunirse en el hotel con ella y todas las guarrerías que le iba a hacer.

Natalia contestó que ella también estaba deseando acudir a su cita.

Rubén vio por el espejo cómo ella ponía cara de asco y se preguntó qué sucedería. Su novia había cambiado radicalmente el semblante. Antes de recibir el mensaje, Natalia tenía una sonrisa feliz en la boca. Ahora, sus ojos reflejaban angustia, rencor y malestar.

—¿Algún problema, cielo? —le preguntó cuando la peluquera terminó con él.

—No, ¿por qué? —contestó ella sin saber a qué se refería.

—He visto que te ha llegado un wasap y fruncías el ceño disgustada al leerlo.

«Mierda. A ver qué le cuento», pensó Natalia mientras se inventaba una excusa rápida y creíble.

—Es algo del trabajo. No te preocupes —dijo demasiado deprisa.

—¿Y no pueden solucionar lo que sea sin molestarte? Acabas de cogerte

una excedencia —comentó Rubén mientras pagaba a la chica de la peluquería por sus servicios.

—Sí, eso es justo lo que les he dicho —suspiró Natalia y para cambiar de tema, añadió—: ¡Qué guapo estás! —Se acercó y le besó—. Aunque para mí, a pesar de que te has quitado la rasta, seguirás siendo mi perroflauta preferido.

Rubén soltó una carcajada y la agarró por la cintura. Salieron de la peluquería mientras Natalia intentaba convencerle para que la barba y los pendientes siguieran en su sitio.

84

Durante la cena con los padres de Natalia, Rubén observó que a ella le llegaban varios mensajes y que cada vez que los leía fruncía el ceño disgustada. Se preguntó por qué no la dejaban en paz desde la oficina. Su novia ya estaba de excedencia, ¿o es que la revista no iba a funcionar sin ella?

Vio cómo Natalia tecleaba algo a toda velocidad y volvía a guardar el móvil en su bolso. A los pocos segundos, este pitó de nuevo con otro mensaje de wasap.

Ella dio un pequeño respingo en la silla al escuchar el sonido. Este sobresalto pasó desapercibido para sus padres, pero no para Rubén. Sabía que algo estaba ocurriendo, aunque no el qué.

Natalia sacó de nuevo el teléfono del bolso, contestó al mensaje y lo volvió a guardar.

En un momento dado en que los dos se quedaron solos, Rubén aprovechó para preguntarle a ella, por tercera vez, qué era lo que sucedía.

—Nada. No te preocupes —contestó Natalia con un gesto de la mano, intentando quitarle importancia a los mensajes.

Pero Rubén comprobó cómo esa mano que ahora descansaba en el regazo de su novia, temblaba ligeramente.

—Sé que algo pasa. ¿No confías en mí para contármelo? Quizá te pueda ayudar —dijo él para convencerla.

—Es del trabajo, pero ya les he dicho que se busquen la vida. Yo estoy de excedencia —contestó Natalia un poco molesta por la insistencia de su novio.

—No te enfades conmigo, cielo. Solo pretendo ayudarte —replicó Rubén al notar su tono de voz enfadado.

Natalia inspiró hondo. Rubén no tenía la culpa de lo que estaba sucediendo y no se merecía que le hablase así.

—Perdona. Es que ya me están hartando —respondió ella, con una sonrisa nerviosa.

—Apaga el móvil y así te dejarán en paz —le aconsejó él—. Además, ¿quién trabaja en la oficina a las diez menos cuarto de la noche? —preguntó mirando su reloj.

—Cecilia, mi jefa, que es una adicta al trabajo —mintió para que Rubén no sospechara.

Él se giró sobre la silla y pasó un brazo por la espalda de Natalia. Con los dedos de la mano, le acarició el hombro por encima del jersey.

—¿Pero no le habías entregado el reportaje ya terminado? ¿Qué quiere ahora?

—Al parecer, se me ha olvidado poner mis fuentes de información. —Pensó Natalia a toda velocidad—. Pero ya se las he dado y no creo que me moleste más.

Rubén se acercó a ella, la cogió por la barbilla con dos dedos y, sobre sus labios, susurró:

—Pues eso espero, porque esta noche tengo pensado un juegucito en el que los dos vamos a disfrutar muchísimo.

Natalia se puso rígida al instante, distanciándose de él.

—La verdad es que estoy cansada, Rubén. Creo que lo mejor es que nos vayamos a casa ya. Cada uno a la suya —le advirtió—. Y mañana jugamos a lo que sea que se te ha ocurrido.

Rubén maldijo a la jefa de su novia por los dichosos mensajes, ya que estos le habían cambiado el humor a su chica. Pero se dijo que, como a partir de ahora iba a estar unos meses sin trabajar, ya tendrían tiempo de hacer todo lo que quisieran.

—Mamá, nosotros nos vamos a ir ya. Estoy cansada y me quiero acostar pronto —dijo Natalia cuando sus padres entraron en el salón con el postre.

—Bien, hija.

—Ya me ha dicho mamá que ayer cogiste la excedencia en el trabajo —comentó su padre al acercarse a darla un beso de despedida.

—Sí —sonrió ella—, así te podré ayudar con mamá cuando la operen.

Rubén, a su lado, frunció el ceño.

«¿Ayer? ¿Cómo que ayer? Si la excedencia la ha cogido hoy», pensó, pero no dijo nada porque creyó que el padre de su novia no se habría enterado muy bien de cuándo esta había comenzado el descanso.

Se despidieron de los padres de Natalia y se marcharon a casa.

Al llegar, ella le dio un beso rápido y se metió en su casa a la velocidad del rayo.

Rubén entró en la suya. Fue a la cocina para beber un poco de agua antes de acostarse.

Estaba con el vaso en la mano, tras haber dado el primer sorbo, y, al mirar por la ventana que daba a la puerta principal de su adosado, vio a Natalia caminando por la calle, alejándose de las casas.

«¿A dónde irá a estas horas?», se preguntó sorprendido.

85

Natalia miró el reloj por tercera vez en los ocho minutos que llevaba esperando el tren en la estación cercana a su casa y maldijo. Si no venía pronto el transporte urbano, llegaría tarde a su cita en el hotel y eso no podía ocurrir.

Todo debía salir bien esa noche para terminar con aquel asunto.

Un nuevo mensaje pitó en su teléfono.

«En diez minutos llegaremos. ¿Cómo lo llevas tú? ¿Te falta mucho?», preguntaba Lorena.

«La Renfe va con retraso, pero creo que llegaré a tiempo», contestó Natalia con dedos temblorosos por los nervios.

«¿Qué te ha dicho Cecilia? ¿Vendrá?», quiso saber su antigua compañera.

«Llevo toda la tarde mandándole mensajes y su respuesta es la misma. No. Incluso me ha amenazado con que, si no la dejas en paz, me denunciará por acosarla a ella también —la informó Natalia—. Así que ya no lo intento más. Si no viene, tendremos que pasar al plan B».

El tren llegó en ese momento y Natalia se subió a él. Durante el trayecto hasta Atocha, donde estaba situado el hotel en el que siempre tenía sus citas con Saúl, rezó para que Cecilia recapacitara y acudiese a la cita. Era imprescindible que ella pillara a su marido con las manos en la masa llegado el momento oportuno. Porque no estaba segura de que el plan B funcionara.

Repasó de nuevo los mensajes que le había enviado a su exjefa.

«Todo lo que te dije sobre Saúl es cierto. Si quieres comprobarlo, ven esta noche a las once y cuarto al hotel Room, habitación 206. Pide una copia de la llave en recepción y descubrirás la verdadera cara de tu marido».

Todos habían sido con este contexto, intentando convencerla de que acudiera a la cita. Pero ella se había negado en redondo.

«Cuando Saúl se ausente de casa esta noche, ¿te vas a creer su excusa?», fue el último que le mandó. Pero Cecilia volvió a decir no.

Llegó a la estación de Atocha y se bajó veloz del tren. Solo quedaban cinco minutos para la hora señalada. Pasó por los tornos y subió las escaleras de acceso a la calle como una exhalación.

Una vez allí, corrió hasta que llegó a la puerta del hotel, donde se detuvo un

momento para tomar aire y continuar.

Entró y directamente se dirigió hacia la habitación 206.

El corazón galopaba en su pecho. Natalia se preguntó si no le rompería la caja torácica. En el ascensor, puso una mano sobre su torso, intentando calmar los acelerados latidos, pero fue imposible.

Cuando salió al pasillo, no había nadie. Se acercó a la puerta de la habitación y llamó con los nudillos. Dos golpes secos. Esa era la contraseña.

Lorena y Miriam abrieron la puerta y, cuando Natalia pasó al interior de la habitación, comenzaron a prepararlo todo.

86

Unos golpes sonaron en la puerta de madera.

—Corred, id a esconderos —susurró Natalia a Lorena y Miriam.

—La cámara ya está grabando —dijo Lorena en voz baja, antes de meterse con la otra chica en el armario de la habitación.

Natalia se miró en el espejo antes de abrir la puerta. Estaba muy bella con un sexi picardías negro, que no dejaba espacio para la imaginación, pues mostraba más de lo que debía ocultar. El pelo suelto hasta más abajo de los hombros, con los labios muy pintados de rojo y descalza. Parecía una diosa de la perversión y el sexo pecaminoso.

—Hola, Saúl —ronroneó melosa al abrir la puerta—. Me alegro de que hayas llegado puntual.

—Estoy ansioso por meterme otra vez en tu coño, nena —contestó él, entrando en la habitación y cerrando de un portazo.

Se apoderó de la boca de Natalia con un agresivo beso que lastimó los labios de la joven. La agarró con ambas manos del trasero, llenándoselas con el respingón culo de ella, y las estrujó con fuerza.

Natalia soltó un gemido de dolor al sentir las invasiones de Saúl en su cuerpo. Pero se dijo que tenía que ser firme y resistir. Todo acabaría pronto.

—¿Qué quieres que te haga, Saúl? ¿Te la chupo o follamos directamente? —preguntó cuando pudo distanciarse de él para tomar el oxígeno que sus pulmones reclamaban con impaciencia.

El hombre, sin soltar a su presa, lo pensó unos segundos.

—Solo tengo una hora, pero creo que dará tiempo a las dos cosas.

Natalia se deshizo de su abrazo y caminó con él de la mano hasta la cama de la habitación. Lorena le había dicho, cuando estuvieron probando con la cámara, que allí se vería todo mejor. En la puerta también, pero la imagen salía hacia un lado y en la cama quedaría centrada. Podría verse en todo su esplendor la lujuria de Saúl.

—¿Qué excusa le has puesto a Cecilia? —preguntó ella para ganar algo de tiempo, ya que no estaba dispuesta a hacerle a Saúl ninguna de las cosas que le había dicho.

Debía entretenerle hasta que llegase su mujer. Si es que aparecía, porque Natalia no estaba segura de que lo hiciera.

Si Cecilia no acudía a la cita, pasarían al plan B, que consistía en que, llegado el momento idóneo, Lorena y Miriam saldrían del armario en el que estaban escondidas y detendrían todo aquello. Con lo que tenían hasta ese momento en la cámara sería más que suficiente para enviárselo a Cecilia por correo y delatar a Saúl ante ella.

Pero si Cecilia llegaba al hotel, mejor. Porque vería con sus propios ojos lo que su querido marido hacía a sus espaldas.

—¿Acaso importa? —replicó Saúl quitándose los pantalones y el *slip*—. Ella se lo ha tragado. Igual que todas las otras veces.

Natalia sonrió. Saúl acababa de confesar sus pecados y la cámara lo había grabado todo. Comenzó a desabrocharle los botones de la camisa mientras su exjefe se apoderaba de nuevo de su boca.

—Mi novio tampoco sospecha nada —dijo ella entre beso y beso.

—Me importa una mierda si tu novio se entera de que has vuelto conmigo o no. —Saúl la agarró del pelo y la obligó a arrodillarse—. Comienza a chupar, pequeña lasciva, el tiempo se me acaba.

«No lo sabes tú bien», pensó Natalia mientras se ponía de rodillas en el suelo, frente a la erección del hombre.

Miró hacia la mesa de la habitación, donde la pequeña cámara estaba camuflada entre las flores de un jarrón, y rezó para que Cecilia apareciese.

Devolvió su vista a los ojos de Saúl, que eran dos océanos de fuego en ese momento, y le sonrió mientras jugaba con su miembro deslizando una mano arriba y abajo por toda su largura.

—Vamos —la urgió él—. Métetela en la boca, que no tenemos toda la noche.

Natalia tragó saliva. Su corazón bombeaba en el pecho tan fuerte que creyó que su exjefe lo oiría. Las manos comenzaron a sudarle por el nerviosismo. Todo su cuerpo estaba en un estado de tensión tal que pensó que se le partirían en dos los huesos.

Acercó el pene de Saúl a su boca.

Y la puerta de la habitación se abrió de repente.

—¿Qué demonios significa esto?

Nada más oír la voz de sobra conocida, Natalia quiso morir. De todas las personas que podrían haber entrado a la habitación sin llamar, justo había sido la única que nunca esperó que lo hiciera.

Rubén.

Se volvió hacia él en el mismo momento que soltaba el pene de Saúl como si le hubiera quemado en las manos y vio a su novio, de pie en la puerta, que los miraba horrorizado. Pero fue tan solo una fracción de segundo. El tiempo suficiente en que el cerebro de Rubén procesó lo que sus ojos veían.

La decepción inundó los iris verdes del burgalés y su gesto se contrajo en una mueca de desilusión y dolor.

Sin mediar palabra, Rubén se volvió y desapareció por el pasillo.

Justo detrás de él estaba Cecilia, que también contemplaba la escena con asco y repulsión.

—Así que todo era verdad —masculló la mujer entrando en la habitación y encarándose con su marido—. Eres un malnacido, cabrón y...

Natalia no escuchó nada más.

En el mismo momento en que vio que Rubén huía de aquel escenario, se levantó veloz, se puso sobre el picardías negro que llevaba su abrigo y, descalza, salió corriendo en pos de su novio.

Tenía que explicarle todo aquello para que él supiera lo que sucedía.

Con el corazón en la garganta y casi sin resuello, llegó a la recepción del hotel justo a tiempo de ver cómo el fisioterapeuta paraba un taxi y se metía dentro.

Salió a la calle llamándole a gritos.

Pero el vehículo se alejó de allí sin que Natalia hubiera tenido la oportunidad de aclarar las cosas.

Rubén estaba roto de dolor.

Aquello no le podía estar pasando a él.

Por tercera vez en su vida, la mujer que amaba le era infiel. Primero Celia dos veces. Ahora Natalia.

Cuando la vio salir de su casa y decidió seguirla para protegerla por si le sucedía algo a aquellas horas de la noche, no pensó que se encontraría con esto.

Observó cómo ella esperaba el tren, nerviosa, sin dejar de mandar mensajes por teléfono. Subió en el mismo vagón que Natalia, pero por la puerta que quedaba más atrás del largo vehículo. Se sentó varios asientos por detrás de ella, sin dejar de mirarla, preguntándose a dónde diablos iría a esas horas nocturnas.

Varias veces tuvo que resistir la tentación de delatar su estancia en aquel vagón de tren y se dijo que, tarde o temprano, sabría lo que su novia hacía allí y a dónde se dirigía.

Cuando bajaron en Atocha, él la siguió a una distancia prudencial, corriendo igual que Natalia, quien parecía tener demasiada prisa por llegar al sitio que fuera.

La vio entrar en un hotel y todas sus alarmas se dispararon al recordar que se citaba con su ex amante en uno de aquellos alojamientos.

Dudó durante varios minutos si continuar o no con su investigación. ¿Y si lo que descubriría esa noche le destrozaba?

Regresó de nuevo a Atocha con el firme convencimiento de marcharse a casa y olvidar todo aquello.

Pero no pudo.

Así que volvió al hotel.

Sin querer creer lo que su mente le gritaba, pues ya había pasado por una situación así años antes, caminó hacia los ascensores para descubrir a qué piso iba su novia.

Estaba debatiéndose entre subir y buscarla habitación por habitación, o marcharse a su casa sin querer ver las evidencias de una infidelidad, cuando una mujer de unos cuarenta y pico de años, morena y muy atractiva se puso a su lado. La señora pulsó el botón del ascensor mientras comprobaba algo en su teléfono móvil.

Rubén la observó con más detenimiento. Juraría que había visto a esa mujer antes, pero no lograba recordar dónde.

Desde luego, no era la madre de ninguno de sus niños del centro, pues las conocía a todas. Quizá, alguna tía que habría ido un día a recoger a algún

pequeño a la salida del centro escolar...

Tampoco.

Vestía demasiado elegante con su traje de chaqueta y falda, de una tela que se veía claramente lo cara que era por el buen corte y estilo de las dos prendas. Las familias de sus niños no tenían tantos ingresos económicos como para permitirse unas ropas semejantes.

Pero estaba seguro de que la había visto antes en alguna parte.

Iba a preguntarle si se conocían de algo cuando el ascensor llegó y la mujer se metió dentro. Rubén vio cómo ella pulsaba el botón del segundo piso y las puertas comenzaron a cerrarse.

En un impulso y con rapidez, él se coló dentro, sobresaltando a la única pasajera que lo ocupaba.

Ella dio un grito asustada y levantó las manos como si Rubén estuviera cometiendo un atraco y la apuntara con una pistola.

—Tranquilícese, señora, no voy a hacerle nada —dijo Rubén para calmar a la mujer, cuyos ojos desorbitados le indicaron que ella había pensado que ese joven que se había colado en el elevador pretendía dañarla de alguna manera—. Es que estaba despistado y cuando he visto que las puertas del ascensor comenzaban a cerrarse... —Se quedó con las palabras colgando de su boca, para enseguida añadir—: Siento haberla asustado.

—Pues sí que me ha dado un buen susto, la verdad —contestó ella relajándose visiblemente.

—Lo lamento. Espero que me perdone. —Se disculpó Rubén educadamente.

Llegaron al segundo piso y ambos se bajaron del ascensor.

Rubén no sabía a dónde ir, por qué habitación empezar primero. Ahora la idea de buscar a Natalia allí se le antojaba descabellada. ¿Qué esperaba? ¿Ir tocando a todas las puertas y preguntar si su novia estaba allí?

Se dio la vuelta para marcharse, pensando que al día siguiente hablaría con Natalia. Le confesaría que la había visto salir de casa, la había seguido y lo del hotel. Rezó a Dios para que ella no se enfadara al contarle todo esto. Su novia podía tomárselo como un signo de desconfianza hacia ella y se lo reprocharía. Pero comprendería que después de lo que le pasó con Celia...

Mientras esperaba de nuevo al ascensor, miró a su alrededor y vio a la

mujer morena frente a una de las puertas. Comprobó varias veces algo en su móvil al mismo tiempo que miraba el número de habitación, como para cerciorarse de que era allí donde se había citado con quien fuera. De repente, asió el pomo de la puerta. Rubén observó cómo le temblaba la mano al hacerlo. La mujer suspiró largamente. Tras unos segundos, soltó la manilla y se llevó la mano al corazón. Emitió otro suspiro, que esta vez salió tembloroso de sus labios. Acto seguido se echó a llorar, tambaleándose como si se fuera a desplomar en el suelo.

Rubén se apiadó de ella y se acercó para brindarle su ayuda.

—¿Se encuentra usted bien, señora?

—No —dijo ella con las lágrimas surcando sus mejillas.

—Si puedo ayudar en algo... —Se ofreció él, al tiempo que sacaba un pañuelo del bolsillo y se lo tendía a la morena para que se limpiase las gotas saladas.

—Mi marido... Me han... enviado un... men... mensaje... —comenzó a contarle ella entre hipidos— se cita... a... aquí... con su... a... amante...

—¿Y usted ha venido a descubrirlo? —preguntó Rubén.

La señora asintió mientras se sonaba la nariz.

—No... No sé... si es buena... i... idea... Yo... —De nuevo, soltó otro suspiro y terminó de limpiarse las lágrimas—. No sé si quiero saberlo —dijo con convicción, mirando a Rubén a los ojos.

En ese momento, el gesto de la cara de ella cambió. Le estudió algunos segundos y finalmente, afirmó:

—Tú eres el novio de Natalia.

Cecilia le había reconocido en ese instante.

Rubén se sorprendió.

—¿Conoce a mi novia?

—Soy Cecilia, su jefa. Te vi en la puerta de la oficina un día, al salir del trabajo —le contó dejando de llorar y con voz un poco más firme—. No te he reconocido antes, en el ascensor, pero ahora sí. ¿Qué haces aquí? ¿Tú también estás metido en todo este lío? ¿Me has estado siguiendo por si me arrepentía de lo que he venido a hacer? ¿Estáis los dos compinchados para sacarme dinero o ensuciar el buen nombre de mi familia y de mi marido? ¿Es todo un montaje vuestro? —preguntó molesta.

Rubén, con la boca abierta por la sorpresa que le producía todo lo que acababa de decirle la mujer y que no entendía, dijo:

—Señora, no tengo ni idea de qué me está hablando. No sé a qué lío se refiere, ni la he seguido ni estoy compinchado con nadie para hacer todo eso de lo que usted me acusa. —Se mostró ofendido por las insinuaciones de Cecilia.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —quiso saber ella con desconfianza.

—He venido a buscar a Natalia. La vi salir de casa y la he seguido hasta este hotel. Pero no...

De repente, se calló. Su mente comenzó a trabajar a toda velocidad uniendo los eslabones sueltos. Todo lo que había dicho Cecilia...

¿Estaría Natalia allí con su jefe? ¿Habría vuelto con él? ¿Le estaba siendo infiel?

—¿En qué habitación está su marido, señora? —preguntó a la mujer morena.

Ella, señalando con un dedo la puerta cerrada, le indicó que en esa.

Rubén inspiró hondo.

Metió la llave en la puerta para abrirla y enfrentarse a lo que fuera que estaba pasando dentro.

Cuando Natalia vio cómo se alejaba el taxi con su amor dentro, gritó llena de rabia y frustración. Tenía que hablar con Rubén lo antes posible y explicárselo todo. Regresó corriendo a la habitación. Allí se encontró con que Lorena y Miriam habían salido del armario y estaban discutiendo con Saúl y Cecilia. A su jefe le tenían acorralado entre las tres para que no huyera y se enfrentara a lo que le había hecho a su mujer durante tanto tiempo.

Los ignoró, a pesar de que en varias ocasiones, la nombraron para que participase en aquel aquelarre contra Saúl.

Vio cómo Cecilia comenzaba a llorar y, presa del dolor, la decepción y la furia, le daba bofetadas a su marido, que él aguantaba estoicamente.

Natalia buscó con rapidez sus zapatos y su ropa. Se vistió en décimas de segundo y cogiendo el bolso salió de allí sin molestarse en cerrar la puerta.

Por el pasillo, se cruzó con varias personas que, al oír el alboroto en la otra habitación, se acercaban para ver qué sucedía.

Llegó a la calle y paró un taxi. Necesitaba llegar cuanto antes a Leganés.

Con el corazón en la garganta por la angustia del momento, pensaba en todo lo que le diría a Rubén.

El viaje hasta la población donde vivía se le hizo eterno, por eso, al ver los primeros edificios, respiró algo más tranquila. En pocos minutos resolvería todo aquello con Rubén.

Justo cuando el vehículo paró delante de los adosados, el móvil de Natalia comenzó a sonar.

—¿Papá? —preguntó extrañada al ver quien la llamaba. Eran más de las doce de la noche. A esa hora sus padres debían estar durmiendo.

—Natalia, hija, estoy en Urgencias con mamá. Ha sufrido un infarto.

Natalia pagó al taxista y se bajó rápido del coche, sin esperar el cambio que el conductor debía darle.

Atravesó las puertas del hospital como un rayo, buscando a su padre en la sala de espera.

—¡Papá! —le llamó nada más localizarle.

Corrió hacia él, al mismo tiempo que José se levantaba de la silla y abría los brazos para recibirla.

—¿Cómo está? ¿Y cómo ha sido? ¿Qué le están haciendo ahora? —preguntó atropelladamente con la ansiedad y el miedo recorriendo su cuerpo.

—Ahora mismo están operándola —le contó su padre mientras la abrazaba—. Nos dirán algo los médicos cuando terminen. Tenemos que esperar aquí.

Natalia se distanció de José unos centímetros, pero no los suficientes para romper el abrazo.

—¿Esperar? Yo no quiero esperar. Quiero que me digan cómo está mamá ya —soltó con impaciencia.

—Cariño, la están operando —repitió su padre—. Hasta que no terminen...

—Pero alguien debe informarnos de cómo marcha la operación.

Ahora sí, Natalia deshizo el abrazo con su padre y se volvió para buscar a alguien que pudiera darle los datos que necesitaba.

—Cariño, hasta que no terminen los cirujanos con ella, nadie nos va a poder dar explicaciones —dijo reteniéndola por un brazo—. ¿Crees que no lo he intentado ya? Pero la respuesta siempre es la misma. Hay que esperar hasta el final de la operación. Entonces, saldrá el doctor y nos informará.

Natalia le miró unos segundos hasta que comprendió que, por mucho que ella insistiera, por mucho que desease que alguien le dijera el estado en que se encontraba su madre, su padre tenía razón. Debían esperar y, a ser posible, no perder ni la calma ni la esperanza de que todo saldría bien.

—Bueno. —Natalia asintió con la cabeza y se sentó en una silla. José se acomodó a su lado—. Cuéntame cómo ha pasado.

—Mamá había ido a la cocina para tomar su vaso de leche, como hace todas las noches, y yo la estaba esperando para acostarnos, sentado en nuestra

cama. De repente, he oído cómo algo de cristal chocaba contra el suelo y se rompía. Rápidamente, me he levantado, he ido a la cocina y me he encontrado a mamá en el suelo, en medio de un charco de leche y cristales. Se quejaba de que le faltaba el aire y que le dolía mucho toda la parte izquierda del cuerpo. —En este momento, José rompió a llorar como un niño al recordarlo todo. Natalia le abrazó y también dejó salir las lágrimas de sus ojos—. He llamado... a la ambulancia... y nos han... traído... aquí. Cuando... cuando los médicos... cuando hemos llegado... ellos... —miró a su hija a los ojos anegados por el llanto como los suyos y sin ningún pudor o vergüenza para sus cincuenta y ocho años, declaró—: No quiero perderla. No puedo. Es toda mi vida. Si no lo supera... yo...

—Papá, eso no va a suceder —le consoló Natalia mientras las lágrimas bajaban desordenadas por sus pómulos y caían como una pequeña lluvia en su regazo, dejando manchas oscuras en la tela del vestido rosa que llevaba—. Mamá se va a recuperar, ya lo verás. Todo va a salir bien.

Su padre cabeceó varias veces asintiendo. Se sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se limpió el rastro que las gotas saladas habían dejado un su cara.

Natalia hizo lo mismo con otro pañuelo que llevaba en el bolso.

—El cirujano que la iba a operar el lunes estaba hoy de guardia, así que es él quien está con mamá ahí dentro.

—Bueno, pues hemos tenido suerte, dentro de lo malo que ha sucedido, ¿no? Porque ese doctor ya conoce a mamá, tiene todo su historial...

—Sí, hija. Gracias a Dios.

Los dos permanecieron en silencio unos minutos, con las manos entrelazadas y la espalda apoyada contra los respaldos de los incómodos asientos de aquella aséptica sala de espera.

—¿Te han dicho si tardarán mucho con la operación? —quiso saber Natalia mirando a su padre y acariciándole con dulzura la mejilla.

—No. Pero cuando hablamos con el cirujano sobre la que le iban a practicar el lunes, sí que nos dijo que estaría alrededor de cinco horas con ella en quirófano. Podría ser que más. Todo dependía de lo que se encontrasen al abrirla porque, a veces, piensan una cosa y cuando abren el esternón del paciente se encuentran con más de lo que creían y eso complica todo.

—Bueno, sea como sea, mamá está en buenas manos —le tranquilizó Natalia, a pesar de que ella misma necesitaba buenas dosis de consuelo también.

Se levantó de la silla y le preguntó a su padre si quería un café. La noche prometía ser larga.

—¿Y Rubén? Me sorprende que no esté aquí contigo —comentó José cuando ella regresó de la máquina con los dos cafés en las manos.

Natalia se puso tensa. ¿Qué podía decirle? ¿Que no sabía cómo Rubén había aparecido en la misma habitación de hotel en la que ella estaba tendiéndole una trampa a su exjefe, con el que había mantenido una relación clandestina y que la acosaba desde que rompió con él? ¿Que todo aquello lo habían preparado otras dos compañeras y ella para que Cecilia los pillase y, de esa manera, terminase de creer las palabras que Natalia le había dicho en su despacho cuando la despidió? ¿Que no le había dado tiempo de alcanzar a Rubén cuando huyó del escenario para explicarle todo aquello? ¿Que justo cuando estaba parada con el taxi frente a su casa, él la había llamado contándole sobre el infarto de su madre y había tenido que decidir entre Paquita y Rubén?

No podía confesar todo aquello. Bastantes preocupaciones tenía su padre en ese momento para contarle lo que había sucedido con su novio.

—¿Qué iba a hacer él aquí? —dijo Natalia.

—Darnos apoyo moral. Rubén ha pasado por esta situación con su madre y es la persona más indicada, aparte de los médicos, para tranquilizarnos y animarnos —respondió su padre, sorprendido ante la pregunta de Natalia sobre que qué iba a hacer Rubén allí con ellos—. Además, es tu pareja. Debe estar a tu lado tanto en los buenos momentos como en los malos.

—Mañana le llamaré. Si lo hago ahora, puedo darle un susto de muerte —contestó Natalia, escondiendo la cara en el vaso del café. No quería que José supiera que algo malo había pasado entre ellos.

Cuando terminó la operación, Paquita fue trasladada a la UCI y a Natalia y José les dejaron entrar unos minutos para verla. Tenía puestas varias vías, sondas, drenajes, y demás.

Los dos se echaron a llorar al verla así. Paquita era una mujer muy activa, siempre estaba tan llena de vida, haciendo miles de cosas, que al contemplarla en ese estado, inmóvil y dormida, no pudieron resistirlo y derramaron lágrimas de preocupación mezcladas con el alivio por el éxito de la operación.

—Tenemos que serenarnos, papá. Si se despierta y nos ve así, será contraproducente.

—Cierto, hija.

Una enfermera se acercó a ellos para indicarles que el tiempo de visita había terminado y debían abandonar la UCI.

—Vayan a comer algo y descansen —les aconsejó esta profesional—. Tardará varias horas en despertar de la anestesia y, después de la noche que han pasado aquí, ustedes también necesitan descanso. A las cinco de la tarde hay otro turno de visitas. Vuelvan entonces.

Natalia y su padre obedecieron a la enfermera. Fueron al lugar destinado para quitarse las batas verdes, las mascarillas y los patucos que les habían obligado a ponerse para poder estar allí dentro, y salieron al exterior de la UCI.

—¿Qué tal está? —les preguntó Elena.

Natalia había llamado a su amiga durante la operación de su madre y esta, que estaba con Fabrizio en el hotel en aquel momento, se presentó en el hospital en poco tiempo. El italiano estuvo varias horas con ellos, hasta que se marchó a trabajar. Pero Elena se quedó allí esperando a que Natalia y José salieran de la UCI.

—Dormida. Llena de tubos por todos lados. Con la mascarilla de oxígeno puesta... —Natalia no pudo continuar porque nuevas lágrimas anegaron sus ojos y se deslizaron por sus mejillas.

Elena abrazó a su amiga y este gesto lo hizo extensible también a su padre.

—Todo va a salir bien, tranquilos. Paquita es una mujer fuerte, luchadora. Si ha lidiado con el carácter que tienes tú —le dijo a Natalia bromeando para

hacerla sonreír—, podrá con esto.

Consiguió lo que pretendía con aquel comentario y se alegró de ver que Natalia esbozaba una trémula sonrisa, aunque sus ojos siguieran empañados.

—Idos a casa a descansar —comentó José—. Yo voy a tomar algo en la cafetería y volveré aquí, a esperar.

—De eso nada, papá. Si tú te quedas, me quedo yo también —replicó Natalia cabezona.

—Propongo algo —intervino Elena—. Desayunamos en la cafetería y nos vamos todos a casa a dormir un rato.

Natalia la miró arqueando una ceja.

—¿Tú crees que voy a poder dormir con lo que está pasando?

—Pues no lo sé —respondió Elena—. Pero debes intentarlo. Al menos, sal de aquí por unas horas y deja que te dé el aire. Tu cerebro necesita oxigenarse. Y el suyo también, José —dijo mirándolos a ambos.

Cuando llegaron a casa, Elena tomó la mano de Natalia y la condujo al salón.

—Ahora que estamos solas quiero que me expliques qué ha pasado con Rubén. Me ha extrañado no verle en el hospital contigo y lo que me has contado sobre que estáis enfadados no es excusa para que él no esté a tu lado en estos momentos. Así que ya puedes empezar a largar —la instó con un gesto de la mano.

Natalia suspiró pesadamente y se dispuso a contarle la desgraciada noche que había tenido.

—¿A quién vas a llamar? —preguntó Natalia al verla coger el móvil cuando acabó su relato.

—Voy a hablar con Rubén y le voy a contar que todo ha sido un montaje para desenmascarar a tu jefe frente a su mujer. Es lo que tenías que haber hecho tú hace tiempo. Si le hubieras confesado que Saúl te acosaba y que entre Lorena, Miriam y tú habíais trazado un plan, él no habría ido al hotel y nada de esto hubiera ocurrido.

—¡No! —gritó Natalia—. Ya hablaré con él cuando esté más tranquila y haya pasado lo de mi madre. Ahora necesito centrarme en ella y dejar de lado mis problemas amorosos. No puedo enfrentarme a Rubén ahora, a pesar de que

tengo todo el derecho del mundo a defenderme y él necesita una explicación y saber la verdad.

—Debes hacerlo antes de que la cosa vaya a más. Cuanto más tiempo pase, peor —la aconsejó Elena—. Se llenará de rencor hacia ti y le costará más comprender la situación y, por lo tanto, perdonarte.

Natalia caminó hacia ella y posó una mano sobre la de su amiga, donde tenía el teléfono.

—Lo entiendo, pero, por favor, hoy no. Hoy no puedo, de verdad —suplicó Natalia, abatida y cansada, por todo lo que le estaba sucediendo.

—Lo de tu madre debería saberlo también.

—Ya, pero después de lo que ha pasado...

—Aun así. Creo que Rubén debería saber que tu madre está ingresada en el hospital. Si luego quiere interesarse por ella o no, es decisión suya.

Natalia asintió agotada.

—De acuerdo. Pero hoy no le llames, por favor. No tengo yo la cabeza para enfrentarme a una discusión con él y conseguir arreglar las cosas. Mañana o pasado, quizá... Cuando mi madre salga de la UCI y la suban a planta, a lo mejor...

—Está bien. Vete a dormir. Intenta descansar un poco —le pidió Elena dándole un abrazo.

Rubén fue a trabajar sin haber pegado ojo en toda la noche. No podía quitarse de la cabeza a Natalia, de rodillas en el suelo frente al pene erecto de su jefe, agarrándolo con las manos, dispuesta a hacerle una felación. Cada vez que cerraba los ojos, esas horribles imágenes se colaban por detrás de los párpados y le torturaban.

La oyó llamarle mientras él se metía en el taxi que le llevó a casa y, aunque tuvo la tentación de pararse a hablar con ella, de darle a Natalia la oportunidad de explicarle lo que pasaba, no lo hizo.

¿Qué iba a contarle ella? Rubén sabía bien lo que había visto. Estaba muy claro. Sus ojos no le engañaban. Así que ¿para qué hablar con Natalia? ¿Para que le soltase alguna mentira como había hecho Celia en el pasado? Ya no era tan tonto como hace años. Había aprendido la lección.

Se repitió mil veces, durante las horas de insomnio, que él había sido el

tercero en discordia. Nunca debió liarse con Natalia. Él sabía que ella había tenido una relación con su jefe y cuando se enteró de que esta se había roto había corrido para ganar posiciones frente al otro hombre y la había hecho suya.

Pero la jugada le había salido mal porque Natalia había vuelto con Saúl.

Se sentía como el capitán de un barco roto, uno que estaba a la deriva, hundiéndose en las profundas y negras aguas del océano.

Durante el tiempo que estuvo conociendo a Natalia, saliendo con ella, creyó que su chica había cambiado. O que él se había equivocado al pensar que Natalia era distinta de Celia.

Le había demostrado, al volver con su jefe, que no era así.

Y ahora se había dado de bruces con la realidad.

Natalia era una niña consentida de las que buscan una cartera bien llena, que pague sus tratamientos de belleza cuando esta comience a marchitarse. La belleza física no dura eternamente y Rubén sabía que Natalia tendría que esforzarse por mantener a su lado al hombre que sostuviera esos tratamientos. Y, si este hombre le fallaba, porque estaba convencido de que la mandaría a paseo cuando ella dejara de ser bonita y deseable, Natalia debería buscar otro. Pero ese otro no sería él, desde luego.

Rubén no era más que un gilipollas que le había sabido a poco a Natalia. Se lo había demostrado al volver con Saúl.

Así que, boxeando con los celos y el sentimiento de traición, peleándose con la decepción, la desilusión y la rabia, se levantó para ir a trabajar.

—Vaya cara que tienes —le dijo Santi, a modo de buenos días, cuando Rubén entró en la cocina.

El fisioterapeuta le miró serio durante unos segundos. Después se derrumbó en una silla, frente a la del otro chico, y le confesó lo que había ocurrido esa aciaga noche.

—No me lo puedo creer —comentó Santi alucinado, cuando su amigo terminó de contarle todo.

—Pues créetelo porque así es y así ha pasado.

—Joder... Me dejas de piedra... Nunca pensé que Natalia...

—Ya. Yo tampoco, pero, al parecer, me equivoqué con ella —dijo Rubén con rabia—. Al menos, no me he liado a golpes con el otro tipo como hice cuando lo de Celia, así que esta vez nadie me denunciará por agresión.

—Lo siento mucho, tío.

Los dos se sumieron en el silencio mientras Santi terminaba de desayunar y Rubén, sin ganas, removía su café.

—Bueno, me voy a trabajar ya —le informó Santi levantándose de la silla—. ¿Quieres que hagamos algo esta tarde? No sé... Podíamos salir con las bicis un rato, o ir a correr al parque —comentó tratando de animar a Rubén. Sabía que lo mejor era mantenerle ocupado para que no pensara en lo que le había pasado con Natalia—. ¿Te apetece ir al cine? Creo que hacen la de...

—No te molestes —le cortó Rubén—. Estoy bien.

Pero la sonrisa que le dedicó le dijo a Santi que eso no era cierto.

—De acuerdo. Nos vemos luego.

Santi salió de la cocina directo al baño para lavarse los dientes. Después se puso su anorak y se marchó a trabajar.

Rubén se quedó allí, quieto, pensando en todo aquello. Sentía cómo su corazón se alejaba del de Natalia con cada latido. Quizá fuera mejor así. No quería estar con una mentirosa, una infiel que...

De repente, varias dudas surgieron en su cabeza. ¿Cuándo había vuelto ella con su jefe? ¿Llevaría mucho tiempo poniéndole los cuernos? ¿Y cuánto tiempo más hubiera esperado Natalia para confesarle la verdad, si es que lo hacía? ¿Cuánto tiempo habría esperado ella para abandonarle por el otro hombre? ¿O le había estado mintiendo todo este tiempo y nunca rompió su relación con Saúl?

El aguijón de los celos le picó de nuevo. Lo sintió como si mil abejas africanas le hubieran metido su veneno al mismo tiempo.

Con la furia que inundaba su ser, agarró la taza con el café intacto y frío, y la lanzó contra la otra pared de la cocina. La loza estalló en mil pedazos por el impacto. Rubén se quedó un momento contemplando las manchas de café en la pared, la encimera y el suelo, así como los trocitos, sintiendo que su corazón se encontraba en el mismo estado.

Permaneció así, regodeándose en su desgracia, durante cinco minutos. Cuando transcurrió este tiempo, se dijo que era el momento de comenzar a olvidar a Natalia. Cuanto antes, mejor. Y empezaría ese mismo día. No le iba a guardar luto más tiempo porque ella no se lo merecía.

Así que se levantó de la silla y recogió los pedazos de la loza con cuidado de no herirse las manos. Bastante dañado tenía el corazón...

Los tiró a la basura y se asomó un momento a la ventana para ver qué día hacía.

Y entonces la vio.

Mejor dicho, las vio.

Natalia y Elena subían las escaleras del otro adosado, dirigiéndose hacia su casa. Se preguntó de dónde vendrían a esas horas tan tempranas, pero al instante se regañó. ¿A él qué le importaba? Natalia, obviamente, volvía de pasar toda la noche en brazos de su amante, dándole placer. ¿O no? Recordó entonces a Cecilia. Pobre mujer. ¿Qué habría sucedido cuando él se marchó del hotel? Bah... qué importaba ya.

Iba a ser muy duro vivir con ella al otro lado de la pared. Verla al entrar o salir de la casa, cuando se cruzaran por la calle... Dolería mucho, sí. Y sería un recuerdo constante de su traición.

Si Natalia no viviera en el adosado de al lado, todo sería más fácil. Pero allí vivía...

A menos que...

Una sardónica sonrisa se extendió por la cara de Rubén. Sabía bien cómo hacer para echarla de su casa. Ya lo consiguió una vez, con las antiguas inquilinas del chalet. Solo tenía que volver a hacerlo y cruzar los dedos para tener suerte.

En poco tiempo, conseguiría que Natalia se marchase a vivir a otra parte y él dejaría de verla.

En poco tiempo, ella iba a pagar por su pecado.

Natalia miró el reloj antes de meterse en la cama. Eran las nueve menos diez de la mañana. Parecía que había pasado una eternidad desde que se despertó el día anterior. Estaba agotada, física y mentalmente, y aunque lo más seguro era que no consiguiese dormir por las preocupaciones de todo lo ocurrido, con su madre y con Rubén, debía intentarlo.

Se colocó su antifaz negro sobre los ojos y se dispuso a hacerlo.

Pero, de pronto, un estruendo invadió la habitación.

Se incorporó asustada, levantándose hasta el pelo la prenda que le tapaba la visión.

La voz de Melendi sonaba al otro lado de la pared, aunque parecía que estuviera con ella en la misma casa. O que Natalia estuviese en mitad de un concierto del cantante asturiano.

Barbie de extrarradio se escuchaba en todo su poderío.

Natalia, con el corazón galopando por el susto que se había dado, terminó de quitarse el antifaz y lo dejó sobre la mesilla. Se bajó de la cama y se calzó las zapatillas de estar en casa.

Parecía que iba a tener que enfrentarse a Rubén antes de lo previsto.

Cuando estaba llamando a la puerta del vecino, una nueva canción comenzó a sonar. *Tocado y hundido*, también de Melendi.

Nadie abrió la puerta ni atendió a las llamadas de Natalia. Esta giró en redondo y comprobó que la furgoneta de Rubén no estaba aparcada frente a la casa como siempre.

Miró su reloj. Sin duda, Rubén se había ido a trabajar y había dejado la música puesta. Le extrañaba que se hubiera olvidado de apagarla. Con el volumen que tenía era difícil salir de casa sin darse cuenta de que las canciones seguían sonando.

Así que Natalia se dijo que él lo había hecho a propósito. Rubén sabía que ella ya no trabajaba y había puesto esas canciones para fastidiarla. Él estaba seguro de que Natalia podría oírlas desde cualquier rincón de su casa.

Era inútil seguir aporreando la puerta del vecino o tocando el timbre. Hasta que no volviese de trabajar, la dichosa melodía continuaría.

Cheque al portamor sonaba cuando Natalia cerró la puerta de su casa y se encontró con Elena en las escaleras del piso superior.

—Lo hace aposta, para joderme por lo de anoche —soltó Natalia después de comentar unos minutos con su amiga la situación.

—Voy a llamarle para que venga a quitarla.

—Estará trabajando y no creo que vaya a venir —le dijo Natalia—. Precisamente, lo que quiere es fastidiar. Y lo está consiguiendo.

—Pues llamamos a la policía y nos quedamos tan panchas —contestó Elena con maldad.

—No quiero denunciarle, Ele. Cuando vuelva del trabajo, si todavía no me he ido al hospital, hablaré con él. Le contaré la situación en la que estoy con mi madre y... —suspiró cansada— espero que lo entienda y deje de joder.

Elena se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

—Pues ya que vas a hablar con él por la música y le vas a contar lo de tu madre, dile que tienes que explicarle lo de anoche también —dijo mirándola a los ojos.

—Pensaba esperar un par de días antes de...

—Cuanto antes hables con Rubén y aclaréis las cosas, mucho mejor.

Natalia lo pensó unos segundos. En esos momentos no se sentía con fuerzas para explicar lo sucedido, pero Elena tenía razón.

Así que las dos chicas pasaron la mañana aguantando a Melendi al otro lado de la pared.

Natalia sabía que esas letras no estaban elegidas al azar. Iban destinadas a ella. Para hacerle ver todo el daño que le había hecho a Rubén con su «supuesta» infidelidad.

A las cuatro de la tarde, la música cesó como por arte de magia.

Las dos se quedaron mirándose, expectantes. No estaban seguras de que no volviesen a oír al cantante asturiano.

—Habrà sido Santi —comentó Natalia mirando su reloj y comprobando en él la hora—. Seguro que ha llegado de trabajar ahora y se ha encontrado con esto en casa. Rubén no suele llegar hasta las cuatro y media.

—Voy a hablar con él —dijo Elena.

—Él no tiene la culpa. Ha sido cosa de Rubén.

—Ya, pero al menos que sepa que...

El sonido del teléfono las sobresaltó a las dos. Natalia miró la pantalla y descolgó.

—Dime, papá.

—Me voy para el hospital ahora. ¿Paso a recogerte?

—No, tranquilo. Elena me dejará el coche para ir yo también.

—Bueno, pues nos vemos en un rato, cariño.

—Sí, papá. En veinte minutos estoy en la UCI. Hasta luego. —Se despidió Natalia.

Se levantó del sofá y corrió a su habitación.

—Me ducho en cinco minutos y me voy —le gritó a Elena subiendo los escalones de dos en dos.

—Voy contigo —la informó su amiga, pisándole los talones.

—No hace falta.

—No tengo nada que hacer en todo el día. Hasta el lunes que vaya a la entrevista con el chico de recursos humanos de *Quo* estoy ociosa.

Natalia se giró al llegar a la puerta de su habitación.

—¿Y Fabrizio? —preguntó.

—¿Qué pasa con él? —quiso saber Elena, mirándola desde el umbral de su cuarto.

—¿No vas a estar con él estos días? Se quedaba hasta la semana que viene, ¿no?

—Sí. —Elena se encogió de hombros—. Pero tengo cosas más importantes que hacer. Si le veo, bien. Y si no, también.

—¿No has dicho que estás ociosa? ¿Qué cosas más importantes tienes que hacer que quedar con un semental que te echa unos polvazos increíbles y te voltea igual que a una media?

Elena soltó una carcajada por el comentario de Natalia. Cuando dejó de reírse, contestó:

—¿Qué hay más importante que animar y apoyar a tu mejor amiga cuando más te necesita? Anda, corre a ducharte. —Y, dándose la vuelta, se metió en su cuarto.

Natalia dio gracias al cielo por la inmensa suerte de contar con Elena en su vida.

91

Paquita intentaba abrir los ojos, pero estos volvían a cerrarse. Se encontraba muy cansada. Exhausta. Debía ser que la anestesia aún no había desaparecido de su cuerpo. Oyó cómo las enfermeras hablaban entre ellas.

—Respira por sí misma —dijo una.

—Va por muy buen camino, entonces —replicó otra.

—Esta mujer es fuerte. Se recuperará enseguida —añadió una tercera voz.

—En unos minutos llegarán los familiares para verla —comentó la primera —. Espero que no la agoten mucho. Debe descansar.

Escuchó el trajinar de las tres enfermeras y de otras más en la misma estancia en la que se encontraba ella. Quería hablar y decirles que las había escuchado. Pero por más que intentaba que de su garganta salieran las palabras, no logró emitir ningún sonido. Aquello era muy frustrante.

De nuevo intentó abrir los ojos. Probó varias veces hasta que, poco a poco, lo fue consiguiendo.

Vio cómo llegaban hasta ella Natalia y José, vestidos con sendas batas, mascarillas y patucos que cubrían su calzado.

Intentó sonreír, pero la máscara de oxígeno le molestaba.

Natalia y su padre, en cuanto vieron que estaba despierta, caminaron más deprisa para reunirse con ella.

—Mamá —dijo Natalia con los ojos llenos de lágrimas de emoción.

Se abalanzó sobre ella para darle un beso, pero se quedó quieta a pocos centímetros al recordar que no debían mantener ningún contacto con ella por prevención. Podrían contagiarle algo y eso influiría negativamente en la recuperación de su madre.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Notas algo? ¿Tienes dolores? ¿Llamo a una enfermera? —preguntó atropelladamente.

—Hija... —Su padre detuvo su charla colocando una mano sobre su brazo —. Tranquila. La estás friendo a preguntas.

Ella se dio cuenta entonces de que, con la ansiedad que tenía en el cuerpo, podría molestar a su madre y ponerla nerviosa no le convenía nada.

Asintió con la cabeza, mirando a José.

—Cariño, ¿cómo estás? —preguntó su marido, tragando el nudo de emociones que tenía en la garganta.

Paquita abrió la boca para hablar, pero apenas le salían las palabras.

—Bi... en... Ca... can... sa... —Exhaló un suspiro y prosiguió con un hilo de voz—: Cansa... da.

—Los médicos nos han dicho que todo ha salido bien y que en un par de días te subirán a planta —la informó José, aguantando las lágrimas por ver a su mujer postrada, vulnerable e indefensa en la cama, llena de vías, drenajes, tubos y con la mascarilla de oxígeno que apenas le permitía hablar.

—Mamá, si te cuesta hablar, no lo hagas. Debes descansar y recuperarte lo antes posible —la aconsejó Natalia, de pie, al lado de la cama, al darse cuenta del enorme esfuerzo que había hecho su madre y lo fatigada que estaba después de soltar aquellas pocas palabras.

Se quedaron allí un buen rato hablando con ella. Animándola y contándole toda la gente que esperaba fuera, en la salita. Sus tíos, primos, Elena y algunos amigos de Paquita y José. También se habían acercado hasta el hospital los padres de Elena con dos de sus hermanos. Todos querían tener noticias sobre su estado de salud y esperaban impacientes a que salieran de la UCI para informarlos.

Cuando terminó el turno de visitas, se despidieron de Paquita, asegurándole que volverían en el siguiente turno.

Al salir de la UCI, Natalia se encontró con Amanda y Carla, que habían ido para interesarse también por el estado de salud de Paquita.

Natalia se abrazó a ellas como si llevase mil años sin verlas y, sin poderlo evitar, de sus ojos salieron las lágrimas que había estado reteniendo delante de su madre.

Sus amigas la consolaron como buenamente pudieron y cuando ella estuvo más tranquila se marcharon junto con Elena a la cafetería.

Durante un rato, Natalia les comentó cosas sobre la operación de Paquita y cuáles eran las perspectivas de recuperación.

—¿Y vosotras? ¿Qué tal tus niños, Carla? —preguntó Natalia cuando terminó de darles el parte médico a sus amigas.

—Uffff... Dando la misma guerra de siempre. No paran. Mis hijos tienen más pilas que las del conejito de Duracel —contestó la aludida.

—¿Y tú, Amanda?

—Bien, sin cambios en mi triste, rutinaria y monótona vida. ¿Y tú con tu chico? No le he visto antes. Ni al buenorro de su amigo.

La mirada de Natalia se entristeció más de lo que ya estaba.

—Creo que hemos roto —susurró con un hilo de voz.

Carla y Amanda abrieron los ojos y la boca por la sorpresa.

—¿Cómo que crees que habéis roto? ¿Qué ha pasado? Pero... si todo iba bien, ¿no? —quiso saber Carla.

—Están enfadados y hasta que Natalia no le explique un par de cosas a Rubén no se va a arreglar nada entre ellos —intervino Elena, agarrándole la mano a su mejor amiga por encima de la mesa para transmitirle su apoyo.

—¿Pero qué ha pasado? —repitió Amanda la pregunta de Carla.

—Ahora no quiero hablar sobre eso —suspiró cansada la periodista—. Cosas de pareja, ya sabéis —añadió.

No quería que sus amigas supieran lo que, junto con Lorena y Miriam, había hecho en aquella habitación de hotel. El plan que habían trazado entre las tres. Se arrepentía de haber participado en él porque, debido a esto, Rubén estaba enfadado con ella y creía que le había sido infiel. Además, Natalia se avergonzaba de haberse prestado a una cosa así y no deseaba que sus amigas lo supieran. Pensarían mal de ella.

—Bueno, si no quieres hablar ahora, lo entendemos —comentó Carla, en nombre de las dos. Como estaba sentada al lado de Natalia, la acarició el brazo para transmitirle ánimo—. Pero nosotras tenemos un cotilleo que contaros sobre la oficina.

—Más que un cotilleo, yo diría que ha sido un auténtico bombazo —intervino Amanda—. Saúl y Cecilia se van a divorciar.

Natalia y Elena se miraron en silencio, pero sus ojos decían todo. ¿Sería esta la consecuencia de lo ocurrido la noche anterior?

—¿Y eso? ¿Qué ha ocurrido? ¿Y cómo os habéis enterado vosotras? —soltó Elena.

Amanda se acomodó mejor en la silla y se dispuso a contarles.

—A media mañana, Cecilia nos ha reunido a toda la plantilla para informarnos de que Saúl ya no trabaja en la revista y que su lugar lo ocupará su hermano pequeño. Todos nos hemos quedado un poco flipados al principio, pero

después hemos recordado la discusión del otro día que tuvisteis ella y tú —dijo señalando a Natalia— en su despacho y hemos atado cabos.

—Pero eso no quiere decir que se vayan a divorciar. Estás haciendo suposiciones que... —comentó Elena.

Natalia estaba como en un estado catatónico tras la noticia. Era lo que habían estado buscando Lorena, Miriam y ella, pero ahora no se sentía feliz al escuchar de los labios de su antigua compañera eso. Aquella pequeña venganza contra Saúl le había costado su relación con Rubén.

—Marcos —continuó Carla, refiriéndose a uno de los redactores— ha preguntado el motivo, ya sabes que él siempre aspiró al puesto de Saúl, y Cecilia le ha contestado que se van a divorciar. Después, él ha querido saber por qué su hermano pequeño iba a ocupar ese puesto, si estaba capacitado para ello, y Cecilia le ha dicho, además de calcinarle con la mirada, que si iba a continuar metiendo las narices donde no le importaba quizá sería mejor que se fuera a trabajar a otro sitio. No os imagináis el cabreo que tenía la jefa. No parecía ella.

—No sé qué habrá pasado en ese matrimonio —añadió Amanda—, pero si tienen algo que ver tus acusaciones contra Saúl, me alegro de que ya no esté en la oficina. No me hubiera gustado ser su siguiente víctima.

Natalia pensó que ella sí sabía lo que había pasado, pero no podía contar nada.

—¿Vas a denunciarle por acoso? —quiso saber Carla mirando a Natalia—. Te recuerdo que tengo una amiga abogada que...

—No, no lo voy a hacer. —Ella negó con la cabeza—. Ya me he estado informando y necesito pruebas. Como no las tengo, no puedo denunciarle.

Amanda y Carla pusieron cara de fastidio.

—¡Vaya putada! Lo siento mucho —le dijo Amanda.

—Yo también lamento que no puedas hacer nada —añadió Carla.

Elena, quien sabía que aquel tema era peligroso para Natalia, decidió cambiar la conversación.

—Pues yo también tengo que contaros algo. —Todas las miraron expectantes—. ¿Os acordáis de aquel italiano que conocí en Ibiza durante las vacaciones? —Y sin esperar sus respuestas, continuó—: Pues está aquí, en Madrid, y nos estamos viendo.

—¿Estás saliendo con el italiano? —preguntó Amanda boquiabierta.

—No, no estoy saliendo con él. Solo nos acostamos.

Elena continuó contándoles sus proezas sexuales con Fabrizio unos minutos más.

Cuando sus compañeras tuvieron que regresar a sus casas, se despidieron prometiendo que llamarían a Natalia todos los días para saber el estado de salud de su madre y volverían a visitarla cuando ya estuviera en planta.

Regresaron a la sala de espera de la UCI. José continuaba allí con los tíos de Natalia y los padres de Elena. Sus hermanos ya se habían marchado.

—Vete a casa, hija —le recomendó su padre—. Tienes mala cara. ¿Has podido dormir algo?

—No, papá. La verdad es que no he dormido nada.

—¿Y Rubén? ¿Pasa algo con él y no me lo quieres contar? —preguntó frunciendo el ceño. Le había sorprendido que a esas horas de la tarde, casi anocheciendo ya, el joven no hubiera aparecido por el hospital.

Natalia se quedó mirando a su padre largo rato, sin saber si contarle toda la historia o no. Pero no se atrevía a decirle lo que había hecho con su exjefe y que por eso Rubén estaba enfadado y dolido.

José observó las profundas ojeras de su hija, que afeaban su bonita mirada y le entristecían el rostro siempre luminoso. A él no podía engañarle. Algo le había pasado a la pareja.

—Papá, estamos... hemos... —Natalia no sabía qué decirle, pero tampoco le quería mentir.

Miró a Elena que, con sus padres, estaban sentados en las incómodas sillas de aquella aséptica salita de espera, ajenos a su conversación.

—Ha habido un malentendido y estamos enfadados —soltó por fin Natalia, pensando que, en realidad, era cierto. Eso es lo que sucedía entre Rubén y ella. Un terrible y lamentable malentendido que aclararía en cuanto su madre saliese del hospital.

—¿Y no le has dicho que a mamá le ha dado un infarto y está en la UCI?

—Pues no —suspiró Natalia negando.

—Pues deberías decírselo, aunque estéis enfadados. Es tu novio y tiene que apoyarte en estos momentos. Si de verdad te quiere, tendrá que dejar de lado el problema que habéis tenido y acompañarte estos días. Luego, ya hablaréis lo que tengáis que hablar para solucionar lo vuestro.

Natalia bajó la mirada.

—No es tan fácil, papá.

En ese momento, Elena y sus padres se acercaron para despedirse de José y Natalia.

—¿Te vienes a casa conmigo? —quiso saber su amiga.

—No —respondió Natalia—. Me quedaré aquí.

—Hija, aquí ya no hacemos nada. Por la noche no podemos entrar a ver a mamá y hasta mañana a las diez no habrá ningún parte médico nuevo —dijo José—. Es mejor que te vayas a casa y, esta vez sí, intentes dormir. Yo también me marché a casa.

Natalia asintió y obedeció a su padre.

Las dos amigas se fueron a casa.

Sin embargo, cuando llegaron, oyeron los gritos de «golllllll» procedentes del adosado vecino.

—Genial, encima hay fútbol —se quejó Natalia.

—Voy a decirle a Rubén que bajen la voz.

—No. —Natalia sujetó a Elena por un brazo—. Déjale. Cuando acabe el partido, se acabarán los gritos. Anda, vamos a cenar.

Pero cuando el partido terminó, empezó la música. Otra vez Melendi. Otra vez las tres mismas canciones de aquella mañana.

92

—¿No crees que te estás pasando un poco? —le preguntó Santi a Rubén.

—No.

Santi se acercó al equipo de música y lo apagó. Habían escuchado las canciones ya tres veces y Santi estaba harto de la situación.

—Mira, Rubén, entiendo que estés enfadado con ella y que le hagas saber de esta manera cómo te sientes, pero yo también vivo en esta casa y, aunque me gusta Melendi, me estoy empezando a cansar de escuchar siempre lo mismo. Además, ya ves que no sirve de nada porque Natalia no ha venido a aporrear la puerta para gritarte que bajes la música.

—Vendrá, tranquilo —soltó Rubén confiado—. Y cuando lo haga, pienso escupirle en la cara todo lo que pienso de ella.

—Vale, pero, por hoy, se acabó la música. —Santi sacudió la cabeza con pesar, dando por perdido a su amigo—. Me voy a dormir y no quiero más ruidos.

En la casa de al lado, Natalia y Elena discutían.

—No vayas. No quiero que le digas nada.

—¿Cómo no voy a ir? Ese tío es un idiota —contestó Elena toda enfadada.

—Está en todo su derecho después de lo que ha pasado.

—Me importa una mierda si tiene derecho a hacerlo o no —replicó Elena poniendo los brazos en jarras a ambos lados de su cuerpo—. Estoy harta de Melendi, y mira que me gusta ese hombre, pero no pienso seguir escuchando una y otra vez las mismas canciones. Si Rubén tiene que decirte algo, que lo haga a la cara y no a través de cancioncitas.

Natalia la agarró de un brazo al ver que su amiga se daba la vuelta para salir de la casa.

—Ele, no, por favor.

—Suéltame —le ordenó la otra periodista—. Se va a enterar ese imbécil de quién soy yo. Por mucho que quiera joderte, cosa que no voy a consentir, aquí también vivo yo y, por lo tanto, también me molesta a mí.

Justo cuando Elena terminó de hablar, la música cesó.

Las dos se quedaron mirándose, esperando que de nuevo comenzasen a sonar las canciones, pero tras varios minutos comprobaron que no iba a ser así.

—Menos mal —suspiró Natalia aliviada.

Elena frunció el ceño.

—Como se le ocurra ponerla de madrugada, le mato.

—Venga, vámonos a dormir. Aprovechemos el silencio y la paz que reina ahora en casa —aconsejó Natalia.

Cada cual se marchó a su habitación.

Natalia se puso un pijama de felpa, calentito, pues ya estaban a principios de noviembre y se notaba que la temperatura descendía bastante por las noches. A pesar de que por el día tenían la calefacción encendida y la casa mantenía un agradable calor, por las noches la apagaban, para ahorrar energía y dinero, y de madrugada se notaba algo de frío.

Cogió su antifaz y mientras lo sostenía en las manos recordó aquella vez que Rubén le hizo el amor con él cegándola.

Sin poder evitarlo, las lágrimas acudieron veloces a su rostro y en pocos segundos mojaban sus mejillas, cayendo libremente hacia la sábana, dejando una dolorosa huella en la prenda de cama.

Se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos, intentando parar aquel torrente de gotas saladas. Pero era imposible. Tenía el corazón tan triste, había tanta pena en él, que creyó que se le rompería.

Comenzó a convulsionarse por el llanto y se arremolinó en la cama. Con las piernas pegadas al pecho, la cabeza entre las rodillas, en posición fetal, dejó salir todo el dolor que llevaba dentro por lo ocurrido con Rubén.

Rubén, al otro lado de la pared, escuchaba el sollozo de Natalia.

Al principio, se alegró de que ella estuviera así. Una sonrisa malvada se extendió por sus labios y en su mente surgió un «jódete, maldita infiel», que le dejó un sabor amargo en la garganta.

Pero conforme pasaron los minutos, su corazón herido se unió al de Natalia y comenzó a llorar también él. Apoyó una mano contra la pared, como si así pudiera sentir a Natalia más cerca.

Sin embargo, comenzó a maldecirse una y otra vez por haberse dejado engañar, por no haber visto venir lo que ocurría. ¿Cómo era posible que no se

hubiera dado cuenta, si ya le habían hecho lo mismo en el pasado? ¿Es que no aprendía la lección? Se juró, en ese mismo momento, que nunca más volvería a confiar en una mujer que no fueran su madre y su hermana.

Cerca de las seis de la mañana, Natalia se despertó. Le dolía la cabeza terriblemente. Notaba como si tuviera un taladro perforándole el cráneo. Bajó a la cocina y se tomó un paracetamol. Regresó a la cama, pero ya no pudo volver a dormirse. Los pensamientos se agolpaban en su mente. Los que tenían a Rubén de protagonista los dejó a parte, centrándose en los que tenían que ver con su madre. ¿Cómo habría pasado la noche?

Se levantó de nuevo, se dio una ducha rápida y se marchó de casa, camino del hospital, no sin antes dejarle una nota a Elena informándole de dónde estaba. Aunque su amiga supondría que ella se había ido a la UCI, de todas formas, Natalia se quedaba más tranquila poniéndoselo por escrito.

Llegó al hospital aún de noche. Caminó hasta la sala de espera y sacó algo de la máquina para improvisar un desayuno. Cuando se sentó en una de las sillas, apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. Gracias a Dios el dolor había remitido. Permaneció así algunos segundos y, de nuevo, se incorporó, sentándose correctamente. Cogió el vasito de café que había dejado en la silla de al lado y lo bebió despacio, mientras se comía lo que había sacado de la máquina.

Intentaba no pensar en Rubén. No quería hacerlo, pues estaba tan sensible que sabía que rompería otra vez a llorar. Tenía que ser fuerte. Ya había derramado demasiadas lágrimas. Nunca pensó que el cuerpo humano tuviera tanta agua dentro esperando salir. Y, además, llorando no se iban a arreglar las cosas.

Con un largo suspiro, sacó la revista que llevaba en el bolso, el nuevo número de *Zero* y se dispuso a entretenerse con él las horas que faltaban hasta que llegase su padre y pudieran entrar a la UCI. Buscó su reportaje sobre neurociencia y el alma se le cayó a los pies al comprobar que iba firmado por Cecilia.

«Por eso tenía tanta prisa para que se lo diera antes de despedirme. ¡Qué hija de puta!», pensó Natalia con rabia.

Le dieron ganas de llamar a su exjefa para hablar con ella sobre esta ruindad que había cometido, pero ¿de qué iba a servirle? No creía que Cecilia se

arrepintiera de lo que había hecho. Era su pequeña venganza, además de haberla despedido, por lo que había sucedido con Saúl.

Así que, con resignación, se dispuso a leer los otros artículos de la revista.

Elena se despertó sobresaltada. Al darse cuenta de lo que ocurría, soltó varias palabrotas no aptas ni siquiera para oídos adultos. Con rapidez se bajó de la cama, se calzó las zapatillas de estar en casa y cogió un batín para cubrir su pijama. Como un Miura a punto de embestir, salió de su casa directa a la de los vecinos. Pegó el dedo al timbre y, al mismo tiempo, con la otra mano comenzó a aporrear la puerta con toda la intención de echarla abajo si no le abrían.

Escuchó a Rubén y Santi discutiendo al otro lado. Santi le gritaba a su amigo, por encima de la música, que parase de una vez aquella locura y le abriese la puerta a Natalia para hablar con ella.

«No soy Natalia. Soy Elena», estuvo a punto de gritar ella también.

Pero al oír a Rubén diciendo que no pensaba quitar la música y que Natalia podía estarse allí día y noche tocando el timbre, la rabia aumentó dentro de Elena. Miró a su alrededor buscando algo contundente, pero no halló nada.

Salió a la acera y caminó arriba y abajo por ella. Cuando vio lo que buscaba, lo cogió y se aproximó de nuevo a la casa.

Al llegar, lanzó con todas sus fuerzas una piedra, dando de lleno en el cristal de la ventana de la cocina, que se rompió en el acto.

Los chicos que estaban dentro, al darse cuenta de lo sucedido, dejaron de discutir.

Otra piedra impactó en el resto del cristal de la ventana, que había quedado colgando del marco, rompiéndolo por completo. Y notaron cómo otra más daba contra la puerta de la casa.

—¿Será posible? —preguntó Rubén enfadado—. ¡Cómo se atreve a apedrear mi casa! ¡Pagará los desperfectos!

Santi, escuchando los gritos de su amigo, corrió hacia la puerta para abrirla y pedirle a Natalia que dejase ya su guerra contra la casa.

Elena se dispuso a tirar la última roca que tenía en la mano. Levantó el brazo hacia atrás y, con toda la furia de su ser, la lanzó justo en el momento que se abría la puerta.

El impacto hizo que Santi cayera de culo al suelo. Elena abrió la boca por la

sorpresa al ver que había sido a él y no a la puerta a quien había dado. Subió corriendo las escaleras y se arrodilló al lado de su vecino, mientras este se tapaba la herida sangrante con una mano.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —repetía una y otra vez.

De rodillas, al lado de Santi que la miraba enfadado, Elena hizo el amago de abrazarle, pero él puso la otra mano en su hombro para detenerla.

—No me toques, joder —siseó, mordiendo cada una de las palabras—. Pero ¿qué coño te pasa? ¿Estás loca?

Elena se sorprendió por su arrebató. El dulce y bueno de Santi estaba sacando en ese momento todo su carácter.

—Perdóname, no sabía que ibas a abrir la puerta precisamente tú —se disculpó de nuevo.

—¿Cómo se te ocurre liarle a pedradas contra la casa? —gritó Santi, levantándose del suelo mientras seguía tapándose la herida de la frente.

Elena se sintió pequeña a su lado, allí, de rodillas en el suelo, con él de pie, mirándola desde su altura como un ser imponente.

Se dio cuenta en ese momento de que se estaba excitando. Su corazón latía alocado al ver la furia en los ojos de Santi. La sangre le quemaba en las venas, enloquecida por el arrebató de cólera de su vecino. Ese chico, que siempre era reservado, tímido, y que ahora había descubierto que tenía una fuerza arrolladora en su interior, estaba consiguiendo que mojase las bragas a la velocidad del rayo.

Rubén salió de la cocina y se encontró con aquel panorama. La música seguía sonando.

—¿Elena? —preguntó sorprendido al verla.

En ese momento, ella reaccionó. Se levantó del suelo y se encaró con Rubén.

—Baja la maldita música. Natalia no está en casa.

—¿Dónde está? ¿Follando con su amante? —preguntó con la voz cargada de veneno. Y sin dejarla responder, añadió—: Por cierto, pagarás los cristales rotos y, respecto a la puerta, ya veré qué desperfectos le has hecho. Te pasaré la factura de todo.

Elena dio los dos pasos que la separaban de Rubén y se alzó sobre las puntas de sus pies para encararle.

—Natalia está en el hospital. A su madre le dio un infarto hace dos días y

está en la UCI —le informó destilando el mismo veneno que Rubén antes—. Y respecto a la factura, te la puedes meter por el culo, imbécil.

Rubén se pasó toda la mañana pensando en las palabras de Elena. A la madre de Natalia le había dado un infarto. Su primer impulso fue salir corriendo al hospital para ver a Paquita y acompañar en esos dolorosos momentos a Natalia y a José. Pero su orgullo herido le dijo que no debía hacerlo.

Si Natalia le veía aparecer por el hospital, pensaría que le había perdonado su infidelidad, y eso no era así.

Sin embargo, sus padres no tenían la culpa de lo que su hija había hecho y no se merecían la indiferencia de Rubén hacia el estado de salud de Paquita.

¿Qué debía hacer? ¿Visitar a la madre de Natalia o no?

Toda la mañana debatió consigo mismo este asunto.

—¿Qué te... te... te pasa, Rubén? —le preguntó Hugo, con quien llevaba rato trabajando en silencio.

—Nada, campeón —respondió el fisioterapeuta con una sonrisa triste—. Oye, estás haciéndolo muy bien. Seguro que para el verano podrás dejar las muletas y caminar por ti mismo.

El niño le miró sonriendo también y comenzaron a hablar de sus avances.

—No hacía falta que me acompañaras —soltó molesto Santi a Elena.

—Me siento culpable. —Ella bajó la mirada avergonzada.

La enfermera terminó de coser la herida en la frente de Santi. Le colocó un apósito para evitar que se le infectara y le dio instrucciones para los siguientes días.

Al salir del centro de salud, Elena agarró de la mano a Santi, pero este se deshizo enseguida de ella.

—No me toques. No soy un maldito inválido —siseó enfadado—. No quiero que te vuelvas a acercar a mí. Mira cómo estoy por tu culpa, pedazo de loca —dijo señalándose la frente—. Me han tenido que dar siete puntos.

—Yo no sabía que ibas a ser tú quien abriese la puerta. —Intentó defenderse ella, pero Santi no la escuchaba. Nada más acabar de hablar, su vecino había dado media vuelta y enfilaba la calle abajo, hacia su casa.

Elena le siguió rápido. Se puso a su lado y caminó igual de deprisa que él.

—Por favor, perdóname —le pidió.

—Desde que has entrado en mi vida, todo está patas arriba. —La acusó Santi, andando sin mirarla—. Mejor hubiera sido no haberte conocido nunca. Con lo tranquilo que vivía yo hasta que llegaste a la casa de al lado.

—¿No crees que estás siendo demasiado duro conmigo? —Elena puso una mano en su brazo y le detuvo. Le hizo girar hacia ella para que le hablase mirándola a la cara.

—No. ¿Te parece poco por lo que he tenido que pasar? Tus continuas provocaciones, no me has dejado en paz ni un segundo y ahora ¡esto! —Volvió a señalarse el apósito de su frente—. ¡Por poco me matas! —gritó.

En un impulso y acicateada por la fuerza que desprendía Santi en ese instante, enfadado, molesto, furioso con ella, Elena se colgó de su cuello, le atrajo rápido, antes de que él pudiese reaccionar, y le besó con desesperación. Mordió aquellos labios tan adictivos y cuando comprobó que la correspondían con la misma ansia, sus manos descendieron por el pecho masculino, aferrándose al anorak de Santi y pegándose a él como si quisiera meterse en su interior.

Santi se sorprendió al principio, cuando Elena posó sus labios sobre los de él y comenzó a besarle. Pero enseguida la correspondió. Hacía tanto que no sentía a Elena en su boca, tanto que no saboreaba su lengua, tanto que no bebía de ella, que dejó de lado su resistencia para disfrutar del beso.

Los dos notaban sus corazones alterados, próximos al colapso, y cómo las olas del placer les arrastraban hasta provocarles un incendio en medio de sus piernas.

Pero la cordura se impuso en el cerebro de Santi. Ella nunca iba a ser suya porque él jamás podría darle lo que Elena buscaba en un hombre.

Con todo el dolor de su alma, la separó de él, rompiendo bruscamente el beso.

—Si tienes ganas de echar un polvo, vete con tu italiano —dijo mirándola fijamente a los ojos, notando en él una fuerza interior que no sabía que tuviera—. Yo para eso no te sirvo. Así que no me busques más.

La dejó allí plantada mientras Elena se preguntaba qué demonios acababa de ocurrir.

Le observó marcharse calle abajo y sintió deseos de salir corriendo tras él, igual que minutos antes.

Pero no lo hizo. Santi había dañado otra vez su orgullo femenino. Con este nuevo rechazo, había destrozado su dignidad de mujer y no iba a ser tan tonta de pasar por lo mismo más veces.

—Hola, mamá —la saludó Natalia—. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Un poco mejor —respondió Paquita.

—El cirujano que te ha operado nos ha informado de que evolucionas muy bien y, si sigues así, es posible que mañana te suban a planta —le contó José a su mujer.

Y así fue. Al día siguiente a Paquita la destinaron a una habitación del tercer piso. José y Natalia se turnaban con ella para hacer los ejercicios respiratorios que el cardiólogo le había mandado a la paciente, con el fin de que sus pulmones recuperasen la capacidad que habían perdido al abrirla el esternón para operarla. También la acompañaban en los cortos paseos que daba por el pasillo y que la dejaban exhausta. Pero debía hacerlo. El médico les había ordenado que, sin fatigarse, comenzara a andar para ir fortaleciendo su corazón.

Tuvo muchas visitas los dos primeros días, pero como Paquita se ponía nerviosa y se emocionaba al comprobar cuánta gente que la quería se interesaba por ella, Natalia y José tuvieron que pedirle a los familiares y amigos que no fuesen a verla. Debía estar tranquila y descansar. Con todo el jaleo que se organizaba con tanta gente en la habitación, a Paquita le daban taquicardias y eso no era nada bueno para su corazón. Así que les dijeron que, cuando estuviera en casa, una vez que le hubiesen dado el alta, ya tendrían tiempo de ir a visitarla y mostrarle todo su cariño.

—¿Cómo van las cosas con Rubén, hija? —quiso saber su padre antes de abandonar el hospital. Esa noche sería Natalia quien se quedaría allí al cuidado de Paquita.

—Aún no he hablado con él.

José asintió con la cabeza y dándole un beso en la frente a su hija se despidió de ella hasta el día siguiente.

Natalia entró en la habitación y se sentó en el sillón que había al lado de la cama donde su madre descansaba tras haber cenado.

Paquita y ella permanecieron en silencio hasta que su madre lo rompió.

—Cuéntame qué ha pasado con Rubén.

—Mamá, no quiero preocuparte. En tu estado...

—Quiero saberlo —la cortó su madre—. Algo grave ha tenido que ocurrir para que él no haya estado aquí con nosotros estos días. Dime, ¿habéis roto?

—Creo que sí. Hubo un malentendido... y él se enfadó. Fue justo la noche que te dio el infarto.

—¿Y todavía seguís así?

Natalia asintió con la cabeza.

—¿Por qué no intentas arreglar las cosas? Si fue un malentendido tienes que hablar con él y aclararlo todo —la aconsejó su madre.

—Ya lo sé, mamá, pero es difícil.

—Las cosas son todo lo difíciles que tú las quieras hacer, cariño.

Natalia miró a su madre con lágrimas en los ojos. Las retuvo todo lo que pudo para que ella no la viera llorar. Por nada del mundo quería entristecerla y preocuparla.

—Mañana le llamaré —le prometió a su madre para tranquilizarla.

—De acuerdo. Ahora, ayúdame a levantarme de la cama. Necesito ir al baño.

Natalia rodeó con los brazos el cuerpo de su madre, como le habían enseñado las enfermeras, y la alzó de la cama. Caminó despacio con ella hasta el aseo y la ayudó a sentarse en el váter. Salió fuera para dejarle intimidad y cuando Paquita terminó llamó a Natalia para que la ayudase a levantarse y regresar a la cama.

A la periodista se le rompía el corazón cada vez que veía a su madre así. Convertida en una muñeca de trapo. Ella, que era toda vitalidad y ahora no se podía valer por sí misma. Cualquier movimiento de los brazos podía causarle que el hueso del esternón se le abriera y eso era peligroso para su recuperación. Les aguardaban unos cuantos meses por delante duros, muy duros. Esperaba que su madre tuviera el ánimo suficiente para enfrentarse a ello.

Cuando la dejó en la cama y la tapó con la sábana blanca del hospital hasta la cintura, Natalia le dio un beso en la mejilla y le dijo que iba a salir al pasillo unos minutos. Necesitaba escapar de aquellas cuatro paredes y andar un poco.

Con un profundo suspiro comenzó a caminar por el corredor hasta llegar a

la máquina de café. Allí se encontró con el cirujano que había operado a su madre y que esa noche estaba de guardia. Le saludó amablemente y el médico inició una distendida charla con ella.

En un momento dado, él dijo algo gracioso y ella le sonrió.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que del ascensor recién llegado a la planta tercera donde se encontraban había salido una persona que los miraba enfadado.

«No sé qué demonios he venido a hacer aquí —pensó Rubén contemplando la escena con rabia—. Por lo visto, Natalia ya le ha echado el ojo a un doctor».

Se dio la vuelta y pulsó el botón de llamada para que el elevador acudiera raudo a sacarle de allí.

Cuando había decidido ir a ver a Paquita, sabía que se encontraría con Natalia y estaba convencido de que volver a verla haría que la herida en su corazón sangrase de nuevo. Pero lo que no esperó era verla ligando con algún médico.

Cerró los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Rezó para que el ascensor le llevase pronto de vuelta a la calle.

Natalia terminó de beberse el café y se despidió del médico para regresar a la habitación con su madre. Cuando se giró para tirar el vasito a la papelera, las puertas del ascensor se cerraban y ella reconoció la espalda y el pelo de Rubén.

—Rubén —le llamó, pero él no se dio la vuelta y la puerta se cerró por completo.

El corazón de Natalia se saltó un latido. ¿Rubén había ido allí! ¿Habría ido a verla a ella o a su madre? ¡Bah! ¡Qué más daba! Lo importante es que él había acudido al hospital al saber lo ocurrido. Había vencido su orgullo y se había desplazado hasta allí para conocer de primera mano el estado de Paquita.

Elena le había contado el altercado con Rubén y Santi, que acabó con siete puntos de sutura en la frente del joven tímido. Desde entonces, Natalia esperaba que Rubén apareciera por el hospital para hablar con él.

Al ver cómo el fisioterapeuta se marchaba, supo que iba a perder la oportunidad de arreglar las cosas, así que corrió escaleras abajo para pillarle antes de que este abandonara el hospital.

Casi chocó con él cuando Rubén salió del ascensor.

—Espera... no te vayas —le pidió Natalia jadeando por la carrera.

—Te he visto con el doctorcito. ¿Qué pasa? ¿Lo tuyo con tu jefe se ha acabado al descubrirlo su mujer? Y ahora, ¿qué? ¿Estás echándole el lazo a un médico? Ya sabía yo que no eras más que otra Barbie sin sentimientos. Una cazafortunas en busca de una cartera bien llena que te pague todos tus caprichos —soltó el burgalés con rabia y veneno.

—Rubén, te estás pasando. Estás sacando conclusiones precipitadas y no...

—¿Conclusiones precipitadas? —siseó él—. Sé muy bien lo que he visto. Mis ojos no me engañan. Igual que aquella noche en el hotel.

—Si me dejas que te explique —intentó decir Natalia, pero él volvió a interrumpirla.

—¡No! —gritó—. ¡No tienes que explicarme nada! ¿Qué me vas a decir, eh, niña consentida? ¿Que soy un gilipollas que te supo a poco y por eso volviste con tu amante?

—¡No! ¡Estás equivocado, Rubén! —chilló Natalia a su vez. Intentó cogerle de un brazo, pero él hizo un movimiento brusco y se separó de ella mirándola con asco.

—No me toques —masculló furioso.

Natalia sintió ese alejamiento y sus palabras como puñales que se habían clavado en su corazón.

—Por favor, Rubén, déjame explicarte...

—No quiero que me expliques nada, ¿me has oído? ¡Nada! Ni lo del hotel, ni lo de ahí arriba con ese medicucho. —Miró de arriba abajo a Natalia y prosiguió—: Vuelve con cualquiera de tus amantes, me da igual con quien sea. Solo espero, óyeme bien, solo espero que un día te des cuenta de que rechazaste ser la flor de mi vida, para ser solo un pétalo en la de esos tipos. Yo te quería, maldita sea, y tú con tus aires de grandeza lo has arruinado todo.

Se dio la vuelta para marcharse cuando escuchó a Natalia que, llorando, le pedía:

—Por favor, Rubén, dame la oportunidad de explicártelo todo. No te vayas sin saber la verdad.

—La verdad es que has alejado mi corazón del tuyo con cada latido —confesó mirándola por encima del hombro—. Y ya no me importa nada de lo que tenga que ver contigo.

Rubén se fue, dejando a una Natalia desconsolada, que se abrazaba a sí

misma, sintiendo el muro de hielo con el que él los estaba separando.

Cuando a Paquita le dieron el alta en el hospital varios días después de la operación, Natalia decidió que se iría a vivir de nuevo con sus padres. Le daba pena dejar sola a Elena en la casa, pero sabía que su amiga estaría bien. Había comenzado a trabajar en *Quo* y el sueldo era algo más alto que cuando Elena trabajaba en *Zero*, con lo que le permitía hacer frente ella sola al alquiler del adosado. De todas formas, se recordó, cuando su madre estuviera completamente recuperada, volvería a vivir con su amiga.

Aunque sería duro encontrarse con Rubén en cualquier momento, escuchar las canciones de Melendi a través de las paredes de la casa, o los gritos jaleando al equipo de fútbol cuando marcase un gol.

Pero debía intentarlo. Había que seguir adelante. La vida continuaba su rumbo, imparable.

Tenía unos cuantos meses para conseguir sacar a Rubén de su corazón. Y estaba dispuesta a lograrlo.

El tiempo pasó lento. Las Navidades llegaron y con ellas el ambiente de alegría que reinaba en esas fechas, inundándolo todo con sus luces de colores y sus villancicos.

—¿Qué te vas a poner para la cena de Nochebuena, mamá? —preguntó Natalia, con el armario de su madre abierto de par en par.

—Sácame la camisa rosa de lentejuelas y el pantalón negro.

Natalia cogió la ropa seleccionada por Paquita y se dirigió a la silla donde ella la esperaba para que la ayudase a vestirse. Primero le metió una manga y después la otra. Luego comenzó a cerrarle los botones. A Natalia le recordaba cuando era pequeña y vestía a sus muñecas, pero ahora la muñeca era de carne y hueso y medía un metro sesenta y dos.

—Ya tienes mejor la cicatriz —comentó al verle la marca que surcaba el esternón de su madre, de arriba a abajo—. Antes de acostarte, volveré a darte la rosa mosqueta en ella.

—Quizá deberías maquillármela un poco, hija.

—¿Por qué?

—No quiero que se me vea —contestó Paquita avergonzada.

—No te preocupes, mamá —le dijo cerrándola el último botón—. Con esta camisa no se te ve nada. Además —añadió para subirle el ánimo a su madre—, yo no me preocuparía mucho por la cicatriz, te hace un canalillo estupendo. Pero lo mejor de todo, ¿sabes qué es?

Paquita negó con la cabeza y la miró expectante.

—Pues lo mejor de todo, mamá, es que esa cicatriz es la marca de una superviviente, de una guerrera y debes estar orgullosa de ella. Es la cremallera del traje de heroína que llevas puesto.

—Hija... —Paquita se emocionó tanto por las palabras de Natalia que se echó a llorar.

—Vaya, mamá, yo que pretendía animarte y he conseguido hacerte llorar. Si es que soy la leche. —Meneó la cabeza y puso los ojos en blanco. Se arrodilló frente a su madre y le cogió la cara con las manos para limpiarle las lágrimas.

—Es una de las cosas más bonitas que me has dicho últimamente.

Natalia se acercó a la mejilla de su madre y depositó un delicado beso en ella.

—Te quiero, mamá —confesó abrazándola con cuidado para no hacerle daño en el pecho.

—Yo también te quiero, hija.

La alarma del móvil sonó indicando que Paquita debía tomar su medicación.

—Las ocho. Hora de tomar el Sintrom —dijo Natalia, separándose de ella.

Rubén estaba sentado a la mesa de la casa de sus padres celebrando la Nochebuena con su familia.

Todos sabían que su relación con Natalia se había roto, pero él no les dijo el motivo. No quería que pensarán que era tonto por no haber visto venir la situación con Natalia, después de pasar por las dos infidelidades con Celia. Simplemente les dijo que las cosas entre ellos no habían funcionado y que habían decidido dejarlo estar.

Su móvil no paraba de pitar con mensajes de WhatsApp felicitándole las fiestas navideñas, a los que él respondía también con los mismos deseos de paz y alegría.

—¿Te ha felicitado Natalia las navidades? —preguntó Alicia al verle

entretenido con el teléfono.

Escuchar su nombre le causó un daño terrible. Le dolía. Mucho. Solo había pasado un mes y medio desde su ruptura. Todavía era pronto para superarlo.

—No —contestó a su hermana—. Y no creo que lo haga.

—¿Por qué? Si habéis quedado como amigos... —Se extrañó ella.

Rubén se giró en la silla para encararla.

—¿Quién te ha dicho que hemos quedado como amigos?

—Bueno... tú dijiste que habíais roto de mutuo acuerdo. He supuesto que...

—Aunque lo hayamos dejado por un acuerdo entre los dos —mintió Rubén y le dolió en el alma no ser sincero con su familia—, no mantenemos el contacto. Es mejor así. De esta manera, cada cual retomará su vida lo antes posible.

Alicia asintió dando por buena esa respuesta.

Continuaron cenando, pero Rubén ya no se pudo quitar de la cabeza a Natalia. Se preguntaba una y otra vez qué estaría haciendo en esos momentos. Probablemente lo mismo que él. Con la diferencia de que cuando terminase la cena, él vería viejas películas con su familia hasta altas horas de la noche. Era una tradición que tenían desde pequeños. Normalmente, *¡Qué bello es vivir!*, de James Stewart y Donna Reed, era la elegida.

Pero Natalia seguro que se iría con alguno de sus amantes tras la cena familiar a retozar en algún hotel. Aquel pensamiento le enervó, llenándole de rabia las venas. ¿Por qué no la sacaba de su corazón de una vez por todas? Solo era otra niñata consentida que le había tomado el pelo durante el tiempo que estuvo junto a él.

La respuesta le llegó pronto. Aún la amaba.

Sin embargo, estaba dispuesto a arrancársela del corazón para no sufrir más por ella. Iban a comenzar un nuevo año. Una nueva etapa. Y Natalia iba a salir de sus pensamientos de una vez por todas.

Elena cogió el teléfono y llamó a Natalia para felicitarle las Navidades. Charlaron unos minutos sobre la salud de Paquita y después le contó a su amiga cómo iban las cosas en *Quo*.

—Estoy muy contenta en mi nuevo trabajo —comentó la periodista feliz—. Pero te echo de menos. No es lo mismo que cuando trabajábamos juntas y,

encima, llegar a casa y que tú no estés allí... Se me está haciendo muy cuesta arriba. —Al final, Elena había terminado con la voz triste.

—Lo siento mucho, Ele. Pero sabes que tengo que estar aquí con mis padres. Me necesitan...

—Ya, tranquila. Si lo sé. Sé que dentro de unos meses, cuando tu madre esté mejor, volverás. Es solo que espero impaciente que pase el tiempo y parece que va muy lento.

Natalia suspiró. Ella también echaba de menos la libertad que tenía viviendo con Elena, pero su madre era más importante. La situación por la que estaba pasando su familia requería del esfuerzo, la ayuda y el apoyo de todos los miembros.

—Me han felicitado Amanda y Carla —comentó Natalia para cambiar el tema de conversación.

—A mí también. —Elena hizo una pequeña pausa y después preguntó—: ¿Has sabido algo de Rubén? No sé... ¿Te ha felicitado las fiestas? ¿O tú a él?

Natalia cerró los ojos. ¡Cómo dolía escuchar su nombre! Estaba enfadada con él porque no le había dado la oportunidad de explicarle lo sucedido. Pero bueno, si Rubén no quería saber, si no confiaba en ella, tendría que dejarlo estar y seguir con su vida.

—No. Ni él a mí, ni yo a él. Es una pregunta tonta, Elena. Después de lo que ha sucedido ya sabes que...

—Pensé que quizá se le habría ablandado el corazón, como estamos en Navidad y con todo ese rollo de los buenos deseos, la paz, la armonía...

—Pues no —repitió Natalia.

—¿Y por qué no lo haces tú? ¿Por qué no das tú el primer paso?

—¿Yo? ¿Y qué le voy a decir? —Sin dejar responder a Elena, puso voz tonta y añadió—: «Hola Rubén, mira, que te llamo para desearte felices fiestas y para decirte que eres el tío más idiota del mundo por no haberme dado la oportunidad de explicarte lo que pasó y echarme de tu vida cual perro sarnoso». ¿Te parece bien que le diga eso? —Finalizó ya con su voz normal.

Elena emitió una pequeña risa al otro lado de la línea.

—Pues oye, no estaría mal. Pero no, no es eso. ¿Por qué no le dices que tienes que hablar con él ahora que ha pasado algo de tiempo y las cosas se han calmado?

—Elena, ya te conté todo lo que me dijo cuando fue al hospital. Ya me ha juzgado y también me ha condenado. No servirá de nada que ahora le llame para felicitarle las fiestas. Es más, creo que se cabrearía mucho si lo hago —dijo comenzando a enfadarse con su amiga.

—Vale, lo acepto. Seguid como estáis. Menos mal que ya no pone la música alta y no molesta nada en absoluto.

—Claro, porque yo no estoy en la casa. Seguro que cuando vuelva a vivir contigo, comienza de nuevo su guerra contra mí —añadió irónica Natalia.

—Pues yo con Santi sí que sigo hablando, a pesar de lo que ocurrió. Solo hola y adiós, como buenos vecinos.

—Ese chico tiene un corazón de oro si todavía te sigue saludando después de haberle abierto la cabeza con una piedra.

—Le marqué como mío, para que todas lo sepan.

Natalia soltó una risa al oír a Elena.

—Estás como una cabra —dijo—. ¿Sigues intentando tener algo con él?

—No, ya no. Me ha rechazado demasiadas veces como para volver a intentarlo. Hay cosas en la vida que no se pueden conseguir y Santi es una de ellas. Todos tenemos un amor imposible. Pero dicen que soñar no cuesta y él es el protagonista de mis sueños más húmedos y perversos. Cuando Fabrizioo viene a Madrid por trabajo y estoy con él, siempre cierro los ojos y pienso que estoy con Santi. Que son sus manos las que recorren mi cuerpo. Sus labios los que acarician los míos. Su...

Natalia rio más fuerte.

—Vale, Elena, cállate ya, que parece que estés leyéndome una novela erótica de esas que tanto te gustan.

Elena, al otro lado de la línea, suspiró.

—Te dejo ya —dijo Natalia despidiéndose—. Me voy a dormir.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —Se sorprendió Elena—. ¡Pero, si solo son las doce!

—Mis tíos y mis primos ya se han ido y mi madre se ha acostado también porque estaba cansada.

—Bueno, pues que descanses tú también —le deseó su amiga antes de colgar el teléfono.

Natalia se quitó el vestido que llevaba y se puso el pijama. Tras lavarse los dientes y ponerse la crema de noche en la cara, se acostó. Pero no podía dormir.

Pensaba una y otra vez en Rubén y en la conversación que había tenido con Elena.

¿Debería hacer lo que su amiga le había dicho? Llamarle o mandarle un mensaje felicitándole las fiestas a él y a su familia, deseándole que el próximo año todo fuera mejor que este.

¿Cómo se tomaría Rubén que le llegase un mensaje de ella?

El móvil pitó con el inconfundible sonido de WhatsApp.

Rubén lo cogió para ver quién era.

Se sorprendió al comprobar que el mensaje provenía del móvil de Natalia.

«Feliz Navidad para ti y tu familia. De todo corazón».

Dudó si responder o no. Por un lado, le agradó que ella se lo hubiera enviado, pero, por otro, le molestó. ¿Por qué se lo había mandado? ¿Para recordarle que ella estaba ahí, en su vida, sin haber salido aún?

Cuando decidió que le iba a responder, escribió varias veces un mensaje, que borró antes de enviar. No sabía muy bien qué ponerle. ¿Un simple «Gracias. Igualmente»? ¿O un «Que te jodan, Barbie» sería mejor?

Al final tecleó un «Gracias. Espero que te atragantes con las uvas en Nochevieja, Barbie» seguido de unos emoticonos sonrientes. Dio a «enviar» y esperó la respuesta de Natalia. Le había deseado que sufriera un ahogamiento con la fruta que se tomaba cuando daban las doce campanadas. A ver si de esta forma, a Natalia le quedaba claro que no quería saber nada de ella.

Cuando Natalia leyó el mensaje de Rubén, la rabia inundó su cuerpo.

—¿Será imbécil? —murmuró.

«Lo mismo digo, perroflauta», fue su respuesta al wasap de su ex.

«¿No tienes a nadie que follarte esta noche, mujer infiel? Deja de darme por culo a mí y búscate a otro tonto al que engañar», contestó Rubén.

«Vete a la mierda, gilipollas. Yo no te engañé, pero como no me diste la oportunidad de explicarte lo que pasó, ahora te quedarás con las ganas de saber la verdad para siempre», replicó Natalia aporreando las teclas del móvil con tanta saña que casi lo rompe.

«¿Y qué verdad es esa? ¿La tuya? Tendría que escuchar las dos versiones de la historia, pero no perderé el tiempo haciéndolo, porque coincidirán conmigo.

Me pusiste los cuernos. Ahora déjame en paz», escribió Rubén.

—Mira que eres idiota, perroflauta del demonio —masculló Natalia entre dientes.

En ese momento, Natalia recordó los mensajes que le mandó a Cecilia aquella fatídica noche. Los buscó y, al encontrarlos, hizo capturas de pantalla para enviárselos a Rubén y que los viera.

«Aquí tienes lo que pasó. En estas fotos», le escribió antes de mandárselas.

Varios minutos después, recibió otro mensaje de Rubén.

«Los wasaps se pueden falsificar, así que no me creo nada de lo que me has enviado».

«¿Cómo voy a falsificar un mensaje, pedazo de merluzo?», contestó indignada Natalia.

«Muy fácil. Teniendo dos móviles en tu poder y poniéndole el nombre que quieras al contacto que hayas enviado esos mensajes. Cecilia, o cualquier otro», fue la respuesta de Rubén.

Natalia no comprendía bien lo que él quería decirle, pero lo dejó estar. No quería darle más vueltas al asunto y estaba cansada de luchar para demostrarle su inocencia.

«Con todo mi amor, ¡que te jodan, perroflauta!», replicó y, después de enviar aquel mensaje, apagó el móvil.

95

Los meses pasaron y llegó la primavera. La madre de Natalia ya estaba casi recuperada. Aún no podía hacer grandes esfuerzos, pero en la última revisión le dijeron que el hueso del esternón se había curado del todo.

Así que, ahora que Paquita ya podía hacer su vida normal, Natalia decidió que era el momento de volver al adosado con Elena.

Aquella mañana el sol lucía en todo su esplendor, dotando a la ciudad de luz y calor. Las flores adornaban los parques y jardines con sus bellos colores. Comenzaba el mes de mayo y una nueva etapa se abría en la vida de Natalia.

Además de trasladarse de nuevo con Elena, debía buscar trabajo. Estaba entusiasmada ante la idea de enfrentarse a un nuevo reto, conocer gente y adaptarse a nuevas rutinas en la revista o periódico que fuese.

Y aunque volver a la casa compartida con su mejor amiga le había llenado de recuerdos, unos buenos y otros no tanto, se dijo que iba a ignorar los malos, iba a olvidarse de quién vivía en la casa de al lado, y se iba a centrar en su nuevo futuro.

Con esa intención salió a la calle, dispuesta a comerse el mundo. Tenía una entrevista de trabajo en una publicación que estaba creciendo a la velocidad del rayo, y las ganas de contribuir a que esa revista alcanzase sus objetivos era un estimulante muy bueno.

Pero su humor cambió al salir por la puerta y encontrarse con el hombre que le había roto el corazón con su desconfianza y sus celos, con su ceguera y su negativa a darle a ella la oportunidad de aclarar lo que pasó.

«Tan listo para unas cosas y tan tonto para otras», pensó al verle.

Sintió cómo su corazón se aceleraba y se obligó a ralentizar sus latidos. Estaba guapísimo con sus vaqueros azules, una camiseta blanca y, sobre esta, una camisa de cuadros, abierta y con las mangas subidas hasta los codos. Después de tantos meses, después de todo lo que había ocurrido, aún le amaba. Añoraba sus besos, sus caricias, hablar con Rubén de cualquier cosa, reírse con él como dos tontos por la mínima insignificancia. Con él todo había sido fácil. Fácil y demasiado rápido, quizá. A lo mejor ese había sido el gran error en su relación. Acababa de terminar con Saúl cuando se embarcó en una aventura

amorosa con Rubén, sin haber tenido tiempo de reestablecerse después de la ruptura con su ex amante. Había corrido demasiado y había terminado estrellándose contra un muro.

Pero, ahora, tocaba comenzar de nuevo. Así que, sin saludarle, apartó la mirada de esos ojos verdes que tanto amaba todavía y bajó las escaleras con el porte digno de una reina. No quería que Rubén supiera lo mucho que le había afectado volver a verle después de tantos meses.

Rubén se paró en seco al salir de su casa y encontrarse con Natalia. La sangre en las venas se le espesó y su respiración se alteró igual que si terminase de correr una maratón. ¿Qué hacía ella allí? ¿Habría vuelto a vivir en la casa de al lado?

Por unos instantes, sus miradas se encontraron y Rubén se recreó en aquellos ojos con los que había soñado tantas noches. Después pasó a recorrer las curvas peligrosas de sus labios, esos labios que le habían tenido loco por su adictivo sabor. Bajó con la mirada por el cuerpo, cubierto con una camisa de manga francesa roja y un pantalón ejecutivo negro, que le marcaba deliciosamente el respingón trasero que Natalia tenía y que él tantas veces había acariciado.

Pero su cerebro le recordó lo ocurrido aquella fatídica noche en ese hotel y todo lo que vino después. Su corazón se resintió. Creía que conseguiría olvidar a Natalia. Sin embargo, no había sido así. Y más después de la duda que ella había sembrado cuando le envió los mensajes que, supuestamente, eran para Cecilia. Durante esos meses separados y sin contacto, Rubén había meditado mucho sobre la veracidad o la falsedad de aquellos wasaps. Y seguía en el mismo punto que al principio. La balanza no se inclinaba hacia ningún lado.

Muchas veces se había peleado consigo mismo para vencer el rencor y llamarla. Además de querer despejar todas sus dudas, también necesitaba saber el estado de la madre de Natalia. Sabía que no se había portado bien en este aspecto, pues Paquita no tenía la culpa de lo que había ocurrido entre ellos.

Bajó las escaleras al mismo tiempo que su vecina, observando de reojo su grácil cuello, que la cola de caballo en la que llevaba recogido el pelo rubio dejaba al descubierto. Tuvo que contener sus impulsos de abalanzarse sobre ella y morderla, cual vampiro sediento, únicamente para sentir de nuevo en su lengua el sabor de la piel de Natalia y su aroma.

Cuando llegó a su furgoneta, aparcada frente al chalet como siempre, se quedó mirando atontado el bamboleo de las caderas de Natalia. Se excitó como llevaba meses sin hacerlo y, traicionando a su cerebro, que le gritaba que la dejase marchar sin decirle ni una sola palabra, la llamó.

Natalia se paró en seco al escuchar su nombre en esa voz añorada durante tanto tiempo. Su corazón se saltó un latido y, sin saber bien porqué, se giró para mirar a Rubén.

—Yo... quería... —El fisioterapeuta tenía la garganta reseca y no le salían las palabras.

Natalia estaba allí, frente a él, como un sueño deseado largo tiempo que ahora iba a cumplirse. Le miraba esperando sus palabras y Rubén comprobó que ella estaba en el mismo estado de inquietud que él, pues su pecho subía y bajaba rápidamente junto con su respiración alterada.

—...quería saber qué tal está tu madre —dijo por fin.

Ella tomó aire profundamente antes de contestar. Pero hubiera sido mejor no hacerlo, pues el inconfundible aroma a cítricos de Rubén se coló en sus fosas nasales y le trajo multitud de recuerdos de la suavidad de esa epidermis. Los dedos comenzaron a hormiguearle por la necesidad de tocarle, pero se contuvo.

—Bien. Gracias por preguntar —respondió suspirando largamente.

—¿Vas a trabajar? —quiso saber él, mirándola de arriba abajo y empapándose de su belleza.

—Sigo en el paro, pero espero que sea por poco tiempo. Hoy tengo una entrevista en una publicación —le contó sonriendo.

A Rubén aquella sonrisa le agradó tanto que su cerebro se desconectó por unos segundos mientras la admiraba.

—¿Dónde? —volvió a preguntar, reaccionando rápido.

—Es una revista nueva, pero que está creciendo muy rápido, haciéndose un hueco en el mercado. Se llama *Titán*. —Natalia hablaba muy deprisa. Estaba nerviosa por tenerle allí delante y mantener una conversación amistosa, después de todo lo que había pasado entre ellos y los últimos mensajes llenos de rabia que se habían enviado—. Si me contratan, espero ayudar a que lleguen lejos.

—¿Y si no lo hacen? ¿Tienes otras entrevistas?

—Me contratarán seguro. Mi currículum es excelente —afirmó ella con altanería. No le había gustado nada que Rubén dudase de que conseguiría el

puesto.

—Si en tu currículum pone que te tirabas al jefe en tu anterior empleo, te contratarán sin dudar —soltó Rubén sin pensar y, al instante, se dio de tortas mentalmente por lo que había dicho.

Abrió la boca para disculparse, pero Natalia no le dio tiempo.

—Eres un idiota —siseó furiosa—. No vuelvas a hablarme en tu puñetera vida, ¿me oyes? ¡Nunca! Maldito perroflauta...

Natalia se dio la vuelta y caminó deprisa, destrozando el suelo con cada paso que daba.

Rubén se la quedó mirando, arrepintiéndose. Sintió la necesidad de correr tras ella y pedirle que le perdonara, pero él también tenía su orgullo, ese que acababa de hablar por él y que había estropeado una agradable charla.

—¡Lo he conseguido! —gritó Natalia al teléfono y Elena tuvo que separarse el auricular de la oreja para que su amiga no la dejase sorda.

—Enhorabuena —contestó volviéndoselo a colocar.

—Tenemos que celebrarlo. Voy a llamar a Carla y Amanda a ver si pueden quedar con nosotras hoy, cuando salgan de trabajar.

—De acuerdo. Luego me cuentas. —Elena se despidió de su amiga para seguir trabajando.

Natalia regresó a su casa feliz como hacía mucho tiempo que no se sentía. Nada más entrar, caminó hasta el salón y puso un CD de Calvin Harris. En cuanto comenzó la canción *This is what you came for* y la voz de Rihanna, que había colaborado con el famoso DJ, se extendió por el salón, Natalia comenzó a cantar y bailar contenta, celebrando su éxito en la entrevista de trabajo de esa mañana.

Subió a su habitación y se cambió de ropa. Se puso un pantalón vaquero y una camiseta holgada llena de besos de distintos colores, y bajó a la cocina para prepararse la comida. Cuando la tuvo lista, salió al jardín. El día era maravilloso y quería comer fuera. Aunque todavía no hacía mucho calor, la temperatura era buena. Iba a disfrutar de los rayos solares, que le calentaban la piel, con la intención de ir cogiendo algo de color, pues vacaciones no iba a tener. Si comenzaba a trabajar en dos días, estando en el mes de mayo, no creía que le dieran vacaciones en agosto, como estaba acostumbrada, así que ese verano se lo pasaría trabajando. Pero no le importaba. Tenía un empleo, su madre estaba recuperada y la vida volvía a sonreírle. ¿Qué más podía pedir?

«Recuperar a Rubén», le dijo su mente. Pero Natalia no le hizo caso. Desechó el pensamiento y, como la música apenas se escuchaba desde fuera de la casa, entró de nuevo para subir el volumen.

La canción *Summer* comenzaba y ella, alegre, salió de nuevo al jardín dando pequeño saltos, como Heidi en mitad del campo.

Terminó de comer y cuando estaba recogiendo todo para volver adentro, vio que Santi estaba parado en lo alto de las escaleras de su jardín, mirándola con una pequeña sonrisa en los labios.

—¡Hola! —saludó ella.

—¡Hola! ¿Estás viviendo otra vez aquí?

—Sí, me trasladé ayer —le contó Natalia.

—Pues bienvenida de nuevo. —Santi ensanchó su sonrisa.

Natalia subió las escaleras de acceso a la casa y se paró al llegar a la altura del vecino.

—¿Qué tal tú? —le preguntó al chico—. ¿Todo bien?

—Sí, por aquí las cosas no han cambiado mucho, la verdad.

Natalia observó la pequeña cicatriz que le había quedado a Santi en la frente, cerca de donde nacía el cabello.

—Siento lo que te hizo Elena —dijo—. Mi amiga está un poco loca, ya sabes.

Santi se llevó de inmediato una mano hasta la pequeña marca, al tiempo que se sonrojaba visiblemente.

—Sí, ya lo sé. —Y tras un carraspeo, añadió—: Oye, ¿y tu madre? ¿Qué tal está?

Natalia le contó sobre la recuperación de Paquita mientras la música seguía sonando.

—Además —continuó después de terminar de hablarle sobre su madre—, hoy he ido a una entrevista de trabajo y ¡he conseguido el puesto!

—Vaya, enhorabuena. —Santi se alegró sinceramente de que las cosas le fueran tan bien a la vecina, pero, por otro lado, estaba triste pues su amigo y ella estaban separados.

Rubén le había enseñado aquellos mensajes y Santi creía que eran verdaderos, que Natalia no los había falsificado como la acusó Rubén de haber hecho. Miles de veces instó a su amigo a coger el teléfono, llamarla para aclarar las cosas y volver a estar juntos. Pero Rubén era tan orgulloso y cabezota...

—Bueno, te dejo. Tengo que ir a cambiarme porque he quedado con mis amigas en la Puerta del Sol para celebrarlo.

—Que os lo paséis bien. —Le deseó Santi con una gran sonrisa.

Natalia, tras dejar en el lavavajillas el plato, el vaso y los cubiertos sucios, lo puso en marcha y subió a su cuarto.

Se vistió con un cómodo vestido de algodón en color cereza, ajustado en la cintura, con algo de vuelo en la falda, y se calzó unas manolequinas que llevaban

un poco de cuña en la suela. Se soltó el pelo, se retocó el ligero maquillaje y cogió el bolsito de mano.

Al bajar al piso inferior, entró en el salón justo cuando terminaba *I need your love*, de Calvin Harris y Ellie Goulding. Apagó la música, pero ella continuó tarareando la canción.

Salió a la calle y, tras echar la llave a la puerta de la casa, se volvió...

...y se encontró con Rubén que descendía de su furgoneta y que, al verla, se había detenido con una mano en la puerta abierta.

Por unos segundos, los dos se quedaron embobados contemplándose.

Natalia fue la primera en romper el hechizo.

Bajó rápido las escaleras de su casa y comenzó a caminar por la acera. Al pasar por delante de él, no pudo controlar su lengua y, sin pararse, le soltó con desdén:

—He conseguido el trabajo sin acostarme con el jefe, que para tu información es una mujer. Y ahora me voy a celebrarlo con mis amigas. Que disfrutes del día, perroflauta.

Rubén se sintió tonto observando cómo se marchaba ella. ¿Por qué había tenido que decirle aquello esa mañana?

Entró en su casa y se encontró a Santi terminando de comer.

—Natalia ha vuelto —dijo, dejándose caer en la silla frente a Santi.

—Ya lo sé. He estado un rato hablando con ella.

—Yo la vi esta mañana y, como es costumbre en mí, no pude evitar decirle una gilipollez de las mías —declaró Rubén triste.

—¿Por qué será que no me extraña? —preguntó Santi mientras se pelaba una manzana.

—¿Qué te ha contado cuando has hablado con ella? —quiso saber Rubén, ávido de información acerca de su exnovia.

Santi le contó sobre la recuperación de su madre, el nuevo empleo y que se iba a celebrarlo esa tarde con las amigas.

—¿A dónde van?

—A Sol.

Rubén se levantó de un salto.

—Vamos. No hay tiempo que perder —dijo.

—¿Qué vamos a dónde? —le miró el otro sorprendido.

—A Sol.

Santi abrió la boca tanto que casi se le desencaja la mandíbula.

—¿Para qué? No me digas que pretendes seguirla. Te recuerdo que la última vez que lo hiciste, te llevaste una desagradable sorpresa.

Rubén, de pie frente a él, al otro lado de la mesa, confesó:

—Hoy en el trabajo he estado pensando. Bueno, la verdad es que llevo pensando en lo que pasó mucho tiempo y creo que tienes razón. Es posible que los mensajes sean verdaderos. Recuerdo que Cecilia no dejaba de mirar su móvil frente a la puerta de aquella habitación de hotel. Seguramente estaría comprobando la información que Natalia le había enviado. La misma que me mandó a mí en Navidades. Creo que es hora de darle la oportunidad de explicármelo todo.

Santi se levantó también, con los restos de la manzana en la mano.

—¿Y no puedes esperar a que Natalia vuelva a casa para hablar con ella?

—¿No crees que ya he esperado demasiado tiempo?

El móvil de Natalia comenzó a sonar dentro del bolso y ella, tras rebuscar en su interior y localizarlo, se quedó mirando asombrada la pantalla. Segundos después la llamada se cortó.

Permaneció con el teléfono en la mano mientras se decía que aquello debía haberlo imaginado. No era posible que esa persona la hubiese llamado. Habría leído mal el nombre que aparecía en la pantalla del móvil.

El teléfono volvió a sonar y Natalia dio un pequeño respingo. La misma persona intentaba ponerse en contacto con ella de nuevo. Lo cual le extrañaba muchísimo, pues la última vez que la había visto las cosas habían acabado francamente mal.

¿Qué querría ahora de ella?

Pulsó el botón de contestar y se puso el móvil en la oreja.

—¿Cecilia? —En la voz de Natalia se reflejaba la sorpresa por aquella llamada.

—Hola, Natalia.

—Hola.

El silencio se hizo en la línea hasta que su ex jefa tomó la palabra.

—Te llamo porque... —Cecilia hizo una pausa en la que Natalia la oyó tomar aire para continuar— ayer recibí un correo de la revista *Titán* pidiéndome referencias sobre ti. Al parecer iban a entrevistarte hoy.

Su antigua jefa detuvo su charla unos segundos en los que Natalia no se atrevió a decir nada.

—¿Sigues ahí, Natalia? —quiso saber Cecilia al no contestar la otra.

—Sí, sigo aquí.

—Bien. Quería que supieras que he dado buenas referencias tuyas... a pesar de lo que ocurrió.

Ahora Natalia se sintió en la obligación de decir algo.

—Cecilia, yo... siento mucho lo que pasó y... te agradezco que les hayas hablado bien de mí, a pesar de todo aquello. He conseguido el empleo.

—Enhorabuena. —La voz de Cecilia sonó sincera.

—Gracias.

Hubo otro momento de silencio, roto solo por la voz pregrabada que anunciaba la siguiente estación. Natalia estaba a punto de llegar a su destino.

—Bueno, Cecilia, si no tienes nada más que decirme...

—En realidad sí —la interrumpió su antigua jefa—. Quería darte las gracias por abrirme los ojos respecto a Saúl, aunque me dolió muchísimo descubrir su infidelidad. También disculparme por haber publicado tu reportaje sobre neurociencia con mi firma, en lugar de con tu nombre. Estaba resentida contigo y fue mi manera de vengarme por lo que había pasado. Además de despedirte.

—Eso pensé cuando lo leí. Me dio mucha rabia, Cecilia, y estuve a punto de llamarte para ponerte verde, pero comprendí que no me iba a servir de nada y que lo habías hecho movida por el rencor y por todo lo ocurrido con Saúl —comentó Natalia.

—Todos estos meses he estado pensando en readmitirte en la revista, pero, como comprenderás, sería muy duro para mí trabajar contigo sabiendo que te tirabas a mi exmarido.

—Ya me lo imagino —respondió Natalia—. Para mí fue duro también trabajar contigo y saber que te iba a hacer daño tarde o temprano, cuando Saúl te confesase que estaba enamorado de mí y que te dejaba. Yo me sentía fatal cada vez que te miraba a la cara. Pero él nunca cumplió sus promesas porque yo era una más en su harén. Así que, cansada de sus mentiras, rompí la relación. Entonces fue cuando comenzó a acosarme.

—Sí, todo eso ya lo sé. Él mismo lo confesó aquella noche en el hotel al verse acorralado por Lorena, por Miriam y por mí —le contó Cecilia con voz triste.

—Lo siento mucho, Cecilia. —Natalia sintió la necesidad de disculparse de nuevo con ella.

—No te preocupes. Poco a poco lo voy superando. —Hizo una pausa y añadió—: En fin, te llamaba para que supieras que, a pesar de todo, no te guardo rencor por enamorarte de mi marido. Exmarido —se corrigió—. No era la persona adecuada ni para ti ni para mí. Nos engañó a las dos. Y a saber a cuántas más. —Emitió un largo suspiro y siguió—: Creo que teníamos esta conversación pendiente tú y yo, y me alegro de haberlo hablado contigo todo.

—Gracias por llamarme, Cecilia. Entiendo que para ti debe ser difícil dar un paso así, pero también quiero que sepas que has sido muy valiente al hacerlo

—la animó Natalia, pues notaba su voz triste por los recuerdos.

—Sí, bueno... Valiente o tonta, no sé. ¿Qué diría la gente si supiera que he llamado a la ex amante de mi ex marido para charlar con ella sobre lo que pasó, sin tirarnos los trastos a la cabeza, y además he dado buenas referencias de ella para un nuevo empleo?

—Pues dirían que tienes un gran corazón.

—Un gran corazón... —Cecilia volvió a suspirar largamente—. No sé si grande o no, pero roto, seguro.

Natalia cerró los ojos al oírla. Se sentía tan culpable por todo... Por haberse enamorado de Saúl, por haber accedido a mantener con él una relación clandestina, por haber participado en aquel maquiavélico plan para destaparle frente a su mujer...

—Yo también tengo el corazón roto, Cecilia. —Se obligó a confesar—. Mi novio me dejó aquella misma noche y aún no lo he superado. No sé si algún día... —No pudo terminar la frase porque las emociones le atenazaban la garganta y no quería llorar allí, en el vagón de un tren que la llevaba a la Puerta del Sol.

—Lo siento. Al parecer las dos salimos perjudicadas esa noche.

—Pues sí.

—Bueno, Natalia, me ha gustado hablar contigo después de tanto tiempo y poder hacerlo educadamente. Por cierto, sé que tu madre está ya recuperada y me alegro por vosotros. Escuché a Carla y Amanda comentándolo, así es como me he enterado.

—Gracias, Cecilia. —Natalia sonrió, aunque su exjefa no podía verla—. Gracias por todo.

—De nada y... que todo te vaya bien.

—Lo mismo digo.

Cuando Natalia colgó, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Nunca hubiera esperado tener esa conversación con Cecilia, pero había ocurrido y se alegraba de que se hubiese dado, pues ahora sentía que su corazón recobraba un poquito de paz. Su conciencia estaba más tranquila y podría dormir mejor por las noches.

Siempre que Rubén no se colase en sus pensamientos.

Rubén y Santi se bajaron en la estación de Sol y salieron a la calle. Como siempre, estaba atestada de gente, turistas que iban de un lado a otro, tomando fotos y admirando el centro de la ciudad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Santi—. No sabemos en qué lugar ha quedado con sus amigas. ¿Piensas recorrer todas las cafeterías que hay aquí hasta encontrarla?

—No, pienso llamarla al móvil y que me diga dónde está.

Santi le miró perplejo, aunque reconoció que era una buena idea. Siempre que Natalia le contestase al teléfono, claro.

Rubén iba tan ensimismado buscando en los contactos del móvil el número de ella que no se dio cuenta de que había alguien tirado en el suelo, sucio y borracho, hasta que chocó con los pies de esa persona y cayó frente a él.

—Perdone —se disculpó con el vagabundo—. Iba distraído y... —Se quedó alucinado mirando al hombre, que iba con un andrajoso traje lleno de manchas y suciedad, y unos zapatos que en otro tiempo fueron lustrosos y caros, y que ahora estaban rotos en las puntas y le faltaban los cordones—. ¿Saúl? —preguntó sin salir de su asombro.

El borracho, que desprendía un hedor inconfundible a alcohol y pestilentes efluvios corporales, le miró al escuchar su nombre.

—Lo tuve todo y todo lo perdí —dijo con voz pastosa.

Al hablar, Rubén comprobó que tenía la dentadura en mal estado, le faltaban un par de piezas y de su boca salía un olor nauseabundo a putrefacción.

—Saúl, ¿qué le ha pasado? —quiso saber Rubén, en cuclillas frente a él.

El antiguo jefe de Natalia cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para apoyarla contra la pared.

—Mujeres... Las mujeres fueron mi perdición. —Abrió los ojos de nuevo y con una mirada de loco que aterraría al más valiente, gritó—: ¡Huye de ellas! ¡Acabarán contigo!

—Tranquilo, Saúl, no es necesario que chille. —Intentó calmarle Rubén mientras la gente se apartaba de su lado y los miraba raro.

Santi permanecía de pie, impasible, junto a ellos.

En ese momento, Saúl ladeó la cabeza, como si estudiara a Rubén.

—Yo te conozco... —dijo y abriendo más los ojos por la sorpresa añadió—: ¡Eres el novio de Natalia!

Rubén estuvo a punto de corregirle y decirle que ya no eran pareja, pero el vagabundo no le dio tiempo a hacerlo.

—Ellas me engañaron, me tendieron una trampa. Lorena, Miriam y Natalia... Mi preciosa Natalia... Yo la quería, ¿sabes? Pero ella no comprendía que yo no podía dejar a Cecilia o lo perdería todo. Lo he perdido todo. Lo tuve todo y todo lo perdí —repitió como un disco rayado—. Ahora no me queda nada. Me engañaron...

«Eso no es querer a una mujer», pensó el fisioterapeuta al oírle decir que él quería a Natalia.

—¿Te tendieron una trampa? —Rubén se dio cuenta de que debía hacerle hablar porque así sabría más cosas sobre lo que pasó aquella noche y comprobaría si los mensajes que Natalia le había enviado respecto a ese tema eran verdaderos. Si Saúl confesaba todo, ya no necesitaría hablar con ella y darle la oportunidad de explicarle las cosas. Lo sabría todo y lo único que debería hacer entonces sería disculparse con Natalia y pedirla que volviesen a estar juntos.

—Las tres —dijo Saúl—. Malditas mujeres.

—¿Qué fue lo que te hicieron?

—Lo tenían todo bien planeado. —De repente se calló y los miró a los dos. Santi continuaba de pie al lado de ellos, escuchando la conversación y Rubén, en cuclillas frente a él, se retorció las manos nervioso esperando a que hablase—. ¿Quieres saber qué fue lo que me hicieron? —preguntó Saúl con su pastosa voz alcoholizada.

Rubén asintió con la cabeza.

—Sí, por favor, cuéntamelo.

—Dame cincuenta euros —le ordenó Saúl, a quien la borrachera parecía que comenzaba a pasársele.

—¿Qué? —Rubén se sorprendió.

—O me das cincuenta euros o no hablaré —sentenció el andrajoso hombre.

Rubén sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón y la abrió. A Saúl le brillaron los ojos al ver que llevaba varios billetes en ella.

—Toma. —Le tendió el billete que le había pedido—. Y ahora comienza a cantar.

—Necesito un poco de vino. Tengo la garganta seca —dijo Saúl.

Rubén entendió a la perfección el mensaje. Si no hacía todo lo que él le pedía, no le contaría nada.

—Voy a El Corte Inglés a comprárselo. —Se ofreció Santi y salió camino del centro comercial situado en la calle de al lado.

Mientras Rubén estuvo con Saúl intentó sonsacarle información, pero este se negó en redondo a dársela hasta que volviese su amigo con la bebida.

Cuando regresó Santi, le tendió un par de botellas.

—Espero que tengas algo para abrirlas porque en El Corte Inglés no han podido... —Se calló al ver cómo el pordiosero sacaba una navaja y comenzaba a hurgar en el tapón de corcho hasta que lo rompió por completo y bebió ávidamente un buen trago.

Después del primer trago, vino un segundo y luego un tercero. Rubén y Santi esperaban impacientes a que Saúl dejase de beber y comenzase a hablar.

Cuando llevaba la mitad de la botella, Rubén se la quitó de las manos y el hombre protestó.

—O me cuentas ahora mismo todo, o me llevo las dos botellas y, además, te quito el billete que te he dado más todo lo que tengas —le amenazó Rubén.

—¿Serías capaz de robar a un pobre mendigo? —le preguntó Saúl intentando causarle pena.

—Ponme a prueba y lo descubrirás.

Algo en el tono de voz de Rubén alertó a Saúl y le confirmó que no era ningún farol.

Cabeceó un par de veces y comenzó a hablar.

—Está bien, está bien. No hay que pelearse. —Hizo una pequeña pausa y continuó—: Cuando Natalia rompió conmigo porque... porque estaba contigo —le señaló e hizo una mueca de desdén— yo no lo acepté. Ella era el bocado más delicioso de toda la oficina y me negué a perderla. Así que comencé a amenazarla. Si no volvía a tener sexo conmigo, la despediría.

«El muy hijo de puta la estuvo acosando», pensó Rubén resistiendo el impulso de partirle la cara al escuchar su confesión.

—Ella continuó negándose, pero yo estaba tan encoñado que no cumplí mi

amenaza y seguí persiguiéndola. Entonces, una tarde en que la retenía en mi despacho para intentar follármela, la muy zorra me dio un rodillazo en los huevos y salió corriendo. Se encontró con Cecilia, mi exmujer y le contó todo. Pero ella no la creyó porque yo siempre fui un marido ejemplar, bueno y cariñoso, y Cecilia no podía creer lo que Natalia le decía. Así que la despidió por lanzar injurias contra mí. —Saúl comenzó a reírse y a Rubén le dieron ganas de arrancarle el resto de dientes que le quedaban—. Mi querida Cecilia confió en mí y la despidió.

«¿La despidió? Así que lo de que se había cogido una excedencia era mentira», pensó Rubén al escuchar esta parte de la historia. Le molestó que Natalia no hubiera sido sincera al respecto, pero entendió por qué no le dijo la verdad.

—Pero el destino iba a hacerme pagar por todos mis pecados y Lorena, Miriam y Natalia se aliaron para desenmascaramme frente a mi exmujer. No sé cómo se enteraron de que, si nos divorciábamos, yo lo perdería todo, pues el imperio era de Cecilia. Supongo que eran buenas periodistas y sabían dónde conseguir la información. ¿Me das un poco de vino? Noto la garganta seca.

—Hasta que no termines, no te daré nada. Así que continúa —soltó Rubén con acritud.

—Vale. Natalia me mandó un mensaje pidiéndome perdón y citándome en el hotel donde nos encontrábamos siempre en los meses que estuvimos juntos. Quería que volviera con ella. Al parecer tú no le dabas lo que Natalia quería —dijo burlón y Rubén apretó los puños a ambos lados de su cuerpo para no asestarle un puñetazo—. Y como yo no quería perder un *chochito* tan dispuesto... fui allí y se montó la de Dios. Apareció Cecilia cuando menos lo esperaba. Del armario salieron Lorena y Miriam. Natalia se levantó corriendo y se marchó... —Se calló un momento al darse cuenta de algo—. Espera...Tú lo viste. Estabas allí y nos viste. —Comenzó a reírse al recordarlo—. ¿Qué se siente al ver a tu novia a punto de hacerle una felación a otro hombre?

Rubén no pudo resistirse más y agarró a Saúl del cuello, estampándole la cabeza en la pared.

—Deja de reírte o te mato, hijo de puta. Por culpa de no tener el pajarito quieto en tus sucios pantalones nos has hecho mucho daño a todos.

Saúl boqueaba como un pez fuera del agua. La fuerte mano de Rubén le

impedía respirar.

—Que te lo vas a cargar, tío. —Oyó a Santi que le decía—. Suéltale y acabemos con esto de una vez.

Rubén soltó a Saúl y, tras varias toses, continuó hablando amenazado por el fisioterapeuta.

—Creo que Natalia le mandó varios mensajes a Cecilia para que acudiera al hotel, pero como no estaban seguras las otras dos y ella, también pusieron una cámara para grabarlo todo y después enviárselo a mi mujer. Exmujer.

Rubén abrió los ojos por la sorpresa. ¿Una cámara? Pues sí que lo tenían todo bien planeado.

—Necesitaban pruebas para denunciarme por acoso laboral y no las tenían ninguna de las tres, así que —continuó contando Saúl— me tendieron una trampa para destapar mis infidelidades ante Cecilia. De una manera u otra, se vengaban de mí.

Rubén ya no quiso escuchar más. Se levantó de un salto y se pasó las manos por el pelo varias veces asimilando todo lo que Saúl le había contado.

—Vámonos —le dijo a Santi, mientras este depositaba en el suelo las botellas de vino, que Saúl agarró con ansia—. Tengo que hablar con Natalia.

Natalia comprobó el teléfono por cuarta vez. ¿Para qué demonios la llamaba Rubén? ¿Es que no podía dejarla en paz? Ya le había colgado sin contestar las otras tres veces. ¿Cuándo se iba a dar por vencido y se daría cuenta de que, si no le cogía el móvil y cortaba la llamada continuamente, era porque no quería hablar con él?

La conversación de esa mañana todavía le escocía, igual que la sal en una herida. Pero se dijo que iba a olvidarle costase lo que costase. Ahora estaba con sus amigas celebrando su nuevo empleo y nadie iba a enturbiar esa alegría.

Rubén se desesperaba por no poder hablar con ella. Tenía que saber dónde estaba para ir a buscarla y decirle que ya lo sabía todo. Que había sido un idiota por desconfiar de ella, pero es que ella debería haberle contado la situación en la que se encontraba en la revista, con su jefe acosándola, y él la habría ayudado. No sabía cómo, pero lo hubiera hecho.

Cada vez que pensaba en el plan urdido por sus compañeras y Natalia, se sorprendía de la inteligencia de las tres mujeres. Pero también se dijo que sus ansias de venganza les habían llevado a estar así ahora, separados. Ojalá no hubiese participado en aquello Natalia. Sin embargo, lo había hecho y ya no se podía cambiar nada.

Era el momento de perdonar y mirar hacia delante. Juntos, por supuesto.

—¡Qué pesado, por Dios! —soltó Natalia harta ya del dichoso sonido del teléfono. Lo silenció y lo metió en el bolso, dispuesta a olvidarse de que Rubén la había llamado ya siete veces.

—Si le contestases y hablastes con él, no tendría que llamarte tanto —la aconsejó Carla.

—No quiero saber nada de él —dijo Natalia cruzándose de brazos para reforzar su negativa—. Después de lo que me ha soltado esta mañana y todo lo que hemos pasado... —sacudió la cabeza negando— le quiero fuera de mi vida para siempre.

El camarero llegó con la cuenta y las chicas pagaron sus consumiciones. Se

levantaron y salieron de la cafetería donde estaban. En el metro se despidieron de Amanda y Carla. Después, Natalia y Elena fueron hasta el *parking* público donde Elena tenía aparcado su coche.

—Para siempre es demasiado tiempo, Nat.

Ella no contestó y Elena añadió:

—Creo que deberías coger el teléfono y ver qué quiere.

—No —respondió tajante.

—Quizá ha recapacitado al verte y quiere arreglar las cosas —aventuró Elena maniobrando para salir del *parking*.

—Pues lo lleva claro si ahora quiere hablar de lo que pasó, porque yo ya no estoy dispuesta a aceptar sus disculpas por haberse equivocado conmigo.

—Nunca digas «de esta agua no beberé».

Natalia no respondió y el resto del camino a casa lo hicieron en silencio. Cuando entró en el chalet y sacó el móvil del bolso, comprobó que ya eran catorce las llamadas que tenía de Rubén.

¡Por Dios! ¿Es que no se iba a cansar nunca?

Prepararon la cena entre las dos y, mientras comían, llamaron a la puerta.

—Si es Rubén no le abras. No quiero verle —le advirtió Natalia a Elena cuando esta se encaminó hacia la entrada de la casa.

Efectivamente, era Rubén quien estaba al otro lado. Desde la cocina, Natalia oyó su voz y se enteró de toda la conversación con Elena. El fisioterapeuta le pedía que le dejase entrar, que necesitaba hablar con Natalia urgentemente, que ya lo sabía todo, pero Elena, fiel a su amiga, no le dejó traspasar la puerta.

Cuando regresó a la cocina, se quedó mirando a Natalia largo rato antes de hablar.

—Deberías darle una oportunidad. Dice que ya lo sabe todo. No sé cómo se habrá enterado de la verdad, pero creo que...

—No —la cortó Natalia—. No me creyó en su momento y no me dejó explicarle las cosas. ¿Por qué tendría que darle yo ahora una oportunidad cuando él no lo hizo conmigo?

—¿Porque aún le amas?

Aquellas palabras en los labios de su amiga fueron un duro golpe para ella. Elena tenía razón. Aún le amaba. Pero estaba dispuesta a sacarle de su corazón

porque Rubén le había hecho mucho daño con su desconfianza y todas las palabras llenas de rencor que le había dicho.

Sin contestar a Elena, Natalia subió a su habitación. Se lavó los dientes y se puso el pijama. Cogió el libro que estaba leyendo esos días y se acomodó contra la almohada para continuar su lectura.

Pero no pudo hacerlo porque la música irrumpió con fuerza en la quietud de la noche.

—Maldita sea —masculló Natalia al reconocer la canción *La promesa*, de Melendi.

Dejó el libro y se dio la vuelta, poniéndose de cara a la pared. Comenzó a golpear con fuerza con el puño cerrado, gritándole a Rubén que quitara la música.

Gracias al cielo, él le hizo caso y apagó la melodía.

—Natalia, necesito hablar contigo, por favor. —Oyó que Rubén le decía desde el otro lado de la pared.

—¡Déjame en paz! —gritó ella furiosa.

—Por favor, corazón, lo sé todo. No hace falta que me expliques nada. Yo te perdono.

—¿Qué me perdonas? —Natalia se echó a reír, mirando la pared. Aquello era surrealista. Los dos, como dos tontos, hablando con un muro por el medio—. ¡Ya no quiero tu perdón! ¡Ni quiero hablar contigo nunca más!

—Por favor, Natalia... —Rubén se apoyó contra la pared con una mano, en un intento de sentir a su chica al otro lado más cerca de él—. Sal al jardín y hablemos —le pidió—. O mejor ven a mi casa, o voy yo a la tuya y...

—No tengo nada de qué hablar contigo, ¿te enteras?

—Por favor, cielo...

—¡Ni cielo ni leches! ¡Que me dejes en paz! —volvió a gritarle ella.

Cogió la almohada y la dobló con su cabeza dentro para no oír a Rubén al otro lado. Intentó dormir, pero fue imposible.

El enfado que tenía, unido a la desilusión por todo lo que había pasado, no la dejaban descansar.

Cerca de las cuatro de la madrugada se levantó para beber agua. Bajó a la cocina y con el vaso lleno en la mano se asomó al jardín.

Hacía una noche preciosa, aunque fría todavía. Cogió una chaqueta de

punto que tenía colgada en el respaldo de una silla del salón, se la puso y salió fuera. A ver si dándole un poco el aire, despejaba su mente y conseguía dormir aunque fueran unas pocas horas.

Se apoyó contra la puerta abierta y se quedó mirando al cielo.

—Una vez te prometí que velaría tus sueños y que, cuando despertases, te ayudaría a cumplirlos.

Natalia se sobresaltó al oír a Rubén, y el vaso que tenía en la mano a punto estuvo de estrellarse contra el suelo. Pero lo detuvo poniendo la otra mano en la base.

—También te prometí que envejeceríamos juntos. Esas promesas aún siguen en pie.

—Joder, qué plasta eres —dijo mirándole al otro lado de la valla.

Se dio la vuelta para marcharse cuando él volvió a decir:

—Por favor, Natalia. Tenemos que hablar.

—¿Hablar? —soltó ella con una carcajada irónica—. ¿De qué quieres hablar ahora? Después del tiempo que ha pasado, después de tus hirientes palabras hacia mí, ¿por qué habría de darte yo la oportunidad de hablar ahora? ¿Acaso me la diste tú hace unos meses cuando intenté explicarte todo aquello?

—No, y tienes razón al estar enfadada conmigo. No me la merezco y, si no quieres, no me la des. Pero ya sé toda la verdad, aunque me falten algunos detalles. ¿Por qué no me contaste que él te estaba acosando? ¡Te habría ayudado!

—La voz de Rubén sonaba desesperada, pero no logró conmovier a Natalia.

—¿Y qué hubieras hecho tú? ¡Nada! No podías ayudarme —replicó, dándose la vuelta otra vez.

Al ver que ella iba a entrar de nuevo en la casa, Rubén saltó la valla que separaba los dos jardines.

—¿Se puede saber qué haces? —le gritó Natalia enfurecida.

—No voy a dejar que te marches sin arreglar las cosas entre nosotros —dijo él agarrándola de una mano para que ella no huyera.

—Suéltame —siseó Natalia—. Te odio, te odio, te odio.

—Yo, sin embargo, te quiero —confesó Rubén.

El calor de la mano de Rubén en la suya subía por todo el brazo hasta llegar a alojarse en el centro de su pecho. La cercanía de ese cuerpo masculino, recorrido tantas veces con las yemas de sus dedos y que se sabía de memoria,

hacía que su fuerza de voluntad flaquease. Y sus palabras... Le había dicho que la quería, a pesar de que ella le había soltado por tres veces que le odiaba. Cosa que era falsa, porque Natalia le amaba con todas sus fuerzas.

—Por favor, cielo, volvamos a empezar. Los dos nos hemos equivocado, pero las cosas pueden solucionarse. Hablemos.

Rubén se acercó más a ella hasta que la tuvo entre la pared y su anatomía. A Natalia se le disparó el pulso cardíaco e inspiró profundamente para calmarse, pero, al hacerlo, el aroma a cítricos del joven rubio se coló por sus fosas nasales y las neuronas de su cerebro comenzaron a fundirse una a una.

—¿No comprendes que estoy muy dolida contigo? —preguntó ella con un gemido lastimoso—. Además, cuando estaba en mi peor momento, con la operación de mi madre, fuiste al hospital y me dijiste aquello... —A Natalia se le quebró la voz y no pudo continuar.

—Sé que estás dolida. Sé que te he hecho mucho daño. Fui un idiota —reconoció él.

—El doctor con el que me viste era el cirujano que operó a mi madre. Esa noche estaba de guardia y, al verme tan abatida, se acercó a darme ánimos sobre la recuperación de mi mamá. No estaba ligando con él, como me acusaste tú —le contó ella, pensando que qué demonios hacía dándole explicaciones cuando Rubén no se las merecía.

—Lo siento. Lamento aquellas crueles palabras que te dije. Fui muy injusto. Pero me he dado cuenta de mi error y quiero arreglarlo. —Rubén le acarició el óvalo de la cara con delicadeza, dejando un rastro de fuego en la piel de Natalia —. Tú también debes entenderme a mí. Mi corazón estaba herido. ¿Qué hubieras pensado si me ves en una habitación de hotel con una mujer que no eres tú, en una posición sexual como la que estabas tú con tu exjefe? ¿Y si días más tarde me pillas sonriéndole a otra mujer? En otro momento, lo del doctor no me hubiera importado. Pero después de lo que pasó en el hotel...

Ella se dio cuenta de que Rubén tenía razón. Si se lo hubiera encontrado así, también habría reaccionado como lo hizo él.

—Es cierto. Yo me habría sentido muy dolida, engañada...

Natalia cerró los ojos, su control estaba poco a poco minándose con la caricia de Rubén.

—Y ahora que sé toda la verdad sobre Saúl quiero arreglar las cosas

contigo.

Ella abrió de nuevo los ojos y los clavó en los iris verdes de Rubén.

—¿Cómo te has enterado? —quiso saber.

Rubén le contó que todos esos meses separados no dejó de plantearse la posibilidad de que los mensajes de Cecilia fueran ciertos. Volver a verla aquella mañana saliendo de su casa le había traído los recuerdos de los buenos momentos que pasaron juntos y se dio cuenta de que aún la amaba, aunque volvió a herirla con sus palabras. Cosa de la que se arrepentía enormemente. Y, además, estaba su encuentro con Saúl esa tarde cuando la estaba buscando a ella para hablar. Eso había sido determinante para tomar la decisión de recuperar el amor de Natalia.

Ella abrió tanto la boca por la sorpresa de lo que Rubén le contó sobre Saúl que casi se le desencaja la mandíbula.

—Pobre hombre. A pesar de todo lo que ha pasado, yo no deseaba que acabase así —dijo con pena.

—Ni yo —añadió Rubén—. Pero ya se sabe que quien con fuego anda quemado acaba.

Se quedaron unos minutos en silencio, contemplándose. Rubén poco a poco se fue acercando a ella para besarla, pero justo cuando estaba a punto de rozar sus labios, Natalia le detuvo.

—No, por favor. Necesito tiempo.

—¿Que necesitas tiempo? —preguntó él anonadado. Creía que ya estaba todo resuelto—. ¿Te parece poco los meses que hemos pasado enfadados y separados?

—¿No has dicho que querías volver a empezar? —Natalia le miró indignada—. No quiero correr, Rubén. Esta vez quiero que hagamos las cosas bien. En el pasado fuimos demasiado rápido y...

—De acuerdo —asintió él—. Iremos despacio.

Se distanció de Natalia, con todo el dolor de su cuerpo y su alma, porque lo que quería en esos momentos era echársela al hombro y subir a su cuarto con ella para hacerle el amor el resto de la noche. Pero respetaría su decisión.

Solo esperaba que no tardase mucho tiempo en comenzar de nuevo una relación con él.

Epílogo

—¿Es que no tienes camisetas? —le preguntó Natalia a Rubén—. ¿Aún no te han pagado el sueldo en el circo ese donde haces de malabarista y payaso? Si quieres, te puedo hacer un préstamo para que te las compres.

Repasó de nuevo ese cuerpo masculino que tanto la atraía. Con los horribles pantalones *hippies* de rayas, que, aunque seguían sin gustarle, los toleraba, y el torso al descubierto mostrando todos sus tatuajes, Rubén estaba para comérselo.

El muy capullo sabía de qué manera excitar a Natalia sin tocarla y todas las tardes se paseaba por su jardín medio desnudo. Muchas veces, saltaba la valla para acceder al patio de sus vecinas, lo que se había convertido ya en una costumbre para todos.

—No sé cómo puedes resistirlo —le dijo Elena, estirada a su lado en la tumbona de playa, tomando el sol en bikini—. Yo me lo habría tirado la primera noche, cuando arreglasteis las cosas.

Rubén sonrió a Elena por ese comentario y se sentó a los pies de la tumbona que ocupaba Natalia.

—Tu amiga se está haciendo la dura —contestó él— y no se da cuenta de que estamos perdiendo el tiempo como dos tontos. —Le guiñó un ojo a Elena y añadió mirando a Natalia—: Bueno, Barbie, ¿cuándo me vas a decir que sí?

—Necesito más tiempo, perroflauta. —Natalia sonrió con picardía, sabiendo que él estaba más que desesperado por estar con ella otra vez. Por eso se paseaba mostrando todos sus *tatoos*, la mandaba flores casi cada semana y la invitaba a salir todos los días. Además de que, cada vez que Natalia iba a visitar a sus padres, Rubén se le pegaba como una lapa e iba con ella.

—¡Oh! ¡Por favor! Más tiempo, más tiempo —soltó Elena cansada ya del juego de aquellos dos—. Anda, Rubén, no le hagas ni caso. Cógela e id a follar a la cama más cercana. Joder, sois más pesados que un collar de melones —dijo levantándose de la tumbona y metiéndose en la casa, murmurando maldiciones contra aquellos dos enamorados.

Rubén soltó una carcajada. Le encantaba Elena y lo directa que era siempre. Lástima que lo suyo con Santi no hubiera funcionado. Seguía sin comprender qué demonios le pasaba a su amigo con esa chica. Sabía que estaba enamorado

de ella hasta la última célula de su ser, pero él no se decidía a llegar a nada con Elena.

Desvió sus ojos de Elena, que ya había desaparecido por la puerta del jardín dejándolos solos. Centró su mirada en el escultural cuerpo de la mujer que perseguía desde hacía más de un mes y que se negaba a entregarse a él.

Natalia creyó que se derretiría bajo el poder de aquellos iris abrasadores, que recorrían cada curva de su feminidad sin ningún disimulo.

—Gracias por el osito de peluche y los bombones que me has regalado esta mañana. —Se obligó a decir ella para romper el silencio. Tenía la garganta reseca por la excitación y los dedos le hormigueaban por la necesidad de tocar cada uno de los tatuajes que Rubén llevaba impresos en su cuerpo—. En la oficina, todas las chicas han lanzado tal suspiro al verlo, que ni que hubiese aparecido el tío de Hawaii 5.0 en ese momento con ellos en la mano.

—¿Me vas a decir que sí de una vez? ¿Que me quieres y que volvemos a estar juntos? —preguntó Rubén ansioso.

Deslizó una mano por la larga pierna de Natalia, sintiendo su piel de seda, y ella exhaló un trémulo suspiro de deseo al notar aquellos dedos mágicos.

Rubén se acercó más a ella en la tumbona y la agarró de la cintura. Con los pulgares, acarició su vientre haciéndola arder. Su cuerpo, cubierto por un minúsculo bikini rosa, era una tentación a la que difícilmente podía resistirse.

—Esto... Rubén... —comenzó a decir ella nerviosa por su contacto y por cómo él se acercaba peligrosamente a su boca—. Ya... ya sé qué *tattoo* me quiero hacer.

—Mmmm... ¿Sí? —ronroneó él, sin dejar de buscar sus labios.

Comenzó a darle pequeños besos por toda la comisura, haciendo que el corazón de ella latiera más deprisa en una mezcla de ansiedad y anhelo desesperado de que la poseyera.

—Ssss... Sí... Quiero... Quiero...

Rubén se apoderó de su boca y las palabras murieron en los labios masculinos. Natalia le echó los brazos al cuello y le pegó a su cuerpo para sentirle más cerca.

Él sonrió en mitad del beso. Sabía que tocándola, besándola y con la visión de sus tatuajes ella claudicaría.

—¿Qué me decías, corazón? —le preguntó al separarse de la boca de

Natalia para tomar un poco de aire.

—Que... que... —ella aturdida, no sabía qué contestar. Sus neuronas se habían esfumado por completo— que te quiero.

Fin

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar al colegio público de Educación Especial María Soriano de Madrid, por toda la información que me facilitaron para la novela sobre la parálisis cerebral infantil.

A Patricia S. C., psicóloga, por su ayuda y sus comentarios sobre el acoso laboral.

Como siempre, a mi marido Ángel y a mis hijos, que me soportan cada día, que sufren mis ausencias cuando estoy escribiendo y las aceptan con resignación. No les queda otra al tener a una escritora en casa, je, je.

A mis padres, hermanos, cuñadas, amigas de la infancia, mi grupo de Parlanchinas, por su apoyo constante.

A mis lectoras cero, Mónica y Vanessa, que me han ayudado con las correcciones y críticas al borrador de esta novela.

A todas las lectoras por elegir de nuevo una obra mía para entretenerse. Gracias por seguirme por Facebook y hacerme llegar vuestros comentarios.

Y, por último, a Teresa, mi editora, por confiar en mi trabajo y seguir apostando por mí.